

MONTSERRAT

63

B



TRES DIAS

EN

MONTSERRAT



MONTSERRAT

63

B

TRES DÍAS EN MONTSERRAT

FA-638

TRES DÍAS

EN

MONTSERRAT

GUÍA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA

POR

D. Cayetano Cornet y Mas

4.^a EDICIÓN

aumentada
con la descripción del ferro-carril
de cremallera



TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA

BARCELONA

15, Ronda de la Universidad, Chafán calle Balmes, 15

1893

MCD 2019

R. 24921

ROBERTA T

LA BIBLIOTECA

*Quedan reservados los derechos
de propiedad artística y literaria*

PROLOGO

Es tal la nombradía de Montserrat, que todas las clases sociales desean visitarlo, porque á todas interesa, y esto hace que sean de distinta índole las excursiones á la célebre montaña, admirándola cada visitante bajo diferente punto de vista. Por lo tanto, escribir una Guía que satisfaga el interés de todos sus admiradores, empresa es de no fácil ejecución, porque quien la escriba ha de contestar en ella á cuantas preguntas puedan ocurrírsele al viajero, sea cual fuere el carácter con que la visite, hasta en sus menores detalles.

Teniendo presente esta ineludible necesidad, se ha ordenado esta Guía bajo un plan tan sencillo como metódico; contiene una detallada descripción del Monasterio, de la montaña y de las cuevas, la cual va desarrollándose, según lo exige la excursión, á medida que se hace, combinada con la correspondiente parte histórica, que tan importante es en Montserrat.

Al efecto, se ha subdividido la obra en tres partes principales, que corresponden á los tres días que suele durar la excursión, quedando á juicio del viajero hacerla más ó menos larga.

En la primera parte, el relato de la historia del Monasterio va unido á la descripción de sus edificios y de sus ruinas. La segunda jornada está destinada al examen detallado de la parte superficial de la montaña, describiendo su topografía, su geología, las ermitas, los itinerarios que pueden seguirse para recorrerlas todas y los hermosos y variados panoramas que se descubren. Finalmente, el tercer día se dedica á la visita de las cuevas de Collbató, explicando su formación, describiendo sus grutas, sus galerías, sus pozos, etc., y explicando la manera más fácil de visitarlas. Completa la obra un interesante Apéndice.

En esta nueva edición se han continuado las noticias de que se carecía al publicar las dos ediciones anteriores; se explican las variaciones que ha habido en Montserrat, se relatan aquellos sucesos acaecidos desde que se publicó la última edición y forman época en la historia de tan importante Santuario, y sobre todo se ha hecho con escrupuloso esmero una minuciosa corrección de todas las equivocaciones que se han notado en dichas ediciones anteriores.

INTRODUCCIÓN

Pocos países atesoran tanta poesía y tantos recuerdos como Cataluña. Su purísimo cielo, su templado clima, sus fértiles campos, sus pintorescas costas, sus frondosos bosques, sus salutíferas aguas, sus bellos panoramas, forman el orgullo de sus hijos, y no pueden menos de causar el asombro de los extraños. Mas lo que da al antiguo Principado un risueño aspecto, son esas montañas, estribaciones del blanquecino Pirineo, coronadas con feudales castillos ó románicas capillas vestidas de verde vegetación y preñadas de ricos tesoros.

Entre estos montes, algunos de singular altura, descuella, así por su elevación como por su figura, la reina de las montañas españolas, *Montserrat*.

Separada de aquellas que casi podrían competir con ella en elevación, y como aislada de las cercanas colinas, póstrase á su vista el cristiano, canta el poeta y estudia el filósofo.

Los geógrafos la sitúan casi en el centro del Principado, á los 41° 30' lat. N. y á los 5° 29' 50'' longitud del meridiano de Madrid; á unos 35 kilómetros al N.O. de Barcelona y 14 S. de Manresa, y á la derecha del río Llobregat que lame sus piés. Su circuito es de unos 22 kilómetros. Su elevación, según el sabio geólogo, canónigo Dr. D. Jaime Almera (1), hasta el piso

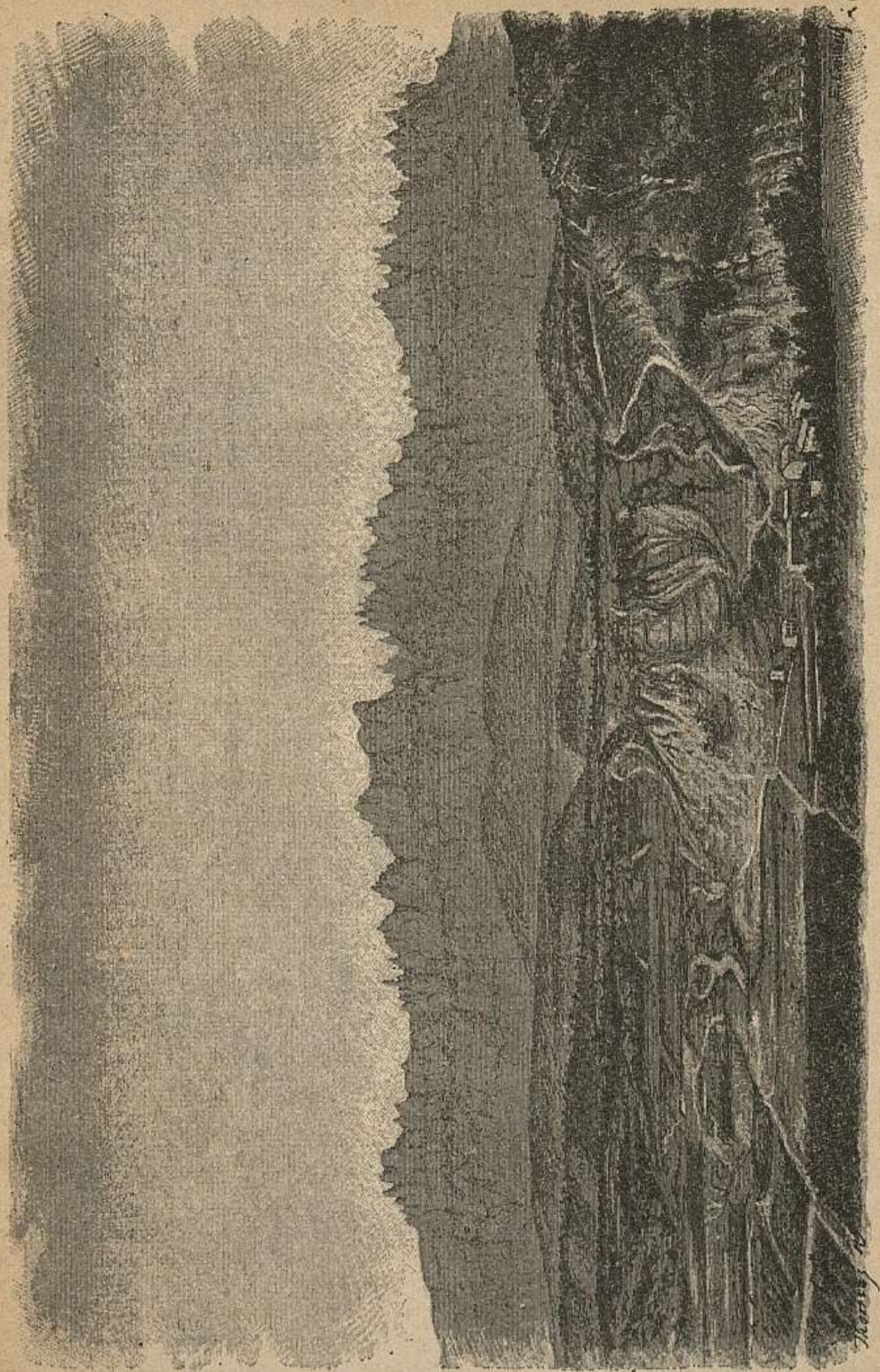
(1) *Estudis geològics sobre la constitució, origen, antigüetat y pervenir de la Montanya de Montserrat*. (Llibrería de Verdaguer, Rambla dels Caputxins, Barcelona).

más elevado, el mirador de San Jerónimo, es de 1,452 metros sobre el nivel del mar, y 1,398 sobre el del centro del álbeo del Llobregat, medida tomada al pié de la villa de Monistrol. Asegura el P. Argaiiz que, al ponerse el sol, su sombra alcanza unos 40 kilómetros (8 leguas) hasta esconderse en el mar, en los días más largos de verano.

Mirada desde lejos, especialmente de la parte de Manresa y de la de Villafranca del Panadés, su caprichosa y variada silueta excita, como no puede menos, la curiosidad del viajero, sorprendido á la vista de aquella inmensa mole de piedras de singular figura, que la hace carecer de rival en el mundo; porque aunque las montañas de la isla de Nuestra Señora de Montserrat en las Antillas (Golfo de California, en la costa de la vieja California y al S. E. de la Carmen) se le parezcan, no la igualan. Se halla formada de rocas altísimas y ásperas que cierran su circuito y dejan sólo algunas pequeñas entradas angostas y difíciles. Sus figuras son tan caprichosas, que mirada por la parte del Norte ó de Manresa, presenta objetos parecidos á monjes, reyes, mujeres, caballos, castillos, etc., cual puede dibujarlos la más poética fantasía del artista, ofreciendo un pintoresco aspecto (1).

Los altísimos conos, que majestuosamente se elevan y que parecen disputar el sitio á las mismas nubes, están formados de piedras calizas, redondas, rojas, amarillas, pardas y de color de carne, unidas y conglutinadas entre sí con un betún natural, de igual calidad y especie que la brecha y almendrilla de Egipto ó de Levante, y del que habiéndose llevado el agua la tierra resultante de su descomposición, se han formado

(1) La vista de la montaña por su lado oriental, único que se despeja viniendo de Barcelona, es sin duda la menos curiosa, semejando un cono truncado ó ancho pan de azúcar, con dos aristas muy pronunciadas que la surcan y dos crestas por remate, ligeramente dentellada la de la derecha, al pié de la cual en uno de los primeros espolones se cobija el Santuario.



Vista general de la montaña de Montserrat desde Manresa

los barrancos que dividen en tan caprichosas agujas la montaña.

Su planta es oblonga y poligonal, formando un ángulo obtuso en su cabecera al N. E. Orientada de E. 10° S. á O. 10° N. y aislada por todos sus costados de las sierras que la rodean, menos al O. por donde se halla unida, desde casa Massana, al numulítico interior. En conjunto presenta la forma de un buque colosal, cuya proa está en el mencionado punto de casa Massana y la popa en la Cueva de la Virgen al E. El Dr. Almera compara esta montaña á una diforme saeta, cuya punta la fija en casa Massana, y la parte posterior, partida en dos, en la cortadura del Torrente de Santa María, entre el Monasterio y la cueva citada.

Además de este torrente que baja de la cima más alta de la montaña en dirección á su longitud, hay otros de menos curso y anchura que denudan y surcan en diferentes direcciones, pero siguiendo siempre, poco más ó menos, la orientación de la montaña.

Esta, tan estrecha en la dirección transversal, ó sea de N. á S., que no llegan en su parte media á un kilómetro, no presenta en esta dirección más que barrancos verticales, por cuanto el agua al caer de la atmósfera, sólo en este sentido puede obrar en dichas vertientes, y esto explica la falta de torrentes transversales. La del N. se distingue por presentar una serie de gradas, ó mejor dicho, barrancos verticales escalonados de abajo á arriba, que es preciso ganar por vías accesibles, para subir al Monasterio (887 metros sobre el nivel del mar) y de allí á la cima de la montaña.

Esta disposición acaba de revestir á la montaña, mirada de cerca, de una fisonomía rara y característica, distinguiéndola de todas las demás que tienen otra constitución geognósica.

Como rindiéndole homenaje, el Llobregat tuerce el curso y viene á lamer su base encajonándose en un canalizo que atraviesa el pueblo de Monistrol y separa la montaña de las

colinas de casa Tobella, San Salvador, Puigventós y San Pedro Sacama, donde á trechos asoman formaciones semejantes á sus singularísimas peñas, como se puede ver en el viaducto del Buxadell, estación de Olesa, en el ferrocarril del Norte.

La parte baja de la montaña, descomponiéndose más pronto que la más elevada, se ha convertido en tierra fértil, sin embargo de conservar algunas peñas que sirven como de gradas, según queda dicho.

La celebridad de esta montaña ha ocupado la atención de la Academia francesa, en la que uno de sus miembros, Mr. Vezian, á fines de 1856, leyó una memoria sobre Montserrat, llamando la atención hacia los sistemas de levantamiento de las inmediaciones de Barcelona, que dice desempeñan un papel importante en la estratigrafía del país, y demostrando que el sistema de Montserrat no corresponde exactamente á ninguno de los sistemas mencionados en un principio en la noticia de Mr. Elías de Beaumont sobre los sistemas de montañas, y pasa á examinarlo con detención.

«El sistema de Montserrat, dice, es el que se manifiesta del modo más claro en las inmediaciones de Barcelona. Su influencia en la estratigrafía, propiamente dicha, de aquella región, es considerable; es decir, en la dirección de las capas, é igualmente en su constitución topográfica.

»Mi carta geológica de las cercanías de Barcelona indica dos líneas estratigráficas, que tienen relación con dicho sistema. La más importante arranca de la desembocadura del Llobregat; marca hasta al pié de Montserrat la dirección del valle que riega este río, y sigue más allá de dicha montaña, coincidiendo con la zona de división de aguas que van unas al Llobregat y otras al río Noya. Esta línea es sinclinal en la mayor parte de su trayecto, razón por la cual deja á derecha é izquierda gran número de accidentes orográficos.

»La orientación de dicha línea, así como la de todo el siste-

ma de Montserrat, se vuelve á descubrir en el Ebro, en una parte considerable de su curso, y con especialidad más abajo de Zaragoza. Este sistema se distingue del de las Azores y del Ural por una diferencia de 3° en su orientación; siendo además el del Ural de época más antigua.

»Como círculo máximo de comparación de este sistema, se puede adoptar una línea tirada por el pentágono europeo (véase Elías de Beaumont, *Noticias sobre los sistemas de montañas*, lám. 5.^a), que arranca del punto b'' y va á parar al punto I'''. Principia la línea indicada en la entrada del estrecho de Hudson, toca en el cabo Farewell, al extremo Sur de la Groenlandia, coincidiendo con el límite S. E. de la plataforma submarina que circunda las Islas Británicas y la Francia por la parte del Océano, atraviesa luego los Pirineos por su parte central, pasa por Barcelona é isla de Menorca y entra en el continente africano cerca de Bona.

»El sistema de Montserrat es posterior á los terrenos numulítico y mioceno que ha levantado y separa los dos pisos de que se compone el terreno plioceno en la cuenca del Mediterráneo. Por su edad y dirección se coloca entre los dos sistemas de los Alpes principales y los occidentales, dividiendo en dos partes casi iguales el ángulo obtuso de 132° formado en Barcelona por los dos últimos sistemas referidos.»

Pujadas, en su *Crónica Universal de Cataluña*, ocupándose en Montserrat, dice:

«Lo que más admira es que siendo tan áspera y llena de peñascos, crecen entre ellos mil variedades de flores y silvestres clavellinas, violetas y narcisos, y entre las apesgadas rocas, odoríferas y saludables yerbas, cordiales raíces, acopados ó frondosos árboles, con frescas y apacibles plantas, haciendo de toda aquella montaña un grandioso jardín ó deleitable y fresca floresta. No solamente se halla esto en los lugares bajos y profundos valles donde se descubre alguna poca tierra, mas también de las macizas y apretadas breñas salen diferentes

colores de margaritas, mosquetas y extendidas yedras que con sus brazos ciñen estrechamente á las encumbradas y altas peñas.»

Efectivamente, ni en las lomas más descarnadas hay hueco ó resquicio que no produzca su árbol ó arbusto, su yerba ó su liquen musgoso. Allí donde puede desarrollarse la vegetación crecen espontáneas, según el sitio, más de doscientas especies de plantas, siendo las principales el pino, el madroño, tres diferentes enebros, dos especies de encinas, boj, tomillo, brezo, romero, espliego, abrotano, etc., el trébol fétido, el *esmilax* de Andalucía y Navarra en la cima y sobre todo el boj, con cuya madera se elaboran varios objetos. Casi todas estas plantas son medicinales y de especialísimas virtudes, muy poco conocidas. La espontaneidad de estas plantas inspiraron á un poeta los siguientes versos:

«Sin agua y sin semilla y tierra poca
Arboles, matas, yerbas, lindas flores,
Visten las peñas de alegría loca,
Sin que el agosto ofenda sus verdores.

Milagro es cuanto el hombre en ellas toca,
Obra son de los cielos sus primores,
Que aquí, como es MARIA la hortelana,
Medran las plantas sin industria humana.»

Como la montaña de Montserrat suele ser muy visitada, tanto por los geólogos como por los botánicos, unos y otros la encontrarán descrita geológica y botánicamente, al tratar de las excursiones á las Ermitas y á las Cuevas.

En cuanto á la etimología del nombre, poco se sabe. Según autores respetables llamóse en un principio *Mons Ceils*, que en caldeo significa *Montones*, y según Plinio *Mons exorcil* (Monte extravagante). Después de la invasión romana era conocido por *Carrafat*, y los moros, en atención á su figura, le llamaron

Gis Taus (peñascos vigilantes), nombre que Carlo Magno cambió en 986 en *Mont Siat*. En la Edad Media casi todos los escritores le dan el nombre de *Mont-Serratus*, y más adelante *Serrato* (cuasi serratus). Finalmente en el último siglo *Montserrat*, que algunos, queriéndolo castellanizar, han llamado *Monserate*, cuando en la misma córte se le llama *Montserrat*, palabra compuesta de otras dos catalanas *Mont* (monte) *serrat* (aserrado), á causa de su figura de dientes de sierra.

La opinión más lógica parece ser la que se deduce del escudo de armas que los fundadores dieron al Monasterio, una montaña cortada por una sierra, lo que prueba que la etimología actual es la más verosímil.

La salubridad de esta célebre montaña es tal, que la vida de aquellos religiosos, según un cálculo de mortalidad muy minucioso y exacto, hecho años atrás por una persona curiosa, era, por término medio, de 72 años 7 meses y 10 días en los monjes; de 71 años 1 mes y 3 días en los ermitaños, y en los legos de 69 años 1 mes y 13 días. Este promedio de vida, verdaderamente extraordinario, es efecto de la pureza de aire que se respira en una tal elevación. No paran aquí los ejemplos de longevidad. Según D. Manuel Arnús, distinguido médico-director que fué del establecimiento de aguas sulfurosas de la Puda, en Monistrol se contaban en 1850 muchos ancianos de más de 70 años, siendo algunos de ellos marido y mujer, y debe advertirse que Monistrol sólo contaba entonces unos 1,600 habitantes.

La importancia de la montaña de Montserrat no es únicamente debida á su forma especial, lo es muy principalmente por darse culto en ella á la imagen de María más venerada de los catalanes, y en la que viene á estar condensada la historia del país. Así es, que el punto más importante de la montaña es el Monasterio.

Al trepar por las rocas de Montserrat siente en su interior el viajero una especie de indefinible emoción que le obliga á

saludar con todo respeto el sagrado monte, y ansiando llegar al virginal palacio que edificó la viva fe de nuestros mayores, olvida la pesada cuesta, las extraordinarias revueltas, los horrosos precipicios formados por agudas rocas y erizados picos que por doquier se descubren.

ITINERARIOS Y HOSPEDAJE

Los medios de comunicación para llegar al Monasterio, punto principal del Montserrat, han aumentado y mejorado notablemente con la construcción reciente del ferro-carril de cremallera, desde la estación de Monistrol en el camino de hierro del Norte, á dicho Monasterio, y han ganado en comodidad, rapidez y facilidad.

Estas vías de comunicación son las siguientes:

Camino de Collbató.— Este camino es el más pintoresco para una romería. Se utiliza tomando billete desde Barcelona en el ferro-carril de Tarragona para la estación de Martorell, y da derecho á un asiento en los carruajes que conducen á Collbató. En esta última población se encuentran caballerías á propósito y á todas horas disponibles, para subir al Monasterio. Con cada caballería va un guía práctico y para las señoras en vez de silla de montar hay sillón. Los guías son por lo común muy serviciales, cuidadosos y adictos al viajero que conducen, y las caballerías pueden montarse con completa confianza, por estar acostumbradas diariamente á trepar por las peñas de Montserrat.

Para comodidad de los viajeros hay una empresa que proporciona en Barcelona los billetes (1) que sirven á la vez para el ferro-carril, para el carruaje de Martorell á Collbató y para

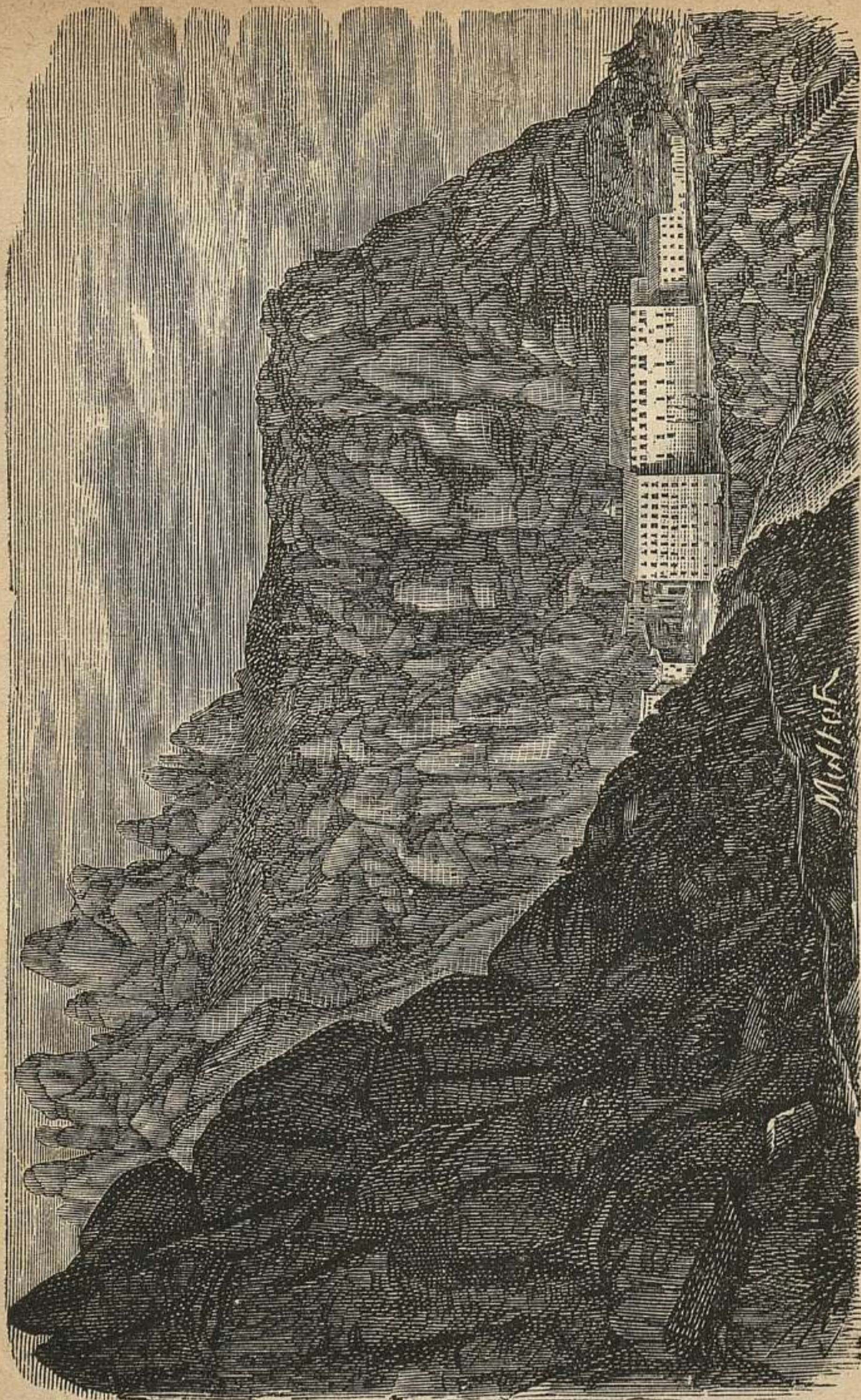
(1) En la estación de los ferro-carriles de Tarragona á Barcelona y Francia y en el despacho central, Rambla de Capuchinos, junto al Liceo.

las caballerías de este último punto al Monasterio, á los siguientes precios: en 1.^a clase 7'82 pesetas, en 2.^a 7'23 y en 3.^a 5'50. El viaje se hace en cinco horas y media.

Aunque algunos han supuesto peligroso el camino de Collbató, no lo es tanto como se ha supuesto; basta decir que, siendo antes el más concurrido, jamás ha acaecido en él desgracia alguna, á no ser por imprudencia de algún viajero. Para evitar el menor recelo, lo mejor es apearse en los dos ó tres pasos que á primera vista parecen peligrosos sin serlo. Desde este camino se descubren y renuevan deliciosísimos panoramas á vista de pájaro.

En una especie de explanada que forma el camino, colocaron los franceses en tiempo de la guerra de la Independencia una batería que dominaba la dilatada llanura que se extiende hacia Esparraguera. A mitad del camino, poco más ó menos, se ven todavía los restos de una puerta tapiada á cal y canto, que se denomina la *Font Seca* (fuente seca), de que se tratará más adelante. Pasada ésta, desde una de las grandes revueltas que forma la montaña se descubren distintamente las industriosas ciudades de Sabadell y Tarrasa y varias otras poblaciones del Vallés y la comarca del bajo Llobregat.

Después de haber subido el viajero por espacio de unas dos horas, poco menos, desde Collbató algo más arriba de la mitad del monte, igual elevación sobre el nivel del mar, poco más ó menos que la de Madrid, se encuentra la capilla de San Miguel, colocada sobre disformes y altísimos peñascos que forman parte del valle llamado de Santa María. En este valle se descubre desde luego el suntuoso Monasterio con los edificios, arruinados unos y restaurados otros, que le rodean, como clavados unos y otros de E. á O. en aquel colosal conjunto de caprichosas rocas. Verdaderamente sorprende considerar cuántos esfuerzos y gastos debieron ser necesarios para nivelar el terreno en que están edificados sobre la viva peña y transportar los materiales de construcción en una época en la



Vista general del Monasterio de Montserrat tomado desde el llano de San Miguel

cual no había más medios de comunicación que los difíciles y casi intransitables caminos de herradura.

En una meseta que forma la parte superior de la montaña, encima del Monasterio, se descubren algunas ermitas. El camino va bajando, desde San Miguel, hasta llegar al torrente de Santa María, que lame la cerca del Monasterio y va á desembocar en el río Llobregat.

Carretera de Casa Massana.—Utilizan esta carretera únicamente los que van á Montserrat en carruaje particular, por la parte de Igualada, pues la construcción de la carretera de la estación de Monistrol y la de Esparraguera á Manresa por el Llobregat, han ahorrado el rodeo de seis horas que se emplean para ir desde Collbató al Monasterio por aquella carretera, de cerca 20 kilómetros de longitud. La carretera de Casa Massana, que hizo construir el Abad Fray José Ferrer, electo en 1697, va siguiendo las sinuosidades de la montaña dando vueltas por sus faldas del lomo del N. La Diputación provincial de Barcelona, á cuyo cargo corre ahora, la tiene muy bien conservada. En ella se encuentra el antiquísimo monasterio de Santa Cecilia, del que se tratará más adelante

Carretera de la estación de Monistrol al Monasterio.—Cuando se construyó el ferro-carril de Barcelona á Zaragoza, cambiaron las comodidades para ir á Montserrat con la construcción de una carretera que, arrancando de dicha estación, termina en el mismo Monasterio y empalmando 2 kilómetros antes con la de Casa Massana. En el año 1858 empezaron las obras y quedaron terminadas en 1859. Costeólas la empresa del mencionado ferro-carril, y su inauguración se celebró con una solemne función religiosa en la iglesia de Montserrat. Costó esta carretera 376,000 pesetas. Su longitud es de 13 kilómetros y su declive no baja como *mínimum* del 5 por 100, ni excede del 7 por 100 como *máximum*. Tiene 6 metros de an-

cho y está bordeada de árboles. Es sumamente cómoda, tanto para subir en carruaje como á pié. Para construirla, fué preciso destruir en la parte baja de la montaña, algunos trozos del camino de herradura de Monistrol. En la parte media, desde cerca de la *Font dels Monjos*, se utilizó, ensanchándolo y nivelándolo, el de Manresa, también de herradura. Es el que, viniendo de la parte de la Calsina, desembocaba, como lo hace hoy, en la carretera de Casa Massana, cuya rasante se modificó hasta el Monasterio. En los trechos más peligrosos de esta carretera, por razón de los precipicios, se ha construído un pretil y se ha fomentado la espléndida vegetación que allí crece espontánea y robusta.

Utilizan esta carretera las personas que se apean del ferrocarril del Norte en la estación de Monistrol, y las que ván á dicha villa por las carreteras de Manresa, Tarrasa y Esparraguera, y no quieren subir al Santuario por el ferrocarril de cremallera. El despacho de los asientos de los coches que hacen el servicio de la estación de Monistrol al Monasterio, se halla en Barcelona, en el Central de los ferrocarriles del Norte, situado en la Rambla de Capuchinos, frente al Liceo.

Los precios de los asientos, desde Barcelona, son los siguientes:

Ida.	7'20 ptas.	en 1. ^a ;	5'50 en 2. ^a ,	y 4'10 en 3. ^a
Vuelta.	6'65	»	»	» 4'95 » » y 4'10 » »
Ida y vuelta. .	10'45	»	»	» 8'45 » » y 5'85 » »

En la estación de Monistrol se encuentran á la llegada de cada tren, escepto el último de Barcelona á Manresa, carruajes que por 2 pesetas cada asiento conducen los viajeros al Monasterio. El viaje se hace con seguridad completa, pues la empresa es muy formal.

Al dirigirse á la villa de Monistrol, bajan los coches de la estación dando vueltas y revueltas hasta llegar á las márgenes del Llobregat, en las cuales se ven magníficas fabricas de

hilados y tejidos de algodón, cuya maquinaria es movida por el agua del río (1). Antes de terminar la bajada se deja á la derecha la carretera de Manresa y se sigue el curso del río, hasta llegar al puente de Monistrol, por el cual se atraviesa.

El panorama que se presenta al salir del desmante de las fábricas es de los más bellos. Al pié mismo de los elevados riscos del majestuoso Montserrat, descansa tranquila la villa de Monistrol, y sus blancos edificios contrastan con el tono oscuro de la montaña, y la verdura de los lindos huertecitos que escalonados llegan al borde mismo del Llobregat, cuyas aguas reflejan tan pintoresco paisaje. Esta belleza aumenta si el panorama se contempla de modo que le forme marco el atrevido y anchuroso arco central del puente.

Al extremo de éste se encuentra una gran plaza y en un recodo que forma á mano derecha está la entrada de la población. Esta es muy antigua (2). El edificio donde se halla la posada del Llobregat fué, hasta 1836, propiedad de los monjes de Montserrat. Hay muy regular hospedaje. Empieza la subida de la montaña á mano izquierda de la plaza. Se siguen muy pocos metros de la carretera de la Puda y Esparraguera y luego se dobla á mano derecha.

Después de haber dado media vuelta á Monistrol, aparece á la izquierda una pedregosa subida, es el atajo (*dressera*) del Monasterio, detrás de una torre antigua medio arruinada. La carretera sigue en dirección opuesta, esto es, hacia el N. O. Al principio pasa entre viñedos y olivares, en los cuales se descubren algunas casas de campo, de las cuales una de las más separadas del pueblo, situada en punto más elevado que las demás, data de la época de la invención de la imagen de la Virgen que se venera en el Monasterio, en 880. La casa se llama *Riusech*, propiedad hoy de la noble familia de Olcina.

(1) La presa para la fuerza hidráulica de estas fábricas la mandó construir el Abad P. Miguel Pujol que fué elegido en 1684.

(2) Se describe al tratar de los alrededores de Montserrat.

A medida que se va subiendo, como si se tratase de escalar los empinados riscos que disputan el paso al viajero, llama á éste la atención una colosal peña aislada á manera de un dedo de la mano, que en el país se conoce con el nombre de *Caball Bernat*.

A unos cinco cuartos de hora poco más de ir subiendo, en el punto donde desemboca el camino de Manresa, cambia por completo la dirección de la carretera y sigue hacia Mediodía.

El edificio que se ve en la misma montaña, algo más arriba y que se va dejando atrás, es el mencionado monasterio de Santa Cecilia. A medida que va adelantando la carretera se presenta más agreste la montaña, cuya poca tierra ya no se ve cultivada; las descarnadas rocas, sin embargo, están bordeadas de una espléndida vegetación, en la que crecen gran número de plantas espontáneas, que con su perfume embalsaman la atmósfera, y entre las que descuella en gran abundancia el boj.

En una pequeña vertiente á mano derecha se presenta una fuente conocida con el nombre de *Font dels Monjos*, cuya fresca y cristalina agua convida á beberla. Contémplese desde ella el terreno recorrido y toda la grande extensión que se descubre, y se verá como las montañas se van aplanando, presentando el aspecto de un dibujo topográfico. Levántese la vista hacia las empinadas crestas del Montserrat y póngase atención en la más elevada; recuerde el viajero su escarpada pendiente cuando visite la ermita de San Jerónimo (hasta allí se puede llegar en caballerías), y á buen seguro que horrorizado retrocederá al descubrir el espantoso precipicio que tendrá á sus piés y quedará sorprendido al contemplar el dilatado panorama que se le presentará á la vista.

Desde esta fuente se ve la vaga neblina como va corriendo por las faldas de los collados, la brisa que pasa susurrando, perfumada de aromas silvestres; las golondrinas que voltean con alegres chillidos y los ecos se repiten por las quebradas.

Desde allí se descubre especialmente el sitio conocido en el país por *Roca de las aurenetas* (golondrinas) ó *Roca ample*. Cerca de ésta hay el *Paso de las Aguilas*, por verse muy á menudo la reina de las aves en aquel sitio; la *Roca de San Patricio*; la *Roca de las once*, llamada así porque á manera de reloj de sol señala esta hora al llegar á Monistrol la proyección de su sombra; la de *San Antonio*, y más separado, hacia el Monasterio, el grupo de rocas denominado *Plana la vella*.

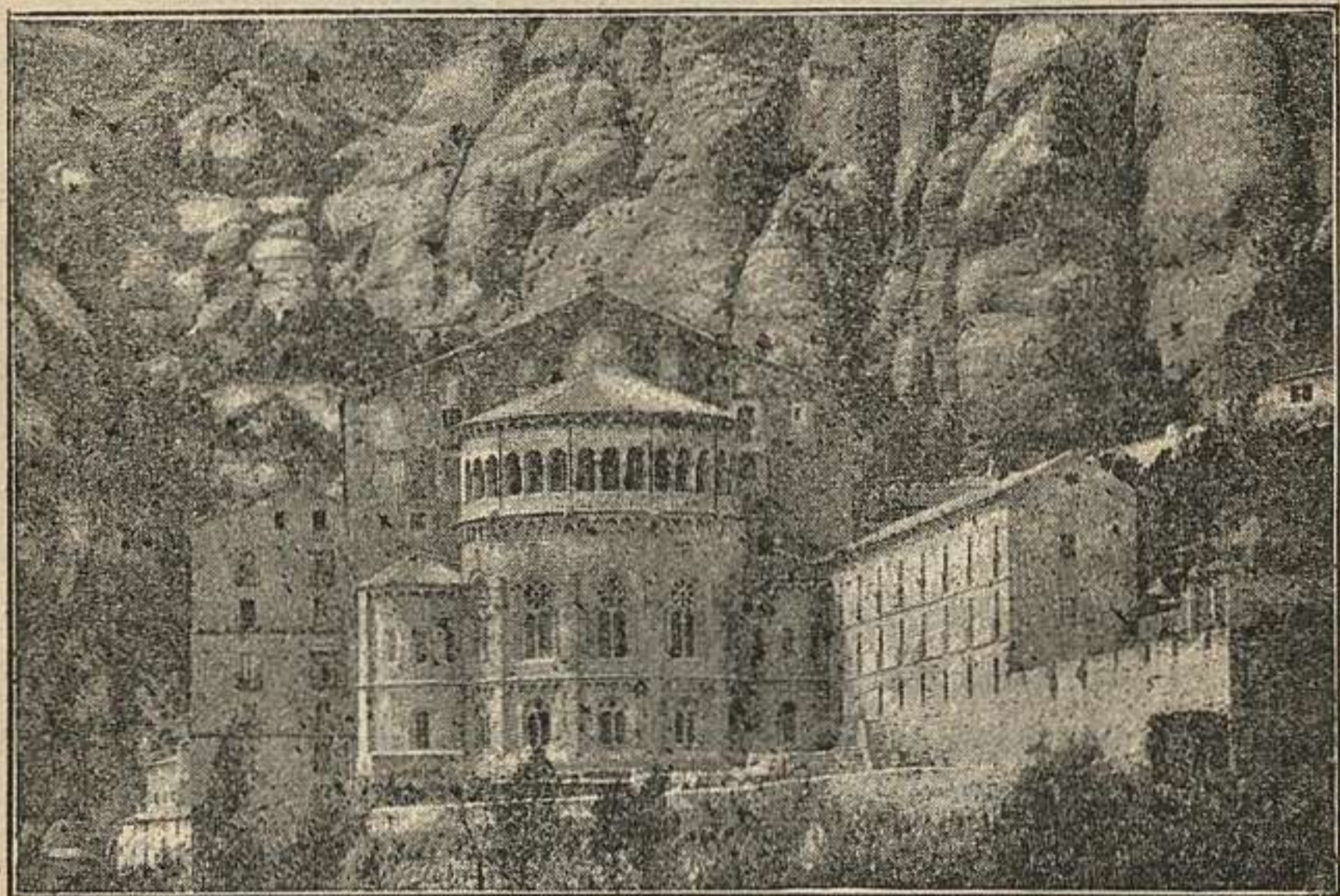
Desde hace pocos años se ha construído una posada en la Fuente de los Monjes.

Sigue la carretera subiendo suavemente hacia la dirección del Monasterio, y en el sitio conocido por *Sant Jaume lo blanch*, empalma con la carretera de Casa Massana. Si el viajero dirige su vista hacia el N. descubre ya lejos la estación de Monistrol, y más hacia la izquierda, escalonados, el castillo, la parroquia y los dos puentes de Castellbell, entre el río Llobregat y la línea del ferro-carril del Norte; algo más allá, y junto á la misma vía y el río, San Vicente de Castellet, en la vertiente de la montaña Castellgalí, y más atrás la ciudad de Manresa, con las villas de Santpedor, Sallent y otras importantes poblaciones en la falda de las montañas que rodean la ciudad.

Cuando desde una de las revueltas, en el kilómetro 12, mirando en dirección á la que lleva la carretera, se aparece al viajero, hacia el Mediodía, un nuevo panorama que termina en el mar, se hallará ya muy cerca del Monasterio, pero antes encontrará á mano derecha en la viva roca unos arcos que sostienen el conducto que recoge las aguas pluviales que van á parar al *safreix*. Al ver las colosales estatuas de piedra que adornan á éste, puede decir que se halla ya en el Santuario.

Desde el pié mismo de este gran depósito de agua ofrécese á la vista otro magnífico espectáculo. A la otra parte del río y en la loma de una montaña verá el pueblo de Vacarissas, al pié del río una gran casa de campo conocida por casa Tobella, cuya pequeña eminencia oculta la Puda, escondida en

un bosque de olivos. Siguiendo la corriente del río, se ve á la izquierda la villa de Olesa y algo más allá Martorell con el puente del ferro-carril y el romano del Diablo; más abajo las poblaciones ribereñas del bajo Llobregat, con el suntuoso puente de Molins de Rey y la desembocadura del río al mar. A la izquierda de éste se ve, en último término, San Pedro Mártir, Vallvidrera, el Tibi-dabo y las demás montañas que



circuyen el llano de Barcelona. La parte de Esparraguera no puede verse por impedirlo una parte saliente de la montaña, que forma el Torrente de Santa María, de delicioso y agreste aspecto, en cuya falda se descubre la Cueva de la Virgen.

Los primeros edificios que se presentan son dos capillitas, la de los Apóstoles á la izquierda y al nivel de la carretera, y la de San Acisclo y Santa Victoria á la derecha y algo más elevada; es la más antigua de la montaña. Al dar la vuelta á esta capilla, aparece á la sombra de erizadas peñas y en el confín de un vallecillo con olorosas flores, la testera del Monasterio, en la cual se destaca majestuoso el nuevo ábside ro-

mánico del suntuoso templo, cuya parte principal de dicho ábside lo ocupa el gran camarín, que ha hecho desaparecer la lisa pared que antes había y producía mal efecto.

Sorprende encontrar de improviso en aquel tan quebrado valle, exhuberante de vegetación, donde parece que apenas hay sitio para la carretera, un edificio tan robusto y elevado, cual la espaciosa Catedral de las montañas, como se llama en el país, la suntuosa iglesia de Montserrat y el Monasterio.

Ferrocarril de cremallera.— Esta nueva vía de Monistrol al Monasterio se inauguró el día 6 de Octubre de 1892, en ocasión en que se celebraban en Montserrat las fiestas del 4.º centenario del descubrimiento de América por Colón. Esta línea, de 7,800 metros de longitud, se divide en 2 trozos, el uno desde la estación del ferrocarril del Norte al río Llobregat y el segundo desde éste al Monasterio. El primero tiene un desarrollo de 3 kilómetros con un desnivel de 58 metros á pendientes de 6^o/_o. El trazado sigue el curso del río y va paralelo con la carretera, atraviesa la riera de Mará por un puente de mampostería de 20 metros. Al llegar á la fábrica de Gibert tuerce la vía bruscamente á la derecha, pasa por encima de la carretera y atraviesa el río por un puente de 118 metros de longitud, sentado casi sobre la presa de la mencionada fábrica. Está formado por tres tramos de hierro sentados sobre los estribos y las pilas de mampostería.

El 2.º trozo de la vía desde el Llobregat hasta el Monasterio tiene un desarrollo de 1800 metros. Con un desnivel de 570. A 700 metros del río se encuentra la estación de la villa de Monistrol; situada al extremo N. de ésta hay los talleres de la Empresa y se llega á ellos con rampas de 5^o/_o. A partir de aquí se eleva el trazado por la montaña con rampas casi continuas de 10 á 15^o/_o. Las únicas obras de alguna importancia que hay en este trayecto son: el paso á nivel de la carretera del Monasterio y el túnel curvo de los Apóstoles, de 196 metros de longitud. El trazado no puede ser más racional en este

trozo. Se eleva directamente desde Monistrol hasta encontrar el anfiteatro que le cierra el paso formado por grandes peñascos de la montaña en el valle de Santa María. Allí tuerce á la izquierda, sigue á media ladera el basamento de la Sierra en dirección de dicho valle; allí encuentra el estribo avanzado, sobre el cual hay la capilla de los Apóstoles, este estribo lo atraviesa por medio del túnel mencionado, cuya boca superior está ya tocando al Monasterio.

La vía de este ferro-carril es del sistema Abt, esto es, vía ordinaria con rieles Vignole y traviesas metálicas y con adición de un carril central sencillo ó doble, formado con barras de hierro y cremallera verticales, fijadas en las traviesas, de modo que las cremalleras estén más altas que el nivel de los carriles ordinarios. Las traviesas son de acero y de la forma llamadas Irose, esto es, huecas. Están sentadas sobre balastro y sujetas al mismo por sus extremos, curvados hácia abajo, en forma de pata, con lo cual se contiene el movimiento transversal de la vía. En cuanto al movimiento ó resbalamiento longitudinal está detenido en las pendientes por medio de trozos de carril empotrados verticalmente, á cada 6 metros de vía, en la roca viva, con fuertes muros subterráneos transversales y unidos á las traviesas de la vía.

Los precios desde Barcelona al Monasterio son:

Ida y vuelta. . . 15 ptas. en 1.^a; 10'15 en 2.^a, y 7'50 en 3.^a

Ida.— De la estación de Monistrol al Monasterio 3'95 clase de lujo y 2'50 clase general.

Vuelta.— Del Monasterio á la estación de Monistrol 2'95 clase lujo y 1'75 clase general.

Atojo de Monistrol.— Este camino, de 7 kilómetros, por el cual, en hora y media, se sube á pié al Monasterio, arranca de la primera revuelta de la carretera, según queda dicho; al comenzar la subida tiene un tosco empedrado y se sube siempre en dirección al Monasterio. Si bien á trechos es pesada la

subida por ser preciso alguna vez escalar las peñas, hay trayectos casi horizontales de camino llano. No ofrece de mucho el peligro que antes había, por haberse arreglado, hace ya algunos años, los malos pasos que le hacían peligroso. Antes de llegar á la subida de los Apóstoles, que es la más pesada, se encuentra un atajo ó *dressera*, llamado la *Massanera*, que pasa por la fuente del mismo nombre, y trepando por las rocas por medio de escalones abiertos en la viva peña, va á parar á la meseta misma de la capilla de los Apóstoles. Si bien por la *Massanera* se adelanta media hora al atajo de Monistrol, éste es mucho más concurrido, por cuanto después de la pesada subida, se llega al Monasterio por medio de un camino más suave que empalma con el camino bien construído y conservado de la Cueva de la Virgen.

Camino de herradura de Manresa.—El camino de herradura que viene de Manresa, empalma con la carretera de la estación de Monistrol, cerca de la Fuente de los Monjes y nada de particular hay que decir, toda vez que la carretera se abrió siguiendo, como queda dicho, desde el punto de empalme, la dirección de este camino. Hacia el N. O. en dirección á Manresa, se ve una casa llamada la Calsina (1), junto á cuyas tapias pasa dicho camino (2).

Todos los mencionados caminos carreteros y de herradura, y el ferro-carril de cremallera convergen en un punto, la plaza de la fuente, situada frente al portal de entrada de la cerca del Monasterio.

Una vez el viajero se halla dentro del recinto murallado, o primero que ha de hacer al apearse del carruaje ó de la

(1) Este apellido lo conserva la familia desde el siglo IX.

(2) Otros caminos más cómodos se han proyectado: entre ellos un sistema de ascensores como los de la torre Eiffel de Paris para subir directa y verticalmente desde la ribera misma del Llobregat hasta la esplanada de los Apóstoles.

caballería, según sea el itinerario que haya seguido, es ir al Despacho de aposentos, situado en la misma plaza donde paran los coches.

El hospedaje que encuentra el viajero en Montserrat es distinto del que suele haber en los establecimientos de baños ó de excursiones, por cuanto, perteneciendo el Monasterio á la orden de los Benedictinos, se ha de cumplir estrictamente lo que su fundador San Benito dispuso en su Regla, esto es, que se reciba á los huéspedes que llegaren al Monasterio, y que á cada cual se le dé el honor que le corresponde, ofreciéndole hospedaje gratis. Esto hace que las habitaciones de la hospedería, aunque de distintas categorías, estén á la disposición de los viajeros, sin poder exigirles el Monasterio cantidad alguna por alojamiento, aceptando únicamente al despedirlos aquella limosna que quieren dejar para el Santuario.

En cumplimiento de lo que dispone San Benito, tiene la comunidad un monje aposentador para recibir á los forasteros. Al presentarse, se toma nota del nombre, apellido y procedencia del jefe de la comitiva, número de personas que van en ésta y si hay algún sacerdote. Se le pregunta cuantas camas necesita; cuantas ha de haber para matrimonio; se acomoda en uno de los aposentos que haya disponibles, y se hace acompañar por uno de los criados, que desde luego se pone á las órdenes del viajero.

Este tiene que procurarse la manutención, que puede condimentársela por sí ó por los criados que traiga, ó ir á comer en el Restaurant ó Fonda sin hospedaje, situado junto á los aposentos de Santa Teresa.

Para las personas ó comitivas que quieran condimentarse la comida y no quieran comer en el Restaurant, en la mayor parte de los aposentos hay cocinas. Hay también una tienda ó almacén donde se vende toda clase de comestibles á manera de colmado, situado junto al despacho del padre aposentador. El Monasterio facilita gratis los utensilios indispensables de co-

cina y el ajuar y mantelería para la mesa. Todos los días hay en la plaza del Monasterio un pequeño mercado, en el cual las labradoras de las poblaciones inmediatas venden volatería, caza, hortalizas, frutas, etc. Un criado especial sube todos los días de Monistrol carne fresca, cuartos de gallina y demás comestibles que no se encuentran en el almacén ni en el mercado; en la tienda de comestibles hay estanco. Al recibir los viajeros los utensilios de cocina y mesa, excepto la ropa blanca, han de depositar su importe según tarifa, reintegrándose al devolverlos.

Los aposentos que hay en la actualidad por orden de importancia son: Santa Teresa de Jesús, sin cocina, y se destinan exclusivamente á las personas ó familias que comen en el Restaurant, junto al cual se hallan construídos. Tanto estos como los demás aposentos contienen una ó más camas de hierro en alcobas, con cortinas, mesas, sillas, candeleros de latón, mesas de noche, aguamaniles, etc. Al entregarse la llave al viajero se le ofrece la ropa blanca necesaria, como sábanas, fundas de almohada, tohallas, etc., de la que se toma nota en un registro especial con el número y clase del aposento.

Los que tienen cocina son los siguientes:—de San Luis Gonzaga, situados en los pórticos del gran patio que precede á la iglesia; están bien pintados y en los armarios ó comedor hay vajilla de loza fina;—Hospedería de San José (junto al claustro gótico);—de San Alfonso, en los cuatro pisos del edificio donde se halla el despacho de aposentos y el de comestibles;—de San Benito, en el piso superior al de los de San Luis;—de San Milán, debajo de los de San Luis. Los demás aposentos ocupan los edificios en que antiguamente había las dependencias del Monasterio, cuando éste se hallaba en todo su esplendor, y son:—San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Mauro, San Juan de Mata, San José de Calasanz, Santa Florentina, San Leandro y San Pedro Nolasco. El número de aposentos ó celdas, como los llama el vulgo, de cada

una de estas secciones varía desde uno á ocho, y el número de camas para una ó dos personas desde una á nueve en cada aposento.

Hay otros aposentos, como el de Santa Gertrudis, que tiene dos grandes salas con nueve camas en cada una. Y Santa Escolástica con veinte.

Cada uno de estos grupos de aposentos lleva el correspondiente rótulo, y cada aposento el respectivo número de orden.

Los nombres que se han dado á cada grupo corresponden á santos de la orden Benedictina ó á los que han visitado el Santuario. A los de San Anfolso se les dió este nombre como recuerdo de la visita que el Rey D. Alfonso XII, cuando niño, hizo á Montserrat, acompañando á su augusta madre D.^a Isabel II.

Los aposentos del venerable Fray Jose de las Llantias, antes de la destrucción del Monasterio por las tropas de Napoleón I, servían de Hospital ó de Enfermería de legos (1). Tiene en el día su primero y segundo piso destinados á hospedería, con más de veinte aposentos de una y dos camas cada uno, excepto uno, que es el que habitaba el venerable Fr. José, que está convertido en oratorio en honor de tan santo varón. Hay además un espacioso comedor común y unas grandes cocinas, también comunes, en las que pueden guisar cómodamente hasta veinte personas. Allí acostumbra á haber mujeres de Monistrol y Collbató, quienes, por una módica retribución, á manera de sirvientas, aderezan comidas á los viajeros que lo desean.

Así como á los particulares se les hospeda en los mencionados aposentos, á las personas de alguna dignidad ó respeta-

(1) Esta especie de pequeño hospital lo mandó edificar el sobredicho Abad Fr. Benito de Tosco, conforme se lee en el dintel de una puerta del piso bajo tapiada que dice:

BNS DE TOCCO ABBAS AN: 1552

En este edificio, cuando la comunidad se hallaba en su apogeo, se asistía á los enfermos.

bles por ciertas circunstancias, como príncipes, prelados y demás autoridades ó sus delegados, etc., se les ofrecen las mejores habitaciones del interior del Monasterio. Antiguamente, cuando éste se hallaba en su esplendor, para los que pertenecían á dichas clases había fuera de la clausura una hospedería muy capaz, dirigida por un monje que los mandaba servir con todo esmero, teniendo al efecto un cocinero y tres criados siempre á sus órdenes. A los sacerdotes se les trataba, por espacio de día y medio, ó más, si alegaban justa causa al superior, con la misma distinción que á los padres monjes.

Para las caballerías y carruajes particulares hay espaciosas cuadras situadas en los bajos de los aposentos de Santa Teresa y del venerable Fr. José de las Llantias, con un encargado al frente y el número de mozos necesario al cuidado de las numerosas cabalgaduras que allí se suelen reunir.

Atendida la extraordinaria concurrencia que suele haber en Montserrat en determinados días de los meses de Mayo á Octubre, á fin de que los visitantes encuentren siempre aposentos, de tiempo inmemorial está fijada la duración de la estancia en tres días completos; sin embargo, cuando no hay mucha gente, los padres monjes no exigen con tanta escrupulosidad el cumplimiento de tan acertadas disposiciones, á fin de que queden contentos cuantos van á Montserrat.

Fonda-Restaurant

Ya queda dicho que este establecimiento es Fonda sin hospedaje. Tiene en el piso bajo salones de café y restaurant á raciones, según la tarifa fijada en cuadros en las paredes del local. En el primer piso hay salas para las mesas redondas y á la lista, y en el piso principal un gran salón para la mesa redonda especial. Se sirve á la española y á la francesa á 3 y 4 pe-

setas la comida y á 2'50 y á 3 pesetas la cena. El servicio de restaurant á la lista ó á la *carte* es á los mismos precios que en Barcelona.

Por la mañana se sirve chocolate, leche, café ó thé, etc., y á todas horas, avisando anticipadamente, se arreglan almuerzos, comidas, meriendas, cenas, etc., para llevárselos los expedicionarios en sus excursiones por la montaña, y se proporcionan también toda clase de vinos, licores, fiambres y cuanto concierne al ramo de repostería, á los precios de tarifa.

Los días en que está prohibido por la Iglesia comer carne, únicamente se sirven en el Restaurant platos de vigilia variados y muy bien condimentados.

Está prohibido en absoluto en el Restaurant toda clase de juego.

También está prohibido con todo rigor bailar, cantar, tocar instrumentos músicos en el recinto del cercado del Santuario, excepción hecha de los cantos religiosos en común de las peregrinaciones.

Antes de 1858 carecía Montserrat de Restaurant. En dicho año se inauguró el actual, utilizando de pronto los restos de la antigua casa de los Peregrinos ú Hospedería de pobres, que más tarde fué preciso ensanchar (1).

(1) Este edificio lo mandó construir en 1729 el Abad Fr. Agustín Novell, dando los reyes para la obra y para la Biblioteca, mil trescientas libras catalanas. En tiempo del esplendor del Monasterio se daba en este edificio á los menesterosos comida y acogimiento en dos aposentos separados, uno para los hombres, y otro para las mujeres; observándose el orden siguiente: A las siete de la mañana se iba tocando desde la puerta de la iglesia hasta la de la cerca del Monasterio una campanilla, á cuya señal acudían todos los pobres al sitio acostumbrado; allí un hermano lego distribuía la limosna dando á cada pobre media libra de pan. A las diez y media se tocaba por segunda vez la campanilla y se repartía otra media libra de pan, luego entraban á la hospedería y en un salón de la misma, en mesas cubiertas con sus correspondientes manteles, se les suministraba por el referido lego y uno ó dos criados, según el concurso, una buena porción de olla y un

Actualmente se hospeda á los pobres de solemnidad en un edificio que hay cerca del portal de la plaza de la fuente.

Hospedado ya el viajero puede empezar la visita á Montserrat por el Monasterio.

vaso de vino. A las siete menos cuarto de la tarde se tocaba por tercera vez la campanilla y se les daba la misma ración de pan, vino y olla, que al medio día, y después de la *Salve* se mandaba á todos que se recogiesen.

No eran sólo los pobres los que recibían esta limosna, se daban también iguales raciones á las personas que por devoción las pedían. El hermano lego preguntaba á los mendigos la Doctrina cristiana y cuidaba de que oyesen misa diariamente. La limosna se distribuía á cada pobre por espacio de tres días enteros, pasados los cuales debían desocupar el local y marcharse del Monasterio; sin embargo, después de algún tiempo de dar vueltas por las poblaciones inmediatas, se presentaban de nuevo repitiendo la visita muchas veces al año.

DIA PRIMERO

El Monasterio

Cuando el viajero lo descubre, viniendo por la carretera, se le presenta muy reducido, únicamente vé el ábside de la iglesia, la escolanía y una pequeña parte de la obra nueva, sin ver los varios edificios de diferentes tipos y épocas que circunda el muro, y que se descubren desde luego viniendo por la parte de Collbató, algunos medio arruinados y de distintos órdenes de arquitectura, desde el románico al moderno del siglo XIX. Naturalmente, al descubrirlos, vienen á la mente estas preguntas. ¿Por qué tanta mezcolanza? ¿Cómo no se siguió desde un principio un plan uniforme, como en el Escorial ó como en Poblet y Santas Creus, en la construcción de este Monasterio? Estas preguntas no tienen más que una contestación. Montserrat, no recuerda un hecho ó una época determinada, como aquellos monasterios. El de Montserrat, con sus ruinas, es la historia de Cataluña escrita en páginas de piedra.

La portada del libro es una cruz, también de piedra, colocada en la parte exterior del Monasterio, en la carretera, junto á las paredes del suntuoso templo. En el zócalo de la cruz se lee: «*Aquí se hizo inmóvil la Santa Imagen año 880.*» La historia de este Santuario es tan pintoresca como interesante, y el lector se irá enterando detenidamente de los su-

cesos á medida que vaya recorriendo el Monasterio y la montaña.

Consultando los autores antiguos y modernos que han escrito sobre Montserrat, se ve cómo ha ido adquiriendo la universal importancia que ahora tiene. Arranca esta historia de la época de la dominación romana. Señores los romanos de la España Tarraconense, dominaron, entre otras poblaciones importantes, Barcelona, Manresa y Ausona (Vich), á cuyos habitantes, al imponerles sus leyes, usos y costumbres, les comunicaron también su religión. Un día los habitantes de la provincia Laletana observaron que el monte *Estorcil* (Montserrat) cambiaba de forma, y determinaron levantar un templo que dedicaron á Venus.

No tardaron mucho tiempo los clarines del cristianismo en publicar por el mundo la buena nueva de la verdadera Religión que había sellado con su sangre el Hombre-Dios en el Calvario, en el momento mismo en que el monte Estorcil lo demostraba cambiando de forma. Al saber la provincia Laletana la causa de tan extraño suceso, empezó á flaquear en ella la idolatría, por manera que fué con tal lentitud la construcción del templo de Venus en Montserrat, que, según dicen, tardó 160 años en concluirse. Con la predicación del Cristianismo iba aumentando el número de los adoradores de Jesucristo, que desertaban de las banderas del paganismo. Ya las abominaciones de los ídolos no eran tan públicas, y las lascivas fiestas de su culto se celebraban en los montes, en la espesura de los bosques y en las cuevas, como más apartadas de testigos, cubriendo á manera de velo las bacanales. En este tiempo el monte Estorcil se veía aun manchado con las degradaciones de la idolatría.

Una existencia no más que de 56 años contaba el templo de Venus en Montserrat, cuando agonizante ya el paganismo, derribados los templos de las falsas divinidades y hechas pedazos sus aras, todavía la montaña que en la muerte de Jesús había

rasgado de dolor sus entrañas, se veía obligada á prestar sus ecos para que repitiesen los voluptuosos cantos de las meretrices romanas, y á escuchar los báquicos acentos de las sacerdotisas de la diosa del amor liviano, que, vestidas de ligeras túnicas, danzaban en torno de su ara guarnecida de flores.

Pero la destrucción estaba decretada, y á pesar de haber pensado los hijos de Roma que las murallas de granito que circuían el templo de Venus lo protegerían, no bastó el magnífico pedestal de Montserrat para sostener sus columnas. Un horrendo estrépito resonó en aquellas soledades; las columnas se desquiciaron y desplomóse la bóveda. ¿Qué es esto? exclamaron los que estos acontecimientos presenciaron.

Extendióse en seguida por los escombros una blanca nube, semejante á la niebla que en forma de incienso envía el laborioso Llobregat á la morada de la Madre del Hermoso Amor, y en esta nube, la sencillez de las almas inocentes pudo descubrir al ejecutor de los castigos de Dios, al jefe de la milicia celeste, al arcángel San Miguel que con ardiente espada cumplía lo que el Eterno le había mandado. Contábase entonces el año 233 de la era cristiana, y desde aquella época quedó declarado el Santo Arcángel patrón de Montserrat.

Cerca de tres siglos habían pasado, sin que ningún suceso notable se hubiese verificado en el *Monte Estorcil, Sereso* ó *Montserrat*, perdiéndose hasta la memoria del sitio donde estuvo edificado el mencionado templo de Venus. Tal olvido fué más tarde causa de divergencia entre los autores, colocándolo unos en la cima de la montaña, otros en el lugar que hoy ocupa el Monasterio, y algunos, cuya opinión es la más razonable, indican como sitio más á propósito, allí donde está edificada la capilla de San Miguel, en atención de no hallarse en el monte sitio más espacioso para la fábrica de un templo cual se cree edificarían los romanos con su acostumbrada suntuosidad (1).

(1) Se cree que siendo la capilla de San Miguel la primera que se le-

A mediados del siglo vi un hijo de las cercanías de Nursia, el gran Benito, fundó en el monte Casino un célebre monasterio, y deseando extender por Europa su monástica orden, puso los ojos en España, y á ella envió á sus discípulos. Uno de éstos llamado Quírico, íntimo amigo del Santo fundador, supo que en el centro de Cataluña existía una fragosa montaña, muy propia para el objeto al que le había enviado su maestro. Quiso visitarla y emprendió el viaje. Al descubrirla, representósele la soledad del monte Casino, y volviéndose á sus compañeros les dijo: «En este monte hemos de levantar un templo á la Madre del hermoso y casto Amor.» Y lo erigieron. Hé aquí poco más ó menos cómo cuenta la fundación de este monasterio Liberato Gerundense, monje contemporáneo de Quírico, en su cronicón del año 546, por estas palabras traducidas: «El templo de Venus en el Monte-Serrado es reparado este año por los católicos y dedicado á la Virgen; en él fué puesta una imagen suya de piedra, de admirable hermosura, á la que tenía gran devoción la V. y M. Santa Eulalia de Barcelona. Esta casa se entregó á los monjes siendo Abad Quírico, que en varias partes de España edificó conventos bajo el nombre y título de la Virgen María.» No se tiene noticia individual de la imagen que cita, pues eran cuatro las de piedra que había en la subida de la montaña, las cuales ocupaban diferentes capillas. Vacilan también los autores en asegurar el verdadero sitio donde estuvo edificado este Monasterio; mas todas las probabilidades parecen indicar que fué en el inmediato pueblo de Monistrol, situado al pié mismo de la montaña, y apoyan este aserto en la etimología del nombre, haciéndolo derivar de «*Monasteriolum* (monasterio pequeño)—*Monasteriol*—*Mo-*

vantó en la montaña, y habiéndose erigido en memoria de haber sido declarado el Santo Arcángel patrón de Montserrat cuando la destrucción del templo de Venus, se levantaría dicha capilla en el mismo paraje donde estuvo edificado aquél, como lo atestiguan los cimientos que todavía se conservan.

nistrol;» y no es extraña esta duda, pues pasados dos siglos, después que los virtuosos hijos de San Benito habían hallado la paz en este nuevo Casino, fué turbado su sosiego por el estruendo de la guerra.

La mayor parte de los conventos desaparecieron, y por espacio de cuarenta años los árabes fueron dueños de la España Tarraconense. Los monjes de este Monasterio huyeron á los más espesos sitios de la montaña en donde los alcanzó el alfanje musulmán. Mientras Barcelona se defendía aguerrida, los ministros del Evangelio escondían en los antros de las montañas las imágenes, pues los templos que no servían á los moros ni para mezquita, ni para cuadra de caballos, eran arrasados hasta en su base ó entregados á las llamas. Tal fué la suerte de Montserrat.

Viendo los catalanes perdida su rica joya, juraron vengarla. Cuatro veces fué perdida y otras tantas recobrada Barcelona; en una de las primeras se refugiaron los catalanes en Montserrat, en cuya montaña levantaron en poco tiempo cinco castillos. Hoy no hallará ya el viajero ninguno de ellos, pero sabrá los sitios donde fueron edificados.

En unos apuntes que dejó el último Abad de San Benito de Bages, que antes había sido monje del Monasterio de Montserrat, fallecido en 1862, se lee, que la montaña de Montserrat, aunque situada no lejos del centro de Cataluña, fué por espacio de muchos años frontera de moros y cristianos; lo que se prueba, dice, por los cuatro (1) castillos.

Estos castillos más tarde se perdieron, poseyéndolos los moros, hasta que Wifredo II se los ganó, como lo afirma el conde Berenguer Borrell en la escritura de 1023 restableciendo el Monasterio de Ripoll en la posesión de Santa Cecilia, y demás «*quæ atavus meus, dice, Wifredus tulit de manu agarenorum*»

(1) Algunos sostienen que no fueron cinco sino cuatro los castillos de Montserrat.

En 888 donó Wifredo II á Ripoll el alodio «*Ecclesias quæ sunt in cacúmine montis vel ad inferiora ejus cum ipso alode,*» que es precisamente el sitio en que estaban los dos castillos de Montserrat y de Marro.

En la misma escritura de donación, refiriendo lo que da, dice: «*et in ipsa marcha*» (el condado de Urgel) «*et in alio loco in ipsa marcha juxta civitatem Tarragonam et in alio loco in ipsa marcha locum quem nominans Monteserrato ecclesia, etc.*» por lo que se ve, que la frontera ó marca en aquel tiempo era viniendo por el condado de Urgel en la Segarra hasta Montserrat, cuya montaña por el lado de Poniente y Mediodía mira al Panadés y Tarragona estaba en poder de los moros, y del lado del Norte y de Levante cubría con dichos castillos á Manresa y toda aquella comarca hasta el Vallés, era posesión de los cristianos.

Esto se ve más claro inspeccionando el terreno, pues desde el punto de la montaña en que está situada casa Massana, donde estaba el castillo de la Guardia, sigue una cordillera de montes en los que se conservan los que se llaman castillos de la Segarra, que señalaban la marca ó frontera que insinuía la escritura del conde Wifredo, todo lo cual está conforme con lo que dicen los historiadores.

Vino después de Wifredo de Arria, conde gobernador de Barcelona, que echó á los moros de Montserrat, Wifredo el primer soberano, y con él vino otra vez el Monasterio. ¿Sabe el lector cuál fué el soplo que dió vida á este Santuario? El de la Madre de Dios. En aquel tiempo acaeció la

Invención de la Santa Imagen

Ocupados unos jóvenes pastores en guardar su ganado, que al pié de la montaña pacía, observaron que al extender la noche su negro manto bordado de estrellas, una purpúrea claridad iluminaba repentinamente la atmósfera, y en un punto fijo del monte brillaban millones de luces que al parecer del empíreo descendían, y esto únicamente los sábados. Alelados con lo que observaban los sencillos pastores, casi se olvidaban de recoger el ganado, hasta que, adelantando la noche, volvíanse al lugar de Monistrol (1), donde moraban sus padres ó amos. No bien llegados al hogar doméstico, cuando reuniendo

(1) Otros dicen que á Olesa, es más probable fuese Monistrol, pues los pastores de esta última población podían apacentar sus rebaños por la falda del Montserrat sin necesidad de pasar el río, cuando los de Olesa, sobre estar más lejos, no pueden hacerlo sin que vadeen el Llobregat; á más de que Olesa pertenece al obispado de Barcelona, y Monistrol pertenecía entonces al de Manresa y Vich. En aquella época, Monistrol no constituía población independiente de Olesa. La casa en la cual servían dichos pastores, existe, como queda dicho, en el día, llamada Riusech, propiedad por sucesión legítima en línea recta, del muy noble señor de Olcina y de Torres, Olsinellas de la Peruda y Riusech, conocido en el país por *lo C'baller de Monistrol*, quien, aun cuando no tenga su vecindad en esta villa, sino en Barcelona, pasa en ella largas temporadas en los veranos. La tradición del hallazgo de la Santa Imagen consta en varios documentos del archivo de la casa, conformes con las notas del archivo de Montserrat. En casa Riusech se habían guardado con mucha veneración en una urna forrada de terciopelo verde los platos y escudillas en que comían los dichos pastores, hasta que en 1818 con la entrada de los franceses en Monistrol desaparecieron, conservándose la urna hasta el 25 de Enero de 1837 que, apoderándose de Monistrol la partida llamada Ronda del Vallés, al mando de un tal Pereján, algunos de los que la formaban arrancaron el terciopelo de la urna para hacerse con él dos chalecos.

al derredor suyo sus parientes, amigos y conocidos les contaban lo que habían observado, quienes, á pesar de los por menores y candidez con que lo referían, no querían dar crédito á su sencillo relato, considerándolo ilusión del sueño ó de la acalorada fantasía de los pastores.

Divulgóse, empero, el suceso, y llegando á oídos del párroco del lugar, gran siervo de Dios, determinó ir un sábado á ver el fenómeno. Apenas el astro del día pintaba con rojizos colores las cúspides de los conos del prodigioso monte, se puso en marcha una devota comitiva, dirigiéndose al sitio en que tenía lugar el prodigio. La campana del pueblo con majestuoso sonido daba con toda pausa y solemnidad la señal del *Ave María*, cuyas campanadas, repetidas por cien ecos escondidos en aquellos precipicios, parecían dar la señal de renovarse el portentoso.

Atónito con tal visión, así el párroco como el pueblo, determinaron escudriñar el sitio donde paraban las luces, y vieron que era una cueva en la cual encantaba una celestial melodía, producida por la más suave y deliciosa de las músicas, y cuyo ambiente perfumábase de aromática fragancia. Admirado el buen sacerdote de lo extraño del caso, y no atreviéndose por sí solo á deliberar, pasó á consultarlo con el obispo de Manresa y de Vich, que estaba de asiento en la primera de dichas ciudades, pues había Catedral en ambas, y la última se hallaba en poder de los moros.

Asegurado de su certeza, el virtuoso prelado Gundemaro ó Gottomaro, que así se llamaba, por muchos informes y contestes testigos, determinó ir en persona acompañado de varios distinguidos eclesiásticos, del citado cura de Monistrol y algunos caballeros de Manresa á situarse en las cercanías de la montaña á fin de poder legalizar el prodigio. Llegados al sitio privilegiado, viéronse á la hora acostumbrada, como dice muy bien un escritor contemporáneo, bañados por una nube de odorífera fragancia, asistiendo al espectáculo de una lluvia

de estrellas que en forma de corona de brillantes circundaban la sagrada peña donde resonaba la angelical armonía. Tan celestial arrobamiento duró hasta que los astros señalaron la media noche, en cuya hora volvieron á adquirir su dominio el silencio y la oscuridad. El prodigio había cesado.

En vela sin poder conciliar el sueño pasó la noche el virtuoso obispo. Al Señor rogaba le designase su voluntad en aquel portentoso, cuando la rubicunda aurora con risueño semblante, le vino á anunciar que el día había ya llegado. Llamó en seguida al cura y le dijo: «Haced que á toda costa y con la mayor devoción se escudriñe el sitio donde vimos las luces.» No hubo de repetir el mandato, pues ordenado el pueblo en numerosa procesión, costeando las orillas del Llobregat, llegó á la falda de la montaña. Confióse el escrutinio á los más robustos mancebos del lugar, quienes emprendieron inmediatamente la marcha cual ligeros cabritos, volando más bien que andando, ya por las agudas puntas de los peñascos, como por los bordes de horrendos precipicios. A costa de no poca fatiga dieron con la boca de la cueva, oculta entre la más salvaje aspereza del monte, penetraron en ella, y en la concavidad de una roca encontraron la sagrada imagen de la Santísima Virgen Madre de Dios, que, cual amenísimo vergel, despedía la más deliciosa fragancia (1).

Un grito de alegría dado por los jóvenes y repetido por los ecos de la montaña dió á conocer á los que en su falda habían quedado, la buena nueva de haber encontrado tan celestial tesoro.

No se describe aquí esta Santa Imagen, como lo hacen algunos autores; se hará al describir el camarín. Según opinión de algunos autores, trajo esta Imagen á España el apóstol San Pedro, dicen que es obra de San Lucas, y que fué escondida

(1) Todavía despide hoy un suavísimo olor que se percibe muy bien cuando se la va á besar la mano.

en tiempo de los sarracenos después de haber sido venerada por mucho tiempo en la iglesia de los santos Justos y Pastor de Barcelona (1).

Tomóla, pues, en brazos el obispo Gundemaro, y volviéndose á ordenar la procesión determinó trasladarla á la Catedral de Manresa. Venciendo insuperables obstáculos, y abriéndose paso por entre las escabrosas peñas, se dirigieron al sitio donde hoy se levanta el actual Monasterio para tomar el camino de la capital de la diócesis. Apenas llegada en él la venerable Imagen, cuando los piés de los que la conducían no pudieron desprenderse del suelo, como si éste fuese de imán y aquéllos de acero. La Virgen manifestaba su voluntad. Había escogido aquel monte para su morada, y no quería aban-

(1) Refiere este suceso el P. Argaiç citando las palabras de Luitprando, que, traducidas del latín dicen así: «La imagen de Santa María de Montserrat es anterior á los tiempos de San Severo, obispo de Barcelona, bajo la dominación de los godos, á la cual tenía el santo obispo una acendrada devoción, como también la tenía Santa Eulalia la barcelonesa, según se escribe.» Y más abajo añade: «Este año (718), el día décimo de las calendas de Mayo, Eurigonio, capitán de los godos, y Pedro obispo, ocultaron del furor de los moros una imagen sagrada de la bienaventurada María en el monte dicho Aserrado y dentro de una cueva. San Pedro apóstol, pastor universal y príncipe de los apóstoles, dejó esta imagen en Barcelona cuando predicó en España; y pasados muchos años San Paciano, obispo de la misma ciudad, consagró una iglesia de su nombre á la imagen dicha de la bienaventurada María Jerosolimitana por haberla hecho con sus propias manos en Jerusalén el evangelista San Lucas.»

La iglesia de San Justo y San Pastor conserva todavía la memoria de esta permanencia de la Santa Imagen y le cede el honor del puesto más encumbrado en el altar mayor. La efigie de María de Montserrat puesta sobre los santos titulares, está dominando y como presidiendo el templo que en otros tiempos llevaba su dominación: y los feligreses de esta parroquia la tienen una devoción especial. La tercera capilla á la izquierda de la entrada á dicha iglesia está consagrada también á la Virgen de Montserrat, y en ella hay establecida una Cofradía. Recientemente se ha colocado su imagen en la ojiva de la puerta mayor.

donarlo (1). Pasados los primeros momentos de sorpresa, conoció el obispo con tan patente y manifiesto milagro la voluntad de la Soberana Señora, y determinó edificar en aquel sitio una capilla en honor de Nuestro Señor Jesucristo bajo el título é invocación de su Santísima Madre. En efecto, se levantó una capilla, pobre y tosca, que el obispo puso al cuidado del mencionado curà, y éste fué el primer templo que la gratitud de los fieles levantó á la Virgen hallada en la montaña.

En esta capilla permaneció por algún tiempo la sagrada Imagen, hasta que, según una rara y original tradición, se fundó el Monasterio por el desenlace de una trágica historia. Todos los catalanes saben lo que pasó á

Juan Garín

En tiempo de Wifredo, vivía penitente en Montserrat un hombre flaco, de poblada barba, que con tostada mano empuñaba un tosco cayado, y á quien la campana del milagro, que colgaba de los dos pilares de la capilla de San Acisclo y Santa Victoria, tocaba por sí sola saludándole al pasar. Este hombre habíase labrado una vivienda de águila en una roca casi inaccesible (2) para desde allí mantener mejor sus coloquios con Dios. Imponíase cada año una santa romería á la capital del orbe cristiano, Roma, y dice la tradición que las campanas de

(1) Es tradición que el sitio en que sucedió este prodigio está casi debajo del camarín que ahora ocupa la Santa Imagen, levantándose allí una cruz en memoria de este suceso; mas como en aquel sitio, por ser un barranco, no podían edificar la capilla, la construyeron un poco más hacia Poniente.

(2) La cueva de Garín está en las rocas que hay encima de la fuente del portal, y aunque no se vé desde el Monasterio está indicado el sitio por una cruz negra sobre una columna cenicienta. Parece inaccesible la subida, y sin embargo por un camino, relativamente cómodo, se puede ir á visitarla. Desde allí se domina el Monasterio á vista de pájaro.

la ciudad santa saludaban al ermitaño de Cataluña, de la misma manera que lo hacía la de Montserrat.

De esta suerte, olvidado del mundo, parecía que nadie envidiaría su bienestar; mas no fué así. El hombre tiene enemigos que intentan perderle, y el penitente Juan Garín (1), como hombre, también los tenía. El espíritu del mal, astuto y sagaz contrario del género humano, había jurado la perdición de Garín y puso en práctica toda su táctica infernal; tomó al efecto la forma de humilde ermitaño, de blanca barba y penitente sayo, mientras procuraba que Wifredo, conde soberano de Barcelona, trajese á su hija Riquilda á Montserrat.

Un día al dar Juan Garín su acostumbrado paseo vespertino, se encontró con el nuevo ermitaño, contempláronse ambos un rato sin articular palabra, hasta que por fin rompió el silencio el supuesto penitente, quien hizo á Garín varias curiosas preguntas, tales como si habitaba aquella montaña, si hacía vida anacorética, manifestando grande extrañeza que en tres años que, decía él, habitaba en el monte, jamás le hubiese encontrado, sin olvidar de manifestarle que él era un gran pecador que había venido á pedir perdón á Dios de sus enormes culpas, en la soledad, en el silencio, con el rezo y por medio de la mortificación. Garín, como si presumiese su hipocresía, rehusaba su compañía, dándole á entender que era muy amigo de la soledad. El fingido ermitaño, al contrario, instábale que viviesen en santa unión, y á fin de atraerse á Garín redoblaba sus penitentes exterioridades, de suerte que acabaron por ser los dos mayores amigos del mundo.

Acompañado Wifredo de la comitiva que su posición requería y de su bella hija, la joven Riquilda, llegó un día, después

(1) Juan Garín fué natural de Valencia, donde hay aun familias de este apellido, y descendiente de la noble sangre de los godos. Así lo escribe Hispalense, quien dice que eligió el retiro de Montserrat el año 898.

de haber vencido no pocos obstáculos, á la cueva de Garín, quien, admirado y curioso al oír en aquellas fragosidades resonar voces humanas y relinchos de caballos, salió de su gruta cubierto el cuerpo de un áspero sayal. Saludóle Wifredo y díjole, que sabedor de la reputación y fama de su santidad, deseaba confiarle por algún tiempo á su hija, á fin de que la guiase con sus santos consejos por el camino de la virtud y del servicio de Dios. Asombrado el austero anacoreta, no tanto de la extraña visita como de su inexplicable motivo, no sabía qué decir á Wifredo; mas una vez vuelto en sí de la sorpresa que le había causado, una humilde negativa de Garín obligó al conde á emplear todos los ruegos para que el solitario varón consintiese en guardar á su lado á la joven Riquilda. A tantas súplicas, y de tal personaje, que casi podían interpretarse como mandato, accedió por último Juan Garín y quedóse en su compañía la hija del conde. Gozoso éste con haber podido conseguir que aquel buen solitario se encargase de la curación y santificación de su hija, marchóse al pueblo inmediato á aguardar que terminara el plazo para volver á estrechar entre sus brazos á su amada Riquilda, regenerada por la oración y los buenos ejemplos.

Ya queda dicho que Satanás se había hecho íntimo amigo de Garín; esta amistad duraba todavía, y su penitente aspecto hacía creer al bueno del anacoreta que tenía la dicha de tener por consejero al más santo varón, al cual consultaba todos los días.

De la estancia de la doncella cerca de Garín, se valió el fingido ermitaño para lograr sus infernales proyectos; y tentándole, hacíale distraer de su cotidiano rezo y poner los ojos en una beldad que no debiera haber admitido, por más que el conde se lo rogara. Conociendo Garín que la presencia de la joven era lo que debilitaba su fervor, fué en busca de su vecino colega, y manifestóle su situación y el deseo de abandonar aquel sitio. El hipócrita anacoreta con fingido misticis-

mo contestóle, que tal vez era aquella una dura prueba á que el Señor le sometía, para que brillase más su santidad con la victoria que sobre sí mismo conseguiría después de vencida la tentación. Respuesta digna del que la daba; pues Garín, por más que hacía todos los esfuerzos posibles para luchar, le eran cada día más frías las palabras del rezo que balbuceaba, pero más ardientes las llamas de criminal pasión que en su corazón nacían para con la joven que guardaba.

Un día la más horrorosa tempestad rugía en el corazón del pobre ermitaño; cual dos electrizadas nubes que chocan en el aire, batallaban dos encontrados afectos en su agitado corazón. Venció por fin el cuerpo, y desplomóse aquel cedro del Líbano.

Juan Garín fuera de sí, cual loco frenético, trepaba por las empinadas rocas, dirigiéndose á la habitación del otro anacoreta; á nadie veía, nada oía, todo era confusión, todo remordimiento, todo fantasmas que le burlaban al pasar. Las intenciones del infierno se habían cumplido, y Garín, siguiendo los estímulos de la carne, había faltado á sus votos, á la ley de Dios y al respeto debido á la hija del conde Wifredo. Llegado á la cueva del fingido ermitaño, le dijo:—«¡Hermano! soy un criminal, un monstruo, en mi cueva hay una doncella violada y vengo á pedir un consejo. ¿Qué haré? ¿Me quitaré la vida despeñándome por estos derrumbaderos?»—«No, le contestó el hipócrita penitente, ¿ignoráis acaso que el suicidio es el crimen de los crímenes? El verdadero crimen es el escándalo.» Y alargándole un cuchillo, continuó: «Abrid un profundo hoyo, y cuando el sol de mañana bese las cumbres del monte, debe quedar sepultada la joven. Degolladla, pues, y queda reparado el escándalo.» Empuñó Garín el cuchillo y se dirigió á su cueva.

Poco tiempo empleó en preparar el hoyo, asesinar á la hija del Conde, quedar enterrada la desventurada Riquilda al pié de un árbol en el sitio donde hoy se levanta el Monasterio, des-

aparecer el fingido anacoreta dando una infernal carcajada, y caer desmayado el doble criminal sobre su inocente víctima.

Ya el sol doraba las cimas del monte, cuando Garín recobró sus sentidos, y conociendo la deformidad de su delito, resolvióse ir á Roma, echarse á los piés del Padre Santo y confesárselo todo, como en efecto lo hizo. En vista de la confesión de Garín, díjole el Sumo Pontífice que hombre que tales crímenes había cometido no merecía mirar al cielo. Y á este fin le impuso la penitencia de volver á su cueva andando á gatas como los brutos, guardar eterno silencio y alimentarse sólo de yerbas, añadiéndole que debía vivir así hasta que un niño de pocos meses le anunciase que Dios ya le había perdonado.

Sumiso obedeció Garín el mandato del Papa, y andando como los irracionales, salióse de la ciudad santa, y dirigióse otra vez á Montserrat. Mientras tanto se descubrió, como se ha dicho, la Sagrada Imagen, y construyóse la mencionada capilla.

«Con el tiempo, camino y encontrar con matas, zarzales, garrigales y abrojos, dice el ya mencionado Pujades, rasgados los vestidos, descubiertas las carnes, le puso el rigor del frío en invierno y el calor del sol en estío como un etíope; las húmedas influencias de la luna, inevitable sereno, y los menuditos rocíos de la mañana, con la poca comida y peor bebida, le disecaron las carnes é hicieron crecer el vello con tan largas guedejas que no parecía otra cosa que un salvaje.»

Más que hombre parecía Garín un monstruo, cuando fué descubierto por unos cazadores que acompañaban al conde Wifredo, quienes, tomándole por un animal desconocido y extraño, y viéndole tan manso, atáronle una cuerda al cuello, y lo trajeron al palacio condal de Barcelona, llamado Vall-*daura* (1), donde estuvo expuesto debajo de una escalera, para que fuese la admiración y asombro de todo el pueblo.

(1) Este palacio estaba situado en Barcelona en la Riera de San

Cierto día que el monarca catalán celebraba en espléndido banquete el feliz natalicio de un hijo suyo, uno de los convidados pidió al Conde le mostrara la fiera que había cazado en Montserrat. Accedió Wifredo á la súplica, y condujeron á Juan Garín al salón. Al verle; un niño de cinco meses, rompiendo el habla, dijo, con asombro de los circunstantes, estas palabras: *Levántate, Juan Garín, que Dios ya te ha perdonado.* Al oirlas, levantóse la fiera, y el monstruo, volviendo á su primitivo estado de hombre, echóse á los piés del Conde, á quien confesó su crimen; explicóle su viaje á Roma y su rara penitencia, y le pidió un perdón que Wifredo no podía negarle, pues en nombre de Dios le había perdonado un niño de tan tierna edad. Ansioso el Conde por saber donde yacia su adorada hija y trasladar sus restos á la córte, pidió á Garín le mostrara su fosa, y al día siguiente, con numeroso séquito de nobles caballeros, se dirigió á Montserrat.

Llegados al sitio donde se había levantado la capilla de la Virgen recién hallada, enseñóles Garín el lugar de la sepultura de Riquilda (1). El conde mandó cavar, y con sorpresa de los asistentes apareció viva á los ojos de todos la hija de Wifredo, conservando sólo en el cuello, como un hilo de encarnada seda, la señal del cuchillo de Garín. Gozoso el padre del portentoso hallazgo de su hija, volvióse á Barcelona donde la noticia del prodigio atrajo al palacio del conde un inmenso concurso que ansiaba saludar á la que la Madre de Dios había

Juan, esquina á la calle de las Magdalenas, en cuyo sótano, no há muchos años, se veían dos figuras antiquísimas que ahora se conservan en el Museo provincial lapidario y representan la escena de Juan Garín.

(1) Según relación de los ancianos, debajo del portal bizantino, único monumento que queda de la iglesia antigua, se veía una losa de mármol azul. Esta losa señalaba, conforme es tradición, el sitio donde se encontró á Riquilda, y dicen que fué puesta allí para memoria del suceso.

librado del sueño de la muerte. Admirado uno de los caballeros, así de la belleza, como del feliz hallazgo de Riquilda, pidióla á Wifredo por esposa, mas la joven contestó que agradecía el obsequio que el caballero le hacía, mas, como deudora que era á la Santísima Virgen del singular favor que le había concedido, deseaba quedarse á servir'a en su capilla de la montaña (1).

Corría el año 898 cuando Wifredo, el gran constructor de templos, mandó fabricar el de Montserrat. Ya no era una simple capilla á lo que servía de base el aserrado monte, sino un verdadero Monasterio, cuando el conde de Barcelona pensó que nadie mejor que vírgenes podrían consagrarse al servicio de la Reina de todas ellas, la Madre de Dios, y á este objeto mandó trasladar allí las monjas benitas que habitaban en el monasterio de San Pedro de las Puellas de Barcelona, fundado por Ludovico Pío, y presentó como abadesa á la joven Riquilda.

Juan Garín, luego de la fundación del Monasterio, en cuya construcción, según dice la crónica, contribuyó con sus propias manos, escondióse en una apartada cueva de la montaña, donde penitente acabó sus días.

Como aquella época era de guerra con los moros, el conde Wifredo hizo fortificar el Monasterio con fuertes murallas que empezaban en la plazuela de San Acisclo y seguían por lo que hoy es huerto de arriba, cogiendo el Monasterio y cerraban en las peñas de la montaña, en el sitio donde hoy se halla la Fonda. Corría la custodia y defensa de esta fortificación á cargo del mismo Conde, quien satisfacía los gastos, á fin de impedir que los moros pudiesen apoderarse de aquel sitio. Para el

(1) En el claustro gótico estaba representada toda esta historia en un retablo de antiguas pinturas que desapareció con el incendio de 1811.

sostenimiento del culto en el Monasterio, dejó asignación suficiente. En aquella remota época ya visitaba la imagen de Nuestra Señora de Montserrat mucha gente, formando romerías.

Por espacio de ochenta años fué Montserrat monasterio de monjas, hasta que en el año 976 el conde de Barcelona, Borrell, temeroso del ejército sarraceno que amenazaba invadir de nuevo el Principado, previa autorización pontificia, sustituyó á las religiosas, que volvió á su antiguo monasterio de San Pedro de las Puellas, monjes benedictinos del Real Monasterio de Santa María de Ripoll, formando una comunidad compuesta de doce monjes con su prior, quienes permanecieron sujetos al Abad del expresado monasterio de Ripoll.

Una vez instalados los monjes, compró Borrell, junto á la iglesia de Santa María, una buena porción de tierras de la montaña que cedió al Monasterio á fin de que tuviera la suficiente renta para su conservación y necesario acrecentamiento. Fué el primer prior Raimundo, que recibió el gobierno el mismo año de su instalación, en 987. La comunidad se componía de dichos doce monjes observantes de la regla de San Benito, con algunos otros buenos religiosos que, deseosos de su perfección, pasaron á cuidar las capillas ó ermitas que hay todavía junto á la iglesia de Montserrat. Antes que éstos ya había ermitaños en dichas capillas, pero vivían sin ninguna sujeción y sin votos religiosos.

Los escritos que hablan del Monasterio en aquellos tiempos, dicen que á más de los doce monjes vivían en el convento doce capellanes, doce ermitaños y doce legos, hasta que, incorporándose esta congregación á la de San Benito de Valladolid, se extendió y tomó un acrecentamiento extraordinario.

Permaneció el prior y comunidad de Montserrat dependiente del monasterio de Ripoll, hasta que Cesáreo, arzobispo de Tarragona y abad de Santa Cecilia, consiguió quitar esta dependencia, en tiempo del primer prior Raimundo; mas duró poco, porque muerto el conde Borrell, su hijo, á instancias de

Oliva Cabreta, entonces abad de Ripoll, devolvió á dicho monasterio la montaña de Montserrat.

El Monasterio antiguo se construyó en la parte de delante de la iglesia primitiva, cuya portada, que se conserva en el



claustro gótico, indica que era de arquitectura románica. Iglesia y claustro cogían desde los aposentos nuevos, en la que hay aún la puerta por la cual se entraba en el Monasterio antes del incendio de 1811, hasta los primeros pórticos modernos, donde se va á construir la nueva fachada del Monasterio. Formábanlo distintos edificios. En la actualidad se está

reconstruyendo la parte arqueológica destruída por dicho incendio, excepto la iglesia, aunque se restaurará la portada románica.

Por esta se puede apreciar el estilo arquitectónico de la primitiva iglesia y la época en que se construyó. A uno y á otro lado había otras dos puertas que no eran románicas, como lo revela una de ellas que quedó todavía en pié. Estas puertas laterales se construyeron mucho más tarde cuando en la época de la arquitectura gótica se ensanchó la iglesia sin seguir el estilo primitivo.

Sucedieronse varios Condes de Barcelona, haciendo todos donaciones y concediendo privilegios á Montserrat. Muerto el último y reinando la casa de Aragón, la esposa de D. Pedro el Católico, D.^a Leonor, fué la primera reina que subió á visitar el Monasterio, cuya fama desde entonces se extendió universalmente, de tal suerte, que todos los días llegaban á Montserrat peregrinos y romeros á cual más penitentes, siendo D. Pedro, llamado el Grande, el primer monarca de Aragón que visitó esta montaña y Monasterio, y en su templo pasó la noche en vela reclamando el apoyo de la Virgen para resistir á los enemigos de Francia que entraban en Cataluña.

Abierto el camino por D. Pedro, el rey D. Jaime II y su esposa D.^a Blanca quisieron seguirlo, visitando la Virgen de Montserrat, á cuyo Monasterio concedieron particulares privilegios y dotaron ricamente, cabiéndoles la satisfacción de que siendo monje su hijo el infante D. Juan fuese nombrado prior del mismo.

Dos veces subió á Montserrat D. Pedro el Ceremonioso, una antes de marchar á la conquista de Mallorca, y otra al regreso de esta expedición, por cuyo feliz resultado presentó á la Virgen una galera de plata.

Tocaba ya á su término el siglo XIV cuando las piedras del sagrado monte se vieron besadas por los descalzos piés de la

reina D.^a Violante, esposa de D. Juan I, la cual, por su acendrado afecto á la Santísima Virgen, subió en tan penitente aspecto á ofrecerle preciosos dones.

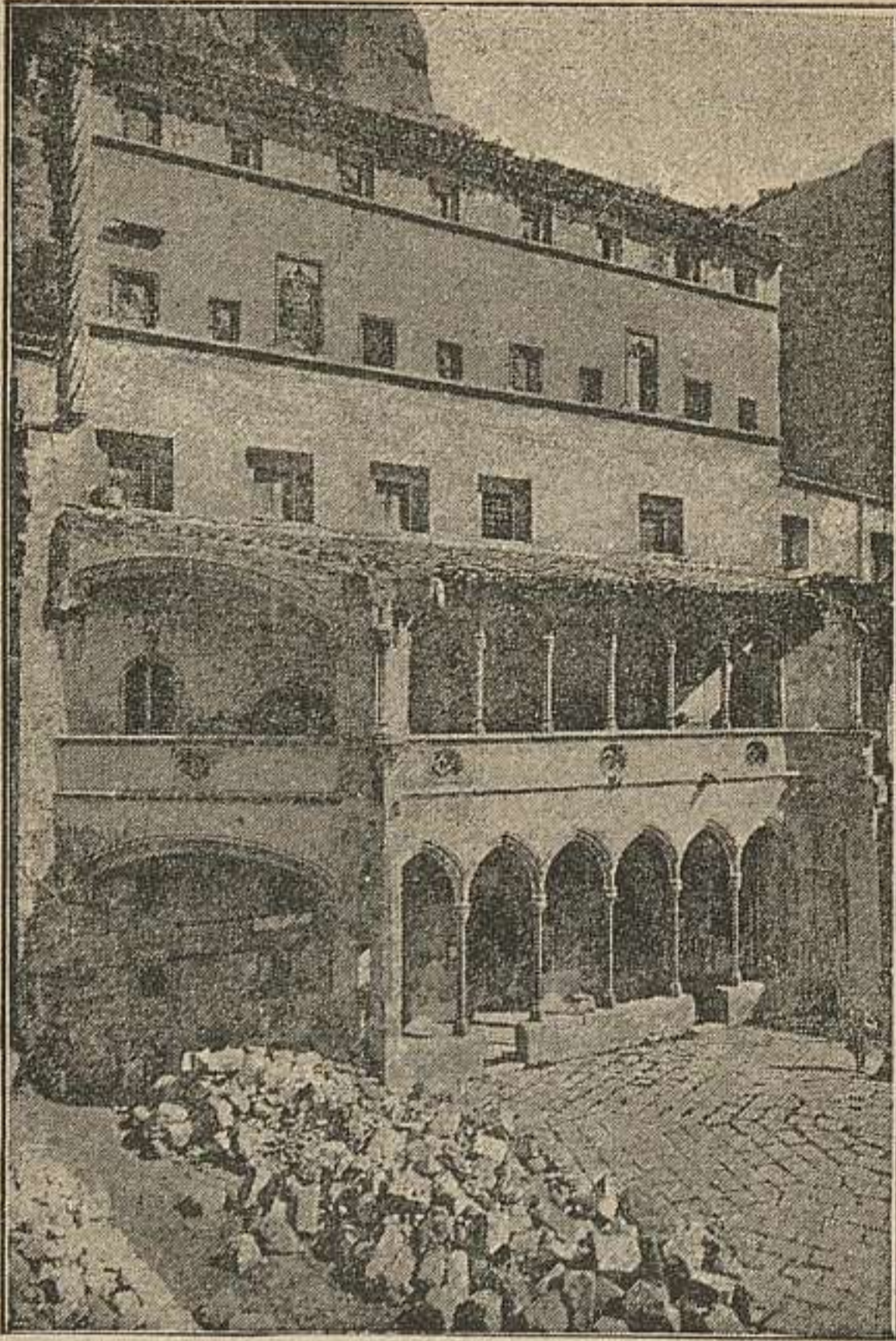
Llegó el año 1410 y concluyó la serie de los priores de Montserrat, en cuya época, siéndolo Fr. Marcos de Villalba, varón doctísimo, y estando el Monasterio en el más feliz estado, el tan famoso Pedro de Luna, antipapa con el nombre de Benedicto XIII, que se hallaba en Cataluña, el mismo que un año antes había estado en Montserrat en compañía del entonces P. Fr. y ahora San Vicente Ferrer, deseando honrar esta iglesia y Monasterio, eligió en dignidad abacial á su prelado, con uso de mitra, báculo, pectoral, anillo y demás insignias pontificales, eximiéndole de toda jurisdicción, y sujetándole inmediatamente á la silla apostólica (1), disposición que después confirmaron Martino V y Eugenio IV. Era en aquella misma época cuando por razón de las contiendas intestinas vino á Barcelona Fernando I y subió en peregrinación á Montserrat, haciendo ricos presentes, como lo habían practicado sus predecesores.

Los bandos en que estaba dividido el reino de Aragón fueron causa de continuas disensiones entre los monjes catalanes y castellanos de Montserrat, por cuyo motivo, prendado Alfonso del buen ejemplo y observancia de la comunidad del monte Casino en Nápoles, á fin de apaciguarlas, hizo que vieran seis religiosos eminentes, de entre los cuales salió el abad Fr. Antonio de Aviñón, que entró á ocupar la vacante que por su fallecimiento dejó el Abad Villalba. Este recurso, sin embargo, no produjo el efecto que se apetecía, pues no pasó mucho tiempo sin que tuviesen que volver á Italia los monjes casinenses.

Durante el gobierno del Abad Fr. Julián de La Róvere, que renunció el gobierno de Montserrat por la tiara, pues por ser

(1) *Dat. Perpiniani; V Idus Junii anno MCDX.*

cardenal fué elegido Papa y pasó en 1503 á ocupar la Santa Sede con el nombre de Julio II, se terminó el ensanche de la iglesia, en el cual, en vez de seguir el estilo románico, se adoptó



Claustro é iglesia antiguos

el gótico en las dos naves laterales que se añadieron, como lo atestigua la mencionada puerta del claustro gótico, perdiendo el templo su belleza primitiva, como se hizo también en aquella época en el de San Pedro de las Puellas de Barcelona y en el de Santa María de Ripoll, ambos del mismo estilo románico y

de la misma orden benedictina, y lo atestigua asimismo la preciosa puerta gótica de la galería superior del claustro que daba al coro, por el estilo de la que hay en el claustro de Santa Ana de Barcelona, cuya construcción es exactamente igual á la del claustro de Montserrat que se está reparando, construído en 1460 por dicho Abad La Róvere. Este mandó labrar en dicho claustro su escudo de armas, en el cual se ve un roble con dos ángeles. Este escudo alternaba en los cuatro ángulos del claustro con el escudo del Monasterio.

Era este claustro obra de los arquitectos de Barcelona maese Jaime Alfonso y maese Pedro Basset. Por las dos esculturas que han quedado sosteniendo los arcos angulares, que figuran un buey y una águila, llevando ésta una cinta en la boca en la que se lee IOAN... se colige que en cada uno de los cuatro ángulos estaba simbolizado uno de los cuatro Evangelistas. En las piedras que sostienen el otro extremo del arco quedan dos figuras de hombre, una de las cuales tiene un pergamino desarrollado en el que se lee en caracteres góticos: "*Qui in Maria confidit q'cumque petitit accepit.*" (Quien confía en María recibe cuanto pide).

Dos escrituras de 1223 y 1273 son los primeros datos que revelan el ensanche de la iglesia, hablando de sus nuevos altares de Santa Catalina y Santa Ana. En el siglo XIV consta una formal restauración, según el relato consignado en el archivo prioral, cuyo tenor es que á 11 de Octubre de 1341, siendo prior el P. Raimundo de Vilaregut, se consagró una nueva iglesia y altar á Nuestra Señora, asistiendo el infante D. Jaime conde de Urgel, el arzobispo de Tarragona Arnaldo, y gran número de prelados y nobles caballeros. Consta asimismo que en igual fecha se puso reloj á la torre, y que más tarde se labró el claustrillo para desahogo de los monjes.

La iglesia tenía aproximadamente 25 metros de largo, 17 de ancho y 10 ú 11 de elevación su bóveda. Ocupaba principalmente la actual portería y escalera del Monasterio y los

apoyados de San Fulgencio y San Leandro (1), desde la puerta bizantina del claustro, y se ve comprobado por las dos lápidas rectangulares de piedra común, una en latín y otra en castellano que dicen:

PHILIPPO
TERTIO HISPANIA-
RUM REGI CATTO-
LICO PRESENTE
DEIPARÆ VIRGINIS
IMAGO HINC IN
TEMPLUM NOVUM
TRANSLATA FUIT
V IDUS JULII ANO
MILLESIMO QUIN-
GENTESIMO NONO
CUM HIC SEPTIN-
GENTIS ET HUNDE-
CIM ANNIS MI-
RACULIS CLA-
RUISET

AQUÍ ESTUVO LA
SANTA IMAGEN
DE NUESTRA
SEÑORA SETECI-
ENTOS Y ONCE
AÑOS: Y DE AQUÍ
FUÉ TRASLADADO
A LA IGLESIA
NUEVA Á ONCE
DE JULIO AÑO DE
MIL QUINIENTOS I
NOVENTA I NUEVE
ESTANDO PRESEN-
TE EL CATHÓLICO
REY DE ESPAÑA
PHELIPE TERCERO

El campanario actual es el mismo del templo viejo ensanchado, como lo demuestra el sitio donde se halla, la forma ojival de sus ventanales y su poca elevación, respecto á la iglesia actual. Tiene su entrada por el corredor del primer piso del Monasterio. Su basamento sobre la roca es caprichoso, con columnitas y arcos muy bien labrados. Se va á restaurar dándole la elevación conveniente. Actualmente tiene 20 metros de alto, se proyecta hasta 43. Fué construído en tiempo del Abad Fr. José Torner, á últimos del siglo xvii, quien mandó fundir las dos campanas mayores.

(1) En las paredes de estos aposentos se conservan restos.

El interior de la iglesia antigua había de presentar un severo aspecto, pues en sus paredes estaban colocados los sepulcros y lápidas que hay en los pórticos que preceden á la iglesia actual, los que, desde luego, se echa de ver que allí se hallan fuera de su verdadero sitio. Los restos de mármol que se conservan en el Museo, formaban también parte de los sepulcros de la iglesia antigua.

Una de las lápidas (1) recuerda un glorioso hecho histórico de Barcelona:

Un día llegaba á Montserrat, á cumplir un voto que en penosa enfermedad hiciera, un caballero francés que, habiendo subido á pié la montaña, entraba de rodillas por los umbrales de la casa de María, en la que veló nueve días, en una de cuyas noches concibió el proyecto de fundar una Sociedad religiosa, cuyos miembros se dedicasen á la redención de los infelices cristianos cautivos de los moros, ofreciéndose ellos mismos á entregarse, si necesario fuese, en rehenes por la libertad de sus hermanos. No tardó el caballero en cumplir lo que la Señora, á vista de este proyecto, le mandara, consultándolo antes con su director San Raimundo de Peñafort, y poniéndolo ambos en conocimiento del gran rey D. Jaime I, el Conquistador, á quienes, hallándose en Barcelona, la Virgen les comunicó al propio tiempo igual visión. Por lo sabida que es la historia de la fundación de esta orden, conocerá el viajero que el caballero francés era San Pedro Nolasco, fundador de la real y militar orden de la Merced. Además de la lápida referida, se lee en las lecciones aprobadas por la Silla Apostólica, para el día del santo Patriarca lo siguiente: «*Apud Beatam Virginem Montis-Serrati votum, quo pridie se obstrinxerat exobiit.*»

Antiguamente había á mano derecha un cuadro que representaba al fundador de los mercedarios arrodillado á los piés de la Virgen de Montserrat. La mencionada lápida se hallaba

(1) Se halla en el arco central de los pórticos del patio.

colocada en el mismo sitio donde oró San Pedro Nolasco. Dice así:

HIC S. PETRUS NOLASCO
 VOTO VISITANDI B. B. VIR-
 GINEM SE EXOLVIT, UBI CRE-
 BRÓ DIUQUE ORANS PRIMOS
 IGNES CONDENDÆ RELIGIONIS
 HAUSIT CUI POSTEA GRA-
 TISSIMA VIRGO BARCINONE
 APARENS ORDINEM INSTITU-
 IT ANNO 1218

Aunque no hay lápida que lo atestigüe, consta también que visitó Montserrat otro ilustre fundador.

Dice la crónica, que después de haber fundado San Juan de Mata algunos conventos de la orden Trinitaria en Francia y en Italia, vino desde Roma á Cataluña, donde entregó al rey D. Pedro el Católico las cartas que traía de S. S., y con su real venia y protección fundó su primer convento en el casti- llo de Vingaña, sobre el Segre, y el mismo año, el de 1201, fundó otro en la ciudad de Lérida en el hospital llamado de Pe- dro Moliner. Más tarde, en 1209, deseando establecer también otro convento de trinitarios en la villa de Piera, imploró antes la protección de María de Montserrat, conforme se encuentra en estas palabras del maestro Gil González Dávila, cronista de la órden en España: «En el año 1209, dice explicando su vida, fundó el santo Patriarca el convento de Piera, tres leguas dis- tante del insigne Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, el cual visitó. En él rogó á Dios, poniendo por intercesor el poder de tan Soberana Señora, para que amparase lo que ha- bía plantado, y lo cultivase con el favor de su gracia.»


Otra lápida (1) colocada en la pilastra de la iglesia vieja, en donde Iñigo de Loyo colgó sus armas, recuerda una peregrina historia, cuyos resultados han hecho mucho ruido en el mundo. Era el año 1521, en el que un ejército francés tenía sitiada Pamplona. A pesar de la apurada situación de esta plaza, defendíase bizarramente en su ciudadela un joven y elegante militar, de noble alcurnia, antiguo paje del rey D. Fernando V, cuando un balazo, al herirle en la pierna, le hizo abandonar la muralla. Pronto penetró en la ciudadela el ejército sitiador, cuyo general, á vista del valor del joven herido, interesóse en gran manera por su curación. Convaleciente aún el joven militar hizo voto de visitar á la Virgen de Montserrat y la ciudad santa de Jerusalén. Con no muy firme paso, por causa de la herida, se puso en camino, y llegó al Monasterio de la catalana montaña, donde debía dejar la milicia terrestre y alistarse por soldado de Cristo. Seguro de su total metamorfosis, pidió conferenciar con los monjes (2), quienes después de haberle oído su vasto plan, le dieron á leer libros de ejercicios espirituales que acabaron de decidir al joven capitán. «Era el 24 de Marzo de 1552, según dice Argaiz, cuando el valiente oficial colgó de un pilar de la iglesia sus armas militares, y vestido de un hábito grosero veló las nuevas (las espirituales), como había leído en sus antiguos libros que hacían los noveles caballeros, y se estuvo de pié y á veces de rodillas arrimado toda la noche delante de la Virgen.» Retiróse en seguida á Manresa, y escondióse en la tan conocida cueva de aquella ciudad, desde donde dirigía sus ojos á la célebre montaña, á vista de la cual escribió el tan memorable libro de los Ejercicios espirituales, y desde donde pasó más

(1) Hoy se halla en el paso central de los pórticos del gran patio.

(2) Comunicó su proyecto de mudar de vida con el Rdo. P. Fr. Juan Xanones, varón de esclarecida virtud de profundo saber y prudencia en la dirección de los espíritus, quien le dirigió en su empresa.

tarde á Barcelona, Gaeta, Florencia, Génova, Roma, París, Madrid, etc., dando materia para escribir una historia fecunda en incidentes y conocida de todos, pues las virtudes de su fundador se ven todavía reflejadas en los hijos del entonces capitán español, venerado hoy en los altares con el nombre de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, que tantos beneficios ha hecho y está haciendo á la Religión, á la sociedad, á las ciencias y á las letras.

En memoria de la estancia del Santo en Montserrat, se le dedicó un altar en la misma iglesia, y D. José de Amat fundó una fiesta anual en 31 de Julio, con exposición de S. D. M. y sermón, y el Abad Fr. Lorenzo Neto mandó esculpir una lápida que dice así:

B. IGNATIVS-A-LOYOLA-
 HIC-MVLTA - PRECE - FLETV-
 QUE - DEO - SE - VIRGINIQUE
 DEVOVIT-HICTAMQUAM
 ARMIS - SPIRITALIB9 -
 SACCO-SE-MUNIENS-PERNO-
 CTAVIT-HINC-AD-SOCIE
 TATEM-IESV-FVNDAN
 DAM - PRODIIT - AN
 NOM-D-XXII  F. LAVREN NE
 TO. ABB. DICAVIT.
 AN. 1603.

También estaba en tiempo antiguo representado este hecho por un cuadro de la Virgen de Monserrat y San Ignacio de Loyola (1).

(1) En la catedral de Barcelona hay un precioso altar en el cual está representado San Ignacio arrodillado á los piés de la Virgen de Montserrat. Este altar recuerda tres hechos: 1.º el que acabamos de referir; 2.º la devoción que San Ignacio tenía de ir á la Santa Iglesia durante el rezo de las horas canónicas, pues era muy devoto de Santa Eulalia,

De este templo solía decir Carlos V á sus privados cuando se hallaba en Monrserrat: «Las paredes de este Santuario están ahumadas y siento en ellas tanta devoción y una cierta deidad que no sé significar.»

En los primeros años del reinado de D. Fernando el Católico vino á Barcelona este príncipe á jurar, según costumbre, las leyes y privilegios catalanes, y acordándose de que cuando sólo tenía nueve años, la Reina su madre le había presentado á la Virgen de Montserrat, quiso visitarla otra vez, y este Monasterio se enaltecíó teniendo por huéspedes á D. Fernando y á D.^a Isabel, quienes, entre varios dones que ofrecieron á la Santísima Virgen, regalaron dos magníficas lámparas de plata.

Dominando ya en aquella época el afán de subyugar Castilla á Cataluña, agregaron los Reyes Católicos el Monasterio de Montserrat á la congregación de San Benito de Valladolid, y después de allanadas las dificultades que se presentaron, que no fueron pocas, tomó posesión el prior del mencionado Monasterio de Castilla y fué nombrado Abad Fr. García de Cisneros, prior segundo del mismo, varón insigne, de la ilustre sangre de los Cisneros, sobrino del célebre Cardenal de este apellido.

Un día, entre los muchos que Carlos V visitó Montserrat, cuando sólo contaba 19 años, saliendo del templo acompañado de su maestro Adriano de Utrech, Cardenal y obispo de Tortosa en aquel tiempo, Regente de Castilla después, y más tarde Sumo Pontífice, halló el patio lleno de soldados con dorados trajes, llevando en las manos brillantes antorchas, por entre las cuales se adelantaban solemne y pausadamente algunos caballeros. Era la embajada que, presidida por el conde Palatino, iba á ofrecerle, en nombre de los electores de Ale-

patrona de Barcelona, y 3.º el haber permanecido algunos días en dicha catedral la Sagrada imagen de la Virgen que se venera en el Monasterio.

mania, la corona de Carlo-Magno. A tal noticia cayó Carlos de rodillas á los piés de la Virgen, y al levantarse dió al padre Abad el título y privilegio de Sacristán mayor de la corona de Aragón. Al día siguiente partió para Barcelona.

No fué esta la única vez que el César visitó Montserrat, sino que fueron varias, cuyas épocas han hecho fasto en la historia. Según Sandoval, Carlos V subía á menudo á Montserrat, residía en el Monasterio algunos días, ensayando, digámoslo así, la vida claustral que más tarde había de abrazar en Yuste; paseaba por la montaña, y conferenciaba con el Abad. El año 1533, tercera vez que subió á Montserrat, se encontró en el Monasterio el día de la festividad del *Corpus*; y tomando su vela, como tenía de costumbre cada año, acompañó al Santísimo Sacramento con piedad edificante. Tenía un gusto particular de encontrarse en el Monasterio los días más solemnes, contribuyendo á la brillantez de la fiesta con su presencia y la de su corte y con su generosidad.

Atribuía á María de Montserrat las victorias que alcanzaba; y no olvidándose jamás de las delicias que hallaba en su santa casa, la invocaba de todo corazón antes de entrar en batalla.

En Montserrat se encontraba, según parece, cuando recibió la noticia del descubrimiento de la Nueva España por Hernán Cortés; y entre los riscos de Montserrat supo la derrota de los moros de la isla de Gelbes por D. Hugo de Moncada, antes de ir á tratar con el Papa y con el rey Francisco I al partir para la expedición de Túnez.

Sitiada tenía ya el César la berberisca ciudad en 1535, cuando se celebró en Montserrat una ceremonia digna de referirse. A fin de que nuestras armas saliesen vencedoras de la empresa, hizo Barcelona solemnísimas rogativas, en las que se distinguió muy particularmente la ilustre parroquia de Santa María del Mar, cuyo comunidad de beneficiados acordó enviar al Monasterio de Montserrat doce de sus individuos para pe-

dir á la Santísima Virgen el triunfo de las armas católicas. A los doce sacerdotes acompañaron hasta doscientos feligreses de la parroquia, la mayor parte del sexo débil en hábito de penitencia. Llegaron á pié al Monasterio el día de Santa Margarita, donde en unión de los monjes y ermitaños ordenaron una devota procesión por la iglesia y claustros. Tan fervorosa rogativa alcanzó lo que se habían propuesto los que la hacían. Más tarde se supo que Carlos V había tomado á Túnez el mismo día que en Montserrat hacían tan devota procesión los parroquianos de Santa María del Mar de Barcelona.

La falta de salud de la Emperatriz Isabel la impedía acompañar al César en sus romerías, y como fuese cada día de mal en peor, una devota comitiva de barceloneses pasó procesionalmente á Montserrat á pedir á la Madre de Dios el restablecimiento de su amada soberana. Al cabo de poco tiempo la Emperatriz mejoró notablemente, y deseosa de dar las gracias á la Santísima Virgen, antes de encontrarse del todo restablecida, determinó subir á su vez al Monasterio acompañada de su caballero mayor el marqués de Lombay, que más tarde fué duque de Gandía, virey de Cataluña, después jesuita, el mismo que hoy veneramos en los altares con el nombre de San Francisco de Borja (1), con quien iba su esposa doña Leonor, dama de la Emperatriz, y otros caballeros y señoras de distinción. Antes de partir quiso la Emperatriz dejar una memoria de su visita, y regaló un porta-paz de plata dorada, obra maestra del arte, cuya labor de manos costó 2,000 ducados, y un pequeño navío, todo de oro, guarnecido de diamantes, apreciado en 10,800 pesos.

Sabidos son los últimos fastos de la historia del célebre Carlos V, que tantas veces, según se ha visto, visitó Montserrat. Pues bien, una vez retirado á Yuste, y conociendo llegada ya

(1) D. Juan de Borja, duque de Gandía, padre de San Francisco, ofreció una lámpara de peso 13 marcos y la dotó.

su última hora, dijo á los que le asistían: «Ya es tiempo, dadme aquella vela y aquel Crucifijo;» y tomando en una mano la vela bendita de Montserrat y en la otra el Crucifijo, después de una corta plegaria, entregó su alma al Señor el día 21 de Setiembre de 1558.

En sus visitas al Monasterio, dejó Carlos V muchas pruebas de su real munificencia. Alcanzóle de Roma un sinnúmero de privilegios, concedióle el patronazgo y dominio sobre la villa de Olesa y otros territorios, y le hizo cuantiosas dádivas.

Pocos años después, la hija de estos emperadores, doña María, acababa de contraer matrimonio con el emperador Maximiliano II de Austria, y aunque éste había estado en Montserrat á la ida, quiso á la vuelta, en Enero de 1551, pedir la bendición á la Virgen, y visitó de nuevo el Monasterio en compañía de su esposa. Servía á la sazón de paje á esta señora, el joven D. Luis de Gonzaga, hijo del marqués de Castellón, quien antes de morir vistió la sotana de jesuita y, viviendo aun su madre, fué canonizado con el mismo nombre. Al regresar la Emperatriz de Alemania, al pasar hacia Madrid, se detuvo algunos días en Montserrat y con ella su paje Luis, que sirvió á su señora todo el tiempo que permaneció en la montaña.

«En mis Estados jamás se pone el sol,» decía Felipe II, y lo decía con orgullo, tantos eran los territorios que al cetro de este monarca estaban sujetos. Este poderoso rey, vencedor de San Quintín, y por lo tanto fundador del Monasterio del Escorial, á pesar de su opulencia, continuó la devoción de su padre por la Virgen de Montserrat, y subió cuatro veces á visitarla. En una de ellas, el 2 de Febrero de 1564, asistió á la procesión que se hacía cuando la bendición de las candelas por la festividad de la Purificación de la Madre de Dios. Durante su reinado, viendo el Abad Fr. Bartolomé Garriga que era reducido el local de la iglesia antigua, determinó construir otra más capaz, secundando los planes que sobre Mont-

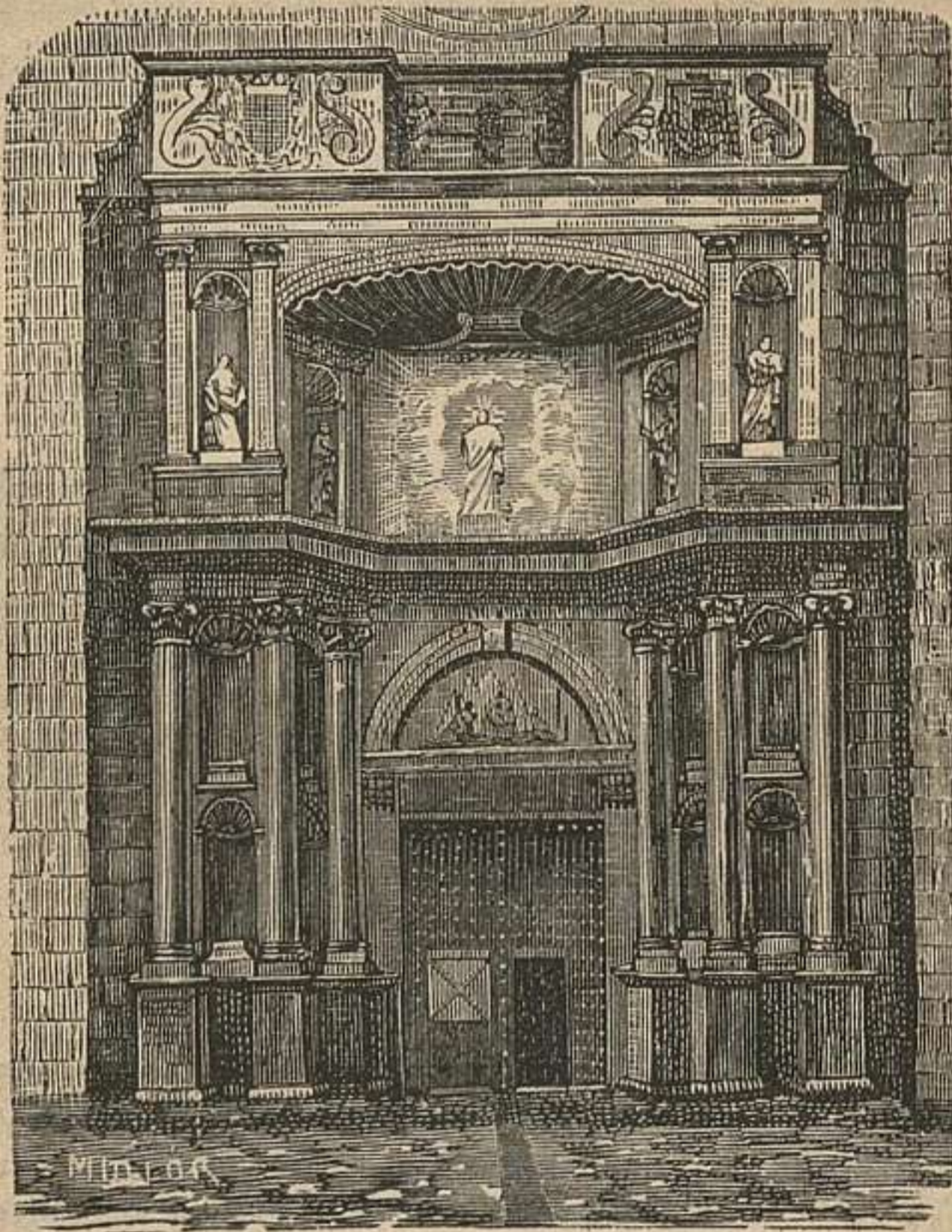
serrat habían formado los Reyes Católicos, y se proyectó la iglesia y el Monasterio actuales. En 1489 se había dado ya principio á las obras preparatorias, empleándose diez años en nivelar el accidentado terreno que ocupa. Con la muerte de D. Fernando y D.^a Isabel quedaron interrumpidas las obras, hasta el año 1560, en que las continuó el Abad Garriga (1), empezando por la construcción de

La iglesia

Es ésta espaciosa, de una vasta nave central, esbelta y elegante; mide de largo 68^m32, de ancho 15^m45 y de alto 33^m32. La fachada, única entrada del templo, que se ve en la testera del

(1) Acerca de este Abad se cuenta el siguiente hecho: En 1513 poco más ó menos llegó á Montserrat un labrador de las cercanías de Balaguer, llamado Garriga, con una caballería menor y encima de ésta unas angarillas. Presentóse al padre sacristán y le dijo que con su esposa habían hecho el voto de ofrecer á Nuestra Señora de Montserrat un niño de 7 años y un cabrito. El monje rehusó, como era natural, la aceptación del niño, y como el padre insistiese, resolvió llamar al Abad, quien, cerciorado de la veracidad del voto, preguntó al labrador si insistía en que su hijo quedase en Montserrat dedicado al servicio de la Santísima Virgen. Contestó el padre: «Sí, padre, y con todo mi corazón.» Estrechó contra su pecho al niño, llenólo de besos entre sollozos y lo entregó al Abad, quien lo introdujo en seguida en la Escolanía. En poco tiempo aprendió los rudimentos musicales, la enseñanza elemental y después la gramática latina. Al contemplar el niño las reducidas proporciones de la iglesia, teniendo en cuenta las muchas personas que la visitaban y los esfuerzos que entonces se hacían para darle mayor desahogo, dijo: *Quan jo seré gran faré una iglesia molt gran á la Mare de Deu (en siendo mayor yo he de levantar un gran templo á la Virgen)*. Andando el tiempo fué monje del Monasterio, y elegido Abad en 1559. Apenas hubo tomado las riendas de Montserrat, se ocupó del proyecto de construir un gran templo y continuó la obra empezada por los Reyes Católicos.

patio, consta de dos cuerpos de estilo greco-romano, degenerando en barroco en su remate; está surmontada por un rosetón, sin calados, ni vidrios de colores desde el incendio de la



guerra de la Independencia, que destruyó la vidriera policroma que había con imaginería, costeada por el general maltés Greck, que murió ermitaño en Montserrat. Hay en el primer cuerpo seis columnas con su basamento, y entre ellas ocho hornacinas, en las cuales antes del incendio estaban colocadas otras tantas imágenes de apóstoles, en mármol de Carrara, que, mutiladas, se conservan en el Museo del Monasterio. En

el centro hay la puerta cuadrangular de la iglesia y encima un bajo relieve en forma de medallón semicircular, de mármol blanco, con la imagen de la Santísima Virgen y el Niño Jesús, sentada en la montaña y adorada de dos pastores (1). Encima de la cornisa carga un segundo cuerpo, en cuyo centro se destaca la imagen del Salvador, dando la bendición, también de mármol de Carrara, en el centro de las pilastras que corresponden á las columnas del cuerpo inferior. Correspondiendo á las del primer cuerpo, hay en los entrepaños del segundo cuatro hornacinas, en las cuales se conservan aún estatuas de mármol de otros tantos apóstoles (2) que se salvaron del incendio. Toda la portada, menos el remate, es de piedra de la misma montaña, con el pulimento propio del mármol. En el remate, de piedra común, está representada la Anunciación de la Santísima Virgen en relieve. A ambos lados destacan el escudo de las Armas Reales, tal como se usaban cuando se construyó el templo, símbolo de la protección que los reyes de España concedían á Montserrat, y por cuyo motivo tiene el título de *Real Monasterio*. Al lado opuesto campea el escudo de éste, representando una montaña dentelleada por una sierra. En el proyecto de restauración esta portada se transforma en románica.

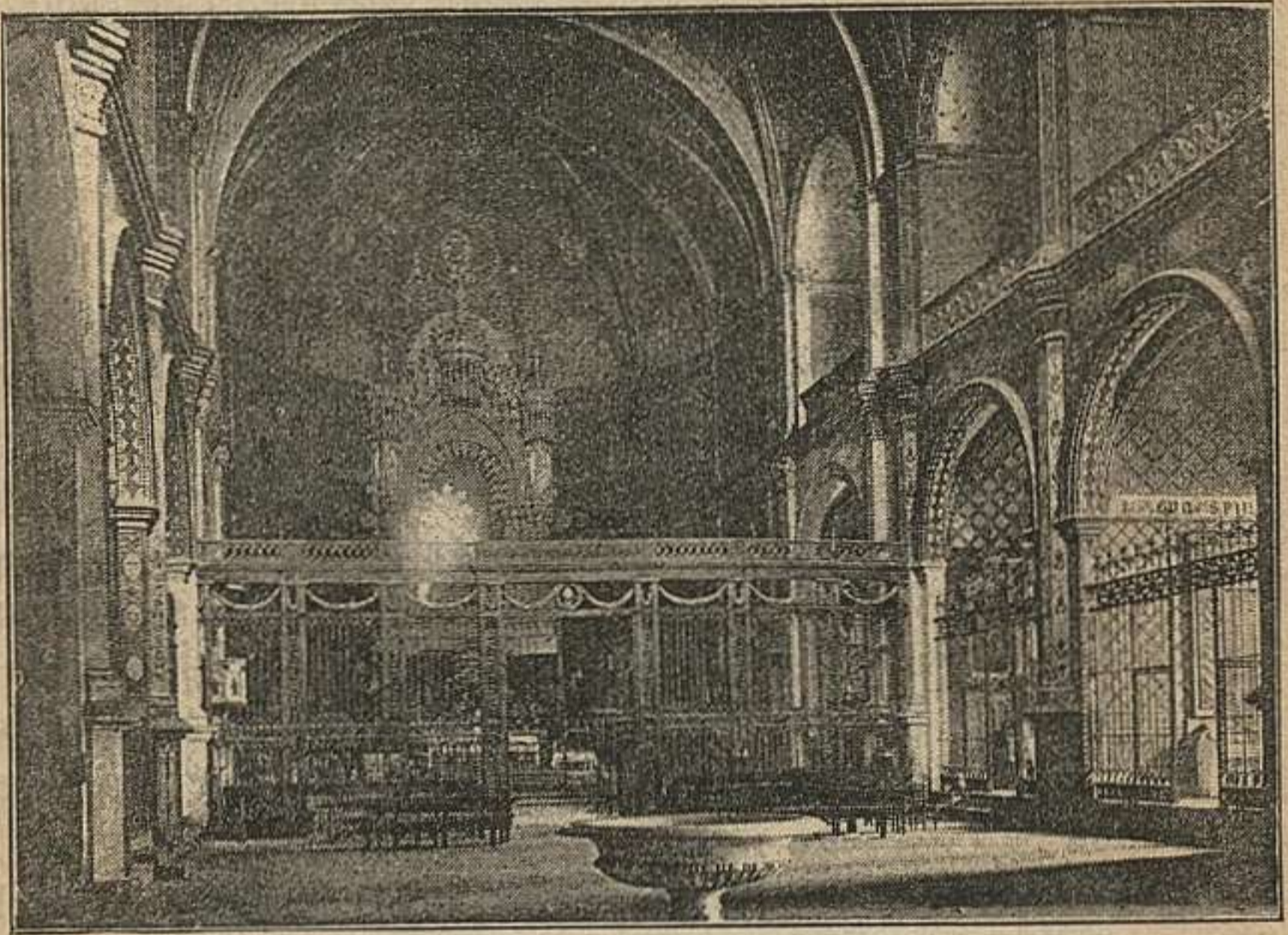
Al penetrar en el majestuoso recinto del templo, siente el viajero una dulce emoción que no es fácil poder explicar. Dice el P. Lesmes Reventós, con la experiencia de cerca de 70 años que estuvo en el Monasterio: «Apenas hay persona que aquí venga que entrando por la iglesia no se altere y mude de sí mismo; á uno le parece que todo se trastorna como atónito, y que entra en otro mundo nuevo.» El Abad Henrion dice que

(1) Esta medalla y cuatro apóstoles son obra de D. Pablo Serra.

(2) Cuatro apóstoles los hizo D. Raimundo Amaden, y los restantes, D. Juan Enrich, escultores todos de Barcelona é individuos de la Academia de San Fernando.

muchos herejes se han convertido al penetrar en los umbrales de este Santuario.

Consta el templo, como queda dicho, de una sola nave muy desembarazada, proporcionada y elegante. A cada lado hay seis capillas muy espaciosas, que equivalen á dos naves latera-



les, y sobre ellas se levantan otras, que forman un vasto ámbito á una y otra parte, de manera que las paredes laterales de la nave están divididas en dos cuerpos, separados en su longitud por una gran moldura á manera de cornisa. Las pilastras del primero, que estribando en el suelo y tocando en la moldura, dividen las capillas inferiores, antes de empezar la restauración eran corintias, y las superiores que sostienen los arcos góticos de la bóveda eran toscanas. Entre la 5.^a y 6.^a capilla y entre ésta última y el presbiterio las pilastras son

pareadas. Los arcos, dentro los cuales está comprendida á una y otra parte dicha sexta capilla, pueden calificarse de torales, pues sostenían la magnífica cúpula gótica que desapareció con el incendio y que se trata de reedificar. El ábside



La iglesia antes del incendio de 1811

con que remata este templo da un majestuoso aspecto al sagrado recinto.

Antes del incendio de la guerra de la Independencia, las verjas de las capillas bajas, que ahora son de hierro, estaban sentadas sobre pedestales de mármol oscuro, con columnas y cornisas de madera pintada y dorada y balaustres todos dorados. Los retablos estaban colocados, como en la actualidad, de espaldas al altar mayor dejando libres los ventanales en la

testera. La capilla cuarta del lado del Evangelio, es la del Santo Cristo, mucho mayor que las demás; la mandó ensanchar el Abad Fray Beda Pí, á mediados del siglo xvii, á fin de que tuviese la capacidad necesaria para erigir en ella el monumento del Jueves y Viernes Santos. Es digna de mención la imagen de la Santísima Virgen al pié de la cruz, obra de Cerdá, notable por su trabajo artístico y la propiedad del traje hebreo. Esta capilla se va á renovar, convirtiendo su estilo arquitectónico en románico, á expensas del señor marqués de Tamarit (1), y será capilla mortuoria de tan noble y distinguida familia, sirviendo también para las funciones de la Semana Santa.

La gran verja, que abraza toda la anchura de la nave, la costeó el rey D. Fernando VII, en sustitución de la que había labrado Cristóbal de Salamanca, en 1608, quien recibió por ella 14,000 ducados. De una inscripción que había en la misma, y decía: *Philipus tertius Rex Hispaniæ, Virginis Mariæ dedicavit anno MDCLIX*, se colegía que se había elaborada en tiempo de Felipe III, quien contribuyó á la mitad de su coste.

Formaba su pedestal un vistoso y bien trabajado jaspe de cuatro piés de elevación sobre el cual estaba sentada la verja, toda de hierro, con molduras de bronce dorado. Su elevación desde el arranque de la reja hasta la cornisa era de 5 metros, levantándose otro tanto la puerta de 2'50 metros de ancho; doce columnas repartidas de dos en dos, entre las que había sus balaustres, formaban el primer cuerpo. Sobre éste asentaba un arquitrabe, friso y cornisa, detrás de la cual había un corredor de 80 centímetros de ancho que ceñía toda la capilla correspondiente á la cúpula hasta el altar mayor, y servía para aderezar 74 lámparas de plata que, colocadas en tres hileras ardían continuamente, sin contar muchas otras que se hallaban en el centro del presbiterio.

(1) Descendiente de la ilustre señora que costeó el camino y santuario de la Cueva de la Santísima Virgen.

La verja actual es toda de hierro forjado, aunque algo más reducida que la antigua. Cuando se colocó remataba en un gran manto real que cobijaba el escudo de las armas reales sostenido por dos ángeles, con un león echado. Encima de la puerta se leía:

LA GRAN PIEDAD DE FERNANDO VII

Cuando este monarca visitó el Santuario acompañado de su esposa, la virtuosa reina doña María Josefa Amalia, viendo que se trabajaba en restaurar el templo y parte del Monasterio de lo mucho que había sufrido en la guerra de la Independencia, movidos á compasión y piedad, dieron la limosna de 25,000 duros para ayuda del gasto de la reparación que se estaba haciendo, bajo los planos y dirección del arquitecto don Antonio Celles y Arcona, quien delineó también el diseño de la mencionada verja y de las soberbias pilas para el agua bendita, de riquísimo mármol de Carrara, que sustituyeron á las antiguas. La expresada verja la fabricó el cerrajero de Manresa D. Luis Masnou, y costó 5,500 duros. Las dos pilas del agua bendita, con las baldosas del pavimento del presbiterio y el de la parte de nave que hay entre éste y la verja, costaron 15,000 pesetas y vinieron de Génova. Todo el pavimento del templo es de mármoles blancos y azules procedentes de Italia.

Con la restauración, la reja se va á trasladar debajo del segundo arco del coro, modificando la parte decorativa, á fin de armonizarla con el nuevo decorado del templo.

También se está cambiando el estilo de los dos cuerpos inferiores de las paredes del templo, que son romanos, convirtiéndolas en románicas ó bizantinas. La abertura de cada tribuna se decorará dividiéndola por medio de columnitas y arquitos sosteniendo calados, de suerte que la gran abertura tendrá tres divisiones más reducidas. El único púlpito que hay, impropio de la grandiosidad del templo, se va á sustituir por otros dos, uno en cada lado, mucho más ricos.

La gradación de las luces se procura que sea tan clara como lo permitan los vidrios de colores en el tercer cuerpo, menos clara en el segundo, y más oscura en el primero; de suerte que venga más luz de arriba y no de abajo, como hasta ahora ha sucedido.

La primera capilla, dedicada á la Inmaculada Concepción, de la parte del Evangelio, recuerda dos hechos históricos. Corría el año de 1623 cuando D. Juan de Austria, que había visitado varias veces Montserrat, llegó de nuevo al Santuario, penetró en la iglesia, en cuyo presbiterio, puestas sus reales manos sobre el ara sagrada, pronunció con clara é inteligible voz estas ó semejantes palabras: «Juro, y estoy pronto á sostener con mi espada, que la bienaventurada Virgen María fué concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de su sér.» Este voto lo firmó, testificó y juró delante del *Lignum Crucis* y sobre los Santos Evangelios, terminando la fórmula con estas palabras: «Así lo voto, juro, prometo y ratifico en este sagrado templo de Montserrat á 13 de Octubre de 1653;» voto y juramento que repitieron los caballeros que formaban su comitiva, el conde de Atares, los señores de Velasco, Ronquillo, Borja, de la Cueva y Enríquez, Córdoba, Eques, Amolas y Fr. Pedro de Velenzuela y Mendoza. Este es el primer recuerdo.

El templete que sirve de altar es el segundo, por ser el que se construyó para colocar en él la Santa Imagen para el solemnísimó acto de la coronación pontificia.

La capilla del Santísimo Sacramento es la más inmediata al presbiterio en la misma parte del Evangelio. El Sagrario es de plata, lo propio que una preciosa lámpara en forma de corona de príncipe. Hay una hermosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús en un rico altar dorado.

Parecido á éste es el altar de la capilla correspondiente de la parte de la Epístola, en la cual se encuentra la puerta de entrada á la Sacristía y al Camarín.

El suelo de esta capilla contiene una sepultura en la cual se depositaron las insignes reliquias profanadas por las tropas de Napoleón I (1).

La capilla inmediata, dedicada al patriarca fundador de la orden, San Benito, tiene cuadros notables, originales del conocido pintor D. Claudio Lorenzale, director que fué de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

En la otra capilla del mismo lado se ve un cuadro que representa á San Bernardo, obra del pintor Inglada, que fué regalado al Monasterio por los jóvenes que por vez primera visitaron las cuevas de Collbató, en 1851, como recuerdo de haberlas descubierto. En la capilla de las reliquias se veneran muchas de las que posee el Monasterio; mas ni el altar, ni los relicarios se recomiendan por su propiedad y buen gusto; de suerte que no producen el severo efecto que hubieran presentado si al elaborarlos se hubiese seguido las tradiciones de la Edad Media. Es de esperar que este defecto se corregirá. Las reliquias insignes colocadas son cuatro: el relicario mayor contiene el cuerpo de San Justo, mártir; el segundo el de San Tranquilino, mártir; el tercero el de San Faustino, mártir, y el cuarto el de San Benito, mártir, regalado éste al Monasterio por el Rdo. Pal, beneficiado de Santa María del Pino de Barcelona.

Hay además varios relicarios que contienen pequeños huesos de santos, entre otros uno con un dedo de San Juan Evangelista y otro con una Santa Espina de la Corona de Cristo.

En el fondo de esta capilla existe una pila bautismal de jaspe oscuro, toda de una pieza. En la actualidad la parte superior del vaso se halla roto por efecto del desastre de 1811. En ella se administra el sacramento del Bautismo á los niños que

(1) Las reliquias que no pudieron identificarse después del incendio de la guerra de la Independencia, por haber sido esparcidas por el suelo, mutiladas, rotos los sellos que autorizaban su identidad, mezcladas con inmundicia y huesos no humanos, las recogieron los monjes y las depositaron en dicha tumba.

nacen en aquel recinto ó por devoción de sus padres los suben de otros puntos. Además de esto, la iglesia de Montserrat es la parroquial de todos los habitantes del Monasterio, de la que es párroco el P. Abad y tenientes los demás monjes.

El Altar Mayor se está construyendo de nuevo, pues en la guerra de la Independencia desapareció el antiguo (1).

(1) El retablo mayor que antes había, incendiado por las tropas de Napoleón I, era debido á la devoción del rey D. Felipe II, quien dió encargo especial de fabricarlo al célebre escultor de Valladolid Estéban Jordán, al que dió 10,000 ducados. Su conducción, que se verificó en 65 carros, costó, junto con su asentamiento, 6,000 ducados, llegando á formar un coste total de 29,000 ducados, con los 4,000 de mejoras que añadió Jordán, y los 9,000 que de orden del mismo rey, y á deseos del Abad Fr. Pedro de Burgos, se dieron á Francisco López, de Madrid, que con doce oficiales escogidos, se encargó de dorarlo y pintarlo, quedando del todo listo en 1598.

Constaba este retablo, que era de forma octogonal de arriba abajo y de medio relieve, de tres cuerpos: corintio el primero y segundo, y compuesto el tercero, lleno de bajos relieves, estatuas, etc., que representaban historias sagradas, en especial la vida de J. C. é imágenes de santos de la orden benedictina y de los principales fundadores. Tenía de alto sin el pedestal, que era de piedra, 15 metros, y de ancho 14 metros. Estaba repartido en siete paños con seis órdenes de columnas, llevando ocho cada orden. Su gusto era bastante pesado. A una y otra parte del pedestal, había empotrados los escudos reales con una inscripción que decía así:

«Opus Philippi secundi Hispaniarum Regis. Vallisoleti sculptum, anno MDXCII.»

Había en este retablo veinticuatro columnas con veinte figuras en otras tantas hornacinas, y en el remate un Santo Cristo con las imágenes de Nuestra Señora y de San Juan Evangelista; á los extremos unas copas figurando estar llenas de fuego, y alrededor una pequeña balaustrada para mayor seguridad cuando se coloraban y quitaban las cortinas del altar la semana de Pasión y Semana Santa. La mesa era una ara de 3.40 metros de longitud y 1.60 de latitud, sobre la que asentaban cinco gradas de plata y un Sagrario del mismo metal, de peso 711 onzas (unos 24 kilogramos). En las grandes festividades todas las gradas se hallaban cubiertas de muchísimas reliquias, colocadas en urnas de plata esmaltadas de piedras preciosas.

Quando empezó la restauración después de la guerra de la Independencia

La mesa actual es de una sola pieza y está sostenida por ocho columnas de mármol de Figueras, de color amarillo; de mármol gris son las gradas inferiores, y de mármol blanco, las gradas en donde se colocan los seis candeleros. Sostiene el Sagrario para la Exposición y los dos ángeles que hay, uno á cada lado, un basamento almenado, simbolizando la ciudad de Jerusalén, de mármol rojo de Tarragona. El Sagrario de la Comunión es de mármol de Tortosa de una sola pieza. La puerta es preciosa, regalo del joven arquitecto D. Francisco de Paula del Villar y Carmona, autor del proyecto del nuevo altar y presbiterio; es de mármol amarillo de oro con incrustaciones de bronce dorado, decorado con esmaltes y esmeraldas. El basamento general de la parte posterior del altar, con pilastras que corresponden á las columnas de la mesa, es de piedra fina de Novelda, de blanco leche. El Sagrario mayor ha de ser de bronce dorado. Tiene la forma de templete, y el Santísimo Sacramento se puede ver por tres caras que cubren con tres tapas distintas que bajan y suben á la vez en el acto de manifestar y reservar. En la primera grada se coloca en las grandes festividades el magnífico Crucifijo y candeleros de credenza de bronce dorado y esmaltado, regalados por los marqueses de la Quadra.

La boca del Camarín donde está colocada la Santa Imagen, y que desde que se restauró á raíz de la guerra de la Independencia, era sumamente sencilla, consta de dos cuerpos arquitectónicos, el superior es un arco de triunfo dedicado á la patrona de Cataluña, y el inferior el basamento. En el superior se

dencia, se trató de construir un retablo con grandes ángeles, nubes y rayos de madera del estafalarío estilo barroco que tantas iglesias afeó; mas la exclaustación de 1835 no permitió que semejante desatino se llevase á efecto, y todo el maderamen que estaba preparado se halla aún en los almacenes del Monasterio. Cuando la iglesia se abrió de nuevo al culto, en 1844, se limitó el P. Abad á sustituir las pilastras del presbiterio por medias columnas, y á colocar en dos intercolumnios dos grandes imágenes de San Benito y Santa Escolástica, obra de Cerdá, tal como ha estado hasta hace poco.

ve, á la derecha una imagen del arcángel San Gabriel, y á la izquierda la de San Miguel. En el cuerpo inferior corresponden la imagen de San Benito á la parte del Evangelio, y la de su hermana Santa Escolástica á la de la Epístola. En el centro destacan cuatro ángeles con traje talar, que sustentan una especie de candelabros con coronas votivas de iluminación, que en las grandes solemnidades aumentan la iluminación de la Santa Imagen.

El presbiterio es muy espacioso, tiene la capacidad suficiente para que los pontificales y oficios más solemnes, hasta los más extraordinarios, se celebren sin el menor embarazo, como sucedió en los solemnísimos del Milenario y de la coronación de la Santa Imagen, en la que asistieron de medio pontifical muchos Prelados (1).

Al mirar la bóveda ya no se ve pendiente de la cúpula, que se desplomó con el incendio, y que va á ser reedificada si se reúnen los fondos necesarios, las dos lámparas de plata, de peso más de cinco arrobas (52 kilogramos) cada una, que regalaron los reyes Felipe II y IV; ni la grande y primorosa araña de cristal que ofreció la Excma. señora duquesa de Medina-Celi, marquesa de Aytona, colocada en medio de las dos antedichas lámparas; ni se admira tampoco la otra lámpara mayor, de peso 8 arrobas (82 kilogramos) de plata, del gran duque de Toscana en 1669; ni el hermoso navío, también de plata, de 5 arrobas (62 kilogramos) que presentó en 1682 la marquesa de Castel-Rodrigo, cuya linterna le servía de vaso de luz; ni la araña de plata que ofreció el príncipe de Darmstad,

(1) Antes estaba destinado á presbiterio bajo el espacio comprendido desde la gran verja al presbiterio actual, y allí se reunían los escolanes para el rezo propio de la Escolanía, y la Comunidad en las funciones de pontifical, entierros, sermones y otros actos semejantes. Había unos bancos á manera de sillería de coro, en los cuales estaba primorosamente esculpida la historia de la invención de la Santa Imagen, y los principales pasajes de la de Juan Garín; mas desaparecieron en el incendio de la guerra de la Independencia.

D. Jorge Langrave de Asia, porque todo desapareció en dicho incendio. Esta araña y las 200 lámparas (1) que ardían conti-

(1) Dichas lámparas las habían regalado las personas siguientes: una D. Bernardo de Rocafort, en 6 de Junio de 1184; otra D. Bernardo de Castellbell, en 9 del mismo mes y año; una en 1195, Raimundo Guardia, señor de Esparraguera, que la dotó haciendo donación al Monasterio del Mas de Medians en el territorio de la citada villa; otra en 1203 Guillermo, obispo de Vich; otra fué regalada por D.^a Sancha de Podio; en 1220 otra por Raimundo de Ultraria; en 1223 otra por Raimundo de Talamanca; en 1228 otra por Guillermo de Alemany; otra por Guillermo de Villequerum; diez en 1291 por D. Armengol de Cabrera, décimoséptimo conde de Urgel; en 1294 seis por Ramón de Alemany; en 1372 regaló y dotó una Bernardo de Horta; veinte y seis lo fueron por varios pueblos y villas en sus peregrinaciones; los Reyes Católicos regalaron dos de veinte y cinco marcos cada una, dotándolas con doscientos ducados; una en 1506 D. Enrique Enriques, tío de D. Fernando el *Católico*; otra en 1507 D. Juan de Aymerich y de Corbera; otra en el mismo año el marqués de Astorga; otra D.^a Germana de Fox, que fué con quien casó D. Fernando II muerta D.^a Isabel la *Católica* su primera esposa; otra D. Felipe el *Hermoso*; dos que en 1515 regaló el conde de Ribagorza; dos el hijo de D. Fernando II, D. Alfonso de Aragón; una Antich Cornet, de Barcelona; una en 1516 un médico mallorquín cuyo nombre se ignora; una Juan Lazare; otra el almirante de Nápoles D. Bernardo Villamarí; otra D.^a Isabel de Cardona; otra en 1519 el conde de Módena; otra el emperador Maximiliano II; otra D.^a Ana de Moncada; otra el conde de Benavente; otra Miguel de Enguera; otra el conde de Maso, condestable de Castilla en 1520; otra el emperador Carlos V de Alemania y I de España; otra en 1522 el papa Adriano VI; otra D. Salvador Bellir; otra el conde de Gatinara; otra el duque de Gandía, padre de San Francisco de Borja; otra D.^a Estefanía de Aviñó; otra en 1524 D.^a Eulalia Ferrer; otra en 1535 D. Luis, infante de Portugal; otra D. Francisco de Leida; otra el príncipe de Ebol; otra el marqués de Aguilar; otra el príncipe Andrés d'Oria, general de las galeras de España; otra D. Carlos, archiduque de Austria; otra D. Diego de Toledo, hijo del duque de Alba; otra el príncipe duque de Brunswich; otra el obispo de Tocco; otra D.^a Mencia de Bobadilla; otra Gerónimo Nicolás, ciudadano honrado de Barcelona, en 1595; otra D. Francisco Sterel; otra D. Francisco de Abril; otra el marqués de Siete Iglesias; otra el duque de Mont-Leon; otra D. Rodrigo de Orozco; otra Mr. de Goudrin; otra la duquesa de Medina Sidonia; otra la condesa de Galbe; otra el príncipe de Pomplin; otra Madame de Canlet; otra la reina de Fran-

nuamente ante la Santa Imagen, se ven hoy sustituidas por otras dos lámparas también de plata, regalada la primera en 1858 por la familia Escuder, con la precisa condición de servir exclusivamente para el alumbrado de la Virgen; cuatro grandes coronas de luces, regalo del noble marqués de Ciutadilla, y otras coronas y arañas góticas, regaladas por otras devotas personas.

El presbiterio se restaura haciendo desaparecer las columnas que se colocaron después del incendio, los cuales se convertirán otra vez en pilastras exagonales. En los entrepaños se colocarán ricos tapices, desde el friso hasta los zócalos. Estos serán todos de mármol de Figueras. Adosado á cada pilastra se destacarán las imágenes de los Santos de la Orden Benedictina, doradas y policromadas que figuraban en el retablo antiguo. En los altos, entre aristas y aristas, se colocarán grandes cuadros representando los hechos más notables de dicha Orden Benedictina. Sobre cada pilastra descansará un friso de ángeles en actitud de soportar unos aparatos ó coronas de iluminación con lámparas en el centro.

cia, esposa de Enrique IV; otra el conde de Heril; otra D. Manrique de Lara; otra D.^a Ana Pahí; otra el marqués de Malpica; otra el marqués de San Germán; otra D. Antonio Giménez de Urrea; otra la condesa de Aranda; otra el infante Filiberto de Saboya; otra D.^a María Spi; otra D. José del Castillo; otra el conde de Guillén Duarte; otra el rey D. Felipe IV; otra la condesa de Monteagut; otra de Mr. de Camús; otra el cardenal Pan y Agua; otra D. Juan Zarriera; otra el duque de Toscana; otra el cardenal Spinola; otra el duque de Alba; otra el duque de Bellaguarde; otra la marquesa de Susa; otra D. Gregorio Gallo; otra Catalina López de Velazco; otra el conde de Monterey; otra Mr. Duplesis Perlín; otra Pedro Mártir Creixel, mercader de Barcelona; otra el marqués de Mortara; otra la marquesa de los Vélez; otra el marqués de Astorga; otra D.^a María de Cruillas; otra D. Francisco García del Fresno; otra la ciudad de Barcelona en 1650 con cuatro escudos con sus armas en la circunferencia, dotándola; otra un caballero alemán que quiso conservar el incógnito; otra el gran Maestro de Malta; otra D. Ramón de Cruillas, y las restantes hasta 200 varias otras personas, cuyos nombres quisieron callarlos ó no han podido llegar hasta nosotros.

Detrás del altar propiamente dicho y debajo de la boca del Camarín se coloca el órgano, llamado de los escolanes, para el canto de las misas matinales, de los rosarios y de las *salves*.

En las paredes del templo hay grabadas unas cruces rojas, como prueba de su consagración que tuvo lugar el 2 de Febrero de 1592, por el obispo de Vich, D. Pedro Jaime, con asistencia de D. Jaime Cassador, obispo de Gerona; D. Andrés Capiella, obispo de Urgel; D. Francisco Reverter, obispo de Elna (1); del marqués de Navarra, último maestre de Montesa, lugar-teniente y virey de Cataluña, y de muchas personas del Reino y del extranjero (2).

Traslación de la Santa Imagen

Terminada tan suntuosa iglesia y consagrada, se promovieron muy serias desavenencias entre los monjes, sobre si la Santa Imagen de Nuestra Señora de Montserrat, había ó no de ser quitada del templo antiguo y trasladada á la iglesia nueva. Unos eran de parecer que no debía quitarse de aquélla, por ser allí donde había manifestado su voluntad de quedarse en tiem-

(1) Los obispos de la provincia Tarraconense estaban reunidos en Barcelona con motivo de un concilio provincial. El Metropolitano no pudo asistir por hallarse enfermo.

(2) Se halla atestiguado por dos lápidas fijadas en el presbiterio, la una dice: «Fratre Placido de Salinas hujus sedis religiosissimæ abbate ex præfecto generale hujus ordinis enixe curante hoc clarissimum templum, stantibus fere cunctis episcopis Cathalonix, pro rege et optimatibus, dedicatum consecratumque fuit IV nonas Februarii, anno Domini 1592.» La otra dice: «Philippus secundus Hispaniarum rex catholicus maximus; cum singulari pietate in hoc monasterium plurima et amplia dona contulisset; ob quæ in eo summa hospitalitas et religio presiterunt, postremo sumptuosam istam tabulam, urnam et regiam medii sacelli lapidem dono dedit XIII kalendas Junii anno Domini MDXC.»

po de Wifredo, á más de que en aquel sitio, donde estaban sepultados muchos antiguos nobles de Barcelona, concibieron dos hombres eminentes las brillantes ideas de fundar las humanitarias y civilizadoras órdenes de la Merced y la Compañía de Jesús. Otros apoyaban su opinión contraria, diciendo, que atendida la concurrencia que cada día iba en aumento, el local apenas podía contener el crecido número de peregrinos que diariamente pisaban sus umbrales. Estas encontradas opiniones las solventó el nuncio de Su Santidad, Camilo Gaetano, que residía en la capital del Principado, levantando las censuras y autorizando la traslación á la iglesia nueva; (la Imagen no podía ser trasladada del sitio que ocupaba, bajo pena de excomunión mayor, según disposición del Papa).

El rey D. Felipe III, que hacía poco había inaugurado su reinado, quiso dar con su presencia más realce á esta solemne función; y con la mayor parte de su corte subió á Montserrat el 8 de Julio de 1593, donde fué recibido por el Abad revestido de pontifical, precedido de los monjes, ermitaños y frailes legos á la puerta del claustro, en la cual, arrodillado en un estrado, según costumbre, adoró la riquísima cruz que había regalado la emperatriz su augusta abuela, y entonando el *Te-Deum*, al vuelo de todas las campanas, fué acompañado hasta el altar de Nuestra Señora, donde oró un rato, y después del himno y de la oración de rúbrica, dió el Abad la bendición pontifical. Cantaron luego los *escolanes* un villancico ó motete á la Santísima Virgen, y saliendo revestido un sacerdote, celebró una misa que oyó devotamente el rey. Visitó después la iglesia nueva, y fijó el domingo 11 para el acto de la traslación. Quedó muy complacido de todas las obras y pasó en seguida á los aposentos que tenía dispuestos, para tomar un ligero descanso. Por la tarde, después de *vísperas* y *completas*, bajó con algunos de su corte y cámara á la cueva donde fué hallada la santa Imagen.

El sábado de madrugada subió S. M. á las ermitas á pié, por

el camino de la *escala dreta* que directamente va á la de Santa Cruz, que es el más áspero; visitólas todas, comió en la de San Juan, y bajó al Monasterio ya muy tarde, donde dejó concertada la traslación de la santa Imagen para el día siguiente.

Levantóse el rey muy temprano el domingo, confesó y comulgó públicamente en la capilla de Nuestra Señora, cuyo religioso ejemplo imitaron los grandes de su corte. Por ser día de la traslación del grán Patriarca San Benito cantóse con toda solemnidad la misa mayor, en la que celebró de pontifical el Abad, y predicó el P. Fr. Plácido Pacheco. Mientras tanto permanecía retirado el rey en una tribuna que había frente á la capilla. Acabada la misa, como á las doce, se celebró otra rezada, y el sacerdote sumió el Santísimo Sacramento, que estaba reservado en el sagrario de la capilla de Nuestra Señora. No se llevó con solemnidad á la iglesia nueva, porque ya se había hecho el año 1592. Luego el sacristán mayor con otros monjes revestidos con sus sobrepellices, sacaron del tabernáculo la santa Imagen y la pusieron sobre el altar, vistiéndola riquísimamente. La cubrieron con el manto de más valor, dádiva de la duquesa de Brunswich, y le pusieron la manga de la preciosa saya ofrecida por la serenísima infanta D.^a Isabel, estimada en 1,800 ducados. Adornáronla con muchas joyas de oro y pedrería de gran precio, y la dejaron en las andas sobre las que solía llevarse el Santísimo Sacramento. De esta manera permaneció durante el canto de *vísperas*, al que asistió S. M. Terminadas éstas y revestida la comunidad y demás clérigos concurrentes de otros lugares con capas, muchas de ellas de brocado, se ordenó la procesión por este orden:

Abría la marcha una cruz de plata de admirable adorno, que pesaba 52 marcos, regalada por los *Julians* (1) de Barcelona,

(1) Cofradía ó gremio de fabricantes y comerciantes de objetos de metal de Barcelona.

en la que había una imagen de oro de Nuestra Señora, dádiva de los duques de Segorbe, y en su anverso un pedazo de *lignum crucis* rodeado de perlas y un joyel de oro con cinco esmeraldas, cinco diamantes y un topacio del tamaño de una nuez; luego seguían cuarenta y tres frailes legos, quince ermitaños y sesenta y dos monjes, entonando el *Ave maris stella*, llevando unos y otros cirios del peso de una libra. Venían después los niños escolanes en número de veinticuatro y demás capilla de música cantando villancicos; detrás de éstos iba la Santa Imagen en su trono, bajo palio; llevábanla en andas cuatro monjes sacerdotes con riquísimas dalmáticas de brocado, de cuya tela eran también las seis pluviales de los monjes más ancianos que llevaban las varas del palio, que por ciertos respetos no pudieron llevarlas seis títulos, como debían. Detrás de la Santa Imagen venía el Abad Fr. Joaquín Bonanad, natural de Barcelona, con sus asistentes y acólitos, é inmediato á él su majestad el rey D. Felipe III, con hacha en la que había grabadas con colores las armas reales. Seguía toda su corte, que la componían los marqueses de Denia, de Velada, de Camarasa, de Sarriá, de la Laguna, de Zea, de Terranova, de Montes Claros y de Priego; los condes de Fuentes, de Orgaz, de Lesma, de Uzeda, y los señores de Borja, de Tasis, de Portocarreiro, de Alojón, de Toledo, de Velasco, de Guzmán, de Figue-roa, de Fontseca, de Rivera de Castro, de Silva, de Borreajada y de Aguilar. Entre las señoras se hicieron notar las marquesas de Denia, del Valle y Soria, y D.^a María de Peralta, mujer del correo mayor.

Al entrar la procesión á la nueva iglesia, se entonó el *Te-Deum*, cantándose con acompañamiento de órgano, durante cuyo canto dos sacerdotes revestidos con albas y estolas colocaron la sagrada Imagen en el Camarín, subiendo por unas gradas cubiertas de riquísimos paños, colocadas desde el altar hasta la boca de la hornacina, y se concluyó tan solemne función con la bendición pon-

tifical que dió el Abad. Hay una lápida que atestigua esta ceremonia (1).

Después de colocada la imagen en el sitio que hoy ocupa, el príncipe D. Juan de Austria, hijo del rey Felipe IV, gastó en el año 1669 la cantidad de 4,000 escudos de oro en dorar y pintar el retablo que ardió en 1811 por el incendio de las tropas de Napoleón I, que ennegreció también todas las hermosas pinturas y dorados de los arcos, paredes y bóvedas del templo, en términos que cuando se habilitó para el culto fué preciso blanquearlo.

Sacristía y Camarín

Para subir al magnífico Camarín es preciso pasar por las dos primeras piezas de la Sacristía.

Demasiado mezquina es la puerta de entrada situada, como queda dicho, en un rincón de la capilla de San José.

Tiene la sacristía cuatro estancias: la primera, destinada para revestirse los sacerdotes forasteros, fué mandada construir por el Abad Fr. Miguel Torner, en 1541. Antes del incendio de 1811 estaba adornada con riquísimos cuadros de célebres pintores y con preciosos grabados, espejos, arquillas, etc., ocupando su testera un grandioso armario en el cual, en la actualidad, se conserva una imagen del Señor Crucificado y las de la Santísima Virgen y de San Juan Evangelista. En este armario, destinado al paramento del altar, se conservaban muchos re-

(1) La lápida dice así: «Fr. Joachim Bonanatus hujus monasterii abbas subque præclare istius facies, inaurata et scutulis aurus ornata fuit sanctissimam Genitricis Dei effigiem coram Philippo tertio Hispaniarum rege católico máximo, é veteri templo in hoc novum transtulit V idus Julii 1599.»

licarios, imágenes y bustos de plata, cálices, candeleros y otras alhajas. El principal tesoro se guardaba en otras estancias. Llaman aún la atención en ésta, las hojas de una puerta entalladas admirablemente á la usanza árabe, en la escalera reservada del Camarín. Hay aún, entre pocos cuadros al óleo, dos retratos, muy parecidos, de los papas Pío VI y Pío VII, tío y sobrino. También hay un cuadro-tarifa de las limosnas que deben satisfacerse para cada una de las funciones que los devotos dedican á la Santísima Virgen, pues muchas de las personas que visitan Montserrat, dedican á la Santísima Virgen una misa solemne, un rosario, salve, gozos, etc., que hacen cantar por los monacillos de la Escolanía.

En esta estancia se conservaban, antes de 1811, en una arca forrada de terciopelo, los restos mortales de Juan Garín, colocada en uno de los armarios, mientras la Iglesia tomaba una disposición sobre su culto público.

Las personas devotas que deseen hacer alguna dádiva al Santuario pueden en esta estancia consultar antes su deseo con el monje sacristán, para que sea de verdadera utilidad, pues hay mucho que hacer aún en Montserrat, y si la dádiva es de importancia el padre sacristán lo consultará con el Abad. Por disposición de éste, dicho monje sacristán lleva un registro detallado de todas las dádivas que recibe.

La segunda estancia es la más reducida. Se halla destinada exclusivamente al *Lavabo*. Este es de mármol de Carrara, con el escudo de armas del Monasterio. La estancia tiene una puerta que comunica con otras dos, la una es la de la escalera que sube al Camarín y la otra una de las dos que tiene la tercera estancia.

Esta tiene forma panóptica, de superficie igual á la del ante camarín, cuyo piso inferior ocupa. Sirve de sacristía para revestirse los padres monjes. En sus paredes se van á construir escaparates y vitrinas para exponer á la vista de los visitantes lo más notable que posee el Monasterio en ornamento, joyas,

alhajas, vestidos de la santa Imagen, etc., para que puedan verse cómodamente.

Actualmente esto se halla mezclado con ex-votos y objetos de no muy buen gusto en la cuarta estancia denominada *Biblioteca de la Virgen*. Esta estancia se suele visitar al bajar del Camarín por la escalera opuesta á la de subida, al pié de la cual hay otra puerta de la tercera estancia.

Asombrado hubiera quedado el viajero al visitar la cuarta estancia, antes del incendio de la guerra de la Independencia (1).

(1) Había más de cincuenta capas pluviales, muchas de brocado de tisús de tres altos, y otras de telas de oro, algunas de valor de mil ducados; más de treinta ternos y muchísimas casullas sueltas. Entre las mitras de que se servían los abades había la del duque de Mantua, valorada en 1,500 ducados; ricos frontales de brocado, sayas de tejido de oro, manteles de altar, entre los que figuraba uno de valor de más de 200 reales de á ocho, y dos de cincuenta doblones; ropas de oro y plata, y otras bordadas de los mismos preciosos metales, telas sembradas de aljófar, basquiñas de telas de oro, mantos de tisú, cortes de oro y plata, vestidos de más de 2,000 ducados y un sin número de preciosidades que sería largo enumerar.

A principios de este siglo se contaban en dicha sacristía cinco copones, cuatro de plata y uno de oro ricamente esmaltado; treinta cálices de plata, uno de ellos valorado en 5,000 ducados; una gran cadena de oro con ricas perlas; una joya con veinticinco diamantes de gran valor, una saya con novecientas perlas, una navecilla de diamantes de valor 8,000 ducados; una sortija de oro y diamantes de 2,000 escudos; una esmeralda de 500 ducados; una mariposa de oro cuajada de pedrería de 200 doblones, una joya de valor 14,000 reales de á ocho; una esmeralda del tamaño de una nuez, de 600 doblones; una perla tasada en 10,000 ducados, é infinidad de otras alhajas de menos valor.

El niño Jesús tenía tres coronas, todas muy bellas y ricas. De estas había dos de oro, en una de las cuales se contaban 250 esmeraldas y 19 diamantes; en la otra había 234 diamantes, 130 perlas, algunas de gran valor, 16 rubíes y dos riquísimas esmeraldas. La tercera corona era de plata dorada.

De las cuatro para la Virgen dos eran de plata dorada con piedras preciosas; siendo la tercera toda de oro, de peso doce libras de veinti-

Las alhajas y joyas regaladas modernamente por personas notables, son las siguientes: Un ramo de azucenas de oro ma-

dós quilates, con 2,500 esmeraldas. Esta corona estaba apreciada en 50,000 ducados. Trabajóse en Pamplona de Nueva-España, y fué debida á la predicación del P. Peñalosa, hijo de este Monasterio, y á la gran liberalidad de los indios.

En la cuarta corona, que también era de oro macizo, brillaban 1,124 diamantes, cinco de los cuales estaban tasados en 500 ducados cada uno; matizábanla 1,800 perlas iguales, 38 preciosas esmeraldas, 21 záfiro y 5 rubíes; rematando en un navío de oro y diamantes de valor 18,000 duros. El peso de esta corona sin la pedrería era de una arroba y media y con las piedras preciosas dos arrobas. Veintisiete años de trabajo empleó en su elaboración y en la correspondiente del niño un monje de la misma casa, de nación flamenco, para lo cual estableció un taller en el mismo Monasterio, y echó mano de diversas piedras y joyas, que la magnanimidad de los mayores príncipes de Europa y grandes señores habían ofrecido á la soberana Virgen.

El asombro del viajero al contemplar tanta riqueza antes del incendio y saqueo de Montserrat, hubiera subido de punto al manifestarle el precioso viril para el Santísimo Sacramento. Era de oro esmaltado, con el pié de plata dorada; contábase en él, 1,106 diamantes de subidos quilates, más de 1,000 perlas bellísimas, 107 ópalos, 3 záfiro y muchas ricas turquesas, imponderables por su primor. Rodeábanle 14 estrellas de peso media arroba (5 kilogramos), rematando con una pluma de quince ópalos que dió el príncipe Filiberto, estimada en 4,000 pesos. A vista de esta preciosa custodia, no han faltado escritores que han dicho ser la única y sola, en su clase, de Europa. Servia únicamente el día del *Corpus* y su Octava, pues para las demás funciones de exposición de S. D. M. había otro de plata dorada, matizada de hermosas piedras preciosas.

Si se quisiese continuar aquí uno por uno los nombres de los donadores de este gran tesoro, sería preciso emplear un grueso volumen; baste decir, que entre los Papas se cuenta á Adriano VI, Benedictino XIII, etc.

Entre los Cardenales: á Joyosa, Espinola, Pan y Agua, Julice, Colona, etc.

Entre los Arzobispos: D. Alonso de Aragón, D. Alonso de Guzmán, etc.

Entre los Obispos: los de Vich, D. Acisclo de Moya y D. Pedro Jaime; el de Barcelona, D. Juan de Moncada, etc.

Entre los Emperadores y Emperatrices: el ya mencionado Carlos V, Maximiliano II, Rodolfo II, Fernando III, Isabel, Margarita, etc.

cizo esmaltado de verde y blanco con brillantes al extremo de los pistilos, regalo de S. M. el Rey D. Francisco de Asis ; un

Entre los reyes de España: D. Fernando y D.^a Isabel la Católica, que fueron los que más se singularizaron, todos los Felipes, hasta el V inclusive, Fernando VI, etc.; entre los de Aragón, D. Jaime I el Conquistador, D. Pedro el Grande, D. Jaime II, D. Alonso III, D. Pedro el Ceremonioso, D. Juan I y D. Martín, que casó en Barcelona con la bella catalana D.^a Margarita de Prades, hija de D. Pedro de Prades, etc.; de los de Francia: Enrique IV, María Ana de Austria, María Teresa de Austria, Luis IV, etc.; de los de Portugal: D. Sebastián, D. Enrique, D. Juan V y su esposa.

Entre los Príncipes: D. Alonso de Aragón, D. Juan de Austria, don Enrique de Aragón, el cardenal infante D. Fernando, los archiduques de Austria, el príncipe Filiberto de Saboya, etc.

Y finalmente de duques y otros títulos se pueden citar, entre infinitos, el duque de Medinaceli, el de Parma, el de Borja, el de Alba, el de Medina-Sidonia, los de Florencia, el de Mantua, el de Módena, los de Sesa, los de Lorena, la duquesa de Osuna, la de Frías, la del Infantado, la de Híjar, etc.; los marqueses de Aytona, de Leganés, de Camarasa, de Santa Cruz, de Barbará, etc.; los condes de Perelada, el condestable de Castilla, los de Centellas, el de Haro, el de Peñaranda, el de Benavente, el de Este, la condesa de Aranda, la de Lemos, el gran Maestro de Malta, el gran Prior de Malta, la ciudad de Barcelona; los señores de Claver, de Alemany, de Toledo, de Orozco, de León, de Cruillas, de Fontaiela, de Aranda, de Angulo, de Lecen (Francia), de Zavala, de Padallás, de Cortada, de Marimón de Rocafort, etc.

Además de estos donadores ha tenido Montserrat los siguientes bienhechores: D.^a Blanca, esposa de D. Juan II, dió cuatro cirios de cera blanca, de peso cada uno cinco libras, para que ardiesen todos los días en la Misa mayor delante de la santa Imagen.

D.^a Juana la Loca, hija de los Reyes Católicos y madre del emperador Carlos V, además de una linterna de plata, remitió un rico paño de seda negra bordado de oro para que sirviese en el día de Difuntos.

D.^a María, hija del emperador Carlos V, regaló una ropa de brocado de valor 500 ducados.

El duque de Cardona regaló dos blandones de plata y dos ángeles del mismo precioso metal, de seis palmos de alto, y para que perpetuamente ardiesen en los blandones de día y de noche cuatro cirios, hizo al Monasterio una renta de 12,496 reales.

La condesa de Flandes regaló cuatro estrellas de oro y diamantes, valor 8,000 ducados.

alfiler de pecho, de oro, con brillante, de la que fué princesa de Asturias, la infanta Isabel; un precioso cáliz de estilo bizantino, y una riquísima pieza de pecho con preciosas amatistas, de la reina Isabel II; una corona grande y otra pequeña, un juego de sacras y candeleros para el altar mayor, todo de plata, regalo del Ayuntamiento de Barcelona, cuando en 1824 fué restituída la Santa Imagen al Santuario; una mariposa de brillantes, de la Serenísima Señora Infanta María Luisa, duque-

La condesa de la Coruña puso en el dedo de la Virgen una sortija de valor 1,000 escudos.

La duquesa de Alba de 2,000.

La reina de Francia remitió seis floreros con jarros de plata, valor 4,000 reales cada uno.

El duque de Sesa, una mariposa de oro que costaba 192 doblones.

El duque de Medinaceli, una venera de diamantes de 4,000 reales.

La duquesa, su esposa, un corazón de oro guarnecido de diamantes y rubíes de 605 pesos.

La condesa de Aranda una joya de oro con setenta y cinco diamantes valor 1,100 ducados.

La marquesa de Aytona, dos riquísimos pendientes de oro con diamantes.

La emperatriz de Austria doña Margarita, no pudiendo subir á Montserrat, remitió á la Virgen desde Barcelona, una joya de valor 6,000 ducados de plata.

D.^a Isabel Cristina de Brunswich remitió desde Barcelona á Montserrat tres capas, dos dalmáticas y una casulla, paño de atril, bolsa para los corporales, sandal y mitra; cinco cíngulos de seda y oro, y tres estolas; manto para la Virgen y vestido para el niño Jesús, todo de un corte de tisú blanco y colorado y en muchas partes bordado, ya de oro, ya de plata, por sus propias manos y las de sus damas. Fué estimado en más de 100,000 ducados.

El rey D. Martín el *Humano* y su primogénito el duque de Montblanch, hicieron á la Virgen varios regalos, entre otros, el de un gran cuadro, que se puso en el claustro antiguo, en que estaban pintados sus retratos y los de varios héroes catalanes que tomaron parte en la empresa contra Sicilia.

D.^a Germana de Foix, segunda esposa de Fernando el *Católico*, un brazo de San Lesmes, y otro de San Román, colocados dentro de relicarios de plata,

sa de Montpensier; un Crucifijo de coral con cruz filigrana de oro, del duque de Montpensier; una joya llamada estola bizantina con toda clase de piedras preciosas de distintos tamaños, tiene 78 centímetros de largo y muchas preciosidades en esmalte, la regaló el duque de Solferino. Se conserva también una espada de Felipe IV, con empuñadura y contera adornada de brillantes. (Esta joya fué una de las antiguas que se pudo recuperar).

Figura también en el tesoro una violeta de oro ofrecida por el poeta catalán D. Antonio Camps y Fabrés, que lo ganó en 1859 al restablecerse en Barcelona la fiesta de los Juegos Florales, por su poesía *Lo vot del Trobador*, en cuyos versos ofreció el premio á Nuestra Señora de Montserrat (1), y varias otras joyas y alhajas de menos importancia.

Entre los objetos arqueológicos figuran un relicario adornado con una gruesa esmeralda, 16 topacios (uno muy grande), un granate, 8 perlas, 5 espigas, formado cada uno por cinco perlas y un collar de coral. Este relicario contiene las dos espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo, que durante la Cuaresma y Semana Santa se ponen á la adoración de los fieles; otro precioso relicario de cristal de roca con adornos de oro, conteniendo un dedo de San Juan Bautista (2); una imagen de la Santísima Virgen del Rosario, antiquísima, de estilo bizantino, de marfil, legada al Monasterio por el último abad del Monasterio de San Benito de Bages, Padre Garrich y que se lleva en procesión durante el Rosario que la escolanía canta con música por el exterior del Monasterio á las dos de la tarde en los días festivos de verano; un precioso

(1) El día en que hizo entrega de esta joya, el Sr. Camps y Fabrés mandó celebrar una solemne función en acción de gracias, á la que concurrieron varios poetas catalanes, quienes escribieron en el *Album* del Monasterio inspiradas poesías.

(2) Estas reliquias las salvó un monje y se depositaron después en la Secretaría de Cámara de la diócesis de Barcelona, de donde fueron trasladadas á Montserrat.

Crucifijo de marfil, notable por su escultura, y otros objetos.

Entre los riquísimos vestidos de la Santa imagen hay uno de terciopelo blanco de seda, bordado de oro, en cuyos adornos destaca el nombre de María. Con este vestido está representada la Santa Imagen en las láminas que se expenden en el Monasterio y en las estamperías. Es un regalo hecho por la Reina D.^a Isabel II á Nuestra Señora de Montserrat, junto con las joyas de que se ha hecho mención (1).

(1) El periódico *La España Católica* del 7 de Junio de 1857, de cuya redacción formaba parte el autor de esta *Guía*, publicó una detalladísima reseña que se copió íntegra en la segunda edición de esta obra. Según dicha reseña, asistieron además, la duquesa de Noblejas, de sus hijos y de su hijo político el Barón de Montclar, una comisión del Ayuntamiento de Barcelona presidida por el Corregidor en representación del gobernador de la provincia, otra de la Diputación y otra del Consejo provincial, los obispos de Barcelona y Vich, el baile del Real Patrimonio, el Regente de la Audiencia, el canónigo Villalonga, como de capellán de Honor de S. M. y un gentío inmenso venido de distintos puntos del Principado. Concurrieron también siete compañías de infantería de los batallones de cazadores de Arapiles y de Simancas, con banderas y charangas, una batería de artillería de montaña y el general segundo cabo. La artillería hizo las salvas en el huerto inmediato á la capilla de San Acisclo y Santa Victoria. El regalo de la reina se dejó frente á la Fuente del Portal, en una tienda de campaña adornada con banderas y custodiado por los Alcaldes de Collbató, el Bruch, Marganell y Monistrol. El obispo de Barcelona se agregó revestido de pontifical y con cuatro canónigos aguardó la llegada de la comitiva oficial que procesionalmente salió del Monasterio. A su llegada la duquesa entregó la caja á los cuatro alcaldes y se puso en marcha la comitiva hacia la iglesia, mientras retumbaba el estampido del cañón, las músicas tocaban la marcha real y repicaban las campanas del Monasterio. Se habían levantado arcos de triunfo formados con el verde lamaje de boj de la montaña, combinado con escudos de Castilla, León y Cataluña y muchas banderas. La comunidad del Monasterio, presidida por el obispo de Vich, recibió los regalos en la iglesia, que estaba muy bien adornada é iluminada, y en la que se cantó el *Te-deum*. Pasó en seguida la duquesa al Camarín, y por delegación de la Reina Isabel, vistió el nuevo traje á la Santa Imagen, que al efecto se ocultó por cortos momentos á la vista del público, á fin de presentarla después ostentando el vestido regalado por la Reina.



Hizo la entrega de estos regalos en nombre de la Reina, la duquesa de Noblejas, dama de honor de S. M., el último día del poético mes de Mayo de 1857, mes de María, fiesta de Nuestra Señora, Madre del Amor Hermoso. Para el acto de la entrega se desplegó una pompa que recordaba la de aquellos actos más imponentes del Monasterio y á los que han asistido reyes y príncipes, pues concurrieron á él muchos gentileshombres, comisionados eclesiásticos y civiles, militares, y casi todas las primeras autoridades de Cataluña.

Del acto solemne de la entrega se levantó la correspondiente acta que firmaron la duquesa de Noblejas, mariscal de Castilla, el Dr. D. José Domingo Costa y Borrás, obispo de Barcelona; D. Ramón Figueras, Alcalde Corregidor de Barcelona; don Pablo Henrich, diputado provincial; D. José Valero, general segundo cabo; Dr. D. Antonio Palau y Termens, Obispo de Vich; D. Nicolás Peñalver, regente de la Audiencia; P. Fr. Miguel Muntadas, entonces presidente, después abad de Montserrat, y D. Bruno Rigalt, rey de armas supernumerario de S. M.

La quinta estancia sirve de sacristía de la Capilla del Santísimo Sacramento y es la más reducida. No ofrece nada de particular.

El lunes hubo misa solemne, celebrando de pontifical el obispo de Barcelona, y asistiendo en el presbiterio el de Vich, que después lo fué de Barcelona, canónigos de ambas catedrales, y la duquesa de Noblejas en traje de ceremonia de córte. La escolanía cantó una misa del maestro Oller y predicó el Arcediano de Barcelona D. Francisco Puig y Esteve. Los prelados, la duquesa y sus hijos repartieron pan á un sin número de pobres, entre vítores á María de Montserrat y á la Reina Isabel. Los soldados que habían acudido recibieron un plus en efectivo que emplearon íntegro en la compra de medallas, rosarios, cintas, estampas y otros objetos de Montserrat.

El Camarín

Dan acceso al ante-camarín dos desahogadas escaleras que, partiendo, como queda dicho, la una de la segunda y la otra de la cuarta estancia, suben hasta un rellano ó descanso al nivel del Camarín. El material de estas escaleras es de piedra arenisca y su ancho de 1'80 metros. La baranda es de hierro batido y bronce, de muy recomendable mérito, con la particularidad de haber sido construída en el mismo Monasterio. Estas escaleras, una de subida y otra de descenso, forman los cuerpos laterales del triábside, ó sea los dos ábsides pequeños.

En el ingreso al Camarín hay dos conchas colosales que sirven de pila de agua bendita, procedentes de Filipinas (1), según se lee en los adornos, en 1888. La ornamentación está sacada de la flora y fauna marítima de aquel archipiélago, ejecutada en bronce dorado.

El pavimento del ante-camarín es de mosaico romano, en cuyo centro se destaca el escudo del Real Monasterio, de colores vivísimos, sobre fondo conglomerado. El pavimento del Camarín, propiamente dicho, es de mosaico blanco, con cenefa de color, y de lo mismo es el pavimento de los dos ante-camarines.

En los paramentos verticales del ante-camarín, en cuyos ornamentos, arcos y coronas domina la flora de la montaña de Montserrat, aparecen calados, como para quitar toda idea de limitación, á cuyo fin el artista que lo proyectó se propuso dar forma á la representación de lo infinito por carencia de líneas horizontales y buscando la solución con las curvas y con

(1) Regalo de dos jóvenes catalanes que tienen en Manila un establecimiento titulado de Nuestra Señora de Montserrat.

la vertical, que eleva la idea á Dios. En cada pilar de soporte hay como remate un ángel ricamente vestido, cuyas alas, de bronce bruñido, cubren los triángulos curvos que resultan de la construcción. De estos ángeles, cuatro llevan en la dalmática, de que van vestidos, el escudo de la familia de Patiño y Ciutadilla, evidenciando un voto solemne de dicha noble familia hecho por favores alcanzados de la Santísima Virgen de Montserrat. En los arcos que se abren al exterior se transparentan ricas vidrieras de colores, que presentan la novedad de no tener visibles las líneas de construcción, siendo sus constructores los primeros de ejecutarlas en España.

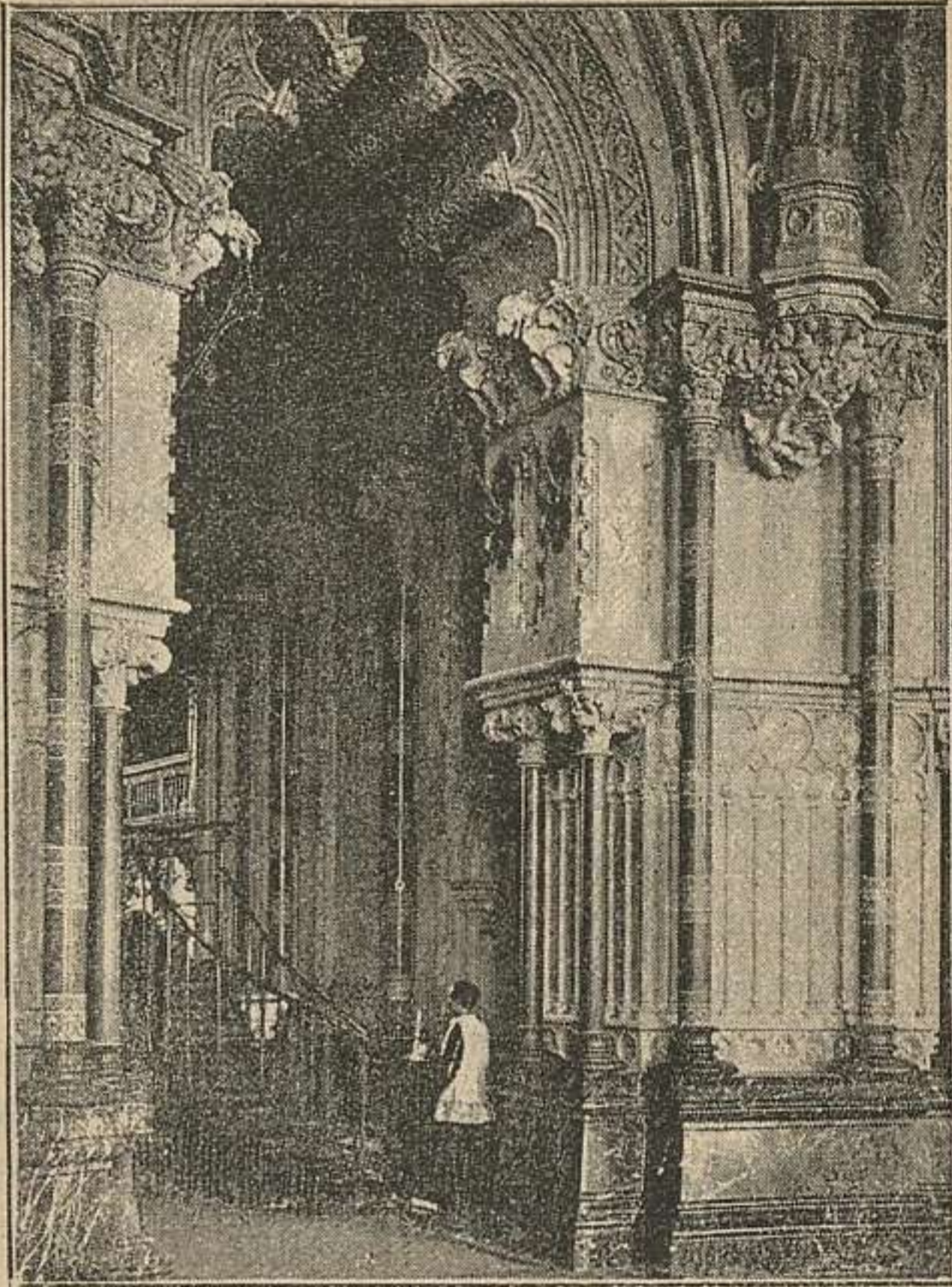
En las paredes del Camarín, propiamente dicho, se ostentan decoraciones de tapices grabados en la piedra que, como el resto, se ha de decorar con la debida riqueza.

En toda la decoración complicada de las paredes del Camarín se trasluce la idea de símbolos de alabanza á la Santísima Virgen, especialmente en un friso de saliente relieve, en el que se ven ángeles tañendo instrumentos. En los capiteles, y en su parte de resistencia, aparecen horribles alimañas en actitud servil sosteniendo el techo.

Este es de bronce y policromanía en el Camarín; en el del ante-camarín han de pintarse alegorías á las glorias de la Madre de Dios. Los techos de las escaleras serán ricos artesonados de madera con inscrustaciones, recordando la buena época de las construcciones en la Corona de Aragón.

En los dos ante-camarines laterales hay dos altares. En el uno se conserva el gran cuadro de Nuestra Señora de Montserrat, que se colocó en la fachada de la iglesia en las fiestas del Milenario, y en el otro altar un precioso cuadro representando el descanso de la Sagrada Familia al pié de una palmera en su huída á Egipto, que antes de construir el nuevo Camarín estuvo por más de cincuenta años en el altar de la capilla de San José en la iglesia. En estos altares se acostum-

bra celebrar las misas de velación de los recién casados (1), pues así como los barceloneses suelen celebrar sus matrimonios en



el Camarín de Nuestra Señora de las Mercedes, los novios de otras poblaciones de Cataluña los celebran en el de Nuestra

(1) En el primero de estos altares fué celebrada, el día 23 de Octubre de 1871, por el M. Il. P. Abad del Monasterio D. Miguel Muntadas, amigo de la familia, la misa de velación, del autor de esta obra que dos días antes había casado con su actual esposa la Sra. D.^a Elvira Palau y Martí, en el Camarín de la Merced de Barcelona.

Señora de Montserrat (1). En cada uno de estos ante-camari-nes hay una hermosa y delicada lámpara de plata, regalada una de ellas por la familia Mundó y Serrahima.

La Santa Imagen está colocada en la estancia central, que es el verdadero Camarín, sentada sobre un gran zócalo ó tro- no, formado de mármoles y piedra arenisca que servirá de soporte al magnífico dosel ó baldaquino, de bronce do- rado, en armonía con el estilo de la restauración y cons- trucción.

En esta estancia se besa la mano á la Santa Imagen.

Al efecto se ha construído dos ricas escalerillas de madera de nogal, la una para la subida y la otra para la bajada, á fin de que el besamanos pueda hacerse con comodidad.

Al empezar, el padre sacristán, con sobrepelliz y estola, reza una *Salve*.

La Imagen representa á la Virgen sentada en su silla, como á una señora de mediana edad, de color moreno, ojos vivísi- mos y hermosos, de rostro risueño y admirable por la perfec- ción de sus líneas, fiel retrato de su bello original, María, tal como la describe San Epifanio, obispo, con las siguientes pa- labras:

«No era, dice, de una elevada estatura, aunque su talla fuese un poco mayor que mediana: su tez ligeramente dorada como la de la Sulamitis por el sol de su patria, tenía el rico matiz de las espigas en sazón: sus cabellos eran rubios, sus ojos

(1) En el *album* del Monasterio que guarda el padre aposentador, donde inscriben sus inspiraciones los que visitan Montserrat, se lee esta delicada poesía:

«Casadets de nou—aquí som, María,
Som á vostres peus,—venim de Marina,
Si vos 'ns guardeu—sempre que convinga
Y en lo nostre cor—empollen la ditxa,
Tornarém ava l—ab santa alegría
Y res 'ns farán—del mon las espinas,
Perque ja ho té tot—¡Oh Verge divina!
Qui os estima á vos—que sou font de vida.

Divendres Sant 30 Mars 1888. (Aquí las firmas de los novios.

vivos, su pupila tirando un poco á color de aceituna, sus cejas perfectamente arqueadas y de un negro el más hermoso, su nariz, de una perfección notable, era aguileña; sus labios son rosados, el corte de su semblante ovalado; sus manos y dedos eran largos.» San Dionisio Areopagita, que vió á la divina Ma-



ría, asegura: «Que era hermosa hasta á deslumbrar, y la hubiera adorado como á una diosa si no hubiese sabido que no hay más que un Dios.» Según Orsini: «Jamás se la vió encolerizada, jamás á nadie ofendió, entristeció, ni hizo burla... Cerca de ella se sentía uno más puro y más fervoroso; porque su presencia calmosa y dulce parecía santificar todo lo que la rodeaba, y su vista despegaba el espíritu de las cosas de la tierra... Sus miradas revelaban ya la Madre de las misericordias, la Virgen de quien se ha dicho:

«Ella pediría á Dios hasta la gracia de Lucifer, si Lucifer pedía gracia (1).»

Este extracto de la biografía de la Santísima Virgen, se ha continuado aquí, atendidas las emociones que causa esta sagrada Imagen al contemplarla de cerca (2), pues parece se reúnen

(1) Orsini: *La Virgen, historia de la Madre de Dios*, Lib. V, tom. I.

(2) El escritor D. Francisco de Paula Canalejas, en su *Expedición á Montserrat*; publicada en los periódicos de Madrid, dice lo siguiente: «No soy dado á los alardes de fe religiosa que hace poco dominaban á ciertos políticos que constituían secta político-religiosa; pocas veces el culto fastuoso de nuestros templos ha logrado conmover mi alma, y las más de las imágenes, reverenciadas en nuestra España, no han arrancado un sentimiento de mi alma; pero ante aquélla (la de Montserrat) se doblaron mis rodillas. Yo bien sé que el culto que se tributa á una imagen la rodea de una aureola mística, y que ese mismo culto que se la tributa predispone nuestro espíritu á la admiración ó á la indiferencia. Hay viajeros que visitan sin la menor emoción Nuestra Señora del Pilar, la Virgen de los Desamparados, Nuestra Señora de los Reyes; pero ninguno se acerca sin sentir que la emoción embarga su ánimo, y algo divino atraviesa su espíritu, á la venerada Virgen de Montserrat.

»Al llegar á ella recordé que era la imagen adorada por veinte generaciones, que era la depositaria de sus dolores, la que había derramado tesoros de consuelo sobre aquellas generaciones, la que poblaba los palacios y aldeas de Cataluña, la que está siempre grabada en los corazones de los catalanes. Desde muy niño oí siempre invocar en mi casa, en todas las aflicciones de familia, esa imagen sagrada y he visto orar á mi madre ante su imagen y escuchar su nombre en días de luto: era el Dios de mi hogar.

»Yo había visto pueblos enteros en horas de agonía, invocarla; yo había visto peregrinos, agobiados por la edad y el sufrimiento, trepar por las peñas que forman los peldaños de su templo, y todos aquellos recuerdos me asaltaron al acercarme á la Virgen de Montserrat. Y no era solo mi vida, y mis dolores, y mis esperanzas lo que vivía en mi alma, no era sólo el recuerdo de que aquella imagen había endulzado la existencia de veinte generaciones, era también que aquella imagen era el corazón de la nacionalidad aragonesa, el grito de guerra de sus soldados, la aparición que les guiaba al combate, el Santiago de Cataluña. Invocando su nombre los marineros de Lauria rompían las armadas genovesas y francesas; invocando su nombre, unos cuantos almogávares

en ella todas estas cualidades que adornaron al divino original de que es copia.

Tiene el divino Hijo, que representa un niño de ocho ó nueve meses, sentado sobre sus rodillas: la soberana Madre le tie-

resistían el empuje de los invasores agarenos que debían romper los muros de Constantinopla. Desde los primeros condes hasta el prudente Fernando el Católico, toda aquella serie de condes esforzados y valerosísimos reyes, los conquistadores de Valencia y Mallorca, de Sicilia, Córcega y Cerdeña, los señores de Milán y Nápoles, los espugnadores de Almería, los señores del Mediterráneo, todos vinieron á este monte, y todos á pedir inspiración á esta sagrada Imagen. Aquellos hombres la miraban, y la imagen hablaba á sus almas yo no sé qué voz que los convertía en héroes.

»Y cuando la desgracia caía sobre Cataluña, cuando la *bourgeoise* dinastía de los Borbones, en son de guerra se sentaba en el trono de España, la Virgen de Montserrat alentaba á los defensores de Carlos de Austria, como había alentado á los que resistían la torpe administración del conde-duque, como había alentado á los que en días de Juan II defendían al infortunado príncipe de Viana, y como en nuestros días alentaba y defendía y salvaba á los denodados defensores de la independencia patria en la gigantesca lucha que comenzó el día 2 de Mayo de 1808.

»Así como desde la cima de Montserrat se divisa toda Cataluña; así, mirando á la Virgen de Montserrat se conoce toda la historia de la corona de Aragón.

»Yo no he sentido en mi vida emoción más profunda ni más viva; mi Cataluña vivía en torno de aquella imagen: lo divino, lo heroico de la historia catalana estaba ante mi vista: la fuente de tantos espíritus varoniles y esforzados estaba junto á mí; el escudo de la independencia de Cataluña, la defensora de sus libertades era aquella imagen que con conmovido ánimo contemplaba.

»Las maravillas de la naturaleza quedaban deshechas; si el arte no había sabido vencer aquel portento, la religión, la poesía popular la había vencido; había colocado en el centro de aquella gigantesca formación una idea: la idea de su gloria y de su nacionalidad, y al contacto de aquella idea la montaña había pasado á ser un accesorio, á ser la corteza, la vestidura que guardaba en su seno la creación divina del espíritu del pueblo.

»Yo no sé cuánto tiempo permanecimos adorando aquel rostro, que quedó profundamente grabado en mi memoria. De una frente purísima

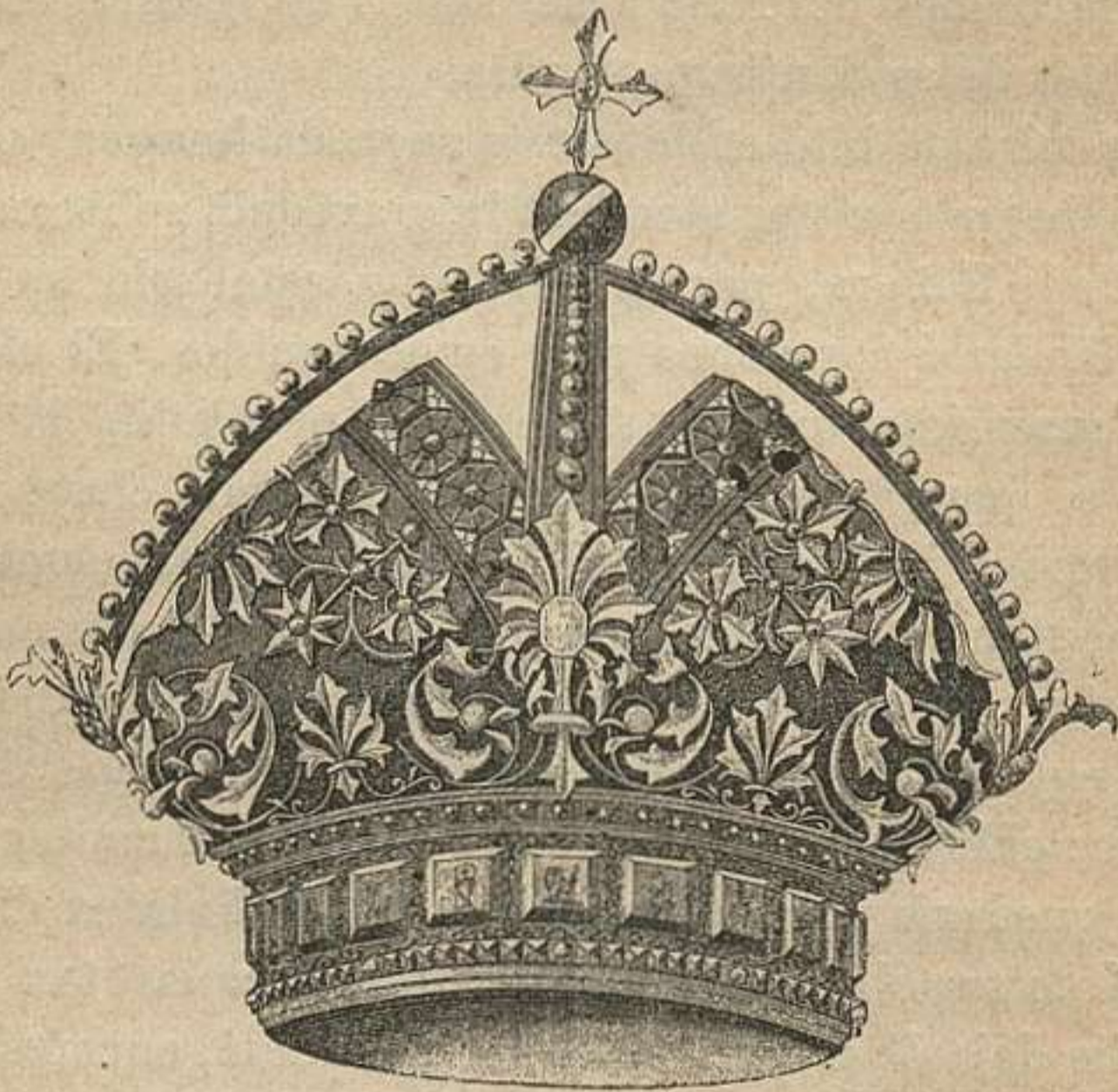
ne puesta la mano sobre su hombro izquierdo como en ademán de detenerle el brazo, y el niño saca la manita derecha por el mismo costado, tanto que puede verla. Sostiene la madre con la mano abierta hacia arriba un globo que representa el mundo, y el niño levantando la suya le da con los deditos la bendición, teniendo en su izquierda como una pequeña piña. El color y facciones del Niño Jesús son, si no iguales, muy semejantes á las de su Santísima Madre.

Quien mire de hito en hito esta sagrada Imagen, se ve precisado á bajar la vista, atendida la gravedad, soberanía y majestad de la Señora, por manera que esto solo ha bastado para ablandar á corazones muy empedernidos. El olor ó fragancia suavísima que de sí despide, propia de la Imagen, sin que se ponga en ella esencia de ninguna clase, recuerda su prodigiosa invención, y el conjunto de emociones que se experimentan causan como un placer especial que no se sabe expresar, y que en 1755 obligó á la señora duquesa de Medinaceli, cuyo olfato no podía sufrir ninguna clase de olor, á exclamar: «Esto es un cielo, donde con mucho contento y alegría me quedaría por toda mi vida.» El V. Palafox dice en el tomo IX de sus obras: «Es de invisibles gracias tan pródiga, que nadie deja de mejorarse en su presencia, encendiendo los corazones que con oculta fuerza se los lleva (1).»

nace un perfil perfectamente griego que se quiebra en la boca, partiéndose en dos pliegues que imprimen sello de bondad indefinible á aquel rostro singularísimo. Nos retiramos de su lado, no sin volver los ojos á aquella imagen, que tan poderosa influencia ejercía sobre nuestro espíritu.»

(1) «Sería inútil, dice el abate Bergier, tomo IV, pag. 121, que nos ocupásemos en probar la utilidad de las imágenes y la impresión que producen en el ánimo de todos los hombres: son más poderosas que los discursos, y muchas veces hacen comprender las cosas que no se podrían explicar con palabras; dícese con razón que son el catecismo de los ignorantes.»—«La pintura, dice San Gregorio, lib. 1, epist. 9, es para los ignorantes lo que la escritura para los sabios. No debe extrañarse,

La corona monumental, verdadero *ex-voto* del milenario que el cardenal delegado del Papa colocó en la cabeza de la Santa Imagen el día 9 de Setiembre de 1881, es riquísima, imitación de la histórica corona del Sacro Imperio de Carlomagno; por



consiguiente, es de estilo románico del siglo ix, fecha del hallazgo de la Santa Imagen. Es de oro purísimo; la base ó pié del frontero está rodeado de perlas de gran tamaño circuidas de diamantes, y separadas unas de otras por bajos relieves del mismo precioso metal. El frontero va dividido por veinte y dos cuadros de esmalte azul, con atributos de la Letanía lauretana, alternando con pequeños escudos de Cataluña y desco-

por tanto, que la mayor parte de los pueblos las hayan empleado para representar los objetos del culto religioso y que se haya reconocido su utilidad en el cristianismo.

llando en la parte posterior el de Montserrat. Encima del frontero destaca una línea de grandes brillantes que, en número de sesenta y en forma de clavos, unen dicho frontero con una rica diadema de severo dibujo, de hojas de plata forradas de gruesa plancha de oro. En estas hojas van engarzados muchos brillantes, de entre los cuales descuellan cuatro grandiosas esmeraldas, cada una de las cuales forma el centro de cuatro ángeles.

Los cuatro florones de la diadema llevan engastados en caprichoso dibujo ocho diamantes rosas, de tamaño extraordinario, que contribuyen á la riqueza del conjunto de la corona. Sobre el frontero descansa la mitra ó casquete que caracteriza la antigua forma de la corona de Carlomagno. Adórnanla ricas esmeraldas y diamantes engastados en grandes relieves en oro que lo cubren, y remata con una cinta de záfiro y diamantes que forman el último punto de la misma. Sujetan la diadema cuatro arcos de oro con perlas, y en su cruce descansa el símbolo del mundo ó bola de lápiz-lázuli, cuyo zodiaco y cruz están hechos de gruesos brillantes.

La corona del niño Jesús es de igual dibujo, y según parece hay engastadas en ambas 3,500 piedras preciosas, entre brillantes, esmeraldas, perlas, záfiro y diamantes. Como parte de estas piedras provienen del tesoro de Montserrat, otras son donativos particulares, y algunas fué preciso comprarlas, según las exigencias del dibujo, no se han valorado aún con exactitud tan riquísimas joyas.

El dibujo de ambas coronas fué dirigido por el arquitecto del Monasterio D. Francisco de Paula del Villar, y labradas las joyas en los talleres de joyería de los hermanos Suñol, de Barcelona.

El Camarín, en el cual hasta hace pocos años permaneció la Santa Imagen, desde que fué trasladada de la iglesia vieja, fué habilitado para tal, mas no estaba destinado á este uso. Las tres piezas que lo componían eran sólo las estancias de

paso, para comunicar por detrás del altar mayor con los costados del Monasterio, pues cuando se construyó la iglesia actual nunca se tuvo el ánimo, según consta, de quitar la Santa Imagen de la iglesia antigua, y por otra parte, no se había introducido aun la moda de los camarines.

Antes del incendio de 1811, cada una de las tres piezas del Camarín era una maravilla. Adornábanlas pinturas admirables, ricas arquillas y hermosos escaparates, brillando por su riqueza la pieza del centro, Cámara de la Santísima Virgen. Estaban sus paredes cubiertas de láminas de inestimable valor; pendía del techo, que representaba un hermoso cielo, riquísimamente pintado y dorado, una águila real de bruñida plata en actitud de volar, en cuyo pecho brillaba la cifra de María de oro matizado con diamantes; llevaba corona real en la cabeza, y en sus garras un tridente también de oro y diamantes, ofrenda del generoso duque de Taxis. La Santa Imagen estaba colocada sobre un trono regio de plata macizo, que costó 24,469 libras, moneda barcelonesa, (65,250 pesetas) á la casa de Cardona que lo regaló poco tiempo después de la traslación de la Santa Imagen.

Cofradía de la Virgen de Montserrat

Hallándose en este Monasterio la reina D.^a Leonor, primera mujer del rey D. Pedro II de Aragón y I de Cataluña, por los años 1200, fundóse una cofradía bajo el título de Nuestra Señora de Montserrat, y el primer nombre que se inscribió en sus libros fué el de S. M., al que siguieron los de varios Sumos Pontífices, cardenales, nuncios, arzobispos, obispos y muchos otros prelados, emperadores, reyes, príncipes de sangre real, nobles de varias naciones, almirantes, generales y caballeros, muchos de los cuales lo hicieron por su propia mano, otros

por sus secretarios, y algunos por embajadores especiales en el acto de ofrecer alguna dádiva. Hallábanse presentes á la instalación de la cofradía los ilustrísimos arzobispos de Tarragona D. Ramón de Rocaberti, y el obispo de Vich y abad de Santa María de Ripoll D. Raimundo de Berga. En 1454, bajo el pontificado de Nicolás V, se confirmó esta cofradía con voluntad y decreto del rey D. Alonso V y la reina D.^a María, enriqueciéndola con copiosas gracias é indulgencias los Sumos Pontífices Urbano VII, Gregorio XIII, León X, Paulo III, Pío IV, Clemente VII, Bonifacio IV, Paulo V, Gregorio XV, Benedicto XIII, etc.

Con la poderosa demostración de estos monarcas, se encendieron más y más los fieles en su devoción, y se aumentó, no sólo la Cofradía, sino también la calidad del Monasterio. Acercándose más á los tiempos presentes, se inscribieron cofrades de esta portentosa Señora de Montserrat, por su propia mano, los que después fueron Emperadores de Alemania Carlos VI, y su esposa Isabel Cristina, escribiendo el Emperador: *Patrum virtute humilis cliens Carolus*; y la Emperatriz: *Ad mutum Dei Elisabeth Cristina*: y posteriormente los fidelísimos reyes de Portugal D. Juan V, su esposa y sucesores, con los infantes y nobles de aquel reino. Todo esto constaba en los libros de dicha Cofradía que se conservaban en el archivo del Monasterio (1).

(1) Sería de desear que á la hora del besamanos estuviese abierta en el Camarín, colocado sobre una mesa, el libro de la Cofradía, para que cuantos visitan á la Santa Virgen en su montaña, se inscribiesen como cofrades de Montserrat, contribuyendo de este modo con una limosna anual al sostenimiento del culto y á la restauración. En la reja del Monasterio se venden sus constituciones.

Las Catacumbas

Tienen su ingreso por la escalera reservada del Camarín, cuya entrada se halla, según queda dicho, en la primera estancia de la Sacristía y coge toda la extensión de ésta. Fórmanlas una sencilla cripta, no muy alta de techo. Este panteón, donde se entierran los abades, los monjes y los escolanes, es de estilo románico. En la testera hay un altar con una imagen del Señor crucificado, y otra de una Dolorosa. Únicamente recibe luz por una ventana rectangular que da á la carretera. En el suelo se ve una lápida de mármol blanco, en la que destaca el escudo de la Rda. Comunidad de PP. benedictinos, y el del Monasterio de Montserrat en relieve. Esta losa, que cubre el osario, lleva esta inscripción: *Real Monasterio benedictino de Nuestra Señora de Montserrat.—Fili homini ¿putas ne vivent ossa ista? Hæc dicit Dominus Deus ossibus his: Ecce ego intromittan in vos spiritum, et vivetis. Et ingressus est in eos spiritus, et vixerunt* (Ezequiel cap. XXXVII, vers. 3, 5 y 10) (1).

En la testera de este aposento, dando frente al pequeño altar, se ve un hermoso cuadro de San Benito, debajo del cual hay el sillón abacial. Corre á lo largo de la capilla un sencillo banco para sentarse la comunidad en las fúnebres funciones que allí se celebran. Circuye este local un corredor, en el cual están abiertos los nichos donde se entierran los monjes y escolanes. Su entrada está al pié mismo de la escalera.

(1) Traducidas estas palabras del profeta Ezequiel dicen: *Hijo del hombre, ¿crees tú acaso que no revivirán estos huesos? Esto dice el Señor Dios á estos huesos: Hé aquí que yo haré entrar en vosotros el espíritu y viviréis. Y entró en ellos el espíritu y revivieron.*

Esta capilla es lúgubre y triste. Unos momentos pasados en ella con la escasa luz natural que entra por la única ventana, y que apenas puede dominar la que despide una gótica lámpara de bronce que cuelga del techo, amortiguada por el color azul del vaso, y rodeado de pintados mausoleos, no pueden menos de evocar tétricos pensamientos y traer, muy oportunamente, á la memoria, la idea de la muerte. Allí se vive dentro de un sepulcro.

A ambos lados del altar, hay dos sencillos mausoleos de estilo bizantino, en cuyas lápidas sepulcrales se leen estas inscripciones sacadas de la Biblia: "*Resurget frater tuus.—Hæc est spes mea in sinu meo.—Dormiunt in terræ pulverem.—Evigilabunt in vitan æternam*" (1).

Capillas altas y Coro

En la cuarta estancia de la Sacristía empieza una suave escalera, cuyos peldaños cada uno es de una pieza de piedra de la montaña, bien labrados y pulimentados de 2^m 80 de longitud que con siete vueltas llega á la parte alta del Monasterio. Las paredes de esta escalera estaban antiguamente cubiertas con retratos de príncipes y reyes que habían visitado el Santuario; hoy empero solo se ven los clavos que sostenían tan preciosos lienzos, y uno que otro cuadro. En el primer rellano hay la entrada á la Escolanía. Algo más arriba se encuentra un cancel, por el cual está prohibido el paso á las mujeres, pues la escalera conduce á la clausura (2). Pasado este cancel, al ex-

(1) «Tu hermano resucitará.—Esta es la esperanza que tengo de mi destino.—Duermen en el polvo de la tierra, mas despartarán en la vida eterna.»

(2) Para sala de visitas, hay una pieza á propósito fuera de la clausura, en la escalera principal del Monasterio, en cuyo locutorio pueden entrar personas de ambos sexos.

tremo de un tramo de la escalera se encuentra el corredor de las capillas altas, en las que no se ven los altares que antes había, ni el órgano que ocupaba la cuarta capilla de dicha parte del Evangelio (1), porque todo desapareció con el incendio de la guerra de la Independencia. El órgano actual, empezado por el factor de órganos de Manresa Sr. Obradors, y concluido por el maestro D. Juan Puig, el más inteligente de los factores modernos de órganos de Barcelona, ocupa la capilla alta más inmediata al coro.

Este, que coge dos de las primeras capillas por cada lado, es digno de visitarse. Está, como la iglesia, enlosado de mármoles de Génova. Antes del incendio de los franceses era muy majestuoso; pues su sillería, fabricada de maderas de corazón de roble, que se trajeron de los bosques de San Juan de las Abadesas, constaba de 91 sillas en dos órdenes, uno alto y otro bajo. En el respaldo de las bajas, que eran 36 estaba esculpida la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y en cada una de las altas en número de 55, había la imagen de un santo, de cuerpo entero, y á los piés de éstos un alto relieve que representaba un paso de su vida ó su muerte. Entre esas imágenes se hallaban las de los doce apóstoles y de otros santos, formando un total de 1,500 figuras, todas de relieve bellamente esculpidas. Las sillas altas eran de 4 metros de elevación, y 80 centímetros más elevadas que las bajas. Encima de ellas había un pasillo que daba vuelta al coro. Según convenio entre el abad y el famoso escultor que dirigió la obra, cada silla debió costar 95 ducados, obligándose el Monasterio á costear la madera.

El atril que mandó hacer el abad Fr. José Porrera, quien

(1) Era una pieza famosa y correspondiente á la magnificencia del templo, con mil ciento trece tubos. Lo mandó construir el Abad Fr. Miguel Torner en 1539. Estaba ricamente decorado con esculturas y dorados.

entró á gobernar en 1635, era una pieza riquísima, tenía 4 metros de alto por 77 de circunferencia.

Encima de cada una de las puertas que dan entrada al coro había un bonito órgano dorado. Cinco años empleó para labrar tantas preciosidades el célebre escultor Cristóbal de Salamanca, uno de los mejores de España en aquella época (1578), lo trabajó en Monistrol, y recibió en pago 10.000 ducados.

Junto al coro había la librería para el servicio del mismo, en algunos de cuyos libros se admiraban muy curiosas miniaturas (1). Cuando el incendio, estas preciosidades sirvieron de pábulo á las llamas que ablandaron las piedras del interior, de tal manera, que al más ligero empuje se deshacían. Hoy este coro se halla bastante bien restaurado, y aunque no con aquella magnificencia que antiguamente, á lo menos lo está con gusto y severidad; basta decir que su atril y sillas han costado 5,000 duros. El grupo de aquel, esto es, el Cristo, la Virgen y la Magdalena, son obra del célebre escultor de Barcelona, Sr. Guixá, quien retrató en la Virgen á su esposa, y en la Magdalena á su hija.

Culto diario

Restablecida entre otras cosas la antigua severidad del culto en la iglesia de Montserrat, vuelve á haber otra vez el *laus perennis* á la Santísima Virgen. A las cuatro de la madrugada entran los monjes en el coro á rezar *Maitines* con suma gravedad; á las cinco y media cantan los escolanes la misa matu-

(1) El maestro que fué de la Escolanía D. Bartolomé Blanch, restauró todos los desperfectos de los libros de coro que pudieron salvarse, adoptando un procedimiento desconocido, peculiar suyo. La parte del decorado y las miniaturas corrieron á cargo del pintor de Manresa Sr. Cabanes, encargado de la pintura policroma del templo.

tinal con música; á las siete cantan los monjes *Prima*; á las nueve *Tertia* y en seguida la misa conventual, muchos días con música; terminada, rezan *Sexta* y entonces hay la visita á la Virgen en el Camarín; á las once y media rezan *Nona*; á las dos y media de la tarde cantan *Vísperas*, y terminadas hay otra vez visita en el Camarín; á las cuatro y media la Escolanía reza *Maitines* y *Laudes* del oficio parvo de Nuestra Señora; á las siete de la tarde se reza ó canta el Rosario, la tradicional *Salve* y los gozos (1), y á las ocho y media la Comunidad reza *Completas*. En los días de fiesta de precepto, en verano, la Escolanía canta procesionalmente á las dos de la tarde el Rosario con música, dando la vuelta por el recinto murado del Monasterio. Los terceros domingos de mes se canta la Misa conventual con exposición del Santísimo Sacramento y procesión al fin, por razón de ser función de la Minerva. Las funciones de la Semana Santa son solemnísimas, cual en muy pocas catedrales y acude gran concurrencia de distintos puntos de Cataluña, y muy particularmente de Barcelona.

Demás dependencias del Monasterio

No ofrecen cosa particular por cuanto el incendio las inutilizó. Se han restaurado en parte los edificios, mas tardarán aún mucho en alcanzar el grado de esplendor que antes tenían.

La Biblioteca se halla entre el gran patio y la montaña. Al dirigirse al *Safretx* se ven sus grandes balcones y dos ventanas ovaladas que dan al huerto. La pieza principal es un vasto salón en el que antiguamente había magnífica estantería. Era reputada la Biblioteca de Montserrat como la segunda de

(1) Si alguna persona devota desea que las misas, rosarios, etc., se canten con música, ha de dirigirse al padre sacristán.

Cataluña (1). Era riquísima en preciosos volúmenes, dádivas de personas distinguidas, ó adquiridas por la munificencia del emperador Carlos V, quien de una sola vez envió á Montserrat la cantidad de 20,000 ducados para la adquisición de libros; los Reyes Católicos, dieron 1,300 libras, moneda barcelonesa, para la obra de la biblioteca y de la hospedería. Cuando la reina Isabel II en 1860 visitó al Santuario, empezó la obra de la restauración de la parte del edificio que ocupaba la Biblioteca. Es inútil que el viajero busque hoy la preciosa estantería construída de las maderas más finas y más artísticamente labradas, que á principios de este siglo contenían millares de volúmenes, porque el ejército francés, no pudiendo llevárselos para enriquecer la Biblioteca de París, les pegó fuego y todo ardió. Ratos de solaz hubiera pasado el viajero en aquel recinto, pues como las bibliotecas de todos los conventos era pública. Además de los libros hubiera podido admirar códices y pergaminos.

Hoy el Monasterio va formando con suma pena una nueva Biblioteca.

Sala Capitular.—Una de las pocas estancias que quedó, aunque incendiada, intacta como edificio, fué la Sala Capitular. La actual está dotada de nuevos sillones y escaños de madera de estilo bizantino, con un bonito cuadro al óleo de San Benito en la testera. En la Sala Capitular antigua fué donde después del incendio se restableció el culto á la Santísima Virgen, pues todo lo demás del Monasterio, excepto el Refectorio que los franceses utilizaron para cuadra de caballos, y la casa del médico, era un montón de ruinas.

El Noviciado, que fué volado por las tropas de Napoleón I, ocupa provisionalmente los arcobotantes y botareles de la parte superior del templo, y el buen aspecto exterior del edi-

(1) Considerábase como primera, la de Santa Catalina de dominicos de Barcelona.

ficio lo propio que la restauración interior, y sobre todo las indispensables reglas del arte arquitectónico, exigen que semejante adefesio desaparezca cuanto antes. El Noviciado se trasladará al piso primero de la obra nueva de la gran fachada del Monasterio en proyecto.

El Refectorio llamado *Real*, lo propio que varios otros aposentos hoy medio arruinados, construídos en 1392, siendo abad Fr. Vicente de Ribas, lo fueron por un tal Jaime Des Mas. Como con la destrucción de 1811 quedó íntegro el refectorio, lo habilitaron los monjes para iglesia provisional al ver que no era suficiente la Sala Capitular, y allí estuvo colocada la Santa Imagen hasta el 7 de Setiembre de 1817. El día que la Reina Isabel II visitó con la Real Familia el Monasterio en 1860, en este gran Refectorio comieron todos los Alcaldes de las poblaciones de la provincia que fueron á Montserrat á saludar á la Reina.

Construcciones del Monasterio moderno

Colocada donde hoy se halla la Santa Imagen, quedó la iglesia antigua como recuerdo de haber estado allí la Santísima Virgen por espacio de 719 años, visitada por más de treinta generaciones y por personas de todas clases, sexos, condiciones y países, quedando allí muchos recuerdos de los varones ilustres que en aquel sitio se habían inspirado, y los sepulcros de varios de nuestros héroes. Para perpetua memoria de haber estado allí la perla de Cataluña, se colocó en el altar antiguo una Imagen, copia de la verdadera, y en las paredes del ábside las dos lápidas que hoy se hallan á la entrada de los pórticos, de las cuales queda hecha mención.

Habían quedado en la iglesia antigua muchos recuerdos de varias clases, colgando en el centro de la bóveda la farola que

Ali-Bajá llevaba en su capitana en la famosa batalla de Lepanto con algunas banderas cogidas á los moros en tan gloriosa jornada, ofrecidos en persona por el general D. Juan de Austria á la Virgen de Montserrat al regresar victorioso, como trofeo del señalado triunfo alcanzado por la protección de María. Gran número de lámparas se hallaban distribuídas en distintos puntos de la iglesia. Esa farola y esas lámparas dieron pie á una estrofa de una antigua canción catalana que dice así:

Fins setanta quatre llantias
 Creman devant del altar,
 Totas son de plata fina
 Menos una que n' y ha
 Que es la llantia del rey moro
 Que may l' han vista cremar.
 Una nit la van encendrer,
 Un angel del cel parlá:
 «Apagueu aquesta llantia
 »sino l' mon s' enfonsará.»

Traducida en versos castellanos dice así:

Setenta y cuatro las lámparas
 Son que arden ante el altar,
 Y todas de plata fina,
 Exceptuando una no más,
 La lámpara del rey moro,
 Que nunca encendido se ha,
 Una noche la encendieron
 Así un angel se oyó hablar:
 «Apagad pronto la lámpara
 »Sino el mundo se hundirá.»

En la entrada de la iglesia antigua se veían en el suelo dos pedazos de jaspe verde, y en medio otras dos piedras menores de mármol blanco la una y rojo la otra, colocadas en el sitio donde en 905 había sido depositado el cadáver de Juan Garín, al bajarlo de la cueva de su nombre, en donde había sido enterrado al morir en el año 898. En 1608 fué extraído de

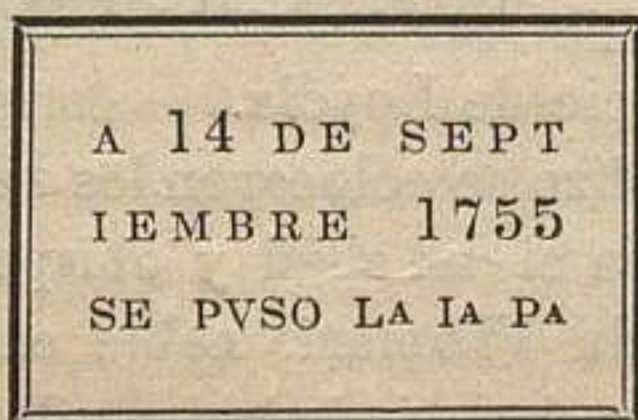
dicho sitio, y encerrado en la urna forrada de terciopelo negro con franjas de oro, que, según queda dicho, se colocó en uno de los armarios del tesoro de la Sacristía en la iglesia nueva, entre las reliquias de diferentes santos (1).

La iglesia vieja quedó sólo como un monumento histórico. Todo el culto se daba en la nueva. Esta se hallaba enteramente aislada de los demás edificios, y tenía una sola puerta. Para la comunicación de los monjes desde el Monasterio se construyó un corredor cubierto junto al campanario, pues la parte alta del antiguo Monasterio, y las capillas altas de la nueva iglesia, estaban en el mismo nivel. Se labraron al efecto unas hermosas columnas de piedra de la montaña (parte de las cuales están echadas en el pasadizo exterior que hay al lado N. de la iglesia), y con ellas se construyó un corredor. Se abrió la puerta que hay aún en el corredor del piso correspondiente sobre los pórticos de la izquierda del patio, que comunica con las capillas altas, y se adornó con la portadita corintia que aun subsiste. En el interior del lienzo del claustro gótico, se construyó una especie de capilla del Santísimo Sacramento, en la cual se colocaron los confesionarios, y se habilitó además para el culto un local que había entre la iglesia vieja y el campanario. Se dedicó á San Benito y estaba consagrada, como lo indicaban las cruces encarnadas que había en sus paredes.

En 1755 todos estos venerandos restos desaparecieron, pues deseando construir el gran Monasterio, ideado por los Reyes Católicos, el abad P. Benito Argelich convocó á varios

(1) En 1600 fueron trasladados de la iglesia antigua á la nueva los restos de los monjes enterrados en aquélla, y los que lo estaban en la capilla llamada de San Benito, los cuales, junto con los del abad Cisneros, colocados en una urna forrada de terciopelo negro, se depositaron en la capilla de San José, lo propio que los del abad Salinas, y los de los obispos Figuera, Tocco y Fraciada de Cuenca, que falleció en Montserrat al regresar del Concilio de Trento. Los restantes se depositaron en 1627 en una tumba en medio de la iglesia. Celebró de pontifical el cardenal Calonna.

arquitectos para que presentasen proyectos á la Comunidad. Lo accidentado de la montaña, la diversidad de pareceres entre los monjes, opinando los unos, que debía derribarse, y los otros, los más ilustrados y devotos, que había de conservarse lo que tenía Montserrat de respetable por más de un título, y lo crecido de los presupuestos, fueron motivos de disidencia. Cada monje presentaba incidentes, hasta que el abad Arge-lich, viendo que pasaban años y la cuestión no se resolvía, en una de las sesiones, tomó una resolución definitiva y dijo: *Acá- bese la discusión; opto por tal plan;* y los monjes aprobaron la voluntad del prelado. Por desgracia se adoptó el proyecto que está en su mayor parte construído. Su autor fué D. Juan Carreño, autor del proyecto del castillo de San Fernando de Figueras. Por esto el patio y convento que proyectó, tienen más aspecto de cuartel que de Monasterio. Y como en aquella época de mal gusto artístico, dominaba despóticamente el churriguerismo ó el barroquismo, el flamante arquitecto no tuvo el menor escrúpulo en derribar todos los recuerdos arqueológicos y religiosos que se habían conservado por tantos siglos, y si no se derribó el claustro gótico de Julio II, fué debido á un favor especial de la Providencia, permitiendo que no se reunieran los fondos suficientes, cuando en 1764 se iba á empezar la demolición, después de realizada la de la iglesia antigua, tan sin motivo destruída, hallándose ya terminado el edificio de siete pisos, de ningún mérito artístico, que da al torrente de Santa María, en una de cuyas piedras del zócalo se grabó la fecha en que se colocó la primera, que dice así:



A la manía de la uniformidad que dominaba en aquella época, y que por desgracia tanto bueno ha destruído, es debida la desaparición de las más bellas páginas de piedra de la mencionada historia de Montserrat. Si únicamente se hubiese construído la parte de Monasterio que linda con la carretera, nada hubiera podido objetarse, sólo la falta de gusto artístico en la obra nueva. Tiene ésta 36 metros de elevación; consta de siete pisos, tres destinados á hospedería exterior que la forman los aposentos de San Benito, San Luis y San Millán; otro á hospedería interna, y los tres restantes á habitaciones de los monjes. El piso bajo se halla destinado á caballerizas. Las paredes tienen 2'52 metros de espesor. La elevación por la parte del patio que precede á la iglesia, es de 22'698 metros.

Aunque en 1767 se concluyó el nuevo Monasterio, no se terminó el proyecto estudiado y adoptado, pues á continuación del patio ya construído había de construirse otro igual, según estaba ya indicado, precediéndole otro cuerpo de edificio, con el cual correspondía una fachada greco-romana, la gran escalera principal, las oficinas del Monasterio y la hospedería exterior, con todas las comodidades apetecibles. Para realizar todo este proyecto, era preciso derribar el claustro gótico de Julio II, y aquí se detuvo la piqueta demoledora.

Como queda dicho, en esta especie de claustro moderno ó patio, se trasladaron al ser derribada la iglesia románica los sepulcros y lápidas que la embellecían. Las lápidas que recordaban el sitio donde estuvo la Santa Imagen en la iglesia antigua, se trasladaron á las pilastras de uno y otro lado del pasadizo central, y en otras dos pilastras las lápidas que recordaban las visitas que habían hecho á Montserrat San Pedro Nolasco y San Ignacio de Loyola.

En el mismo pasadizo se colocaron los sepulcros de mármol, entre los cuales había el del abad y obispo Benito de Tocco, y el de Bernardo de Vilamari, noble catalán, vencedor de Nápoles, señor de muchas ciudades y villas, general y almi-

rante. Restos de estos y otros sepulcros notables se hallan en el Museo. Se conserva en dicho pasadizo el vaso de un pequeño sepulcro, sin tapa, que encierra algunos huesos, en cuyo frontal se lee una inscripción que indica que allí fué enterrado un tal A. de Torra, ciudadano de Barcelona que pasó en una de las ermitas de Montserrat veintidós años de una vida ejemplar, y murió en 13 de Agosto de 1335.

En las paredes del pórtico que mira á la iglesia, vense cuatro sepulcros góticos y varias lápidas sepulcrales, de las cuales, aunque están algunas deterioradas, se puede leer algo. En una de las de la derecha, con caracteres góticos, se consigna que el 13 de Octubre de 1324 murió un tal Romeo Dorfor. Según consta en *Los Castells de Montserrat*, por D. Francisco de Asis Carreras y Candi, este Durfort poseía el Castillo de Collbató en 1323, y en este castillo murió pero fué enterrado en Montserrat.

La escalera actual del Monasterio, situada cerca del claustro gótico, es provisional y muy mezquina, pues la que empezó á construirse en 1785, y era suntuosa, fué volada por las tropas de Napoleón I. En la restauración que se está llevando á cabo, bajo la dirección de los arquitectos de Barcelona D. Francisco de P. del Villar, padre é hijo, hay proyectada una gran escalera de honor muy inmediata á dicho claustro, la cual formará parte del nuevo lienzo del Monasterio que quedó sin concluir, y que terminará con la gran fachada que se ha proyectado.

A ésta servirán de base los arcos del pórtico empezados, al que seguirá una galería en relación con las aberturas de los pisos superiores. Será toda la fachada de piedra y de estilo románico severo, terminará con una especie de frontón escalonado, en el cual se destacará un grande escudo del Real Monasterio.

A uno y otro lado de esta fachada, habrá dos cuerpos de edificio, á manera de grandes pabellones; el de la parte N.

se construirá la antedicha escalera de honor, y en el de la parte S. la cámara abacial, los aposentos para los obispos, personajes y sacerdotes distinguidos, la mayordomía y las demás oficinas del Monasterio y de la hospedería. La parte de edificio correspondiente á la gran fachada, tendrá destinado un piso á noviciado y los demás á diferentes dependencias. Esta mejora permitirá que desaparezcan, como queda dicho, las impropias habitaciones ó celdas que desde la restauración de 1820 afean la parte superior de la iglesia con impropios aditamentos entre los botareles, impidiendo que pueda apreciarse exteriormente la forma arquitectónica del templo, sin presentar el mal aspecto que indebidamente se le dió de caserón de labranza, devolviendo el carácter que nunca debiera haber perdido, y antes tenía, de templo cristiano.

Reconstruído y restaurado el claustro gótico, y construída la gran escalera de honor del Monasterio, se dispondrá un paso cubierto, por el cual podrá irse á la iglesia sin mojarse cuando llueva, desde la puerta primitiva del Monasterio que se conserva en los nuevos aposentos que se han levantado, frente á los de San Alfonso. La plaza de árboles se transformará y sobre el poyo corrido, con vistas al Llobregat, donde todas las mañanas forman su mercado de hortalizas y frutas las aldeanas de los contornos, habrá una galería cubierta, á fin de que sin mojarse se pueda disfrutar del panorama que desde allí se descubre.

Orden Benedictina.—Regla de San Benito.— Biografía del fundador

Ya queda dicho que muchos años antes al de la invención de la Santa Imagen, se hallaban establecidos en Montserrat los monjes benedictinos; es decir, que el culto que siempre se ha dado á Dios en la montaña de Montserrat, ha sido conforme á la Regla de San Benito.

Cuando éste fundó su órden monástica, ante todo redactó su Regla, en la cual ordena que ningún monje diga en el Monasterio su parecer, sino que tenga una obediencia pronta, de suerte que al instante en que el Prelado le mande algo, lo ejecute puntualmente, dejando todas sus cosas y renunciando hasta á su propia voluntad. Les encarga también que no hablen más que lo necesario, y nada absolutamente en las horas de silencio, aunque sean cosas buenas, santas y de edificación, y que vivan contentos, por más que se les humille y abata.

El grave canto que se observa en Montserrat y demás monasterios benedictinos, no es otra cosa que el cumplimiento de uno de los mandatos que San Benito hizo á sus monjes, quien en el capítulo XIX de su Regla, á fin de que las ceremonias religiosas sean graves y solemnes, ordena que se castigue al que se equivoque en algún salmo, responsorio, antífona ó lección.

Manda también el santo que el aderezo ó ropa correspondiente á la profesión de cada monje, la distribuya el Abad, sin que nadie pueda decir: *Esto es mío, esto me pertenece*, sino que deba pertenecer todo á la Comunidad.

Encarga á sus monjes que, además de la oración y del rezo, trabajen en el campo ó en el Monasterio, y que dos de los ancianos vigilen si hay algún monje perezoso ú holgazán, y caso de haberlo, se le reprenda públicamente.

Ordena asimismo el santo fundador que se reciba á cuantos huéspedes llegaren al Monasterio, y que á cada uno se le dé el honor correspondiente con señales de sincera caridad; que se ponga particular esmero en el recibimiento de los pobres y peregrinos, y que se encargue á un monje timorato y de suma amabilidad el cuidado de la hospedería, quien deberá procurar que esté con el debido aseo cuanto necesiten los forasteros. Es digna de elogio la disposición que exige de los monjes benitos, que vistan siempre hábitos de telas elaboradas en el país en que viven, y que el Abad cuide de que no sean cortos,

sino proporcionados á los sujetos que los gasten, y que los que los reciban nuevos, entreguen siempre y de contado los viejos, para que se guarden en la ropería á disposición de los pobres. Basta, dice, que el monje tenga dos tónicas y dos cogullas, únicas que exige la limpieza, pues todo lo que excediere, de nada sirve, y de ningún modo debe permitirse lo superfluo; por manera que para quitar todo apego á las riquezas, manda estrictamente el santo, que el Abad dé, como queda dicho, á los monjes todo lo necesario; esto es, vestido interior y exterior, cama, mesa con recado de escribir, etc.

Tocante á la admisión de novicios, encarga que si alguno pidiese vestir la cogulla benedictina, no se le conceda fácilmente la entrada, sino que después de cuatro ó cinco días de haber llevado con paciencia la dificultad de lograr su deseo y las injurias que se le hubieren hecho, se le admita por algunos días en la hospedería, y después se le lleve al noviciado; que se destine para su dirección un monje anciano, que vele sobre el novicio con particular cuidado, que le pondere las dificultades de la vida monástica, y si prometiese perseverar en su buen propósito, pasados dos meses, que se le lea extensamente la Regla del santo fundador, diciéndole: *Esta es la ley bajo la cual deseas militar: si te juzgas capaz de observarla, entra, sino, libre eres, márchate.* Si, con todo, después de esta prueba, dice el santo, perseverase, que se le vuelva al noviciado donde se continúen las demás acerca de su paciencia, humildad y obediencia; que al cabo de seis meses se le lea por segunda vez la Regla, y si aun persevera firme en su resolución, que se dejen pasar cuatro meses más, y cumplidos, que se le vuelva á leer por tercera vez la Regla, y finalmente, si después de una madura deliberación prometiese guardar cuanto en ella se contiene, y obedecer en todo lo que se le mandare, sea admitido en la comunidad, teniendo entendido, que desde aquel día queda sujeto á las leyes de dicha Regla, y al yugo de la misma que con meditada deliberación pudo dejar ó admitir

El novicio que hubiere de profesar, continúa el santo, prometa públicamente en la Iglesia su estabilidad, la pureza de costumbres, y una ciega obediencia delante de Dios y de sus santos, promesa que debe hacer ante el Abad escribiéndola y firmándola de su propio puño y letra, por manera que sólo después de hecha se le quitarán en la misma Iglesia los vestidos de seglar, que antes llevaba, y se le vestirá el hábito religioso.

Manda también San Benito que si algún monje forastero llegase al Monasterio, y quisiese estar en calidad de huésped, sea recibido por el tiempo que quiera, y si se notase en él alguna cosa reprehensible, la adviertan con humildad al superior; pero que si deseara cosas supérfluas, ó se notare que fuese vicioso en sus costumbres, que se le diga con prudencia y cortesía que se vaya.

Pasa luego á indicar las categorías y tratamientos de los monjes según su estado, y manda que en la elección de Abad se atienda al mérito, sabiduría y doctrina del que hubieren de elegir, aunque fuese el último de la comunidad, añadiendo que si toda ella unánimemente ó por mayoría eligiere á alguno que consintiese sus desórdenes, y llegase á noticia del obispo diocesano, de los abades ó de los cristianos de la vecindad, impidan éstos que tenga efecto la conspiración de los malos, y pongan en la casa de Dios un administrador que sea digno de gobernarla.

Encarga el santo que el Abad sea casto, sabio y caritativo; que aborrezca los vicios; sobre todo que no deje de amar á los monjes y á los forasteros, que se porte con prudencia en el castigo, y nunca se exceda; que no sea turbulento, ni inquieto, ni extremado, ni pertinaz, ni caviloso, ni suspicaz, porque, dice, no tendría sosiego. Y le encarga muy eficazmente que haga observar su Regla en todas sus partes.

Da disposiciones acerca del prior, del portero y demás oficios de la casa. Prohíbe á los monjes ofender ni castigar el uno al otro, y les ruega que se obedezcan mutua-

mente, para que en todos tiempos sean modelo de virtud y perfección.

Hé aquí en breves palabras recapitulada la Regla benedictina que tantos bienes ha proporcionado á la sociedad, Regla que desde su fundación ha seguido el Monasterio de Montserrat, y que todavía siguen, en lo que su situación les permite, los monjes que actualmente custodian esta venerable joya de Cataluña.

No es extraño que esta Regla, tan elogiada por los principales santos, reyes y autores católicos, y aprobada por los Sumos Pontífices, diese á la Iglesia 40 papas, y de éstos 25 canonizados, cuyos nombres y hechos hizo registrar en el Vaticano el papa Juan XXII; 200 cardenales; 50 patriarcas, 1,600 arzobispos, más de 4,000 obispos, etc., todos hijos profesos de la orden benedictina. El número de escritores que esta célebre orden ha tenido pasa de 15,000, entre los cuales se cuentan San Leandro, arzobispo de Sevilla, y San Ildefonso, de Toledo; y el de misioneros ó apóstoles en varias provincias excede de 200, descollando entre ellos el padre Fr. Bernardo Bohil, noble catalán, monje de Montserrat, que en la isla de Santo Domingo derribó con sola su predicación más de 170,000 ídolos.

Hablando San Bernardo de la antiquísima religión benedictina, dice: «que dió principio á la Iglesia: no, añade, porque no estuviese planteada, sino porque al sudor de los hijos de San Benito se debe su cultivo, arrancando la maleza que había sembrado en varias partes la herejía, defendiendo sus muros con los agudos filos de sus plumas, siendo centinelas vigilantes de sus almenas, convirtiendo idólatras, domando naciones bárbaras, erigiendo escuelas, instituyendo en la Iglesia ceremonias, y finalmente, defendiéndola de sus enemigos hasta derramar su sangre.»

El número de los santos que tiene la orden benedictina es un piélago que nadie ha podido sondear. Hay autores que

cuentan hasta 55,000 santos, según dice el papa Juan XXII; otros juzgan corto este número, entre ellos un ilustre escritor de la V. Compañía de Jesús dice que se cuentan 1,000 santos benedictinos por cada día del año. Y no es extraño, teniendo presente que esta celeberrima orden data del siglo VI, y que hubo tiempo en que contó 37,000 abadías.

Tampoco le falta el esplendor de la sangre y de la nobleza, pues en los archivos y crónicas de la orden consta que vistieron la cogulla benedictina 21 emperadores, 12 emperatrices por lo menos, 47 reyes, 54 reinas, 126 individuos de ambos sexos hijos de reyes, 66 hijos de emperadores, é innumerables príncipes de todas clases, según se lee en Arnaldo Uvion *Lig. vit. Beyerlinch. Theat. vit. hum. lit. R. p. 208 y 209.*

Y aun cuando tales timbres no mostraran, la humanidad es deudora á los hijos de San Benito de haber salvado en sus monasterios los libros y escritos de todos los ramos del saber humano cuando la invasión de los bárbaros. ¿Qué ilustración tendría la moderna sociedad, si los monjes benedictinos no hubiesen dado asilo en sus claustros á las ciencias, á las artes y á las letras cuando andaban fugitivas y errantes?

Descrita obra tan grandiosa, parece muy natural dedicar cuatro palabras á su autor, pues muchos querrán saber quién fué este hombre tan grande.

San Benito nació por los años 480 de la era cristiana en las cercanías de Nursia, ducado de Espoleto, de Eutropio, que se cree fué de la familia de los Anicios, y de Abundancia, condesa de Nursia. Su nobilísima cuna fué, por lo tanto, una de las más distinguidas, así por los enlaces de sus mayores, como por las numerosas riquezas de su casa.

Ya desde niño se notó en Benito un amor extraordinario á la virtud, buen genio, nobles inclinaciones, natural dócil, y tales señales de devoción que á los siete años le enviaron sus padres á Roma, para que se criase en aquella córte á vista

del papa Félix II, que se cree era descendiente de la misma familia.

Allí hizo asombrosos progresos en las ciencias, pero sobre todo descolló en la devoción á la Madre de Dios, y no es extraño se la tengan tan grande sus hijos de Montserrat. Venérase todavía en el oratorio de San Benito en Roma la imagen de la Santísima Virgen en cuya presencia oraba el santo.

A los quince años dejó la capital del orbe católico, y pasó á Sublago, situada á quince leguas de la ciudad de Terna, solitario sitio muy parecido á Montserrat, en donde sólo peñascos escarpados en agudas puntas que se esconden en las nubes, y precipicios espantosos, era lo único que se presentaba todos los días á la vista del santo fundador. Allí su ayuno fué continuo, su oración casi perpetua, su cama las duras peñas, su alimento insípidas raíces y yerbas agrestes, y su traje un áspero cilicio.

Tres años más tarde los monjes de Vicovasse, entre Sublago y Tívoli, le nombraron Abad de su Monasterio, y aun cuando se resistió cuanto pudo, le obligaron á admitir el gobierno que le ofrecieran. En él sus enemigos, que nunca faltan á la virtud, intentaron envenenarle, tentación que frustró el santo con la señal de la cruz, en vista de lo cual renunció la abadía, y se retiró otra vez á su amada soledad, donde la fama de su santidad y saber atrajo hacia él gran número de gentes de todas partes. Allí fundó doce monasterios, y á los 35 años de su edad escribió la célebre Regla de que se acaba de tratar.

De Sublago pasó al Monte Casino, donde, viendo que todavía se adoraba públicamente al dios Apolo, en cuyo honor se conservaba un templo y algunos bosques sagrados, derribó el templo, hizo pedazos el ídolo, abrasó los bosques consagrados á las mentidas divinidades, y sobre las ruinas del templo y del altar levantó dos capillas, una en honor de San Juan Bautista, y otra en el de San Martín, y en pocos días convirtió á la fe á todos aquellos pueblos semi-idólatras.

Sobre la eminencia de aquella montaña fundó Benito el Monasterio de Monte Casino, venerado siempre como solar y centro de la célebre orden que hace mil trescientos años que brilla en la Iglesia católica.

De todas partes acudía tropel de gente á venerar á Benito, y entre otros, presentóse un día Totila, rey de los godos en Italia, quien, deseoso de conocer á este hombre singular, y probar si estaba dotado del don de profecía que tanto celebraban, mandó á un caballero suyo que se vistiese con los adornos reales, llevando todas las insignias de la majestad; mas al verle Benito, dirigióle, sonriendo, estas palabras: «Deja, hijo mío, deja esas insignias que no te convienen, y no finjas lo que no eres.» Asombrado Totila de tal maravilla, se arrojó á los piés del santo, y estuvo postrado hasta que Benito lo levantó.

Del mismo parto que Benito, y del cual murió la madre, nació Santa Escolástica, quien, después de haber fundado el primer monasterio de monjas benitas, hallándose al último de su vida pasó á dar el postrer adiós á su amado hermano. Imposible es describir la tierna despedida de los dos queridos gemelos, sólo es fácil concebirla conociendo el mutuo afecto que se profesaban. Al cabo de cuatro días de esta entrevista, Benito vió como el alma de Escolástica subía á la mansión de la paz en forma de paloma. Por esto siempre se acostumbra á pintar á la santa con una paloma en la mano.

Poco más de un mes se contaba de la muerte de Escolástica, cuando Benito, dirigiéndose á sus hijos los monjes, les pronosticó el día de su tránsito, al que se dispuso con nuevo fervor y más severa penitencia. Mandó abrir su fosa, y el sábado de *Pasión*, día 21 de Marzo del año 543, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador en la misma iglesia de Monte Casino, á donde se había hecho conducir para recibir el Santo Viático. Entonces contaba Benito 63 años de edad, de los cuales había vivido 7 en Nursia, 7 en Roma, 35 en Sublago y 14 en el Monte Casino.

Su cadáver fué enterrado en la misma sepultura que él había mandado cavar, donde se conservó hasta el año 580, en que fué destruído el monasterio de Monte Casino por los lombardos, como el mismo santo lo había profetizado, quedando sepultadas sus preciosas reliquias entre las ruinas de dicho monasterio. Dícese que en 660 las extrajo San Aiquilfo, quien las trasladó al monasterio de Fleuri en Francia, llamado hoy *San Benito sobre el Loire*, donde se adoran con singular veneración.

Tal es en resumen la biografía de ese varón insigne, cuya fama repiten los miles de ecos que moran en las peñas de Montserrat.

La Escolanía

Denomínase así al Conservatorio ó Seminario de Música, establecido de tiempo inmemorial en Montserrat, y que tan universal fama ha adquirido. Se halla establecida en una de las secciones del Monasterio, situada á la parte del Este, á espaldas del Camarín, y unido á la iglesia por una parte del ábside. El edificio de la Escolanía, de menor elevación que aquélla y el Monasterio, se halla cerca del *Safretx*. La puerta de entrada se halla, como queda dicho, en el primer rellano de la escalera que de la cuarta estancia de la Sacristía conduce á las capillas altas y coro. Encima del dintel de una preciosa puerta de delicadas labores hay un gran medallón circular de mármol blanco en relieve que representa un busto de la Santísima Virgen con el niño Jesús en los brazos, rodeado de varios ángeles, debajo del cual se lee la siguiente inscripción:

SINITE PARVULOS VENIRE AD ME. *Marc. X, v. 14* (1).

(1) Dejad venir á mí los niños. *Marc. X, v. 14*.

El antiguo aposento, debido al abad Fr. Miguel Serra, era un colegio decentemente capaz, alegre y vistoso, en el que, como en el actual, no podía entrar religioso alguno, ni de él podía salir ninguno de los escolanes, sin expresa licencia del Abad, que la concedía en unión de otros compañeros.

Hé aquí lo que acerca del origen de esta Escolanía dice el reputado maestro y profesor que fué del Real Conservatorio de Música de Madrid, D. Baltasar Saldoni, fallecido hace pocos meses, en su obra titulada: *Reseña histórica de la Escolanía ó colegio de música de Montserrat*, que á costa de ímprobos trabajos dió á luz en 1856: «Cuando, dice, eran tenidos por semi-bárbaros los hijos de España, la nación española poseía un colegio en donde se enseñaba el arte más á propósito para endulzar el corazón y suavizar las costumbres.» «España, continúa, tenía un colegio de música en una época en que ninguna nación moderna probablemente ni lo había proyectado.»

Y en efecto, felicitando el maestro de Montserrat, D. Antonio Oller, al Sr. Saldoni, su condiscípulo, por haber publicado dicha *Reseña histórica*, le decía: «Comprendo bien que á fuerza de vigiliass y diligencias practicadas por el reconocido celo y amor de que te hallas inflamado hacia la casa que nos dió el sér artístico, has podido reunir el número de noticias y datos, tradicionales algunos de ellos, más que suficientes para probar la supremacía sobre todos los colegios de esta clase. Respecto á su antigüedad sabes bien que nuestro respetable maestro P. Fr. Jacinto Boada, opina que la existencia de dicha *Escolanía* data probablemente de la invención de esta santa Imagen, ó al menos desde el año 976, que vinieron los monjes benedictinos á Montserrat.»

Sin embargo, no se ha podido encontrar ni en antiguas crónicas, ni en bibliotecas, ni archivos, documento alguno que revelase la época fija en que se fundó el colegio de música de Nuestra Señora de Montserrat. Lo único que se ha averiguado con datos positivos, es que existía ya en 1456, es decir, que

hace más de cuatro siglos que en Cataluña, en Montserrat, se proporcionaba el estudio de la música, se estimulaba la aplicación á tan sublime arte, y se fomentaba el espíritu artístico, según lo refiere el P. Argañiz con estas palabras: «En el año 1456, siendo Abad el P. Fr. Pedro Antonio Ferrer, ya tenía capilla de música de *escolanes*, que es la primera vez que los veo nombrados... *Al escolán*, esto es, al colegial ó estudiante de música, fuera del vestido de canto y ordinario, le ayudaba el Abad con veinte libras. Al maestro de *escolanes* que sirven en la capilla é iglesia, ciento veinte. A cada uno de los escolanes, doce dineros al mes. Al organista diez florines.»

«Reflexiones muy convenientes, dice el Sr. Saldoni, nos mueven á creer, que si esta Escolanía no existía antes de 1200, se instituyó sin duda en esta época, en que se instaló la célebre cofradía de Montserrat.» Y se apoya en que, siendo dicha cofradía una de las más ilustres, nobles y privilegiadas que hayan existido, es creíble que sus funciones se celebrasen con música, y como las catedrales estaban lejos, natural es que tuviese el Monasterio su capilla de música propia.

El número de escolanes, según el P. Yepes, fué, al principio, de 18 hasta 22, y nunca excedió de 24; sólo en 1610 llegaron á 28 ó 30.

Queda, pues, demostrado, que la Escolanía, seminario ó colegio de música de Nuestra Señora de Montserrat cuenta cuando menos la existencia de *cuatrocientos años*; y mientras que no se pruebe auténticamente, que antes del año 1456 existió en otro punto de España un establecimiento destinado á la enseñanza de la música, organizado por el mismo estilo, será preciso entregar á Montserrat el estandarte para preceder al séquito filarmónico de la nación española.

El referido Sr. Saldoni, que estuvo cinco años de escolán en Montserrat, dice en su *Reseña*, que lo primero que se enseña en la parte musical, es el solfeo; pero con una rigidez tal, que sólo se da el nombre de buen solfista al escolán que canta á

primera vista, ó de repente, sin acompañamiento alguno, solfeo por todas las llaves y por todos los tonos; y lecciones escritas sin las rayas que dividen los compases, á fin de presentar más dificultades, sin contar las grandísimas que hay, tanto en el valor de las notas, como en las entonaciones; con la advertencia de que en cada lección están incluídas la llave de *sol*, las dos de *fa* y las cuatro de *do*; variando á cada momento de tonos, con sostenidos, bemoles, etc., etc.

Así, y sólo así, continúa el Sr. Saldoni, se comprende cómo han salido de Montserrat jóvenes tan sólidamente instruídos en el solfeo, único cimiento de todos los ramos de la música. Sabido éste, aprenden por lo general el órgano, el piano y en seguida la composición. No se limita á eso la educación musical que se da á los escolanes, pues, además del órgano y de la composición, que, como base fundamental, todos deben aprender, los más de ellos estudian el violín, el violoncello, el contrabajo, ó bien la flauta, el oboe, la trompa ó el fagot. Los que manifiestan disposición ó afición para tal ó cual instrumento, se dedican á él con preferencia, pero sin dejar por esto el órgano y la composición.

Los métodos de enseñanza adoptados para cada instrumento, puede decirse que son varios, porque cada maestro de la Escolanía ha escrito por lo regular para cada discípulo, aunque tocaran muchos un mismo instrumento, diferentes lecciones y ejercicios, sin contar con los existentes de dentro y fuera del colegio; así es que habiendo tanta variedad de estudios, necesariamente ha de contribuir á que los discípulos se acostumbren á todo género de estilos de música.

Casi todos los domingos, fiestas de precepto, y algunos jueves van los escolanes á dar un paseo por espacio de dos horas por la montaña, pero sin alejarse del Monasterio poco más de media hora. Y lo milagroso es, que aun cuando los escolanes corran y salten por aquellos precipicios y vericuetos como si fuesen cabras, jamás ha sucedido percance de fatales

consecuencias. También es muy de notar, dice el Sr. Saldoni, que en los cuatro siglos que nos consta que existe la *Escolanía*, sólo hayan muerto, siendo *escolanes*, durante tan largo período, dos ó tres á lo sumo, cuyos fallecimientos ocurrieron en el siglo xvii, y uno sólo en el presente, en Octubre de 1862. ¿Será causa de este fenómeno la bondad del clima? ¿Será el buen orden de vida metodizado? ¿O será sin duda un milagro continuo de la Virgen? Nosotros tal creemos.

En verano, además de estas distracciones, van después de rezado el rosario, alguno que otro día, á jugar en San Acisclo.

Cuando el Monasterio poseía sus propiedades, tenían los escolanes una vez al año ocho días de vacaciones, que principiaban el 3 de Febrero, en cuya época iban á una granja de los padres monjes, llamada la *Vinya nova*, situada al pié de la montaña en la parte de Mediodía, cerca de la carretera real de Madrid, y distante media legua escasa del pueblo de Collbató. No se vaya á creer que en las vacaciones dejasen por completo la música, nada de eso. No todos á la vez iban á la granja, sino que se formaban dos secciones de *escolanes*, y mientras la una disfrutaba de las vacaciones, la otra continuaba el culto en la iglesia, y los estudios en la *Escolanía*, de la que ordinariamente quedaba entonces encargado el padre organista. Las dos secciones se combinaban de modo que formaran dos orquestas compuestas de violines, flautas, oboes, trompas y fagotes. Como cada escolán al ir á la granja se llevaba su instrumento, al salir del Monasterio, hasta casi perderlo de vista, tocaban marchas y contradanzas, y al descubrir la granja volvían á romper la orquesta, y entraban tocando. Los días que permanecían allí, se ejercitaban tocando algunos ratos sinfonías, oberturas, contradanzas, valeses, minuets, variaciones, etc., que solían igualmente lucir en casa del cura-párroco de algún pueblo vecino.

«Así continuó por más de cuatro siglos, dice el Sr. Saldoni, con estas costumbres y método de enseñanza el colegio, del

cual han salido innumerables jóvenes, que han honrado al arte músico y á la dignidad sacerdotal, hasta que en el año de 1811 fué quemado y volado por las tropas francesas, desapareciendo este monumento del arte, cuya biblioteca de música era la más rica, numerosa, variada y antigua de Europa, porque no sólo encerraba todo lo que habían escrito los más notables maestros que había habido desde la fundación de la Escolanía, sino también otras obras de gran mérito de los mejores compositores españoles y extranjeros, entre ellas muchas de la Capilla Sixtina, en razón de que por un señalado favor de los Sumos Pontífices, tienen licencia los maestros de Montserrat para sacar copias de las más notables composiciones de dicha Capilla pontificia.»

Con motivo de la mencionada catástrofe se dispersaron maestros y discípulos, y los escolanes no volvieron á la Escolanía hasta el 15 de Marzo de 1818, siendo maestro de la misma el padre fray Jacinto Boada, y Abad del Monasterio el P. Simón Guardiola, que después fué obispo de la Seo de Urgel. En aquella época, como habían mermado muchas las rentas del Monasterio, sólo se admitieron ocho escolanes, pero este número fué progresivamente aumentando hasta el de veinte y tres, aunque á la vez reunidos sólo hubo diez y ocho.

A fines de 1822 abandonaron otra vez la Escolanía hasta el 12 de Junio, de 1824 que volvieron á ella, siendo su maestro el P. Boada y abad el P. José Blanch, que después fué general de la orden, persona muy aficionada á la música, y sobre todo al canto llano, que poseía en tan sumo grado, escribiendo él mismo los libros de coro. La naturaleza le había dotado de la más hermosa voz de bajo; y, según afirma Saldoni, ni Remorini, ni Labrache, ni Cavaceppi, ni Formes, ni ninguno de los bajos dramáticos de su tiempo podía competir con el padre Blanch en hermosura, pastosidad, claridad y fuerza de voz.

Con motivo de los fatales sucesos de 1835 tuvieron que abandonar de nuevo los escolanes el Monasterio hasta el 8 de

Setiembre de 1844, en que sólo entraron dos, y fueron aumentando hasta el número de veinte.

Bajo el nuevo plan, el número de escolanes ha de ser de treinta. La Escolanía se rige aún por las *Reglas ó Estatutos* con que la dotó el V. P. Fr. García de Cisneros, quien, deseando que los niños escolanes con sus inocentes loores y puras oraciones continuasen el culto y homenaje que á la Santísima Virgen rindieron los coros de ángeles en la cueva donde estuvo oculta la Santa Imagen, y queriendo al propio tiempo que recibiesen una esmerada educación moral y artística en el Conservatorio de las Montañas, fijó las disposiciones que debían adoptarse, las cuales se han ido modificando á medida que lo han exigido los adelantos de cada siglo. La última modificación ha sido la siguiente:

En primer lugar, para que un niño pueda recibir la *saya*, y ser contado entre los *pajes* de la Santísima Virgen, se exige que no sea menor de ocho años, ni mayor de diez; hijo de padres católicos, y por lo tanto debe saber los rudimentos de la Doctrina cristiana y presentar las fés de pila y de Confirmación, más un certificado del propio párroco, de la buena educación é índole del niño, y otro del facultativo que acredite que está vacunado y no padece enfermedad habitual, debiendo además reunir disposiciones físicas para la música, que son apreciadas por el maestro director, y aprobadas después por el Abad.

Los escolanes se dividen en *pensionistas* y *gratuitos*. Para ingresar en esta última categoría se ha de tener voz de *tiple*, poseer algún conocimiento de música, gozar de *robusta salud*, y comprometerse á *no abandonar la Escolanía* ó dejar la *saya*, hasta que pueda ya colocarse decentemente en la carrera filarmónica, y no ser ya necesario á la capilla. Las plazas gratuitas se proveen por oposición, previo anuncio en los periódicos. Si á los cuatro meses de estar en la Escolanía, el niño, sea de la clase que fuere, no presenta disposición para la música, el director lo hace presente al Abad, quien lo pone en co-

nocimiento de los padres del niño, á fin de quedispongan de él.

El Monasterio enseña y mantiene á los escolanes en salud y enfermedades ordinarias; les da *saya* y roquete, corre á su cargo el lavado de la ropa blanca y se la remienda lo propio que la exterior. Para ello los pensionistas pagan 45 pesetas mensuales, por trimestres adelantados, además del importe de los remiendos que á su ropa haga el sastre de la Escolanía, y el gasto de cuantos libros é instrumentos necesiten. Los *gratuitos* no deben procurarse otra cosa más que el menaje y ropa de cama é interior que también llevan los *pensionistas*.

Estos han de llevar cuando entran en la Escolanía todo el ajuar de colegial y la ropa que dispone el Reglamento.

La ceremonia de admisión es muy curiosa. A la hora señalada convoca el superior á los escolanes, incluso el pretendiente, en el Camarín de la Virgen, y revestido de roquete y estola morada, bendice el hábito del niño, que se le presenta en una bandeja. En seguida pone la *saya*, correa y roquete al nuevamente admitido, y le hace decir la fórmula de consagración á la Santísima Virgen, cuya mano besa, en seguida, la del Superior y la de sus padres; abraza á los que de allí en adelante han de ser sus nuevos compañeros, los cuales una vez vueltos á la Escolanía reciben una dispensa en sus estudios en obsequio del *nuevo escolán*, quien entra á gozar por un mes de las prerrogativas de decano, después del antiquísimo, y luego va bajando por semanas hasta colocarse á novísimo, según costumbre, y á desempeñar los cargos y penalidades que por serlo le sean impuestas.

Las ocupaciones de los escolanes son: ayudar las misas rezadas, officiar la misa de Nuestra Señora, que cantan votiva todos los días del año, menos los tres días de Jueves, Viernes y Sábado Santo, y en la fiesta de Navidad, en cuyo día cantan la de Aurora.

La misa la cantan á las cinco, cinco y media ó á las seis de la mañana, según la estación, á canto llano todos los días de

entre año, á cuatro voces en el atril los domingos y sábados, y siempre que en el altar hay reliquia de algún santo, y á dos coros con parte de orquesta, los días clásicos.

Después de la misa, cantan ó rezan, según los días (lo cantan siempre que la misa es á dos coros ó con violines), un responso, la *Letanía lauretana* y una *Salve*, y en seguida rezan las *Horas* del Oficio parvo de Nuestra Señora, llamado el *menor*.

Después de tomado el chocolate, van al estudio hasta las nueve menos cuarto. De las nueve á las doce menos cuarto hay lección de música, y después del toque del *Angelus* pasan al refectorio, donde lee por semanas el que á juicio del P. Director pueda ser oído con edificación, aunque algunos días también se dispensa la lectura. Desde la una, hora en que se levantan de la mesa, hasta las dos vuelven á la Escolanía, y de allí á la recreación; después rezan *Vísperas* y *Completas*, y vuelven al estudio; de dos á tres tienen lección de lectura, escritura, aritmética y gramática (1); de las tres á las cinco dan lección de música, después de la cual meriendan, y pasan en seguida á rezar *Maitines* y *Laudes* en el presbiterio. Terminado el rezo salen á paseo hasta las siete menos cuarto, en que toman los roquetes y van otra vez al presbiterio á rezar la *Estación mayor* al Santísimo Sacramento, después de la cual rezan ó cantan (si hay devoto) el Rosario, y siempre la *Salve* (2) y go-

(1) Escribiendo uno de los últimos directores á un amigo suyo de Barcelona le decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Varias son las ocupaciones, destinos y empleos que hay en este Monasterio, y entre ellos á mí me ha cabido el cuidar de la Escolanía. Este empleo consiste en vigilar los monacillos, á quienes debo dar conferencia de gramática, aritmética, escritura y doctrina cristiana. Habito con ellos, como con ellos, y les digo todos los días el oficio que llaman de los escolanes, porque lo cantan ellos. Estos ejercicios me ocupan más de ocho horas diarias, y lo restante del tiempo lo empleamos en el estudio y otros actos de comunidad, junto con algunos ratos de paseo y recreación.»

(2) El ya referido Sr. Canalejas, hablando del canto de la *Salve*, dice lo siguiente: «Sonó la hora la *Salve*: la iglesia estaba sola; en

zos, excepto los tres días de tinieblas. Concluído todo esto, y dicho el *Angelus*, se van á cenar en el refectorio, y después de las acostumbradas oraciones y algunas preguntas del catecismo, se acuestan.

Uno de los actos más edificantes de los niños escolanes es, sin duda alguna, el de recibir la Sagrada Comunión, una vez al mes y en todas las fiestas principales. Prepáranse la víspera de comulgar, en cuyo día confiesan. Al día siguiente, hecha una nueva preparación, cantan la misa de costumbre, y concluídos los *Agnus* salen del ala los que han de comulgar, se ponen de rodillas y dicen el *Confiteor*. Después de haber comulgado y hecha genuflexión, se hacen mutua inclinación media de dos en dos, y acabada la misa, vuelven otra vez á la Escolanía.

Para el servicio interior de ésta hay varios empleos que el padre director reparte entre los escolanes, y son el de portero, el de socio de maestro, el de ropero, lamparero, celadores, y el antiquísimo, que es el más antiguo de *saya*, que tiene la incumbencia de presidir todos los actos públicos en que no asiste el maestro por cualquier causa ó accidente.

el presbiterio los escolanes y el organista; la Imagen resplandecía rodeada de luces, y nosotros nos encontramos en las tinieblas que poblaban el templo. Comenzó el órgano y sus notas volaban sin apagarse nunca por los ángulos del templo: después comenzó la *Salve*, y aquel canto resonaba en las montañas y sus peregrinas y originales armonías libres del contacto de los hombres, levantándose en un ambiente puro que no infectaba aliento humano, ascendían al cielo. Yo no sé si aquella música es profana en algunos de sus cantos, pero sí sé que nunca la música ha penetrado más dentro de mi espíritu; yo sé que adivinaba la frase que venía, y que cuando resonaba en mi oído, sentía satisfecha mi alma, porque encontraba expresada la emoción que palpitaba en mi seno. Una *salve*, un cántico á la Virgen, allí lejos del mundo, cantada por niños, sin pompa ni fausto, sin anuncios y convocatorias, en un templo solitario, era un espectáculo nuevo que engendró en nosotros un mundo de ideas.»

Además de las ocupaciones dichas, acostumbran los escolanes barrer el piso y gradas del altar mayor, cuya limpieza corre á su cargo. Para ello, los sábados ó último día de trabajo de la semana, después de haber comido, echan suertes, y aquellos á quienes ha tocado tomar sus escobas, se dirigen al presbiterio, de donde ha quitado ya la alfombra el segundo sacristán, quien los dirige en su trabajo.

Los sábados de entre año que están desocupados, ó el domingo, después de haber rezado *Vísperas y Completas* del oficio parvo, van todos á la celda de su director, y sentados lee éste los Estatutos de la Escolanía; después de la lectura los celadores dan noticia de las faltas que han observado. El maestro reprende á los culpables, les castiga según la falta que han cometido, les amonesta acerca de las obligaciones que deben cumplir y les amenaza con mayores penas, caso de reincidencia.

Los castigos por las faltas son los que tienden directamente á humillar al culpable, y consisten en bajar el que no ha cumplido su deber á menos anciano, privarle de salir á paseo y divertirse con los demás compañeros, negarle alguna fruta, merienda, principios, etc.; ponerlo á servir, á leer en el refectorio, aun cuando no le toque por semana, permanecer de rodillas un rato en la sala de estudio durante la clase, besar los piés y quitarle el vino, y cuando con esto no le corrija, despedirlo irremisiblemente, avisando antes á sus padres para que vayan por él.

Así como para las faltas tiene el director sus castigos, para la aplicación y buen comportamiento tiene asimismo sus premios con los que pueden redimir las penas á que pudieran haberse hecho acreedores en momentos de descuido, inadvertencia ó distracción.

Estos premios consisten en *ordinarios* en las respectivas clases, *extraordinarios* de paseo y algún día de montaña, acompañados de su director, y *particulares*, que consisten: ocupar

algún lugar preferente en los actos escolásticos, recibir algún plato extraordinario en el refectorio, algún libro instructivo ó devoto, y sobre todo algún distintivo ó insignia de aplicación. Estas se dividen en tres clases: *cruz de plata* que llevan en el pecho colgada de una cinta *encarnada* sobre el escudo de Montserrat que usan comunmente; *cruz dorada* con cinta *verde*, y *medalla dorada* con cinta *azul celeste*. La última se da por méritos relevantes, y sólo con anuencia y conocimiento del Abad.

Al escolán que haya de premiarse con cualquiera de estas insignias va acompañado de su maestro á la Cámara abacial, el Abad le pone la cruz ó medalla, y le concede que aquel día puede hacer fiesta, que sea admitido á comer en la mesa de sus maestros, y que se le dé un plato extraordinario. El agraciado pide por lo regular para sus compañeros una tarde entera de paseo, y el Abad acostumbra á concedérsela.

El gran día de los escolanes es el 6 de Diciembre, fiesta de San Nicolás. El domingo anterior á esta festividad, júntese todos en la celda de su maestro, y allí votan á uno de ellos por *obispo* de aquel año; por lo regular procuran que los votos recaigan en escolán hijo de padres que puedan pagarles un extraordinario ó un día de montaña. El *obispo electo* toma posesión la víspera del Santo, nombra un *vicario general* y sus *coadjutores* y *secretario*, que después son los que hacen la corte á *su ilustrísima*. El día del Santo y su octava el obispillo está exento de toda penalidad, ocupa el primer lugar en todos los actos, no tiene obligación de levantarse á la misa matutinal, antes al contrario un criado de la Escolanía le lleva el chocolate á la cama.

Vestido el *obispo* con traje episcopal morado de calle y sombrero verde, va acompañado de su provisor y secretario á la Cámara abacial y le pide al Abad licencia para que los escolanes entren en el Monasterio y puedan visitar á los monjes en sus celdas, y obtenida la venia, que nunca acostumbra

negarse, salen todos de la Escolanía y entran á visitar uno por uno á los PP. monjes, de los que suelen recibir dulces y regalitos. Terminada la visita, que por lo regular es con toda la algazara infantil, se retiran á la Escolanía, donde pasan revista de la colecta, de la que, separada la parte de golosinas, acostumbran á enviar á sus familias los objetos de devoción que les quedan.

Cuando enferma un escolán, se le traslada á la enfermería. Allí es asistido día y noche, según la gravedad del mal, y cual pudiera hacerse con cualquier monje. Se llama en seguida al médico, y se cumple cuanto éste ordena. Si la enfermedad es ligera, le sirven los demás escolanes, ejerciendo cada uno su oficio, según su edad, fuerzas físicas y conocimientos. Si el mal se agrava, ó ya desde el principio presenta síntomas alarmantes, que á juicio del facultativo puedan comprometer la vida del niño, el director da parte al padre Abad y éste avisa á los deudos del enfermo, para que dispongan lo que tengan por más conveniente, y entre tanto procura que el niño sea cuidado por uno de los enfermeros de la casa ó por uno de los criados de la Escolanía, y que nada le falte, no permitiendo que entren á visitarlo los demás niños, sino en horas determinadas, acompañados del mismo maestro, para evitar ciertos inconvenientes físicos y morales, y sobre todo la molestia al paciente. Si la gravedad del mal lo exigiese, se le administra el Sacramento ó Sacramentos de que fuese capaz el niño.

La administración del Santo Viático á uno de los niños es también otro de los actos más tiernos de la Escolanía. Precede á S. D. M. bajo umbela toda la Comunidad, y los escolanes formados en procesión, cantan y acompañan con instrumentos los salmos alternando con los padres monjes. Después del Viático, acostumbran á interesarse tanto los compañeros por la salud del enfermo, que para que la recobre, le aplican alguna Comunión, oyen alguna misa, hacen alguna novena á Nuestra Señora, etc.

Si el enfermo muere, se le pone la *saya*, roquete y bonete, y así vestido se coloca en el féretro. El día del funeral se viste el padre director con capa y estola blanca si el difunto es párvulo, ó capa y estola negra si es adulto, y asistido de otros dos monjes con dalmáticas, que se procura sean de los que hayan sido escolanes, van á buscar el cadáver. Los demás compañeros cantan con música alternando con la Comunidad el salmo *In exitu Israel de Egipto* ó el *Domini est terra*; llevan el féretro cuatro escolanes y lo colocan en medio del coro bajo, y cantan con música la misa de *Requiem* si es adulto, y de *Angelis* con violines y flautas si es párvulo. Concluída la misa y lo demás del ritual, levantan el cadáver los mismos que lo trajeron, lo llevan á la sepultura, y mientras lo bajan á la tumba, los demás escolanes cantan el *Benedictus*, ó el *Benedicite omnia opera Domini Domino*, alternando con la Comunidad. Si los padres del difunto quisiesen llevarse el cadáver, se está á lo que ellos dispongan; mas hasta aquí todos han preferido dejarlo en Montserrat.

Cuando deba marcharse un escolán, ya porque deseen llevárselo sus padres, ya porque tenga que ir á oposiciones, etc., el maestro director los reúne á todos en su celda, y postrado el que ha de salir, pide perdón al maestro y compañeros de todas las faltas y mal ejemplo que les haya dado durante el tiempo que ha estado en su compañía, rogándoles le encomienden á Dios y á su Santísima Madre. El maestro le perdona en nombre suyo y en el de sus condiscípulos, y le amonesta que se acuerde siempre que ha sido paje de la Reina de los Cielos, haciéndole las advertencias que cree convenientes y encargándole rece cada día la *Salve*. Después de esto, besada la mano al maestro y abrazado á todos los escolanes, pasa al Camarín, donde besa la mano de la Santa Imagen, da gracias á la Virgen por los favores recibidos, y se pone bajo su amparo, rezándole el *Sub tuum præsidium confugimus*. Vuelto á la Escolanía se quita la *saya* de escolán, y viste la ropa de seglar,

en cuyo traje lo entrega el maestro á sus padres, ó al que en su nombre vaya á buscarlo.

Ha sido constante práctica del Monasterio, siempre que un escolán se ha aprovechado en el estudio y observado una conducta irrepreensible, auxiliarle para su colocación con cuantos recursos estén á su alcance, así pecuniarios como morales. En el día, á pesar de la escasez de fondos con que cuenta su reducida Comunidad, deseando continuar una práctica que tanto honra á Montserrat y favorece á los escolanes, siempre que uno de ellos quiere salir á hacer oposiciones á alguna plaza de cantor ó músico, organista ó maestro, para la cual, á juicio del Monasterio, sea apto, haya probabilidad de ganarlas, y por otra parte su conducta moral no lo impida, se le auxilia con los recursos pecuniarios que buenamente permite el estado de la casa, se le libran certificados fehacientes de su aplicación y buena conducta, y se le procuran cuantas recomendaciones puedan hallarse para que sin perjuicio de tercero pueda ser colocado el escolán. Si para el mejor éxito se juzga conveniente que use la *saya* y roquete de tal, se le permite este uso en sus ejercicios de oposición, y si no la gana, no siendo por culpa suya, puede, si quiere, continuar por algún tiempo más en la Escolanía, sin que la salida sea óbice, antes mérito, para volver á ocupar su antigüedad y puesto.

El actual edificio de la Escolanía, principiado á mediados del siglo pasado, y continuado en el presente bajo los planos del arquitecto de Barcelona D. Juan Vila, que ningún Abad, á pesar de contar con bastantes rentas, se atrevió á concluirlo, fué felizmente terminado en su mayor parte el año de 1856, gracias á los esfuerzos que hizo para conseguir las limosnas necesarias el Abad Muntadas.

El edificio de la Escolanía es mucho más capaz y mejor dispuesto que el antiguo. Tiene buenos dormitorios, espaciosas salas de enfermería, de estudio, de ensayos y de archivo, buen comedor, aparte de las piezas de recreo, guardaropía, lavato-

rio, etc., y un jardín y patio para esparcimiento de los niños escolanes. En una de las piezas de estudio hay siempre gran número de pianos, pianinos, etc. En la de ensayos hay magníficos pianos y *armoniums*, aparte de algunos otros instrumentos. En sus paredes se ve el retrato del Rdo. P. Boada, maestro que fué de la Escolanía, hábilmente pintado por el artista Sr. Peira, el del Sr. de Peguera cuando niño, gran bienhechor de la Escolanía, y uno del Sr. Saldoni, alumno é historiador de la misma.

En el archivo se conservan las mejores composiciones de Palestrina, Mozart, Bach, Pergolese, Hayden, Andreví y otros célebres maestros, incluidas las que han escrito los de la casa, á más de varias otras de compositores de menos nombradía, y gran número de las publicaciones musicales, nacionales y extranjeras.

La Escolanía, que había decaído en estos últimos años, desde que ha vestido la cogulla benedictina en el Real Monasterio de Montserrat uno de los maestros de capilla más notables de España, el Rdo. D. Manuel Guzmán, que lo era de la Metropolitana de Valencia, ha adquirido tal realce cual nunca lo hubiese tenido. El P. Guzmán, no sólo hace tomar parte en las funciones á toda la Escolanía, sino al personal de monjes, incluso los novicios y los que pertenecen al Colegio de Misioneros de Ultramar, establecido en el Monasterio, lo que permite celebrar las funciones con un personal extraordinario de cantores, orquesta y órgano, que produce un efecto sorprendente en determinadas festividades solemnes, con una afinación, un ajuste y una solemnidad desconocida hasta en muchas catedrales.

Catálogo de los maestros que ha tenido la Escolanía

SIGLO XVI.—P. Miguel de Villalba, de Zaragoza. Vistió el hábito en 18 de Noviembre de 1595.

P. Bernardo Boncha, de Vinacet (Aragón). Era gran músico y poseía una robusta voz de bajo, por cuyo motivo fué durante mucho tiempo chantre del coro. Murió en 1596.

SIGLO XVII.—P. Juan Marqués, de Arbeca. Fué el primer monje que profesó en la iglesia nueva, después de la traslación de la Santa Imagen. Era insigne maestro de capilla y organista de primera nota; lo fué de las Descalzas Reales, de Madrid. Dejó escritas varias composiciones musicales, sumamente apreciadas por los maestros que lo sucedieron en la Escolanía. Sacó muy excelentes discípulos. Fué presidente para ser abad y murió en 1658, á la edad de 76 años.

P. Juan Cererols, de Martorell. Fué uno de los mejores maestros de capilla que hubo en su tiempo, muy estimado y respetado de cuantos maestros había en España, entre los cuales era conocido por antonomasia por el *maestro*, el *músico*, el *compositor*. Poseía tal don y gracia especial para la enseñanza, que apenas había iglesia en el Principado, y aun en España, cuyos maestros de capilla y organistas no fuesen discípulos suyos. Fué gran profesor de trompa, violín, arpa, órgano, violoncello y demás instrumentos de cuerda, excelente poeta y muy buen moralista. Hablaba el latín con tanta facilidad y corrección como si fuese su lengua nativa. Fué maestro de escolanes más de treinta años. Murió dejando escritos muchos libros de música, el día de San Agustín, del año 167... En memoria de tan gran maestro los escolanes cantan todos los años en dicho día un responso. Renunció la dignidad abacial de Montserrat.

P. Mateo Baldovín, de Zaragoza. Fué el mejor profesor de bajo que se conoció en su tiempo, gran compositor y excelente maestro de escolanes.

P. Juan Gelón, de Conques. Ninguna noticia se tiene de este maestro, sólo consta que lo fué.

P. Benito Soler, de Granollers, célebre compositor y excelente arpista. Fué maestro de escolanes y sacristán mayor.

P. Millan Trullás, de Vich. De este maestro únicamente se sabe que lo fué de escolanes por espacio de muchos años.

P. Benito Ricart, de San Feliu de Llobregat. De sus estimadas obras sólo conserva Montserrat unas vísperas á siete voces.

SIGLO XVIII.—P. Juan Bautista Rocafort, de Barcelona. Escribió varias obras que le dieron fama en casi todas las capillas de España. Fué excelente profesor de arpa, violoncello y demás instrumentos de cuerda; aventajado filósofo, teólogo, moralista, más que regular poeta y entendido historiador. Fué dos veces maestro de capilla y de escolanes, y murió siendo organista de San Martín, de Madrid, á 7 de Enero de 1701.

P. maestro Juan García, de Sellás (Aragón). Era célebre por su voz sonora y singular, sin igual en Europa, según testimonio de diferentes príncipes que lo oyeron, y en treinta y ocho años que cantó, sólo estuvo una vez ronco. Cantaba con tal naturalidad que no se le notaba movimiento alguno, llegando á acompañarse él mismo con el órgano que ajustaba á su voz y gala, pues además de ser muy diestro en la música era célebre organista. Rehusó todas cuantas proposiciones le hicieron diferentes catedrales de España y hasta la misma capilla real, y se contentó con ser maestro de capilla y de los escolanes de Montserrat. Murió en 25 de Octubre de 1707, á la edad de 56 años.

P. José Martí. Escribió unos notables villancicos de la Natividad del Señor y unas célebres lamentaciones de la Semana Santa, con orquesta.

P. Benito Juliá, de Torruella. El Hospital de Montserrat en Madrid posee unas vísperas de difuntos á cuatro voces, un invitatorio, un nocturno, unas lecciones y dos misas de *Requiem* siendo su obra más sobresaliente los responsorios de la Semana Santa. Tanto en una como en otras composiciones manifestó un talento singular y una modulación lúgubre que sorprende y gusta.

P. Anselmo Viola, de Torruella. La música de este maestro es original y tiene una modulación muy rara y chocante, y por esto exige gran maestría para cantarla; las obras que escribió este célebre maestro son muchas y buenas todas, muy apreciadas en la capilla real de Madrid. Fué maestro de escolanes por espacio de treinta años. Murió en 25 de Enero de 1798, á los 59 años de edad.

P. Narciso Casanovas, natural de Sabadell. Persona muy cortés y afable, y de genio festivo y jovial; los responsorios que se cantan en la Semana Santa con su *Benedictus* fueron las obras que más fama dieron á su autor, y llamaron justamente la atención de los inteligentes en Madrid; pues en ella se encuentra reunido, no sólo las fugas, cánones é imitaciones muy legales, sino todas las habilidades del arte y un gusto muy exquisito; también escribió una *Salve* á cuatro voces en *fa natural mayor* de un mérito extraordinario, así por la originalidad del canto como por la aplicación de la música á la letra. En su tiempo no tenía rival en el órgano, según expresión de un inteligente extranjero que le oyó tocar, á pesar de no tener para ello proporcionados los dedos. Habiéndole atacado su última enfermedad al bajar un día de la montaña, murió á 1.º de Abril de 1799.

SIGLO XIX.—P. José Vinyals, de Tarrasa. Escribió algunas obras notables, pues era buen compositor y tocaba con singular maestría el violín y violoncello; murió á 11 de Enero de 1825, á los 53 años de edad.

P. Jacinto Boada, de Tarrasa. Estuvo treinta años de maes-

tro en diferentes épocas; casi nunca abandonó Montserrat; pues tanto en la primera, como en la segunda y tercera ex claustración sólo permaneció pocos meses, y en alguna sólo días, separado de sus queridas peñas. Cuando volvieron les escolanes en 1818, después del incendio de los franceses, tuvo que componer toda la música que hacía falta para el culto y para los estudios de los discípulos. Entre sus obras las había de un mérito superior y digno de todo elogio.

P. Martín Suñé, de Rosas. Se distinguió más como violinista que como compositor, pues el violín en sus manos parecía otro instrumento.

P. Benito Brell, de Barcelona. Notabilísimo compositor y sin competidor en el órgano. «¡Oh! dice el Sr. Saldoni, si el P. Brell hubiese sido seglar, de seguro que su nombre hubiera pasado á la posteridad con la fama que de justicia le pertenecía; los extranjeros hubieran erigido una estatua al artista que entre nosotros ha descendido á la tumba, casi ignorado de todo el mundo, excepto de aquellos á quienes la devoción llevaba al desierto de Montserrat, y que al oírle quedaban asombrados, así inteligentes como profanos en la música, de hallar entre aquellas breñas una notabilidad sin igual en su arte. Por su gran talento musical y más que todo por su notable memoria, pudo volver á trasladar al papel muchas de las principales composiciones que desaparecieron en el incendio de los franceses. Desde escolán fué ya aventajado organista. Desempeñó el cargo de maestro de escolanes por espacio de seis años, y murió á 3 de Junio de 1850.»

P. Rafael Palau, de Granollers. Cuando la ex claustración de 1835, emigró á Francia donde ganó por oposición la plaza de organista de la catedral de Montpellier, entre veintinueve opositores. Allí iban á oírle distinguidos profesores entre ellos el gran pianista Thalberg quien trató de entrar en relaciones artísticas con el P. Palau. Cuando se restableció la Escolanía en Montserrat, renunció la plaza de organista de la catedral de

Montpeller y regresó á Montserrat. El estado delicado de salud le hizo retirar á Granollers, de cuya iglesia parroquial fué organista, hasta que por su edad y achaques tuvo que trasladarse á la Garriga, en cuyo establecimiento balneario falleció el 24 de Julio de 1889. Ha dejado escritas muchas obras, como misas, salmos, himnos, gozos, motetes, sinfonías, sonatas, fugas, etc., en las que resplandece originalidad, elegancia y corrección de estilo.

D. Antonio Oller, de Tarrasa. Fué el primer maestro seglar, y no hay que extrañarlo, atendida la escasez de monjes que había en el Monasterio. Este maestro es muy conocido en varias poblaciones de España, especialmente en Madrid. Ha sido dos veces maestro de capilla de Igualada, primer bajo de la catedral de Toledo y de la capilla real de S. M., distinguido organista y profesor de fagot por alguna temporada en el teatro Principal de Barcelona. En 1857 pasó de Montserrat á maestro y organista de Tarrasa, y más tarde á Sabadell con iguales títulos, donde falleció.

D. Bartolomé Blanch, de Monistrol. También seglar, discípulo del P. Boada y del P. Brell, notable organista y buen compositor. A los diez y seis años de edad fué nombrado, previo examen, organista de Cardona, luego pasó de maestro de música á Berga, después á Tarrasa de maestro de capilla y organista, y últimamente reemplazó en Montserrat al Sr. Oller. Más tarde renunció la plaza y marchó á América.

D. José Sorribas, Pbro. maestro del Real Seminario y colegio del Escorial y capellán de honor, entró en 1.º de Setiembre de 1865.

Todos los maestros de que se ha hecho mención han sido escolanes de Montserrat, excepto el P. Martí, que nose ha podido averiguar si lo fué.

En un catálogo que se conserva en la Escolanía (1), de Mon-

(1) En la 2.^a edición de esta obra se publicaron estos catálogos.

jes que habiendo sido escolanes llegaron á ocupar puestos distinguidos en la Orden benedictina, figuran muchos que llegaron á arzobispos, obispos, abades, priores y notabilidades en todos los ramos del saber humano.

Hay también otro catálogo (1) de artistas muy notables en la carrera musical, salidos de la Escolanía de Montserrat. El último, que murió en Diciembre de 1889, es el maestro D. Baltasar Saldoni, que, según queda dicho, fué escolán desde 1818 á 1822, era autor de la ya referida *Reseña de la Escolanía* y de un sinnúmero de composiciones sagradas y profanas, y profesor del Real Conservatorio de Música de Madrid.

Como escolanes honorarios de Montserrat ha habido varios príncipes, entre ellos el Rey D. Fernando VII (2) y su nieto el Rey D. Alfonso XII (3).

(1) En la segunda edición se publicó este catálogo.

(2) Este monarca mantuvo á sus expensas á un escolán en Montserrat que dormía en la misma cama destinada para el príncipe.

(3) En 30 de Setiembre de 1860, S. M. la reina D.^a Isabel II, hallándose en Montserrat, se dignó otorgar que su augusto hijo el Serenísimos Sr. Príncipe de Asturias D. Alfonso, de edad de tres años, aceptase el título de primer escolán y paje de Nuestra Señora de Montserrat, y el día 1.^o de Octubre le entregó un escolán en una bandeja de plata y delante de toda la córtey ministros, en el salón formado ante la puerta principal de la Real Cámara y en el acto de besamanos, el traje completo de escolán, consistente en una saya de fino merino, una correa charolada con un broche de plata y una corona Real cincelada y un roquete crespado de encajes finísimos, una borla ó fiador de oro fino y lazo encarnado, de coste todo 1,000 reales. S. M. lo recibió con agrado y dijo que tendría á honor el Sermo. Príncipe en ser escolán, cual lo había sido su augusto padre y abuelo respectivo el Rey D. Fernando VII (*).

(*) El motivo de entrar de escolán Fernando VII, fué:

La esposa de Carlos IV, la reina Maria Luisa, tenía la desgracia de que se le muriesen sus hijos, é hizo voto de dedicar al servicio de Dios y de su Santísima Madre el Infante ó Infanta que llegasen á la edad de cinco años, esto es, si era varón debía ingresar en clase de monacillo en el Monasterio de Montserrat, hasta que llegase á la edad de diez años, y si nacía hembra en un convento de monjas.

Habiendo nacido el Príncipe de Asturias, D. Fernando (después Rey) y llegado á la edad en que debía cumplirse el voto, trataron sus augus-

Algunos privilegios y sucesos notables de Montserrat

Todos los reyes de Aragón y después los de España concedieron al Real Monasterio de Montserrat grandes privilegios y casi todos los Monarcas y Príncipes lo han visitado.

El Rey D. Jaime I el Conquistador concedió á perpetuidad que el Monasterio de Montserrat fuese inmune en todos sus reinos. Este privilegio lo ratificaron los Reyes Católicos, al unirse las coronas de Aragón y Castilla, de suerte que legalmente está exento de toda clase de contribuciones.

D. Juan I de Aragón, el amador de la gentileza, á quien debe Cataluña sus Juegos Florales, que murió en 1395, había ofrecido ser enterrado en el Monasterio de Montserrat, si la Virgen le salvaba de cierto peligro, y á su muerte, acaecida en el siglo XIV, como el monasterio de Poblet reclamase sus restos, quedó depositado en la catedral de Barcelona, mientras se consultaba con el Sumo Pontífice, quien profirió sentencia

tos padres de llevarlo á efecto; mas como el Consejo hiciese presente á S. M. que la ida y estancia del Príncipe en el Monasterio, no tan sólo importaría un gasto extraordinario, sino que además habría necesidad de tener un gran número de criados á su servicio, según correspondía á su Real Persona, acordó el Rey consultarlo con el Sumo Pontífice, y éste decretó: «que los Reyes padres podían sustituir al Príncipe en el servicio de Dios, poniendo en su lugar á otro niño que tuviese la misma edad, y que fuese servido como lo fuera el mismo Príncipe D. Fernando.»

Al efecto comisionó el Rey al Capitán general de Cataluña, conde del Asalto, para que le propusiese un niño de la edad del Príncipe, que por su cuna fuese digno de sustituirle; y el Conde propuso, y fué aceptado por los Reyes, el niño D. Manuel Nicolau y Rabassa, hijo de su mayordomo mayor, quien sirvió de escolán hasta la edad de once años. Al ser presentado al Rey, le preguntó S. M. qué carrera quería seguir, y contestó: «la militar.» Ingresó en un regimiento de húsares; á los dos años era ya teniente y á los tres había ascendido á capitán. Falleció en Solsona, después de haber sido tercer Director del Colegio de Cadetes de Caballería.

diciendo que el cadáver pertenecía de derecho á Poblet, por ser el Panteón general de los Reyes de Aragón.

El rey D. Martín *el Humano* y su primogénito el duque de Montblanch hicieron á la Virgen varios regalos, entre otros el de un gran cuadro, que desapareció con el incendio de la guerra de la Independencia, y que se había colocado en el claustro antiguo, en el cual estaban pintados sus retratos y los de varios héroes catalanes que tomaron parte en la empresa contra Sicilia.

En 1523 la capital del Principado declaró al Abad y monjes de Montserrat ciudadanos honrados de Barcelona, gozando de todos los privilegios de tales.

Después de la conquista de Granada, los Reyes Católicos estuvieron en Montserrat con sus hijos el príncipe D. Juan, doña Isabel, viuda de D. Alonso de Portugal, D.^a Juana, llamada más tarde *la Loca*, D.^a María y D.^a Catalina. Con los reyes cuéntase que subieron también al Monasterio dos jóvenes moros, hijos del último rey de Granada, á quienes se había bautizado dándoles los nombres de Juan y de Fernando. También iba con ellos una numerosa comitiva, de la que formaban parte el cardenal Mendoza, los arzobispos de Toledo, Sevilla y Caller y el obispo de Mallorca.

En tiempo del Abad fray Garcia de Cisneros, que falleció en 1510, había 140 monjes, tanto en el Monasterio como en sus dependencias; entre los primeros los había que conocían las lenguas castellana, francesa, italiana, alemana y flamenca, que eran entonces las más en uso, y asistían al confesonario á confesar á los extranjeros que se presentaban. Había además 20 legos en el Monasterio y varios en las granjas, 17 ermitaños, entre los que vivían en las ermitas y los que aguardaban en el Monasterio ermita vacante, y 24 escolanes.

Cristóbal de Virues, en su celebrado poema *Montserrat* (canto 2.^o), describiendo los monjes de primera clase que servían á la Santísima Virgen de Montserrat, se expresa así:

«De ordinario serán más de cincuenta
 »Estos benditos monjes recogidos,
 »Todos hombres de letras y de cuenta,
 »Famosos en la tierra y escogidos.»

En el siglo xvi fué enterrada en la iglesia de Montserrat la princesa de Salerno.

Dejando aparte la visita que en 1626 hizo el rey D. Felipe IV, quien recorrió las ermitas, quedándose á comer en una de ellas, acompañado de sus dos hermanos D. Carlos y D. Fernando, nada notable aconteció, si se pasa por alto la vez, en 1632, en que ofreció á la Santísima Imagen una preciosísima joya de ricos diamantes que le había regalado la ciudad de Barcelona; mas no debe dejarse en olvido el siguiente hecho.

Cuando las guerras de bandos castellanos y catalanes, había en Montserrat monjes de ambas provincias, siendo de Castilla el Abad, que lo era Fr. Juan Manuel. Barcelona se había pronunciado por Luis XIII de Francia, y envió una diputación al Monasterio para recoger las alhajas de la Virgen y ponerlas en poder de los catalanes. Dijo el Abad á los comisionados, que bien, y les rogó le siguiesen á la iglesia. Llegados allí, quitó el prelado el manto de la santa Imagen, y envolviendo con él todas las joyas, formó un lío ó paquete que depositó sobre el altar, y poniendo en seguida á S. D. M. de manifiesto, protestó contra el despojo que del Monasterio se hacía, y volviéndose á los diputados, les dijo: «*Aquí están las joyas, señalando al altar, apodérese de ellas quien acercarse al altar se atreva.*» A estas palabras retrocedieron los diputados, y según refiere la tradición, permanecieron en dicho sitio las antedichas joyas, custodiadas de día y noche por cuatro soldados y dos monjes catalanes. Al día siguiente el Abad y 55 monjes castellanos partían para Madrid, donde fueron acogidos por Felipe, quien les señaló para su residencia el convento de

Montserrat, situado después en la calle de San Bernardo de la misma córte.

El 24 de Diciembre de 1702 llegó á Montserrat el rey don Felipe V, acompañado del cardenal de Tró y de varios grandes de España. A las doce de la noche del día de su llegada bajó al camarín de Nuestra Señora con su confesor, y después de haber besado la grada del altar, permaneció en oración por largo rato. A la mañana siguiente comió en público, visitó todo el Monasterio, recorrió todas las ermitas y pasó á la iglesia antigua, donde se hizo contar la historia de Juan Garín por el duque de Benavente, que estaba de ella enterado. Al partir dejó en el Monasterio una limosna de doscientos doblones en oro.

Algunos meses antes que él, el 12 de Abril del mismo año 1702, había estado en Montserrat su esposa María Luisa Gabriela de Saboya, con la que se había casado Felipe en Figueras. Acompañaban á María Luisa el obispo de Urgel, la famosa princesa de los Ursinos, el marqués de Castel-Rodrigo y otras damas y caballeros de la primera nobleza del reino. María Luisa permaneció durante la Semana Santa en la montaña, y el sábado santo quiso vestir á la santa Imagen por su propia mano, no permitiendo que nadie la ayudase en su tarea. Al partir llevóse una toca de la Virgen y la llave de la puerta más inmediata á Nuestra Señora, constituyéndose así su camarera. Al llegar á Madrid remitió una joya de oro en forma de rosa, matizada con ciento diez diamantes, de valor 800 doblones.

El 24 de Junio de 1706 subió á Montserrat el archiduque de Austria, D. Carlos, á quien los catalanes habían jurado y reconocido por rey, juramento que dió lugar á la famosa y sangrienta *guerra de Sucesión*, que con tantos rasgos de valor, abnegación, heroismo y sacrificios fué sellada por los catalanes. Refiere la crónica, que en esta visita compuso el archiduque unos versos latinos á la Virgen, y al despedirse de ella,

después de haber visitado las ermitas, dejó sobre el altar su espada guarnecida de oro y adornada con setenta y nueve diamantes (1).

En 1708, Carlos III, que con este nombre habían los catalanes proclamado rey al archiduque, volvió á visitar el templo de la montaña con su esposa D.^a Isabel Cristina de Brunswich, ofreciendo entrambos á la Virgen un cáliz con su patena, salvilla y vinageras de plata dorada, matizado todo con 24 diamantes y un precioso rubí.

Más tarde vinieron de Castilla nuevos monjes, mas á principios del siglo pasado fueron despedidos del Monasterio por los concelleres, como también lo habían sido en el reinado anterior. Pocos sucesos notables se hallan en las crónicas de Montserrat acaecidos durante la mayor parte de dicho siglo, hasta que apareció el presente. En 1802 lo visitaron los reyes D. Carlos IV, con D.^a María Luisa y su Real familia. Entonces aun estaba todo en su brillo y pujanza; mas pronto sonó la hora de la

Destrucción del Monasterio

Invadida Cataluña por las huestes de Napoleon I, quisieron demostrar prácticamente los catalanes cuán efímera era la gloria que las águilas imperiales habían alcanzado en Marengo, Austerlitz y Egipto, pues todo su poderío vino á estrellarse contra las peñas de Montserrat. No hay un solo hijo del Principado que no recuerde con orgullo las gloriosas jornadas del 6 y 14 de Junio de 1808, cuando al grito de ¡Viva el rey, la patria y la religión! y ¡Muera Napoleon! arrolladas dos numerosas y aguerridas divisiones francesas en las cuestas del

(1) Tal vez sea de este príncipe y no de Felipe IV la espada que aún se conserva en el tesoro del Monasterio.

Bruch por los hijos de Cataluña, empezó para Bonaparte una cadena de adversidades, cuyo último eslabón debía clavarse en Santa Elena, así como el primero lo estaba ya en las rocas del Montserrat.

La singular posición del sagrado monte hizo concebir á las autoridades españolas el proyecto de convertir el monasterio con todas sus dependencias en depósito ó almacén de víveres, municiones, vestuario, etc. No tardó en establecer allí su cuartel general la Junta superior de la provincia, y un local seguro para las oficinas militares y civiles en campaña. Montserrat fué, pues, convertido en una verdadera fortaleza, guarnecida de tropas, á la que sólo se llegaba por caminos áridos y desiguales llenos de escombros y troncos de árboles, erizados de peligros. Así se creía haberlo hecho inaccesible á los franceses.

Un día el general Desveaux puso sus codiciosos ojos en el tesoro de Montserrat, y el 11 de Enero de 1809 dirigióse con 800 hombres á la célebre montaña por un sendero impracticable; mas quedaron fallidas sus esperanzas y sus sacrílegos deseos. Nada sufrió el Monasterio en esta expedición, pero sí quien con siniestra intención había pisado sus umbrales, pues sabedores los pueblos vecinos de que había sido invadida la Catedral de las montañas, echaron á vuelo las campanas, y al toque de somatén, antes que el sol los descubriera, un puñado de valientes de Monistrol y Vacarisas trepaba por las empinadas rocas de la montaña con la heroica tarea de desalojar del Monasterio á los soldados del usurpador. A las diez y media los soldados de Napoleon se veían obligados á abandonar el Santuario, acompañados por el nutrido y constante fuego de los somatenes catalanes.

Pronto los picos de Montserrat se vieron coronados de hombres armados con escopetas unos, otros con hachas, y los más sólo con palos, que el grave sonido del sagrado bronce parecía había hecho brotar de aquellas descarnadas rocas. La

división de Desveaux tuvo que abandonar todo cuanto se había llevado del Monasterio, sufriendo la pérdida de nueve muertos y una porción de heridos.

De este modo vengaron heroicamente los hijos de Cataluña la muerte que á bayonetazos dieron los soldados franceses al P. Pastrana, ermitaño de Montserrat, que, lleno de patriótico celo, había bajado al Bruch á animar á los migueletes y somatenes.

Tomada Tarragona por el mariscal francés Suchet en 28 de Junio de 1811, encaminábase éste jefe á Barcelona, cuando al llegar á Martorell resolvió destruir las fortalezas de Montserrat y acabar de aniquilar á los últimos restos de las tropas y las autoridades españolas que se habían refugiado allí.

Era el 25 de Julio del mismo año, en el que distribuyendo el mariscal sus tropas en varias divisiones, ordenó el asalto del Monasterio. Poco le costó la victoria, porque defendida la plaza por solos 300 hombres que se batieron con brío, como buenos catalanes, fácil les fué sujetarlos con sus numerosas fuerzas. Apenas los usurpadores estuvieron en posesión de Montserrat, su primer cuidado fué destruir todas las ermitas; pero conservaron lo demás para habitarlo, mientras su permanencia fatal, hasta el día de su marcha, que fué el 11 de Octubre siguiente. Al salir pegaron fuego á la iglesia y monasterio, destruyeron una porción de edificios, paesto que no les servían, y robaron todos los efectos que pudieron alcanzar y que eran en gran número, por haberlos abandonado los monjes en su precipitada fuga. Mataron durante este tiempo á un monje y á dos ermitaños; otro ermitaño pereció escondido en el monte, y de cuatro monjes que cogieron, murieron dos en su compañía después de haber sufrido mil insultos y trabajos. La famosa colección de historia natural del P. Fr. Mauro Ametller, que en 1802 habían visitado los reyes de España D. Carlos IV, D.^a María Luisa y su Real familia, fué destruída, y todos los libros, pinturas, adornos, papeles é instrumentos de música,

fueron sustraídos en parte del Monasterio, y los restantes inutilizados.

Un año más tarde, el coronel inglés Mr. Eduardo Green se fortificó en la ermita de San Dimas, lo que sabido por el ejército invasor, salió inmediatamente de Barcelona, el 28 de Julio de 1812, con una división, el general Mathieu, quien, llegado á Montserrat, tomó una de las alturas de la parte meridional que dominaba la batería de los ingleses, y á cañonazos los obligaron á salir rindiéndose prisionero Green al día siguiente. Entre tanto los franceses desplegaron su furor contra el Monasterio, y despojándolo de lo poco que todavía quedaba, hacinaron por doquier barriles de pólvora, y lo inutilizaron todo hasta el día de su marcha, que fué el 31 del mismo mes, en que lo volaron, con tal estrépito que hizo estremecer á cinco ó seis leguas alrededor. Tales eran las teorías de civilización que irataba de enseñar á Europa el *regenerador* de la sociedad: como si la civilización debiese surgir de entre las hogueras manchadas con la sangre de víctimas inocentes, y vestida con trajes de ajena propiedad. ¡Negro borrón que jamás ha podido quitar de su hoja de servicios el ejército francés!

Sin embargo, parece que uno de sus generales, celoso del brillo de las armas que mandaba, é irritado por tanta devastación y ruina causada por tropas francesas en el monumento de las montañas, hizo severos cargos al jefe de la división que había llevado á cabo la destrucción y saqueo de Montserrat, quien, resentido de las expresiones algo duras que el honrado general le dirigió, contestóle agriamente; altercado que, atendida la altivez del general destructor, terminó por un duelo que se llevó á cabo en un lugar cerca de Martorell, del que resultó mortalmente herido el general Mathieu. Transportado al molino de Gomis, murió á las pocas horas de verificado el desafío. Hay quien supone que en las paredes del molino se ven todavía manchas de la sangre que recuerdan el duelo con que se lavó la afrenta hecha al ejército francés.

La conservación de la sagrada Imagen fué debida á un portentoso especial de la Providencia. Habíanla escondido los religiosos en un hoyo de la ermita de San Dimas, con varias joyas y otras ricas prendas; encontráronla los enemigos, y despojándola de todo, la dejaron expuesta á la intemperie sin hacerla otro daño, al paso que mutilaron horriblemente la que había sido puesta en su lugar en la iglesia. Después de esta profanación, según dice el Sr. Saldoni en su *Reseña histórica de la Escolanía ó colegio de música de Montserrat*, fué en busca de la sagrada Imagen fray Mariano Baltá y Rodés, quien la bajó al Monasterio, pero habiendo ocurrido una nueva alarma á principios de 1812, reuniéronse el P. Blanch, el P. Mulet, el P. Brell, dicho Fr. Baltá y otros, y con dos criados la trasladaron á una casa de campo conocida por «casa Marquet de Matadás,» cerca del puente de Vilumara, á media hora de Manresa.

En esta casa, que era de jurisdicción del mismo Montserrat, vivieron, como en comunidad, los citados monjes, hasta que en el mismo año de 1812 tuvieron la satisfacción de poder trasladar otra vez al Monasterio la portentosa Imagen. Mas como no era posible por entonces colocarla en su sitio, la pusieron en el refectorio, que había quedado ileso, el cual transformaron en capilla, adornándolo con damascos y otros objetos, que aun cuando distaban mucho de la riqueza pasada, tenían por lo menos el mérito de manifestar á María el amor de sus hijos, brillando cada día más la improvisada iglesia con las dádivas de los fieles que volvían otra vez á visitarla.

Terminada la guerra de la Independencia, el primer cuidado de los monjes fué restablecer las cosas al estado más decente posible. Habilitaron á fuerza de trabajo y de numerosos dispendios una parte del derruido Monasterio, repararon la iglesia hasta poder trasladar en ella la sagrada Imagen, lo

que felizmente consiguieron, recomponiendo también las ermitas menos maltratadas.

Planteada otra vez la Escolanía, empezaba ya á renacer de sus ruinas el Monasterio, cuando otra calamidad descargó con furia sobre él. No fueron ya extranjeros los que acabaron de arrebatár las riquezas y la gloria de Montserrat; algunos mal aconsejados españoles se dirigieron allí en nombre de la libertad, cuando los funestos acontecimientos de 1820 al 1823; lo saquearon todo (1) y obligando con sus vejaciones á la Comunidad á que abandonase aquel sagrado asilo, dispersaron á los monjes y á sus dependientes, y hasta la Santa Imagen de María tuvo que abandonar Montserrat y fué trasladada á su antigua patria Barcelona, que la recibió con gran pompa y aparato, formando los milicianos de gran gala en la carrera por donde pasó hasta la Catedral, en cuyo templo hubo ocho días de festejos. Después fué llevada al altar mayor del antiguo templo de San Miguel Arcángel, en el que se le dió veneración hasta el 9 de Junio de 1824, que restablecidos los monjes en el Monasterio, fué trasladada nuevamente á la Santa Iglesia Catedral, y, al cabo de tres días, á su antiguo trono de Montserrat con magnífica pompa é innumerable concurso de gentes, celebrándose una solemnísimá procesión general, á la que asistieron todas las comunidades y corporaciones que la acompañaron hasta fuera la puerta de San Antonio (2). Durante su perma-

(1) Lo que se había salvado del saqueo de los franceses, lo arrebató el titulado *Crédito público*, de la época llamada constitucional, que tantos tesoros arrebató. Según el inventario que se hizo, figuraba entre otras cosas el trono de plata de la Santa Imagen, de peso más de once arrobas, y las dos riquísimas coronas, la de oro y esmeraldas, trabajada en Méjico y conducidas por el ministro Peñalosa y la de diamantes y rubíes, el cáliz precioso de oro y pedrería, vinageras del mismo metal, cruces, y otras joyas etc.

(2) El *Diario de Barcelona* del 20 de Junio de 1824, trae una relación detallada del viaje de la Imagen de Nuestra Señora de Montserrat desde la ciudad de Barcelona á la iglesia de su Monasterio. Se puede leer en el Archivo municipal de la ciudad.

nencia en la iglesia de San Miguel, le cuidaron un monje, el P. Benito Porceval, y un ermitaño. Para perpetua memoria se le erigió en dicha iglesia un altar.

En 1828 pasaron á visitarla el rey D. Fernando VII y su esposa la reina D.^a María Amalia, quienes hicieron al Monasterio varios donativos, entre otros uno en dinero, de 25,000 duros para la restauración y ornato de la iglesia, de los cuales, parte se dedicó, como queda dicho, á la construcción de la gran verja.

Permaneció la Santa Imagen en su propia iglesia, hasta 1835 en que por consecuencia de los trastornos políticos de España, en los meses de Julio y Agosto de aquel año, se vieron obligados otra vez los monjes á desamparar su Monasterio, que por gracia especial no tuvo la infausta suerte de otros célebres monasterios y conventos.

A no haber estallado la guerra civil de los siete años, los monjes no se hubieran ausentado, ni el altar se hubiera visto privado de la Santa Imagen (1), pues en el decreto de supresión de las órdenes religiosas, se exceptuaron los colegios de misioneros de Ultramar, los padres de las Escuelas Pías, el Monasterio de San Juan de la Peña y el histórico de Montserrat. Así es que los monjes que habitan el Monasterio han podido vestir siempre legalmente la cogulla benedictina, pues no alcanzó á ellos dicha supresión, como lo prueba su reinstalación antes de la publicación del Concordato de 1851.

(1) La Imagen la tuvo escondida en su casa solariega un honrado labrador del Bruch D. Pablo Pedrosa y Jorba; por cuyo singular servicio S. M. la reina D.^a Isabel II le honró con la cruz y placa de la orden de Carlos III, regalándole la misma augusta Señora los distintivos de comendador en brillantes, y el Rey un magnífico reloj de oro guarnecido de diamantes

Moderna restauración

No bien el país se vió libre de la guerra civil de los siete años, abiertas las comunicaciones, fué incesante el concurso de romeros que desde 1840 pedían poder adorar la Santa Imagen de María de Montserrat en su Santuario; mas como no pudiesen lograrlo, contentábanse con cantar en honor de la Señora algunos oficios en su propia iglesia, que tenía su puerta principal tapiada y cerrado el Camarín. Estos oficios eran celebrados por un monje (el P. Boada), que residía en aquel entonces solitario Monasterio, y algunos sacerdotes que subían de los pueblos comarcanos, sirviendo de sacristán el lego Fr. José Campderrós.

Estas peticiones habían de ser oídas y no tardó el palacio de la Virgen de las montañas en recobrar su morena Señora. En 1844 se practicaron gestiones para que volviesen al Monasterio el antiguo superior y algunos de sus religiosos, y se colocase otra vez en su propio altar á la pública veneración de los fieles la Sagrada Imagen de la Madre de Dios, oculta por espacio de nueve años.

Una solicitud dirigida á la ilustre descendiente de tantos distinguidos personajes que habían visitado y enriquecido á Montserrat, no podía dejar de ser atendida, y en efecto, el 8 de Setiembre del mismo año 1844, con asistencia del Excmo. é Ilustrísimo Sr. D. Pedro Martínez de San Martín, obispo de Barcelona, de otras autoridades y de un innumerable concurso de gente de todas clases y condiciones, entre el cual se hallaba el que estas líneas escribe, se verificó una solemne función con asistencia de una capilla de música compuesta de aficionados de Barcelona. El sermón estuvo á cargo del reputado orador el Ilre. Sr. D. Alberto Pujol, presbítero, canónigo de la iglesia colegiata de Santa Ana de la misma ciudad. Es imposible des-

cribir el entusiasmo que causó á aquella apiñada muchedumbre, que de muchas leguas de distancia había acudido, la nueva aparición de la veneranda Imagen de la Virgen de Montserrat en su antiguo Camarín, entusiasmo que llegó á su colmo cuando se permitió besar por vez primera la soberana mano que por espacio de nueve años había permanecido oculta.

Pocos varones fueron los que voluntariamente se prestaron á servir á la Santísima Virgen en aquella soledad, y á ellos se debe que el Monasterio no sea hoy un montón de escombros; el Rmo. Abad P. José Blanch y varios sacerdotes, entre los cuales figuraban el P. Jacinto Boada, el P. Ramón Marsal, el P. Benito Brell, el P. Miguel Muntadas, que después fué Abad, y los legos Fr. Luis Pagés y Fr. José Campderrós, que desde la exclaustración de 1835 no abandonó jamás, como queda dicho, el Monasterio.

Muerto el Abad Blanch en 1851, le sucedió con el título de Presidente el P. Ramiro Torrents hasta el mes de Abril de 1853 en que murió, sucediéndole el P. Ignacio Corrons, que vino de Italia á mediados de dicho año 1853, á donde regresó al poco tiempo, ocupando entonces la presidencia el P. Miguel Muntadas, que en 1861 fué nombrado Abad, ratificándole el Sumo Pontífice Pío IX el uso de mitra, báculo y pectoral, con facultad de celebrar de pontifical en determinadas festividades del año, en especial el día de la fiesta principal del Monasterio como todos sus antecesores. En virtud de la autorización estipulada en el Concordato de 1851 para restablecer las órdenes religiosas, y de haberse establecido en Montserrat un colegio de Misioneros para Ultramar, ha adquirido su Comunidad benedictina un realce tal que si bien no llega á la importancia que tenía antes de la exclaustración de 1835, las funciones del culto se celebren con la misma magnificencia que antes, al propio tiempo que proporciona jóvenes misioneros para Ultramar, entre otros puntos á las Misiones catalanas de Nueva Nurcia, en Australia.

A medida que ha aumentado el esplendor del culto en la parte personal, se ha ido restaurando el Santuario en su parte material; mas como los destrozos fueron tan considerables la restauración de Montserrat ha de ser larga y costosa. La iniciaron al visitar el Santuario SS. AA. los Serenísimos duques de Montpensier, el día 24 de Octubre de 1857, cuando regresaron de su viaje á distintos puntos de Europa.

Fué esta visita, después de tantos años de no haberla hecho ninguna persona de estirpe regia, un verdadero acontecimiento. Subieron por la carretera de casa Massana, única que á la sazón había, saliendo á saludar con repiques de campanas á la hermana de la reina Isabel II y á su esposo, la gente de los pueblos por donde pasaban con los párrocos, alcaldes y ayuntamientos de las poblaciones por donde pasaban. En Montserrat fueron saludados con músicas y coros que cantaron un himno montañés, al compás de la Marcha Real. Recibieron á los reales huéspedes el arzobispo de Tarragona, Dr. D. José Domingo Costa y Borrás, vestido de pontifical; el obispo de Barcelona, Dr. D. Antonio Palau y Termens, y la comunidad del Monasterio. Por la noche hubo solemne función en la iglesia. Al día siguiente, al amanecer, el duque de Montpensier con traje de campaña, apoyado en un tosco palo de boj, y acompañado del P. Muntadas, de D. Mariano Lluch, de D. Víctor Balaguer, del Sr. de Moscoso y del autor de estas líneas, subió á visitar las ermitas de Santa Ana, Santiago, San Juan y San Onofre, y sólo pudo llegar hasta el pié de la de Santa Magdalena, pues la premura del tiempo no le permitió continuar hasta la de San Jerónimo, como deseaba. En la primera se le unió el Capitán General del Principado señor Zapatero, y en las demás varios convidados y curiosos.

Mientras el duque visitó las ermitas, la señora infanta doña Luisa Fernando permaneció en el coro oyendo misa, después de la cual los orfeonistas de Barcelona, cantaron la *Salve* y el *Tota pulchra*. A las diez el obispo de Barcelona, celebró misa

de pontifical. Terminada la cual los orfeonistas repitieron la *Salve* y se marcharon. Pasaron después los duques á la Sacristía y se les presentó un precioso álbum de tafíete, piel de zapa, muy bien decorado y ricamente encuadernado, con adornos de plata, regalo hecho al Monasterio por D. Francisco de Paula Sánchez y Toro, con el objeto de que los visitantes pudiesen inscribir sus nombres, dejando en él una memoria de sus visitas. La portada con la dedicatoria es un notable trabajo de caligrafía. En este álbum puso su firma la infanta, siendo por consiguiente el primer nombre que se lee el de

Luisa Fernando

Después firmó su esposo, el hoy difunto duque de Montpensier, las autoridades y demás personas notables del acompañamiento (1). Por la tarde fueron á pasear á los Degotalls, dirigiéndose después á las ermitas por el camino de San Miguel y bajando por el atajo de Santa Ana. Por último visitaron la Cueva de la Virgen. Sirvieron de guía y escolta de SS. AA. cuatro mozos de la Escuadra y diez guardias civiles con un oficial. En todas estas excursiones sirvió como de guía especial el P. Presidente entonces del Monasterio P. Miguel Muntadas.

Al regresar á la celda abacial transformada en régia cámara, ocurrió á los duques una feliz idea, inspirada sin duda por la Santísima Virgen. Mientras estaban reunidos los prelados, autoridades y personas convidadas, dirigióse el príncipe al referido P. Muntadas, y le manifestó grandes deseos de que se restaurase el Monasterio, empezándose por la cueva de la Virgen. «A fin de que pueda emprenderse cuanto antes, añadió, vamos á dar orden para que á nuestro regreso á Barcelona se

(1) Una de las firmas del álbum es la de vizcondesa de Jorhalán fundadora de las religiosas Adoratrices.

entregue la cantidad de seis mil reales, sin perjuicio de otras dádivas que nos reservamos hacer.» Prometieron interesar además el bondadoso corazón de S. M. la Reina, su excelsa hermana, á fin de que protegiese la realización de una idea tan plausible, no sólo para Cataluña, sino para la España entera y para todo el orbe católico. Esta determinación hizo que entre las autoridades y corporaciones asistentes, ya en representación de las mismas, ya personalmente, se inaugurase una suscripción que desde luego llegó á la suma de unos sesenta mil reales.

A la mañana del día siguiente, que era lunes, después de haber oído una misa rezada, que celebró el Excmo. é Ilmo. Señor Arzobispo preconizado de Tarragona, se despidieron SS. AA. del célebre Santuario, repartiendo crecidas limosnas y regalando mil reales para la tropa, y precedidos de algunos guardias civiles y mozos de la Escuadra subieron la cuesta de Colibató montados en borricos, acompañándoles las primeras autoridades del Principado (1). Esta visita dió por resultado la organización de la Junta de restauración artística de Montserrat, formada de personas notables, y esta Junta se ocupó en allegar recursos para realizar el proyecto de los duques de Montpensier. Al frente se puso, como persona facultativa, el arquitecto de Barcelona D. Francisco de Paula del Villar, quien empleó los primeros fondos recaudados en la restauración de la cueva de la Santísima Virgen, siguiendo en seguida la pintura policroma en cuatro capillas de la iglesia principal, dos por cada lado más inmediatas á la gran verja.

Ya queda dicho que durante la guerra de la Independencia, perdió Montserrat todo su tesoro, y vió arruinados sus edificios. Los libros, las joyas, las banderas ganadas al gran turco, desaparecieron en medio de aquellas ruinas, perdiendo en un

(1) Esta visita está detallada en el *Diario de Barcelona* y otros periódicos de los días 24, 25 y 26 de Octubre de 1857.

día por valor de 30 millones de reales en cosas valorables, sin contar un sinnúmero de preciosidades que en manera alguna podían valorarse.

Queda dicho también que cuando los duques de Montpensier visitaron este Real Monasterio surgió el proyecto de restaurarlo. Esta idea no quedó en olvido y el día 3 de Diciembre de 1857 se celebró en el palacio del Capitán General de Cataluña, que á la sazón lo era D. Domingo Dulce, la primera junta para tratar de la restauración de este célebre santuario, siguiendo el proyecto acordado en la visita que SS. AA. RR. los serenísimos Sres. Duques de Montpensier hicieron á la Santísima Virgen. Asistieron á la reunión las primeras autoridades, el Gobernador eclesiástico de la diócesis, una comisión del Ayuntamiento y alguna otra corporación, varios senadores, diputados á Córtes y diputados y consejeros de provincia, el arquitecto Sr. Villar y el Sr. Balaguer que hizo las veces de secretario. Leyóse una memoria relativa al orden que debía seguirse para los trabajos que iban á emprenderse y se nombraron tres comisiones, una de gobierno, otra de obras y otra de administración y contabilidad.

Siguiendo el ejemplo de sus ilustres predecesores, de quienes conserva eternos recuerdos la historia de Montserrat, SS. MM. la reina D.^a Isabel II y el rey su augusto esposo, se declararon *protectores especiales* del célebre santuario, en unión con sus excelsos hijos los Serms. Sres. Príncipe de Asturias (Alfonso XII), é infanta D.^a Isabel, y queriendo completar tan piadosa como laudable obra, permitieron que se encabezara con sus augustos nombres la suscripción que se abrió el 7 de Abril de 1858.

A fin de que fuese lo más crecida posible, delegó S. M. en dicha junta para que la representase al Excmo. Sr. marqués de Sentmenat, quien convocó á las comisiones de los barrios, encargándolas muy especialmente que pasasen esquelas de invitación á todas las habitaciones sin distinción, á fin de que

pudieran asociarse á tan notable y deseada empresa todas las clases de la sociedad.

Las comisiones de los barrios se componían de los respectivos alcaldes de barrio, del Rdo. cura párroco ú otro eclesiástico delegado y de dos ó más vecinos. Había además sus respectivos jefes de distrito.

Aprobados por la Academia de Bellas Artes los planos para la restauración, hechos por el referido arquitecto Sr. Villar, dióse principio á la obra, procediendo por partes, y comenzando por lo principal, que es la parte religiosa, para pasar después á la de las hospederías, que era de gran necesidad. Así, pues, se inauguraron los trabajos en la capilla de la cueva y sus dependencias, principiándose la pintura de la iglesia del Monasterio.

A fin de llevar á cabo la colosal empresa de la restauración, que será, como queda dicho, muy larga y costosa, se necesitan cuantiosas sumas y éstas es preciso sacarlas de la suscripción que hace años está dormida, y de las limosnas aisladas. Para recibir las ofrendas, por insignificantes que fuesen, quedaron encargados, además del abad de Montserrat y del obispo de Barcelona, los curas párrocos y alcaldes de todo el Principado de Cataluña.

El Santuario de Montserrat tiene una nombradía universal y su restauración debe ser orgullo para todos los españoles. Al Gobierno, á las Diputaciones de las cuatro provincias catalanas, á los Ayuntamientos todos de Cataluña toca secundar la iniciativa de nuestros reyes.

En otras partes no hubiera sido necesario apelar á una suscripción, sino que los gastos hubieran corrido á cargo del Estado. Ningún santuario tiene tanto derecho como el de Montserrat á una indemnización nacional. A la nación le corresponde, pues, indemnizar á Montserrat como ha indemnizado á los que por la nación se arruinaron. No se pide para Montserrat todo cuanto tiene derecho á exigir; pero á lo menos que facilite el

gobierno á la junta restauradora los fondos que necesita para restaurar lo destruído en la guerra de la Independencia en defensa de la integridad de la patria. Hasta la nación francesa está obligada á reparar el daño que las tropas de Napoleón I causaron en Montserrat. Mas, quienes pueden adquirir en Montserrat gloria y fama son los artistas españoles, si contribuyen con sus obras á la restauración del célebre santuario. En su destrucción desaparecieron multitud de imágenes y estatuas; ardieron preciosos lienzos en los que estaban pintados los principales sucesos de Monserrat y una preciosa colección de retratos de los reyes y santos que en distintas épocas lo han visitado, y escasas son las lápidas que recuerdan hechos memorables. El escultor que restituya las primeras, los pintores que presenten bien combinados cuadros de algunos sucesos notables, el marmolista que se ofrezca á perpetuar en una lápida alguno de los grandes hechos de Montserrat, ¿no contribuirán también, y con gloria, á su restauración? ¿Quién lo duda? Los artistas que esto leyeren, han de animarse á tomar parte, en cuanto puedan, á la restauración de la Catedral de las montañas.

En 1860 visitó por vez primera el Monasterio de Montserrat S. M. la Reina D.^a Isabel II, acompañándola el entonces príncipe de Asturias, que después fué rey con el nombre de Alfonso XII, su hermana D.^a Isabel y el Rey consorte don Francisco de Asis. De regreso de una expedición á varias provincias de España, siendo las últimas las islas Baleares, desembarcó la Real familia en Barcelona y quiso la Reina presentar á su hijo el príncipe D. Alfonso á Nuestra Señora de Montserrat, é inscribirlo como monacillo de su Escolanía. Las fiestas que con este motivo se celebraron, fueron muy suntuosas. La Comunidad, presidida por el Arzobispo de Tarragona, vestido de pontifical, recibió á la regia comitiva. Todo estaba muy bien decorado, sobre todo el interior del templo. Se entonó el *Te-Deum* y al pié del altar de María se arrodillaron la Real

familia, las primeras autoridades de Cataluña, los cortesanos y los trescientos alcaldes de la provincia, que habían acudido. Luego se cantó la característica *Salve*, y la Reina subió á besar la mano á la Santa Imagen, que llevaba el vestido que S. M. le había regalado, y le colocó una joya de gran precio. Se dirigió la córte á la Cueva de la Virgen, y al regresar fueron saludadas las Reales personas con las preciosas pastorelas catalanas del poeta músico Clavé: *Las flors de Maig* y *La queixa d' amor*, cantadas ambas por la sociedad coral *Euterpe*, colocada en grupos de rocas. Para subir la cuesta, la Reina aceptó una de las literas, y en brazos de los mozos de la Escuadra de Cataluña emprendió la subida al Monasterio. Como iba ya anocheciendo, algunos voluntarios catalanes de la guerra de Africa, con su pintoresco uniforme, iluminaron el camino con hachones. Junto á los voluntarios iban el duque de Tetuán y el marqués de los Castillejos, general Prim. Por todas partes se oían ¡Vivas! á la Reina. Al llegar al Monasterio se divisaba en las cumbres de las muchas montañas que desde allí se descubren, grandes fogatas, y se disparaban fuegos artificiales, sobre todo llamas de bengala de varios colores, en distintos puntos de la montaña de Montserrat. Se obsequió á la Real Familia con una serenata coral é instrumental, en la que tomó parte la sociedad coral *Euterpe*.

Al día siguiente, que era el 30 de Setiembre de 1860, hubo solemne función religiosa, celebrando de pontifical el Obispo de Vich, y predicando el elocuente orador Dr. Coll de Valldemia. Terminados los divinos oficios, pidió á la Reina el Abad se dignara aceptar para su augusto hijo Alfonso el título de primer escolán y paje de Nuestra Señora de Montserrat. Al efecto, uno de los escolanes le entregó en una bandeja de plata y delante de toda la córte y ministros, en la antesala de la Real Cámara, el traje completo de escolán de Montserrat, según queda dicho en el capítulo de la Escolanía. S. M. la Reina lo recibió con agrado y dijo que tendría á honor el Serenísimo

Príncipe en ser escolán, cual lo había sido su augusto padre y abuelo respectivo, el Rey Fernando VII.

El Milenario

Muy pocos santuarios hay en el mundo en los cuales hasta la fecha se haya podido celebrar el milenario de la invención de las imágenes que en ellos se veneran; sin embargo, diez años hace que Cataluña celebró el del hallazgo de su Patrona, Nuestra Señora de Montserrat.

El sábado anterior al domingo 23 de Abril del año 1880, el Santuario y todos los alrededores presentaban una animación indescriptible.

Habíase creado de antemano una junta organizadora de las fiestas que habían de celebrarse, compuesta de personas inteligentes y respetables por varios conceptos, la que cuidó de que las funciones se celebrasen con el esplendor que requería un suceso tan memorable y de que la gran muchedumbre que acudió en tan reducido recinto, sufriese las menos incomodidades posibles (1).

La entrada del Monasterio se adornó con ramajes y con pendones. En los balcones y ventanas de los aposentos y del Mo-

(1) Bajo la dirección del arquitecto del Monasterio, Sr. Villar, se arreglaron una serie de tiendas de campaña y grandes barracas muy capaces para albergar á la mucha gente, que no cabiendo en los aposentos, se hubiera visto obligada á pasar la noche en la intemperie.

A fin de que las personas que no encontrasen sitio en la Fonda y Restaurant ó no quisieren aprovechar este servicio de comida, la encontrasen preparada en otro sitio, se arregló un local para expenderla preparada á punto de ser comida, y así se hizo desde unas taquillas, en cada una de las cuales se colocó un rótulo que indicaba la clase de comida que allí se expendía y el precio de cada ración.

Se estableció también un despacho especial de bebidas de todas clases, que estuvo muy bien surtido.

nasterio se colocaron colgaduras y banderas; el atrio de la iglesia se decoró con buen gusto artístico y al interior del templo se le dió un agradable aspecto por la bien entendida combinación de colgaduras, pendones, escudos, flámulas y luces.

El día 24 se cantaron *Visperas* solemnes y la *Salve Regina*, y se ordenó una procesión que se dirigió á la cueva de la Virgen por el camino ordinario, á fin de trasladar al Monasterio la Santa Imagen y recordar así la procesión que en el año 880 organizó el obispo de Manresa al hallarla en dicha cueva. Al regreso, la procesión siguió el camino llamado de los Condes, único practicable en aquella remota época y que, dirigiéndose desde la cueva hacia Mediodía, va á parar en el camino de Collbató, cerca de la balsa de San Miguel. A fin de que fuese algo transitable, se arreglaron cuanto fué posible los malos pasos que había.

Numeroso concurso de gente con pendones concurrieron á la procesión, cantando por el camino la *Salve* y la *Letanía lauretana* y rezando el rosario. La Santa Imagen fué llevada desde la cueva en andas, por cuatro sacerdotes con alba y estola blanca, detrás siguieron los obispos de Barcelona, Menorca, Tortosa, Gerona y Lérida y un piquete de tropa con bandera y música. Era magnífico espectáculo ver pasar esta procesión por las sinuosidades de la montaña, entre las rocas y verde arboleda. Al aparecer la procesión en una de las varias revueltas de la montaña, la música cantó el *Ave Maris Stella*, el entusiasmo del pueblo fué tal que á una voz prorumpió en ¡vivas á Nuestra Señora de Montserrat! ¡á la Religión Católica! ¡al Nuncio de Su Santidad! y ¡á los obispos!

Antes de llegar la procesión á la puerta del Monasterio, tomaron las andas los obispos de Barcelona, Gerona, Manresa y Tortosa, y llevando sobre sus hombros entraron la Santa Imagen en la Real Basílica. Lo que entonces pasó no es posible describirlo. Los prelados que llevaban la Virgen daban la bendición con las ramas de boj cogidas junto á la cueva y que

llevaban en las manos. El nuncio de Su Santidad y los obispos de Vich y de la Seo de Urgel y el Abad, se agregaron á la procesión cerrándola. La Imagen fué recibida bajo palio, y toda la gente allí reunida que la aguardaba, formó parte de la procesión que fué grandiosa al entrar en el templo. Este se hallaba brillantísimamente iluminado; el entusiasmo general fué indescriptible, pues pocas veces se había visto á cuatro obispos llevar lo sobre sus hombros una Imagen.

Al dejarla en el presbiterio, el obispo de Barcelona, Urquinaona, pronunció algunas elocuentes frases inspiradas por el ardiente entusiasmo y el más acendrado amor á María. El nuncio de Su Santidad entonó el *Te-Deum* y dió la bendición episcopal. Las partituras del *Te-Deum* y del *Ave Maris Stella*, fueron del maestro Carreras, premiado en el certamen que se había abierto con motivo del Milenario. Los prelados, las Autoridades y la Junta organizadora, subieron después á besar la mano á la Imagen. Por la noche hubo luminarias y músicas.

El domingo 25 concurren á la Comunión general millares de fieles, y distribuyeron el Pan Eucarístico los obispos de Barcelona, de Lérida y de Tortosa en el altar mayor, y varios sacerdotes en las capillas laterales del templo. Hasta la hora de empezar la misa de pontifical fué llegando gente. Desde las dos y media de la madrugada no cesaron de celebrarse misas en todos los altares de la iglesia y en los que se habían levantado fuera del Monasterio, en la cueva de Juan Garín y en otros sitios de la montaña, oyéndola los fieles desde sus respectivos aposentos.

El aspecto del presbiterio en el acto de la misa pontifical que celebró el Excmo. Sr. Bianchi, arzobispo *in partibus* y Nuncio de Su Santidad en España, era imponente. En la parte del Evangelio se hallaba el trono del Nuncio, de quien fueron asistentes el deán de Gerona, el arcediano de Tarragona, un canónigo de Lérida y otro de Tortosa. Cerca del trono tomaron asiento los demás prelados, el obispo de Barcelona, el de

Menorca, el de Vich y el de Lérida. En la parte de la epístola se hallaban el de Gerona, el de Tortosa, el de Urgel y el Abad de Montserrat, todos revestidos de pontifical, y los canónigos de las catedrales de Cataluña que habían concurrido, produciendo un aspecto del Sacro Colegio en la Córte de Roma aquella reunión de tantos hábitos canonicos rojos que vestían los capitulares.

Al pié de la barandilla del presbiterio se situaron las autoridades seculares, los senadores, diputados á Córtes, diputados provinciales y la Junta del Milenario. Se cantó una misa del maestro Forns á grandes coros, con acompañamiento de órgano y orquesta, y predicó el obispo de Urgel. Al fin de la misa el nuncio de Su Santidad dió la bendición Papal por delegación del Sumo Pontífice, que de esta manera quiso agregarse á la fiesta de los catalanes, y se cantó el *Ave María Stella*, premiada en el certamen.

Por la tarde, á las cuatro, tuvo lugar en el patio que precede á la iglesia, un certamen literario musical. Presidió el Nuncio, quien tenía á sus lados á los prelados, las autoridades y los individuos del jurado. Fué premiada un *Ave Maris Stella*, del maestro Carreras, y el *Violay de la Verge de Montserrat*, letra de Mosén Verdaguer, puesto en música á voces solas por el maestro Rodoreda, que cantó un coro dispuesto al efecto, y varias notabilísimas composiciones poéticas escritas en Catalán, Valenciano, Mallorquín, Castellano y Provenzal. Una de las poesías más notables entre las premiadas, se titula *La llegenda de Montserrat*, que resultó ser original del mencionado Mosén Jacinto Verdaguer.

Terminado el certámen se cantó en la iglesia el *Rosario* y la *Salve* como los demás días, después empezó la serenata y por último se disparó un castillo de fuegos artificiales, en cuyo apoteosis final apareció entre llamas de varios colores, la imagen de la Patrona de Cataluña (1).

(1) El autor fué testigo presencial de estas fiestas, y las describió de-

Reunidos en Montserrat, como queda dicho, los prelados y vicarios capitulares, sedes vacantes del Principado, acordaron pedir al Sumo Pontífice León XIII, se dignase declarar á Nuestra Señora de Montserrat, patrona de las diócesis de Cataluña, y al efecto dirigieron á Su Santidad una sentida petición á este objeto. León XIII, que estaba aún emocionado por las entusiastas pruebas de amor de toda Cataluña á María de Montserrat, sin distinción de partidos políticos, demostrada en el Milenario, venció cuantas dificultades se presentaron, y con fecha 12 de Julio de 1881 otorgó lo que se le había pedido, declarando la Virgen Madre de Dios, bajo el título de Montserrat, como á principal Patrona delante de Dios, de todo el Principado de Cataluña y venerarle con el rito, honores y demás prerrogativas que de derecho le corresponde como á los Patronos principales de los pueblos, y que su fiesta se celebre la dominica después del 25 de Abril.

Coronación canónica de la Santa Imagen

Muy parecida á la principal del Milenario, fué la función que se celebró en la Real Basílica de Montserrat el día 9 de Setiembre de 1881, para coronar canónicamente la Santa Imagen de la Patrona de Cataluña. Con la anticipación debida, habían llegado al Real Monasterio el Emmo. Cardenal Benavides, arzobispo de Zaragoza, delegado de la Augusta Persona del Sumo Pontífice León XIII, para colocar en su nombre la preciosísima corona en las sienes de la Santa Imagen. Asistieron el Arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Gerona, Lérida y Seo de Urgel, Monseñor Nussi, protonotario apostólico, delegado del Papa, el Vicario capitular de Solsona y capitulares de todas las catedrales de Cataluña.

talladamente en el *Diario de Barcelona* de los días 2 y 4 de Septiembre de 1880.

La concurrencia fué tanta como en las fiestas del Milenario, y muy parecido al de éstas el decorado exterior del Santuario, aunque el número de inscripciones fué mayor. Los adornos del interior de la Real Basílica se limitaron á tapices combinados con los estandartes que en Montserrat habían dejado las varias peregrinaciones.

La Santa Imagen se colocó en un baldaquino en forma de templete en que terminaba el cuerpo arquitectónico que se formó en el altar mayor, templete que aun se conserva en la capilla de la Concepción. Tenía el conjunto el aspecto que suelen tener los monumentos de Semana Santa. Era de grandes proporciones y de estilo romántico, pintado y dorado, con espaciosa gradas á ambos lados. Su iluminación estaba bien entendida y distribuída en grandes candelabros dorados que aumentaba la magnificencia de luces y arañas góticas de bronce que penden de la bóveda. La Santa Imagen llevaba un riquísimo vestido, cuyos pliegos eran mucho más artísticos que los de los trajes en que se suele ostentar en el Camarín.

Las funciones puede decirse que en el día de la coronación fueron continuas. A las cinco de la mañana el obispo de Barcelona celebró de medio pontifical la misa de los escolanes. A las siete el de Urgel, príncipe de Andorra, celebró la misa é hizo la plática de la Comunión general. En la distribución del Pan Eucarístico, á causa del gran número de personas que se presentaron á recibirlo, fué preciso que le auxiliasen los obispos de Barcelona y Lérida, dos canónigos y el Dr. D. Felipe Vergés, vicario general de Barcelona.

A las diez, el presbiterio se presentaba imponente. Ocupaba el solio abacial Su Eminencia el Cardenal de Zaragoza, é inmediatos á él se sentaron el arzobispo, los obispos asistentes y el Abad de Montserrat P. Miguel Muntadas, todos de pontifical.

Principió la ceremonia leyéndose la delegación hecha por el cabildo de San Pedro del Vaticano á favor de monseñor Nussi,

para que lo representase en aquel acto, luego la súplica elevada á S. S. León XIII por el obispo de Barcelona, rogándole se dignase designar una persona que le representara en el solemne acto de la coronación, y la carta remitida por el cardenal secretario de Estado, monseñor Jacobini, participando que el Sumo Pontífice había designado al efecto al eminentísimo cardenal Benavides, arzobispo de Zaragoza. Al recibir éste la corona que se le entregó, la bendijo, la Escolanía cantó el himno *Oh gloriosa Virginum* y empezó el pontifical. Asistió la capilla de música de la Seo de Manresa. Predicó el obispo de Barcelona, quien desarrolló el patronato de la Santísima Virgen de Montserrat á Cataluña, demostrado por la tradición del pueblo catalán y la historia de Montserrat, y dedujo que al declarar León XIII á María de Montserrat patrona de Cataluña, no había hecho más que confirmar el voto de los catalanes.

Concluída la misa, el Cardenal dió la bendición papal concedida para aquella función por el Sumo Pontífice, quitóse la casulla, revistióse de una riquísima capa pluvial del Monasterio, recibió de manos del delegado del Papa la corona y acompañado de todos los prelados asistentes, subió la suntuosa grada de la parte de la epístola, mientras la música cantaba *Regina cæli letare* y colocó el Cardenal la preciosísima corona en la cabeza de la Santa Imagen. Imposible es describir el espectáculo que en aquellos momentos sublimes presentaba la Real Basílica. Los vivas más entusiastas á ¡Nuestra Señora de Montserrat! ¡á la Patrona de Cataluña! ¡al Papa León XIII! se confundían con las voces del órgano, los sonidos de la orquesta y de la banda militar que unidas tocaban la Marcha Real, luciendo en medio del altar las riquísimas vestiduras sagradas cubiertas de oro y pedrería, tantos prelados y tanto clero, rodeados por tan deslumbrante iluminación como la que allí brillaba. Tres de los prelados representaban allí los tres santuarios más notables de Nuestra Señora en España: el cardenal Benavides, el de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza; el

obispo de Barcelona, el de Nuestra Señora de las Mercedes, y el Abad de Montserrat.

Al bajar los prelados del baldaquino entonaron el *Te-Deum* que cantó la música. Por la tarde los monjes cantaron *Visperas* solemnes y se organizó una lucida procesión en la cual la Real Basílica lució las insignias de tal, el *papiglione* y el *tin-tinabulum*, por haber concedido el Papa á la iglesia el título de tal. En el acompañamiento figuraron varios voluntarios catalanes con el uniforme de la guerra de Africa.

La Santa Imagen fué llevada en andas por el penitenciario de la Catedral de Barcelona en razón de haber sido venerada por algún tiempo en dicha Santa Iglesia; por el cura párroco de San Justo, por haberlo sido en su templo parroquial antes de ocultarla en la montaña de Montserrat, en época de los moros; por un cura párroco del Rosellón, como obsequio de los catalanes franceses á la Patrona de Cataluña, y por cinco monjes. Sostenían la cola de las andas, un padre jesuita y un padre escolapio, por haberse inspirado en Montserrat, antes de fundar las respectivas órdenes religiosas, San Ignacio de Loyola y San José de Calasanz. Al entrar la Imagen en el templo se volvió de cara á la apiñada concurrencia, y se cantó la plegaria *Monsstra te esse Matrem*, conmoviéndose de tal manera los espectadores, que se repitió el entusiasmo de la mañana. Se entonó en seguida la *Salve Regina* que, con acompañamiento de órgano, cantó la gran muchedumbre que llenaba la Real Basílica (1).

El día 16 las academias de la Juventud católica de Cataluña regalaron á la Santa Imagen un riquísimo cetro de estilo románico, con su lazo en espiral, y la salutación angélica en el centro. En la parte inferior, un escudo engarzado con pie-

(1) Testigo presencial de estas fiestas el autor, publicó un muy detallado relato en el *Diario de Barcelona* de los días 10 y 11 de Setiembre del mismo año.

dras preciosas, une este cuerpo con otro esmaltado de color azul, salpicado de estrellas de diamantes, que enlaza con otro cuerpo de oro que sirve de puño y termina con una hoja que abraza un esmeralda de 32 quilates, á modo de contera. La parte superior termina en corona imperial cuyos brazos están incrustados de brillantes, rubíes y diamantes. Arranca desde su punto de unión el escudo de armas de Cataluña en esmalte que al dorso tiene el anagrama del dulcísimo nombre de Jesús, y remata con una cruz de esmaltes y brillantes. Este cetro, hecho en Barcelona en los talleres de la señora viuda é hijos de D. F. Cabot, contiene unas 700 piedras preciosas, y en su interior va arrollado un pergamino con todos los nombres y apellidos de las personas que contribuyeron á costear el cetro.

Cuando en 1888 Barcelona hizo la primera *Exposición universal* española, invitó al rey D. Alfonso XIII, niño, para inaugurarla, y vino acompañado de su augusta Madre la Reina Regente D.^a María Cristina, de Austria, y de las hermanas del rey la princesa de Asturias D.^a Mercedes y la infanta doña María Teresa. Para asistir á la inauguración de la Exposición y saludar al Rey y á la Reina Madre, se reunieron en el puerto de Barcelona las más formidables escuadras de las más poderosas potencias marítimas y buques de guerra de las demás naciones (1). La reina quiso visitar á la Patrona de Cataluña en su Basílica de Montserrat, y con este objeto la Diputación provincial organizó la romería regia al Monasterio, la dirigió y también las fiestas que con este motivo se celebraron.

El día 28 de Mayo de dicho año, por la tarde, Montserrat y sus alrededores estaban animadísimos, presentando el aspecto

(1) Muchos de los jefes y oficiales de estas escuadras subieron á Montserrat.

de las fiestas populares del país. La Diputación provincial supo decorarlo todo de una manera espléndida y sin que perdieran el carácter característico de la montaña, las funciones religiosas y profanas tuvieron el peculiar del Monasterio y de la tierra catalana. Se reunieron millares de personas venidas de poblaciones de algunas leguas á la redonda. Muchos pasaron la noche al raso, otros en tiendas de campaña levantadas fuera del recinto del Monasterio.

Al pasar el coche que conducía á S. M. la puerta de la cerca del Monasterio la música del Ayuntamiento de Barcelona tocó la Marcha Real, oyéndose grandes vivas por todas partes. En seguida salieron á recibirla la Escolanía, la Comunidad de monjes del Monasterio, varios canónigos de la Catedral de Barcelona y Vich, y los obispos de Lérida, Vich, Seo de Urgel y San Luis del Potosí (América), y el padre Abad de Montserrat F. José Deas (el obispo de Barcelona no pudo asistir por haber quedado muy enfermo en la capital), y acompañaron á S. M. al templo siguiéndole la corte y el gobierno, figurando entre los cortesanos el general Castillo, el duque de Medina-Sidonia, las damas de honor entre las que se hallaba la marquesa de Montistol; el presidente del Consejo de Ministros, Sagasta; el ministro de Marina; el general Blanco, capitán general de Cataluña; la Diputación provincial; el presidente de la Audiencia y el fiscal de S. M.; el rector de la Universidad; varios magistrados y la Audiencia de Manresa. En la puerta de la iglesia se cantó el *Domine, salvum fac regem*. La iluminación de la iglesia fué brillante. Se recitaron las oraciones que para la prosperidad de los Monarcas prescribe la rúbrica y se cantó en seguida el *Te-Deum* y la *Salve*. La reina y su acompañamiento subieron á besar la mano á la Santa Imagen, y se retiraron todos á sus aposentos. Después hubo banquete y serenata en el patio de la Iglesia. Los coros fueron muy aplaudidos y el rey y la reina vitoreados con entusiasmo.

El día 29 hubo función solemnísimá en la Real Basílica. La

reina ocupó el gran solio que se le había preparado en el presbiterio y á su alrededor se colocaron la córte, los ministros y las autoridades, y en la parte opuesta los obispos, el Abad de Montserrat, todos de pontifical, el vicario capitular de Solsona y canónigos de varias catedrales. Fué celebrante de pontifical el obispo de Lérida, hoy arzobispo primado de Tarragona, y tres monjes de la Comunidad. El canónigo de Barcelona, doctor D. Celestino Ribera, hizo un sermón notabilísimo en el que consideró á Nuestra Señora de Montserrat como fuente de patriotismo para los catalanes. Gustó tanto este sermón, que la reina pidió al orador si podría poseer una copia, y más tarde se le entregó impreso.

Terminados los divinos oficios fué otra vez la reina y la córte á besar la mano de la Santa Imagen; después, montada S. M. en un borrico, visitó la cueva de la Virgen, y al regresar subió al carruaje que se le tenía preparado y partió en tren especial á Barcelona. Al besar la reina la mano de la Santa Imagen depositó en ella la flor natural, atada con ricas cintas, que como reina de la fiesta de los Juegos florales le entregó el poeta laureado mosen Jaime Collell, canónigo de Vich. Se entregaron á S. M. unos rosarios de lápiz-lázuli, engarzados con oro, para su uso, un cuadro con la imagen de la Virgen, esmaltada y una plancha de oro con la dedicatoria, para S. M. el rey don Alfonso XIII, y dos medallas de oro esmaltadas, con cadena de oro, para la princesa de Asturias y la infanta D.^a María Teresa.

Opinión de algunos filósofos sobre los monjes

Tantos y tan asquerosos desatinos se han dicho contra los institutos religiosos por la ignorancia y la mala fe, que todo escritor imparcial, sea quien fuere, que se precie de verídico, está obligado, cada vez que describa alguno de los monaste-

rios, á desvanecer tantos y tan groseros embustes como, con la más marcada mala fe y escandalosa desfachatez, se ha procurado popularizar, y á destruir los sofismas que con tan siniestra intención se han esparcido por medio de libros y periódicos contra las órdenes religiosas.

Del grande arsenal que la verdadera historia posee para combatir tanta patraña, basta transcribir la opinión de dos célebres pensadores de nuestro siglo, Chateaubriand y Balme, notabilidades á quienes no se puede negar una ilustración nada común, un despejadísimo talento y, sobre todo, un gran criterio filosófico.

Ocupándose de los monjes, Chateaubriand se expresa así:

«Si es verdad, como pudiera creerse, que una cosa es poéticamente bella en razón de la antigüedad de su origen, preciso es convenir en que la vida monástica tiene ciertos derechos á nuestra admiración, pues comenzó en las primeras edades del mundo.

»Se dirá tal vez que, no existiendo ya entre nosotros las causas que dieron origen á la vida monástica, los conventos y monasterios han llegado á ser unos retiros inútiles. Mas ¿cuándo han cesado por ventura tales causas? ¿Acaso no hay huérfanos, enfermos, viajeros, pobres y desdichados? ¡Ah! Cuando los males de los siglos de barbarie se han desvanecido, la sociedad, tan hábil en atormentar á las almas como ingeniosa en el dolor, ha sabido facilitar muy bien otras mil razones de adversidad que insensiblemente nos conducen al retiro. ¡Cuántas pasiones burladas, cuántos ocultos sentimientos descubiertos por aquellos mismos á quienes los habíamos confiado, y cuantos amargos disgustos nos apartan frecuentemente del bullicio del mundo! Consolador recurso es el de unas casas religiosas donde se halla un retiro seguro contra los reveses de la fortuna y las tempestades del corazón propio.

»En verdad que es una filosofía muy bárbara y una política muy cruel, el querer obligar al desgraciado á vivir en medio

del mundo. Tan desmoralizados son algunos hombres, que no han tenido escrúpulo en hacer, ó desear al menos, que sean comunes sus deleites y placeres; mas la adversidad, teniendo un egoismo más noble, se oculta siempre para gozar de sus placeres que son sus lágrimas. Si hay lugares destinados para la salud del cuerpo, ¿por qué no se ha de permitir á la religión que los tenga también para la salud del alma, que está mucho más expuesta á las enfermedades y cuyas dolencias son mucho más dolorosas aunque más largas y más difíciles de curar?»

«Dos órdenes son las que se han singularizado cultivando con más esmero las letras: la de los benedictinos y los jesuitas.

«Los benedictinos nos dieron todos aquellos hombres cuya ciencia ha venido á quedarse en proverbio, aquellos hombres, que á costa de inmensos trabajos y fatigas descubrieron los manuscritos antiguos que estaban sepultados en el polvo de los monasterios. Su más asombrosa empresa literaria es la edición completa de las obras de los Padres de la Iglesia. Debe llamarse asombrosa, porque si es difícil imprimir correctamente un solo tomo en su lengua original, júzguese cuánto más lo sería la revisión entera de los Padres griegos y latinos que componen más de ciento cincuenta volúmenes en folio. Apenas puede concebir la imaginación unos trabajos tan enormes.

»Lamentable es á la verdad la desaparición de aquellas grandes corporaciones científicas y cristianas, dedicadas enteramente á hacer investigaciones literarias y á la educación de la juventud. Después de una revolución que ha roto los vínculos de la moral é interrumpido el curso de los estudios, unas sociedades igualmente sabias que religiosas, eran las únicas que pudieran aplicar un remedio eficaz y seguro al origen de nuestros males. En las demás formas de institutos, no puede haber aquel trabajo regular, aquella laboriosa y constante aplicación á un mismo objeto que reina en los solitarios, y que, continuando por muchos siglos sin interrupción, por último hace milagros.

«Los benedictinos eran sabios, y los jesuitas literatos: unos y otros fueron para la sociedad religiosa lo que eran para el mundo, dos ilustres academias.»

El profundo filósofo Balmes expresa su autorizada opinión en las siguientes reflexiones, muy dignas de ser detenidamente estudiadas por los enemigos de buena fe, si es que los haya, de las órdenes monásticas. En los escritos de Balmes no hay el sarcasmo, ni la burla, sino la lógica más severa y el más profundo raciocinio.

«Los institutos religiosos, dice, son otros de los puntos en que el protestantismo y el catolicismo se hallan en completa oposición: aquél los aborrece, éste los ama; aquél los destruye, éste los plantea y fomenta: uno de los primeros actos de aquél, donde quiera que se introduce, es atacarlos con las doctrinas y con los hechos, procurar que desaparezcan inmediatamente; diríase que la pretendida reforma no puede contemplar sin desazonarse aquellas santas mansiones que le recuerdan de continuo la ignominiosa apostasía del hombre que la fundó. Es menester reflexionar que lo que dicen ahora y se ha repetido durante tres siglos, no es más que un eco de la primera voz que se levantó en Alemania. Esa voz era el grito de un fraile sin pudor, que penetraba en el santuario y arrebatava una víctima. Todo el aparato de la ciencia para combatir un dogma sacrosanto no será bastante á encubrir un origen tan impuro.

»Todas las revoluciones promovidas y dirigidas por los protestantes ó filósofos, se han señalado por su intolerancia contra la institución y por la crueldad contra los miembros de ella. Lo que la ley no hizo, lo consumaron el puñal ó la tea incendiaria, y los restos que pudieron salvarse de la catástrofe, viéronse abandonados al lento suplicio de la miseria y del hambre.

»¿Y es verdad que los intitutos religiosos sean cosa tan despreciable como se ha querido suponer? ¿Es verdad que no

merezcan siquiera llamar la atención, y que todas las cuestiones á ellos referentes queden completamente resueltas con sólo pronunciar enfáticamente la palabra fanatismo? ¿El hombre observador, el verdadero filósofo, nada podrá encontrar en ellos que sea digno objeto de investigación? Difícil se hace creer que á tanta nulidad puedan reducirse instituciones que tienen una grande historia, y que conservan todavía una existencia, pronóstico de un ancho porvenir; difícil se hace el creer que instituciones semejantes no sean altamente dignas de llamar la atención, y que su estudio haya de carecer de vivo interés y de sólido provecho.

»Al notar como después de tan recios contratiempos se conservan con más ó menos prosperidad en muchos países de Europa, retoñando aún en aquellos terrenos donde al parecer se había cortado más hondamente la raíz, despiértase naturalmente en el ánimo una viva curiosidad de examinar este fenómeno, de investigar cuál es el origen, el espíritu y carácter de instituciones tan singulares; pues que aun antes de internarse en la cuestión, colúmbrase desde luego que aquí debe de haber algún rico minero de preciosos conocimientos para la ciencia de la religión, de la sociedad y del hombre.

»Quien haya leído las vidas de los antiguos padres del desierto, sin conmoverse, sin sentirse poseído de una admiración profunda, sin que brotasen en su espíritu pensamientos graves y sublimes; quien haya pisado con indiferencia las ruinas de una antigua abadía, sin evocar de la tumba las sombras de los cenobitas que vivieron y murieron allí; quien recorra friamente los corredores y estancias de los conventos medio demolidos, sin que se agolpen á su mente interesantes recuerdos; quien sea capaz de fijar su vista sobre esos cuadros, sin alterarse, sin que se excite en su alma el placer de meditar, ni siquiera la curiosidad de examinar; bien puede cerrar los anales de la historia, bien puede abandonar sus estudios sobre lo bello y lo sublime; para él no existen ni fenómenos históricos,

ni belleza, ni sublimidad: su entendimiento está en tinieblas, su corazón en el polvo.

»Se nos preguntará tal vez ¿por qué no pueden los fieles practicar la perfección evangélica, viviendo cada cual en su familia sin reunirse en comunidad? pero nosotros responderemos, que no es nuestro ánimo negar la posibilidad de esta práctica aun en medio del mundo; y reconocemos gustosos, que un gran número de cristianos lo han verificado en todos tiempos, y lo están verificando todavía en los nuestros; pero eso no impide que el medio más seguro y expedito sea el de la vida común con otros dedicados al mismo objeto y con separación de todas las cosas de la tierra. Prescindamos por un momento de toda consideración religiosa; ¿no sabéis el ascendiente que ejercen sobre el ánimo los repetidos ejemplos de aquellos con quienes vivimos? ¿no sabéis cuán fácilmente desfallece nuestro espíritu cuando se encuentra solo en alguna empresa muy penosa? ¿no sabéis que hasta en los mayores infortunios es un consuelo el ver que otros los comparten? En este punto, como en los demás, la Religión se halla de acuerdo con la sana filosofía: ambas nos enseñan el profundo sentido que encierran aquellas palabras de la sagrada Escritura: *¡Væ soli! ¡Ay del que está solo!*

»En mi concepto, la aparición de los institutos religiosos bajo diferentes formas, ha sido la expresión y la satisfacción de grandes necesidades sociales; un medio poderoso de que se ha servido la Providencia para procurar, no sólo el bien espiritual de su Iglesia, sino también la salvación y regeneración de la sociedad.

»Si se miran las cosas bajo el punto de vista en que las han presentado algunos escritores, las riquezas de los monjes se ofrecerán á nuestra consideración como el fruto de una codicia desmedida y de una conducta astuta é insidiosa; pero la historia entera viene á desmentir las calumnias de los enemigos de la religión, y el filósofo imparcial, haciéndose cargo de que

debieron de introducirse abusos, como se introducen en todo lo humano, procura considerar las cosas en globo, en el vasto cuadro donde figuran durante largos siglos; y despreciando el mal que no fué más que la excepción, contempla y admira el bien que fué la regla.

«A más de los muchos motivos religiosos que llevaban los bienes á las manos de los monjes, había uno muy legítimo, que se ha considerado siempre como uno de los títulos más justos de adquisición. Los monjes desmontaban terrenos incultos, secaban pantanos, construían calzadas, encerraban en su cauce los ríos, levantaban puentes, es decir, que en una sociedad y en unos países que habían pasado por una nueva especie de diluvio universal, hacían lo mismo en cierto modo que ejecutaban los primeros pobladores, cuando procuraban devolver al globo desfigurado su faz primitiva. Una parte considerable de Europa no había recibido nunca la cultura de la mano del hombre; los bosques, los ríos, los lagos, las malezas de todas clases, se hallaban en bruto, tales como las dejara la naturaleza; los monasterios plantados acá y acullá pueden considerarse como aquellos centros de acción, que establecen las naciones civilizadas en los países nuevos, cuya faz se proponen cambiar por medio de grandes colonias. ¿Qué títulos más legítimos existieron nunca para la adquisición de cuantiosos bienes? Quien desmonta un país inculto, quien lo cultiva y lo puebla, ¿no es digno de conservar en él grandes propiedades? ¿No es este el curso natural de las cosas? ¿Quién ignora las villas y ciudades que nacieron y se engrandecieron á la sombra de las abadías?

»Las propiedades de los monjes, á más de su utilidad material, produjeron otra, que quizás no ha llamado cual debe la atención. La situación de una buena parte de los pueblos de Europa en el tiempo de que vamos hablando, estaba muy cercana de la fluctuación y movilidad en que se hallan aquellas naciones que no han dado todavía ningún paso en la ca-

rrera de la civilización y de la cultura. Por esta causa, la idea de la propiedad, que es una de las más fundamentales en toda organización social, se hallaba muy poco arraigada. En aquellas épocas eran muy frecuentes los ataques contra la propiedad, así como contra las personas; y del mismo modo que el hombre se encontraba á menudo obligado á defender lo que poseía, así también se dejaba llevar fácilmente á invadir la propiedad de los otros. El primer paso para remediar un mal tan grave, era dar asiento á los pueblos por medio de la vida agrícola, y luego acostumbrarlos al respeto de la propiedad, no tan sólo por razones de moral y de interés privado, sino también por el hábito; lo que se lograba poniéndoles á la vista propiedades extensas, pertenecientes á establecimientos que se miraban como inviolables, y que no podían atacarse sin cometer un sacrilegio. Así las ideas religiosas se ligaban con las sociales, y preparaban lentamente una organización que debía llevarse á término en días más bonancibles.»

»La Religión católica subsistirá hasta la consumación de los siglos; y mientras ella dure, existirán esos hombres privilegiados que Dios separa de los demás para llamarlos, ó á una santidad extraordinaria, ó al consuelo y alivio de los males de sus hermanos; y esos hombres se buscarán recíprocamente, se reunirán para orar, se asociarán para ayudarse en sus designios, pedirán la bendición apostólica al Vicario de Jesucristo y fundarán institutos religiosos. Que sean los antiguos, pero modificados, que sean otros enteramente nuevos, que tengan esta ó aquella forma, este ó aquel método de vida, que vistan este ó aquel traje; todo esto nada importa; el origen, la naturaleza, el objeto no habrán variado en su esencia; en vano los esfuerzos del hombre se opondrán á los milagros de la gracia.

»El mismo estado de las sociedades actuales reclamará la existencia de institutos religiosos: porque cuando se haya examinado más á fondo la organización de los pueblos modernos,

cuando el tiempo con sus amargas lecciones, con sus terribles desengaños, haya podido aclarar algo más la verdadera situación de las cosas, se palpará que en el orden social como en lo político, se han padecido mayores equivocaciones de lo que se cree todavía: á pesar de lo mucho que se han rectificado ya las ideas, merced á tantos y tan dolorosos escarmientos.

»Es evidente que las sociedades actuales carecen de los medios que han menester para hacer frente á las necesidades que las aquejan. La propiedad se divide y subdivide más y más, y va haciéndose todos los días más inconstante y movediza; la industria aumenta sus productos de un modo asombroso; el comercio va extendiéndose en escala indefinida; es decir, que se está tocando el término de la pretendida perfección social, señalado por esa escuela materialista que no ha visto en los hombres otra cosa que máquinas, ni ha imaginado que la sociedad pudiese encaminarse á objeto más útil y grandioso que á un inmenso desarrollo de los intereses materiales. En la misma proporción del aumento de los productos ha crecido la miseria; y para todos los hombres previsores es claro como la luz del día que las cosas llevan una dirección errada; que si no puede acudirse á tiempo, el desenlace será fatal, y que esa nave, que marcha veloz con viento en popa y á velas desplegadas, se encamina derechamente á un escollo, donde perecerá. La acumulación de riquezas causada por la rapidez del movimiento industrial y mercantil, tiende al planteo de un sistema que explote en beneficio de pocos el sudor y la vida de todos; pero esta tendencia halla su contrapeso en las ideas niveladoras que bullen en tantas cabezas, y que formulándose en diferentes teorías, atacan más ó menos á las claras, la actual organización del trabajo, la distribución de sus productos, y hasta la propiedad. Masas inmensas sufriendo la miseria, y privadas de instrucción y de educación moral, se hallan dispuestas á sostener la realización de proyectos criminales é insensatos el día que una funesta combinación de circunstancias

haga posible el ensayo. No es necesario confirmar con hechos las tristes aserciones que acabo de emitir: la experiencia de cada día la confirma demasiado.

»Necesario es que el mundo se someta, ó á la ley del amor ó á la ley de la fuerza, á la caridad ó á la esclavitud: todos los pueblos que no han tenido la caridad, no han encontrado otro medio de resolver el problema social, que el de sujetar el mayor número á ese estado degradante. La razón enseña, y la historia acredita que el orden público, que la propiedad, que la sociedad misma, no pueden subsistir sino optando entre dichos extremos; las sociedades modernas no podrán eximirse de la ley general; los síntomas que nosotros presenciarnos, indican de una manera nada equívoca los acontecimientos reservados á las generaciones que nos han de suceder.

»No es dable hacer frente á las necesidades indicadas, sino organizando en una vasta escala sistemas de beneficencia regidos por la caridad, y esa organización no puede plantearse sin institutos religiosos. Es indudable que los cristianos viviendo en medio del siglo pueden formar asociaciones que llenen más ó menos cumplidamente dicho objeto; pero quedan siempre un sinnúmero de atenciones que no pueden cubrirse sin la cooperación de hombres exclusivamente consagrados á ellas.

»El clero secular puede llenar una parte de estas atenciones; pero no todas: ni su número, ni sus otros deberes le permiten extender su acción en la escala dilatadísima que reclaman las necesidades de la época. De lo que se infiere que la propagación de los institutos religiosos tiene en la actualidad una importancia social, que no puede desconocerse, si no se quieren cerrar los ojos á la evidencia de los hechos.»

En vista de lo dicho, la consecuencia lógica es: Los monjes han tenido por enemigos á dos clases de personas; la una, y fué la principal, los envidiosos para apoderarse de los bienes de los monasterios, y la otra los viciosos y los faltos de instruc-

ción incapaces de sentir, los unos la belleza moral de la virtud, y los otros la belleza artística de los monumentos.

Recuerdos de Montserrat

Las personas que visitan Montserrat, suelen llevarse un recuerdo, una memoria de la visita, tanto para sí, como para personas queridas, ó para aquellas que se les encargan por no haber podido hacer personalmente la visita al Santuario. Para satisfacer esta necesidad de los visitantes, hay en el Monasterio un despacho ó expendeduría, en el cual se encuentran medallas, escapularios, estampas, libros, rosarios, sortijas, etc., desde los precios más ínfimos á los más subidos, según la materia de que están hechas, por cuanto hay joyas de oro, plata y pedrería, y otros muchos objetos distintos. El producto líquido de estos recuerdos se invierte en la restauración y sostenimiento del culto del Santuario. Con una vela de Montserrat encendida en la mano, entregaron su alma al Criador el Emperador Carlos V, su hijo Felipe II, y su nieto Felipe III.

Estos objetos se expenden sin ser bendecidos, y por consiguiente sin poder lucrar quien los compra las muchas indulgencias concedidas por los Papas. Para obtener esta gracia, es preciso que quien toma uno ó más de dichos objetos, los presente al monje aposentador ó al padre sacristán para que los bendiga. Así se deduce de la exhortación de 21 de Junio de 1857, del entonces Obispo de Vich y después de Barcelona Dr. D. Antonio Palau y Termens, quien dijo que las muchas indulgencias y gracias espirituales (1) que expresan las Letras apostólicas que, en forma de breve, expidió la Santidad de Benedicto XIII en 21 de Marzo de 1729, y sumario de 2 de Ene-

(1) Véase el libro que se expende en la mencionada reja.

ro de 1727 de la Sagrada Congregación de Indulgencias y Reliquias, al que, á instancia de nuestros católicos monarcas D. Felipe V y D.^a Isabel, imprimió Su Santidad el sello de su autoridad apostólica, esas indulgencias son personales, esto es, exclusivamente para la persona á la que se da por primera vez la cruz, medalla, rosario, escapulario, etc., después de bendecida, por manera que si más tarde pasa á ser propiedad de otra persona, ó se transmite por cualquier título, no se transmiten igualmente las indulgencias. Los que tomen, pues, semejantes medallas, rosarios, cruces, etc., deberán tomarlas para sí ó para otra persona determinada, á fin de que aprovechen las indulgencias á la persona á la que tuvieren intención de darlas. Asimismo deben tener presente los que tomaren los predichos objetos para otra persona, que no pueden recibir precio alguno, á no ser el de su valor ó importe material satisfecho al Monasterio; de lo contrario incurrirían en graves penas canónicas los que los tomasen para hacerlos objeto de especulación ó de comercio, en cuyo caso declara la Santa Sede que aun cuando fueren bendecidas y se las hubiese concedido indulgencias, se pierden éstas y todo el valor espiritual que antes tuvieron.

Las medallas llevan en su anverso la imagen de la Virgen de Montserrat con las montañas, y en el reverso la cruz del P. S. Benito, en la que se ven varias letras que rarísimas personas aciertan á descifrar: estas letras son las iniciales de un exorcismo y una desprecación.

Las de la circunferencia son éstas: V. R. S. N. S. M. V. S. M. Q. L. I. V. B. que quieren decir: «Vade Retro, Satana, Numquam Suade Mihi Vana: Sunt Mala Quæ Libas, Ipse Venena Bibas,» que traducidas dicen: «Apártate, Satanás, no me tientes con tus vanidades, malo es cuanto pruebas, bebe tú el veneno.»

Las que hay en el interior de la cruz son éstas: C. S. S. M. L. N. D. S. M. D. que quieren decir: «Crux Sancta Sit Mihi

Lux Non Draco Sit Mihi Dux.» Cuya traducción es ésta: «La santa Cruz sea mi luz; y no mi guía el dragón infernal.»

Las que se ven en los cuatro ángulos son: C. S. P. B. que dicen: «Crux Sancti Patris Benedicti.» — «Cruz dal padre San Benito.»

Las noticias más antiguas acerca de esta Cruz y medalla, según se lee en la regla de San Benito, son:

En el Castro Nattremberg, fueron arrestadas gran número de malas mujeres, que con su diabólico proceder, infestaban todo aquel país en la salud y hacienda de sus moradores. Al ser acusadas, confesaron que nunca tuvo fuerza la actividad de de su maña, porque estaba en el Monasterio metense de Baviera la Cruz de San Benito, y pasando en vista de ella á reconocer el archivo del Monasterio, hallaron en él un librito en el que estaban descifradas las misteriosas letras y efectos maravillosos de esta Santa Cruz. Enviáronla á Ingolstadt y á Munich, á manos del Serenísimo Elector de Baviera, y en una y otra parte fué aprobado. Por cuyo motivo comenzó á usarse esta cruz y medalla, por la que se experimentaron grandes y maravillosos efectos.

Además de los objetos de devoción que quedan expresados, se expendan en la reja ó despacho de medallas muchos otros objetos, como son: fotografías de varios tamaños de la Santa Imagen y de los principales puntos de vista de la montaña y Monasterio, gran variedad de objetos con vistas microscópicas de Montserrat, alfileteros, metros, neceseres, porta-plumas, lapiceros, corta-papeles, almohadillas, pisa-papeles, medallones, imperiales, pendientes, cadenas para medallas, porta-rosarios, etc. En todo hay un recuerdo de Montserrat y obras impresas.

Entre éstas figuran: *Tres días en Montserrat.*—*El Romero de Montserrat*, por el abad Muntadas.—*El amigo del viajero en Montserrat.*—*Compendio de la historia de Montserrat con la de Garí.*—*Triduo ó devocionario montserratino.*—*Milagros de Nuestra Señora de Montserrat.*—*Pequeña historia de Montse-*

rrat con las cuevas.—*El cofrade de Montserrat*, en catalán y en castellano.—*Novena de Nuestra Señora de Montserrat.*—*Librito de Indulgencias aplicadas á los objetos de este Santuario.*—*Floreccitas de San Benito.*—*Canción de Montserrat*, por Verdaguer, en catalán.

COMPOSICIONES MUSICALES CON LETRA CATALANA.—*Cánticos de los romeros en Montserrat.*—*Despedida del Milenario.*—*Virclay*, por Verdaguer.

ALBUMS DE VISTAS.—Album completo de 45 vistas heliográficas, tomados de los principales puntos del Monasterio y la montaña, con una reseña histórica y guía para el viajero, en tres idiomas diferentes.—*Album económico* con doce vistas y catálogo de fechas memorables.

Alrededores del Monasterio

Las personas que no pueden ó no quieren subir á visitar las ermitas, se limitan, durante su estancia en Montserrat, á hacer excursiones al *Safretx*, á la capilla de San Acisclo y Santa Victoria, á la de los Apóstoles, á los Degotalls, á la cueva de Juan Garín, á la cueva de la Virgen y á la capilla de San Miguel.

Exceptuando la excursión á la cueva de la Virgen, cuya subida, al regresar al Monasterio, es algo penosa, y la de la cueva de Juan Garín, que aunque corta, tiene el camino algún pequeño trozo un poco pesado, las demás excursiones son paseos cómodos en los que se disfruta de agradables puntos de vista, y se hacen con suma facilidad y sin peligro.

El Safretx. — Para ir á este sitio, y á la capilla de San Acisclo y Santa Victoria y á los Degotalls, se pueden tomar dos caminos, el que saliendo por una puerta que hay al ex-

tremo de los pórticos de la izquierda del patio, junto á la fachada de la iglesia, y pasando por un camino casi cubierto que sigue la pared exterior del templo, se llega á la huerta del Monasterio, se sube una pequeña escalera y se llega al *Safretx*. El otro camino es siguiendo la carretera hasta la capilla de los Apóstoles.

El *Safretx* es un grande estanque que no se puede llenar con 10,000 hectólitros de agua, y que en épocas de sequía satisface las necesidades del Monasterio y de las muchas personas que todos los años visitan Montserrat. Decoran este gran depósito de agua unas colosales estatuas de piedra, alguna de las cuales está deteriorada (1). Se construyó este depósito en

(1) En Montserrat cada piedra tiene su historia, y esas grandes estatuas la tienen también. Tocaba ya casi á su término el siglo xvii, cuando un joven hijo de una distinguida familia de Signilabaye, pequeña población de Flandes, salió á visitar á unos tios que vivían en París; mas al hallarse cerca de la córte de Francia, cambió de parecer y tomó el camino de Cataluña, pues creía encontrar en Perpiñán un regimiento en el cual servían algunos oficiales conocidos suyos. En aquella época Flandes y el Rosellón pertenecían á la corona de España.

Llegado á Perpiñán, supo que el regimiento había pasado de guarnición á Gerona. Dirigióse á la inmortal ciudad, en cuyo camino se vió asaltado por unos ladrones que le robaron cuanto llevaba. Casi desnudo, entró en la ciudad, donde los oficiales del regimiento que buscaba le aconsejaron que sentase plaza en el mismo; resolución que tomó para volver seguro á su casa.

Al terminar su empeño, vino el regimiento á Barcelona, en cuya capital recibió la licencia, y con ésta en el bolsillo, determinó pasar á Montserrat á fin de visitar la sagrada imagen de la Madre de Dios, antes de regresar á su país natal.

Ya en el sagrado monte, le pareció oír una voz que al entrar en el templo le decía: *Este es el lugar que se te destina*. Y aguardó el resultado. Admirado de la vida monacal de los religiosos de Montserrat, resolvió quedarse en el Santuario y vestir el hábito benedictino en la clase de los legos; mas como en dicho Monasterio no se admitiese para semejante estado á persona alguna que no tuviese algún oficio con el cual pudiese servir á la Comunidad, se dedicó al de cantero, y entonces fué cuando labró las estatuas del *Safretx*, una imagen de San Miguel y va-

1749, cuando los monjes concibieron la idea de conducir al Monasterio, desde el llamado *Pla de la Trinitat* ó *Plana la Vieja*, en las rocas de la montaña, sobre el camino de los Degotalls (385 metros del Monasterio), las aguas que en tiempo de lluvia se perdían entre dichas rocas. Al efecto construyeron un conducto, sostenido por arcos en las rocas que aun se conservan y se ven desde la carretera. Obtenida el agua, resolvieron otro problema muy difícil, arreglar una grande huerta para las necesidades del Monasterio. Durante la guerra de la Independencia, en 1811, fué convertido Montserrat en punto fortificado, y esto fué causa de su desgracia. Los zapadores españoles, que estaban de guarnición en el Monasterio, se dedicaron al desmonte del terreno que está al nivel del piso octavo, y trayendo tierra vegetal de varios puntos se logró formar la huerta actual de más que regulares dimensiones, atendido el reducido y especial sitio donde se halla. Posteriormente se han ido construyendo otros trozos de huerta que son muy feraces y en los cuales se cultiva muy sabrosa hortaliza.

San Acisclo y Santa Victoria.—Esta capilla, situada en la misma meseta donde se halla el *Safretx*, es más antigua que

rias otras. Este cantero se llamaba Tomás Antoine, nombre que al recibir el hábito lo cambió en el de José de San Benito.

Sin querer salir nunca de la categoría de lego, escribió varias obras ascéticas, entre otras su vida, y las tan celebradas *Cartas de Fr. José de San Benito*, que aun impresas. Fué un ejemplar vivo de todas las virtudes, tuvo el don de profecía y de lenguas: por manera que se daba á entender y comprendía perfectamente á los numerosos extranjeros de varias naciones que visitaban el Santuario. Murió en olor de santidad, por cuyo motivo fué trasladado su cadáver á la capilla de la Inmaculada Concepción.

Tal es la historia del lego cantero Fr. José de San Benito, tan conocido en Montserrat, y cuya celda, transformada en capilla, se conserva aún en el edificio donde hay los aposentos que llevan el título de *Aposentos del venerable José de las Llantias*, llamado así por tener á su cargo el cuidado de las que ardan delante de la Santa Imagen.

el Monasterio. Se cree que la edificaron los primeros cristianos que huían del gentilismo, y como en aquella época (el siglo vi), había adquirido gran nombradía el martirio sufrido en Córdoba por San Acisclo y Santa Victoria, les dedicaron la capilla donde se reunían para adorar á Dios, según el culto cristiano. Su remota antigüedad la demuestra el aspecto de la capilla. Después de establecidos los monjes benedictinos en el *Monasteriolum* (Monistrol), cuidaron éstos del culto de esta capilla y de administrar en ella los Santos Sacramentos á los cristianos que concurrían, cuyo número aumentó con el hallazgo de la Santa Imagen de la Virgen, y desde entonces quedó la capilla á cargo de los sacerdotes del Santuario.

En la época de los moros quedó por algún tiempo casi arruinada la capilla de San Acisclo y Santa Victoria hasta 1224 en que la reedificaron los caballeros Olivares, quienes la dotaron con 1,000 libras, moneda barcelonesa, de renta, con obligación de una misa perpetua el día de la festividad de los titulares. En esta capilla estaba colocada antiguamente entre dos pilares la campana del milagro. El sitio que ocupa lo señalaba un manuscrito, en una curiosa relación, debajo de la ermita de San Dimas. «Desde la dicha ermita de San Dimas y sus miradores, dice, se comienza por Levante á derribar una muy grande caída y despeñadero, aunque apacible á la vista por la mucha arboleda que tiene, que es por donde los que fueren de buen ánimo ó industria podrían bajar desde dicho castillo y subir á él desde el eremitorio de San Acisclo y Santa Victoria, como se tiene memoria sucedió habrá trescientos años, por haber de echar de allí á unos ladrones que se habían apoderado de aquel sitio.» Y luego añade: «El puesto de este eremitorio es en forma de baluarte, con sus muros y edificios que denotan grande antigüedad, y en cuya plaza solía estar antiguamente sobre unos pilares colgada una campana que llamaban del milagro, que es la que ahora sirve para dar los cuartos más arriba de la del reloj.»

Habiendo permanecido abandonada esta capilla durante la exclaustración, se restauró y abrió al culto el día de la festividad de los santos titulares, el 10 de Diciembre de 1858 (1), siendo presidente del Monasterio el P. Miguel Muntadas.

En el sitio donde se halla edificada la capilla, hay un paseo de cipreses, alternados con arbustos de boj, el cual termina en una plazoleta semi-circular, en la que se construyó un poyo corrido de piedra, y una mesa también de piedra en el centro de la plazoleta para poder merendar cómodamente los que van á pasear en aquel sitio.

Desde allí, lo propio que desde el *Safretx*, se descubre un bellissimo panorama que abraza toda la cuenca del Llobregat, desde las montañas donde nace en los Pirineos hasta el mar, descubriéndose las poblaciones ribereñas hasta Sallent, más allá de Manresa al N. del panorama.

Preséntanse por horizonte, en último término, los Pirineos y el Montseny; más cerca San Lorenzo del Munt, la cordillera del llano de Barcelona y las montañas del Vallés y Marina, pudiendo seguirse con la vista muchos trozos de la carretera de la estación de Monistrol, la de Tarrasa á Manresa y la de Madrid, en la llanura de Olesa, Esparraguera y Martorell.

Pálida sería cualquiera descripción que se hiciese de sitio tan ameno. La extensión de terreno que domina es tal, que en tiempo despejado y claro sobre todo en invierno se distinguen por la tarde las islas de Mallorca y Menorca, distantes 181 millas (330 kilómetros). Colocado en este balcón, parece que se está dominando al mundo; pues por la parte del Norte, Oriente y Mediodía se descubre tierra y mar hasta donde puede alcanzar la vista más despejada y perspicaz. Es un balcón como no tendrá muchos tan deliciosos y di-

(1) Si bien la fiesta de estos santos es el 17 de Noviembre, en razón de ser aquel día la festividad de Santa Gertrudis la Magna, el Monasterio no la celebra hasta dicho día 10 de Diciembre.

vertidos el hombre, desde el cual se le presenta una grande extensión de terreno con un sinnúmero de montañas á manera de plano topográfico, por entre las cuales serpentea á sus piés el Llobregat.

Otro de los curiosos fenómenos atmosféricos más peculiares de Montserrat, es la niebla. Posada de ordinario en las altas cimas que rebosa como tupido velo, ó prendida en las laderas como vago y ligerísimo cendal, desde allí se corre en blancos copos, ya arrastrándose perezosamente ó deslizándose con velocidad hasta rodar á lo más profundo del valle ó descorrerse por el espacio á manera de diáfana cortina en la cual se transparentan célicos reflejos y mirajes boreales. El pasajero, á quien desde un punto cualquiera de la montaña sobrecoge esta rara visión, créese suspendido en mitad de los aires, y casi instintivamente aférrase vacilando á la roca que le sostiene. Peñas y malezas, honlonadas y primeros términos, todo se hunde en aquel mar de bruma que parece tragarse la obra de la creación; mas no cesando por ello las voces confusas del bosque y de la montaña, su murmullo repetido en aparente vacío, produce ilusiones acústicas singularísimas.

Desde este mirador, más de una vez se presenta la ilusión de que el Mediterráneo llega hasta las mismas breñas de Montserrat. Cuando la niebla es baja, que suele estarlo en ciertos días á primeras horas de la mañana, observada por encima, parece que los peñascos que á manera de bastidores de teatro se destacan de la montaña, son las costas de este nuevo mar cuyas islas están formadas por las cumbres de las montañas que sobresalen de la niebla. El Llobregat, Monistrol, Olesa, todo desaparece, y si acaso se percibe Vacarissas, no parece una población en la falda de la montaña, sino uno de los pintorescos pueblos de la costa, tan completa es la ilusión de que la lame la espuma de las olas de aquel mar de niebla, por manera que para desengañar á la alucinada fantasía es preciso que la niebla se desvenezca. La ilusión óptica,

pues, reproduce el mar que los geólogos dicen llenaba todo lo que hoy es el Vallés.

Refiriéndose á las estatuas del *Safretæ* y á este balcón, escribía D. Víctor Balaguer en una de sus cartas, desde Montserrat, dirigida á un conocido suyo: «Permanecen allí inmóviles y mudas, condenadas á contemplar eternamente el magnífico espectáculo que se desarrolla á su vista. No sé explicarte, aunque bien lo comprenderás tú, la impresión mezclada de terror y de respeto que me infunden, siempre que á ellos me acerco, esos impasibles monjes de piedra, mudos y eternos centinelas del Monasterio, inclinados casi sobre un abismo sin fondo, á cuyos piés vuelan las águilas, sobre cuyas frentes se desencadenan esas horribles y misteriosas tempestades de la montaña, y que con la misma impasibilidad han asistido, lo propio á la época de esplendor y de pujanza, que á la de devastación, de ruinas y de miseria del viejo Monasterio de que se han constituido perennes é incansables guardadores.

»¡Magnífico espectáculo el que se ha desplegado á mis ojos desde el *balcón de los monjes!* Cien veces he asistido á él en mis repetidas romerías á Montserrat, y siempre se me ha presentado bajo una nueva faz. Te escribo aun bajo la impresión del momento.

»He visto á mis piés las crestas de los montes que desde Barcelona nos parecen tan altos y que hoy me han parecido como á flor de tierra. Frente de mí, pero pudiéndolo abarcar todo de una sola mirada, estaba San Lorenzo, el monte de la misteriosa cueva Simanya; más allá Montseny, tan poéticamente cantado por Aribau y por Rubió; á lo lejos como un sencillo montón de tierra, que parecía que un niño podía saltar, estaba el elevado Tibidabo; el antiguo pueblo de Monistrol se me ha presentado como un puñado de casitas de un belén; las torres, las casas de campo, las opulentas masías de las montañas se me han aparecido sólo como cabritas extrañadas de un esparcido rebaño; el caudaloso Llobregat, cuyo

curso se sigue hasta que desemboca en el mar, le he visto como una estrecha cinta blanca; el rugido eterno de dolor que arrojan sus aguas al romperse en las esclusas de Monistrol ha subido hasta mí como una voz débil de los valles; y he visto, en fin, cerrado este majestuoso panorama por la cordillera de los Pirineos con sus montañas casi inaccesibles y coronadas de nieve, apareciéndose como una triple línea de árabes gigantes envueltos en sus pardos alquiceles y cubierta la cabeza con un blanco turbante.

»¡Qué pequeño es el hombre en las montañas, Luis; los hombres somos sólo unas hormigas, unos gusanos, quizá lo más miserable de la tierra.»

Siguiendo el curso del Llobregat, en sentido inverso de su corriente, después de Monistrol se ve la estación del mismo nombre con las casas y parroquia de El Vilar, los puentes, castillo y parroquia de Castellvell, el caserío y fábricas de San Vicente, entre cuyas dos poblaciones hay un gran trozo en línea recta del ferro carril del Norte. Frente á San Vicente se descubre el castillo y ermita de Castellet, el pueblo de Castellgalí, extendiéndose por la pendiente de una montaña, y por último Manresa (1). Algo más arriba, un poco á la derecha, se ve la villa de Santpedor, y siguiendo la misma dirección hacia el río, la de Sallent. Más allá ya no se pueden distinguir más que los Pirineos y las montañas de Berga en lontananza de Manresa, las de Cardona algo más cerca á mano izquierda, las del Lluisanés á la derecha, luego las de la plana de Vich, hasta encontrar San Lorenzo del Munt, en dirección á Vacarisas. Al pié de esta población, á orillas del Llobregat, destaca casa Tobella y la hondonada de la Puda, cuyo establecimiento de baños queda oculto, y continúa el Llobregat el curso hacia el mar, como queda dicho.

(1) *La Guía del Viajero en Manresa y Cardona* se vende en Barcelona en la librería de Verdaguer, y en Manresa en la de Roca.

Los Apóstoles.—Esta capilla se halla situada un poco más abajo de la anterior, y al otro lado de la carretera, en una pequeña meseta en la cual se levantó una cruz de piedra de las conocidas con el nombre de *Cruz de término*. Poco mérito artístico y arqueológico tiene la capilla, erigida en el siglo xvi por un clérigo devoto de los Santos Apóstoles, que vivía en el Monasterio, y cuyo Abad le dió permiso para que la edificara. Cuando en la guerra de la Independencia se fortificó Montserrat, la capilla de los Apóstoles sirvió de almacén de municiones, quedando desde entonces abandonada, sin altar y sin adornos hasta el día 21 de Diciembre de 1858, festividad del apóstol Santo Tomás, que volvió á ser abierta al culto público, siendo presidente del Monasterio el P. Miguel Muntadas, que después fué Abad.

Junto á esta capilla y al borde de horrendos precipicios se conserva algún resto de fortificación, por cuyo motivo el vulgo da á aquel sitio el nombre de *los fortins*. Allí empieza el atajo denominado *la Massanera* que, según queda dicho, conduce al atajo de Monistrol, pasando por la fuente del mismo nombre que tiene este atajo. Por éste se llega más pronto á Monistrol que por el de esta villa. Hay en *la Massanera* trozos que son verdaderas gradas abiertas en la viva peña.

Los Degotalls.—Uno de los paseos más frecuentados por los religiosos, en especial los ancianos y convalecientes, es el llamado dels *Degotalls* que sigue siempre un mismo nivel horizontal; empezando al pié del *Safretx* siguiendo la dirección de la carretera siempre al NO., en sitio algo más elevado. Tiene poco más de dos metros de ancho, y como un kilómetro de largo. Todas las personas que visitan Montserrat acostumbran seguirlo, por ser un paseo sumamente llano y delicioso, y en las tardes de verano no molesta el sol. Al extremo de este camino, donde grandes masas de rocas parece que disputan el paso y los perfumes de la vegetación embalsaman la atmósfera,

hay una plazoleta con mesa y asientos rústicos de piedra, y una pequeñita pero linda cascada natural, cuya agua, cayendo gota á gota en mil puntos, ofrece un agradable y delicioso aspecto. Cuando hay el necesario caudal de agua aparece en menudo rocío, en lluvia ó en chorros sobre festones de ramaje que en parte cae dentro de un recipiente adornado de estalactitas, y se pierde en las irregularidades de una caverna en miniatura donde su linfa cristalina, rebosando siempre á flor del labio, brinda á beberla.

Allí las alborozadas comitivas, descansando en el término de esta pequeña excursión, ya reclinadas en el verde césped que les presta mullida alfombra, ya ocupando la gradería natural por la cual se sube á la fuente, beben y meriendan, juegan y retozan, pospuestas las frías reservas de la convencionalidad social, ó gozando las efusiones de una libertad decorosa, que no puede menos de excitar el encanto de aquel sitio.

Los puntos de vista de todo el camino son deliciosos, y desde allí se puede seguir por medio de gemelos (que no pueden faltar en una expedición á Montserrat), el curso de los trenes que pasan por el ferrocarril del Norte, desde su salida del túnel mayor de Olesa hasta llegar al Cardoner cerca de Manresa.

Desde el camino *dels Degotalls* se descubre el antiguo Monasterio de Santa Cecilia y se puede ir allí sin necesidad de retroceder para tomar la carretera.

En el camino *dels Degotalls*, como á unos cuarenta pasos antes de llegar á dicha plazuela, hay en forma de asiento una piedra, hoy muy deteriorada por efecto del desplome de una roca en el invierno de 1857. Esta piedra es conocida con el nombre de «padrís dels Bisbes,» cuya denominación deriva de últimos del siglo pasado. Cuando una de las más fanáticas, brutales y salvajes de las revoluciones escandalizaba al mundo civilizado con sus excesos de barbarie é inmoralidad, regando la vecina Francia con la sangre de miles de inocentes, emigraron de la

nación vecina el clero, la nobleza y las personas de alguna posición, refugiándose en Suiza, en Italia ó en España; por manera que no hubo convento ó Monasterio que no diese asilo á alguno de los expatriados. Montserrat, cuya hospitalidad ha sido siempre proverbial, ofreció morada en su claustro á tres ilustres prelados franceses, quienes hallaron en este sagrado recinto la calma y el sosiego que los revolucionarios les habían arrebatado, y en él lloraban los ultrajes á la religión y los quebrantos de su patria. La única distracción que á tamaño dolor oponían, era un cotidiano paseo *als Degotalls*, cerca de cuya placeta acostumbraban descansar, sentándose en la mencionada piedra, conocida hoy, como hemos dicho, con el nombre de «padrís dels Bisbes,» donde se extasiaban contemplando el grandioso panorama que se ofrecía á sus llorosos ojos.

Fuentes.—En aquella parte de la montaña hay, además *dels Degotalls*, otras fuentes, algunas intermitentes, que por esta razón han recibido el nombre de «fuentes mentirosas,» y otras continuas. De éstas, las más frecuentadas son las «dels Monjos» á una hora (5 kilómetros) del Monasterio, á cosa de la mitad de una gran revuelta que hace la carretera de Monistrol, y de la cual se ha hablado en el itinerario; la «Font dels Llums» que nace en una gruta, algo más allá de Santa Cecilia, separándose un tanto de la carretera en dirección á las peñas, es necesaria luz artificial para penetrar en la gruta, y finalmente la de la *Massanera*, de la que se ha tratado, entre el Monasterio y el atajo de Monistrol, donde suelen ir los escolanes.

Esas fuentes tienen su origen en las cimas de la montaña, pues, según dice Pujadas, “en algunas partes de lo alto se descubren diferentes venas de agua, que se escurren dando señal de que entre las profundidades de las peñas debe haber aguas estancadas, ó encharcadas, que cuando abundan por efecto de las lluvias, salen de entre aquellos riscos como por canales. No pudiendo desaguarse del todo, se embeben y zambullen entre

las mismas entrañas de la montaña, lo que mantiene el verdor de las plantas y la frescura de la tierra. En la encumbrada fuente que se descubre en la parte del antiguo Monasterio de Santa Cecilia que mira entre Oriente y Norte, se observa lo dicho, pues se oye correr entre las rocas gran cantidad de agua, que viene á salir con abundancia en la raíz de la montaña, donde se encuentran muchas y muy copiosas fuentes de cristalina y fresca agua, cuyo caudal, llamado *Mentiroso*, es tan abundante que algunos molinos se sirven de él para moler. “

Fuente del portal.—Merece párrafo aparte esta fuente, tanto por su tradición como por el sitio que ocupa á la entrada del Monasterio. En los asientos que hay al rededor de esta fuente, suelen descansar las comitivas que llegan á pié al Monasterio, ya subiendo de Monistrol ó de Collbató, ó ya regresando de las excursiones á la montaña. D. José Ignacio Ursul, en su *Estudio hidrológico de la montaña de Montserrat* (1), hace referencia á esta fuente y á todas las demás de la montaña, y dice que la proveen las aguas pluviales, que por filtración aparecen no lejos del depósito y son convenientemente conducidas. Esta fuente es bastante constante, y sólo en épocas de mucha sequía disminuye de caudal; sin embargo ha dado casos de quedar completamente seca, como sucedió en el verano de 1878 entre otras épocas. Está á 800 metros sobre el nivel del mar. En época de invierno el Sr. Ursul ha encontrado que su temperatura era de 7°5 C, pero durante el verano se eleva á 13°7, aunque sólo dura en la época de más calor. Puede admitirse como término medio 9°7. El caudal es variable según las épocas de lluvia. Al igual que del agua de las demás fuentes de Montserrat, hace el Sr. Ursul en la Memoria

(1) *Estudi hidrològich de la Montanya de Montserrat*, per D. Joseph Ignasi Ursul, obra premiada ab accésit en lo Certámen obert per la *Associació d' Excursióas Catalana*, en 1^{er} d' Agost de 1882. Se vende en la librería de Verdaguer.

premiada, un detallado análisis del agua de la Fuente del portal.

Esta, tal vez sin rival en el mundo, convida á más de un viajero á beberla. Procure abstenerse hacerlo si llega cansado y mucho menos sudado. Siéntese antes un buen rato en los mencionados poyos, en los que siempre suele haber gente, y tarde en apagar su sed, á fin de no exponerse á alguno de los accidentes desagradables acaecidos á varios que, sin tomar esta higiénica precaución, han bebido el agua tal cual mana. Su baja temperatura ha sido causa de enfermedad y quizás de la muerte que han producido. Durante el rato de descanso suelen cantar las comitivas la canción favorita de los antiguos romeros catalanes:

EL VIROLAY DE SANTA MARÍA (1)

Rosa plasent, soleyl de resplandor
 Stela luserent yohel de sanct amor,
 Topazis cast, diamant de vigor
 Rubis millor, carboncle reluserent.
 Lir trascendent, sobrant tot altre flor,
 Alba jauserent, claredat sens fuserent
 En tot contrast ausits li pecador
 A gran maror est port de salvament
 Aygla capdal, volant pus altament,
 Cambra rayal del gran Omnipotent,
 Perfaytament anyats mon devot xant,
 Per tots pujant siatsnos defendent;
 Sacrat portal del Temple permanent
 Dot virginal, virtut sobre-excellent
 Quel occident quins vá tots iorns gaytan
 No puxe tant quens face vos absent.

(1) Este canto se escogió de muchos cantos religiosos en lengua latina y lemosina, que se conservaban en el archivo del Monasterio, y se leía pintado en las paredes de la iglesia antigua, usándolo los peregrinos, ya trepando por las escabrosas sendas de la montaña, ya reposando al pié de los sagrados muros del Santuario.

Traducido al castellano, dice así:

Rosa hechicera, sol de esplendor,
 Estrella brillante, joya de santo amor,
 Castísimo topacio, precioso diamante,
 Rubí inapreciable, carbúnculo reluciente,
 Lirio que descuella sobre toda otra flor,
 Alba peregrina, claridad sin sombra
 En todo trance auxilia al pecador
 Y á gran tormenta eres puerto de salvación.
 Aguila caudal que remonta tu vuelo á lo alto
 Cámara real de Dios omnipotente,
 Oye bondadosa mi devoto canto
 Y ruega por todos á todos defendiendo.
 Sagrada puerta del templo permanente,
 Dote original, virtud sobresaliente,
 Permite que al término de nuestra jornada,
 Llegar podamos á ver tu rostro celestial.

(Traducción de D. J. Piferrer).

La historia de esta fuente, que la tradición ha conservado, es la siguiente:

Existía en Collbató un castillo que compró D. Ermesindo de Udalaro, y que más tarde fué á parar á manos de Beremundo el Rojo, famoso capitán de aventureros. Tan indómito como avaro, apropióse la fuente del camino de Collbató que hoy se llama *f fuente seca*, puso en ella un criado suyo para exigir tributo á cuantos se acercasen á beber ó á llenar sus cántaros en la fuente. Con esta circunstancia, al dirigirse á la fuente para mojar sus secos labios los fatigados y sedientos peregrinos que subían á Montserrat y hallar un refrigerio en su penoso viaje, exigíales el criado de Beremundo el tributo impuesto por éste, de lo contrario ningún caso hacía de las súplicas de los sedientos peregrinos quienes se veían precisados á continuar su camino al Monasterio, desfallecidos de sed y de cansancio. Tamaña barbaridad no podía quedar sin castigo, y la Madre de Dios humilló á quien de esta suerte negociaba con la sed y la fatiga de los romeros. La Santísima Virgen,

continúa la tradición, oyó las plegarias de sus devotos, secóse un día la fuente del camino de Collbató, y descubrióse la que hay frente á la puerta de la cerca del Monasterio.

Pasando por el camino que dirige á la ermita de Santa Ana se hallan los conductos labrados en la viva peña que conducen el agua que va filtrando de la montaña. A vista de tal novedad, y creyendo los visitantes que la Santísima Virgen había conducido allí el agua de la fuente que hasta entonces existía en el camino de Collbató, se le dió á ésta el nombre de *Fuente Seca*, que nunca se olvidan de enseñar al viajero los guías que le acompañan, y se dió al nuevo manantial la denominación de *Fuente del milagro*.

DIA SEGUNDO

La Montaña. — Las ermitas

La configuración especial que tiene la montaña de Montserrat, su casi aislamiento de las montañas vecinas, y su peculiar geología, excitan al naturalista deseos de recorrerla, y á la par que admirar las bellezas de las caprichosas formas y composición de sus rocas, á estudiar su antigua fauna y su flora especial. Los aficionados á entusiasmarse ante bellos panoramas y caprichosos puntos de vista, á coleccionar dibujos de pintorescos paisajes y artísticas fotografías, ó á conservar impresiones de la naturaleza, tomadas á vuela pluma, como suele decirse, encuentran en la montaña de Montserrat un riquísimo tesoro. Los apologistas de la vida eremítica, los entusiastas del amor á la soledad y al retiro que tanto se desarrolló al principio del cristianismo y hasta principios del siglo actual se conservó en Montserrat, si bien no puedan ahora ver puesta en práctica la vida ascética de los antiguos cenobitas, tal cual se practicaba en la montaña, pueden recordarla visitando los sitios donde moraban los ermitaños, extasiándose, como el arqueólogo, con los recuerdos de tiempos pasados.

Bajo cualquiera de estos tres puntos de vista puede hacerse en el segundo día de la visita á Montserrat una excursión por la montaña.

Para estudiarla bajo el aspecto geológico, hemos extractado los importantes trabajos que sobre la constitución, origen, antigüedad y porvenir de la montaña de Montserrat publicó en 1880 el canónigo de la Catedral de Barcelona y eminente geólogo europeo Dr. D. Jaime Almera y Comas (1), quien demuestra que la montaña de Montserrat no salió, tal como está constituida, de las manos del Creador, sino que debe su origen á causas secundarias que obran por influencia y con la dirección de la primera y razón suficiente de todas.

«Cualquiera, dice, por poco versado que esté en Historia natural, que se fije en las partes media y alta de la montaña de Montserrat, no podrá menos de reconocer que los materiales que la forman son elementos desprendidos de rocas preexistentes que, arrastrados por las aguas, á la manera que lo hace el río con las piedras que ruedan por su álveo, han sido, después de un tiempo de agitación más ó menos largo, depositadas en el sitio y estado en que hoy se encuentran.

»Ahora bien, estando dicha parte media y alta formada de cantos rodados cementados entre sí con la caliza, y siendo, como son, de composición y especies tan variadas y de tamaños tan diversos y tan extraordinariamente desgastados, es indudable que tienen origen en diversas rocas de las situadas en puntos más ó menos apartados, que han sido transportadas en pequeños fragmentos por la acción de las aguas, y que no ha sido corto el espacio de tiempo que han rodado debajo sus corrientes.»

El sabio geólogo Dr. Almera, persuadido de esto, al ver un depósito tan grande de conglomerados, para explicar el origen, examina los alrededores de Montserrat, á fin de descubrirla roca á roca *in situ*, de dónde proceden los cantos rodados que lo forman, y después de haberlas encontrado, observa

(1) Se halla de venta en la librería de Verdaguer, Barcelona, frente al Liceo.

que la montaña de Montserrat está emplazada en el límite meridional del terreno numulítico, y por lo tanto que su zona formaba parte del litoral del mar de dicha época, que lo tenía, concretándose á esta provincia, según se desprende de los depósitos que dejó en la falda septentrional del Montseny, Sur de San Miguel del Fay, San Lorenzo del Munt, Montserrat, Pobla de Claramunt y Miralles. El litoral, pues, ó barrera de este mar numulítico debió ser en dichos puntos una costa brava, pues no de otra manera se explica este potente depósito de materiales de la misma época y, sobre todo, el depósito medio y superior de pudingas, los cuales tienen, como es sabido, más de 1,200 metros de potencia ó espesor. Debió, pues, suceder en esta costa lo que se presenta á la vista en la vertiente de Montjuich, en las costas de Garraf y otros puntos donde se ven las rocas y guijarros desprenderse de la roca madre por los agentes erosivos de la atmósfera, precipitarse en el mar por las corrientes de las aguas pluviales, y al llegar á las olas redondearse.

Depositados ya los cantos rodados en el fondo del mar, y repartidos, como ahora se encuentran, por su suelo, entonces submarino, y ocupados los intersticios que dejaban los cantos mayores por grava ó arena de la misma naturaleza, merced al ácido carbónico y á las sales de hierro que suministraban, parte la fuerza disolvente de los torrentes y ríos y parte los materiales submarinos, la acción del ácido carbónico hacía que las rocas se saturasen de caliza, al paso que por medio de otros disolventes se impregnasen de sales de hierro y de sílice.

Desaparecido el ácido carbónico de las aguas, por efecto de su volatilización, la caliza y demás sales se precipitaban lentamente y se distribuían por los intersticios que quedaban entre los cantos y la grava, rejuntando todo el conglomerado y comunicándole, al propio tiempo, las sales de hierro, el color sucio ó terroso que en muchas partes presenta el cimientó.

Este mortero ó argamasa natural, ayudado por la presión que necesariamente debían ejercer las aguas sobre los depósitos, dieron por resultado la consolidación de cada una de las hiladas, á medida que iban precipitándose, y el ligamiento de todas entre sí, lo propio que con las hiladas de arcilla arenisca se interponen en ciertos puntos entre las pudingas.

Es evidente, según esto, que la altura de éstas debió ser mucho mayor que la que actualmente tienen ; lo que nos da una idea del desgaste ó pérdida enormes que han sufrido en el largo transcurso del tiempo.

Nadie, ni el más lego en Historia natural, pondrá en duda, después de lo dicho, que la montaña de Montserrat es efecto de un levantamiento; esto es, que después de haber estado la comarca que abraza su periferia debajo el fondo de las aguas que estos depósitos produjeron, surgió, por una fuerza colosal subterránea, del fondo del mar, y ocupó su fondo submarino, no solamente el punto más alto de la misma, sino un nivel mucho más levantado que los agentes de *denudación* habían cuidado de rebajar durante los innumerables siglos que han trabajado sobre sus alturas y vertientes.

Este hecho debió ocurrir después de la aparición ó existencia de los *numulites*, ya que estos restos fósiles, así como otras especies del período *numulítico*, se encuentran enterradas en las segundas capas de la región media de la montaña, lo que indica claramente que, mientras vivieron, estaba toda ella debajo las aguas marinas. De esto se deduce que la *emersión* de los terrenos de la montaña, data de una época después del período numulítico.

La causa de la exaltación fué la general y ordinaria de todos los levantamientos; esto es, la enorme *tensión* de los materiales y de los vapores *saxatilos* encarcelados por la corteza de la tierra, que con el tiempo va reduciendo su volumen en virtud del enfriamiento que experimenta. Esta fuerza de *tensión*, proporcional á la presión sobre el núcleo hirviente y

gaseoso, hace que la corteza obre á veces con mayor fuerza en unos puntos que en otros.

Las causas que han contribuído á aislar la montaña de Montserrat y á darle el caprichoso y original aspecto que presenta son, tocante el primer punto, los agentes externos ó de denudación, ó sea la serie de causas que van eslabizando continuamente las rocas preexistentes, reducidas á pequeños fragmentos ó convirtiéndolas en polvo, trayéndolas de su primer sitio, para que, transportadas á otro distinto, sean allí elementos de nuevas capas ó *estratos*.

A esta acción general y continua de las corrientes procedentes del interior, se ha de añadir la acción erosiva de los aguaceros y lluvias ordinarias, que han redoblado su energía á medida que se ha acentuado más el desnivel del terreno, gracias á la gran velocidad con que bajan de las alturas, la cual es cada vez mayor, en relación á los contornos y á la fuerza de transporte que, como se demuestra en mecánica, crece como la sexta potencia de la velocidad.

Estas corrientes en su acción erosiva abrieron definitivamente la caja actual del río Llobregat. Hé aquí el momento geológico en que fueron arrancados de su sitio todos los bancos de pudingas y de areniscas que faltan en las sierras inmediatas de este lado, igualadas tal vez desde un principio con las cimas de la montaña.

Se comprende fácilmente que á medida que la acción denudadora de las aguas obraba sobre las vertientes de la montaña, estrechándola cada día más, no dejaba de sentirse simultáneamente su acción en sus elevadas cimas, aunque con más fuerza, merced á la alteración de los estados sólido y líquido á que pasa el agua, sobre todo en invierno, en aquellas alturas.

En la estructura de su caprichosa y original figura, han contribuído varias circunstancias: 1.^a La naturaleza caliza del cimientó de sus conglomerados, que siempre se altera por la denudación de una manera semejante. 2.^a La estrechez,

aislamiento y altura de la misma sobre sus contornos. De esta manera de obrar han resultado esa especie de torres y haces de gigantescas pilastras que, por su semejanza, vista de lejos la montaña, á dientes de sierra, han hecho que se le diera el nombre que lleva.

El dato único que hay para poder, si no fijar la época del levantamiento, hacer á lo menos sensible y palpable al entendimiento más prevenido contra la gran antigüedad de la tierra y el gran número de siglos que cuenta de existencia la montaña de Montserrat, en la obra de denudación practicada en sus alrededores por las corrientes de las aguas, en que se funda el canónigo Dr. Almera hace cálculos tan razonables, que de ellos deduce que el levantamiento de la montaña de Montserrat data de 1.300,000 años, y dice:

«Lejos de sorprenderme el número de siglos que de este cálculo resulta, creo que, atendida la multitud de fenómenos que han tenido lugar durante estas épocas miocena, pliocena y moderna ó antrópica, así dinámicas como biológicas, químicas como mecánicas, no sólo en este país sino en toda la superficie terrestre, y la manera con que se han realizado, creo, como he dicho, que ha de ser mayor aún la antigüedad de esta montaña que la que dejamos apuntada (1).»

Los botánicos y los entomólogos han hecho y hacen también importantes estudios sobre la flora y la fauna de la montaña de Montserrat, y es necesario que una y otra la conozca el viajero al recorrer la montaña y las ermitas, aunque sólo someramente.

Los botánicos han encontrado especies raras, de las que el catedrático que fué de Botánica de la facultad de Ciencias en

(1) Para evitar erradas interpretaciones sobre la antigüedad de la tierra, consúltese la obra del canónigo Almera titulada: *Cosmogonía y Geología ó sea Exposición del sistema del Universo considerado á la luz de la Religión revelada.*

la Universidad de Barcelona, Dr. D. Cipriano Costa, hizo un detenido estudio científico, ya solo, ya acompañado de célebres botánicos extranjeros que han deseado conocer nuestra flora, como una de las más ricas de Europa. El Sr. Costa catalogó las plantas de Cataluña, y en este catálogo, que anda impreso, encontrarán las personas científicas pormenores importantes acerca de la vegetación de esta maravillosa montaña. Las observadas en esta sección por el Sr. Costa (1), que explicaba como adición de las lecciones de su aula, son:

Thalictrum tuberosum, de Linneo (cerca de la ermita de la Trinidad).

Iberis linifolia, de Linneo.

Silene itálica, L. var? *Au sp. nova?* (silene montserraten-sis).

Pourr (in *Bolos* herb.) Especie no escasa en Montserrat.

Dianthus multiceps. Nob. sp. próxima Don Requieré Godr. et D. Toletano Bois. — Además en Manresa y Berga.

Dianthus longicaulis Ten.

Alsine tenesifolia Cranz. var.

Rhamnus lycioides L. — A más en Tárrega y Segarra.

Melilotus neapolitana Ten. — A más en Moncada.

Saxifraga lingulata Bill var. — Esta y no la *Saxifraga Cotiledon* L., es la que crece en los peñascos de Montserrat. También en San Lorenzo del Munt.

Conopodium denudatum Koch. var. *ramosum*. Wk in litt.

Gallium pusillum L.

Valerianella, discoidia Lois.

Scorzonera crispatula Boiss.

Voy bot. esp. suppl. 741; Wk in litt. — También en las inmediaciones de la montaña, Cardona, Berga y Vich.

Hieracium saxatile Vill.

Linaria organifolia D. C.

Verónica teunifolia Asso. non Stev.; *Verónica Assoana* Wk ined. La descubrió en Montserrat el doctor Salvá.

Odontiles longiflora Webb.

Passerina tinctoria Pourr. — A más de Montserrat y sus inmediaciones en todo el Pla de Bages.

Iris germanica L.

Stipa juncea L.

Asphodelus albus W. — También en la Segarra.

Koeteria cetacea Pers.

(1) Varias de las especies que se enumeran, dice el Sr. Costa en su nota, han sido examinadas por el profesor Willkomm de Tharand, bien conocido por sus trabajos sobre la vegetación española. Otras en corto número han sido vistas por el distinguido botánico de París M. Corson.

Además en su obra titulada: *Introducción á la Flora de Cataluña*, reseña el Sr. Costa las siguientes plantas, propias de Montserrat:

Corydalis cara Schw.
 » *cap noides* Pers.
Fumaria agraria Lag.
Brassica lae, vigata Lag.
Silene crassi caulis Willk et
 Costa.
Arenarinodesta Duf. v. Assoa-
 na Losc. Pard.
Erodium supracanum L'Her.
 » *pebreum* W.
 » *macradenum* L'Her.
Autillus montana L.
Rubus saxatilis L.
 » *collinus* D. C.
Rosa gallica L.
Paronimia capitata Lam.
Sedum Ruben L.

Sedum anglicum Huds.
Panudanum oficiale L. B. itá-
 licum Mill?
Chacrophyllum hireutum L.
Achillen odirata L.
 » *Ptar urica* L.
Centauna intyhacea Lam.
Tarixanum toraxnoides Wk.
Antropa Belladona L.
Tulipa Celsiana D. C.
Futilloria Boisseri Costa.
Allinum carinatum L.
 » *follax* Don.
Carex Mairli Cors.
Piptatherum parodrxum P.
 de R.
Apropirum canimum R.

D. Miguel Cuni y Martorell, en su obra titulada *Excursión entomológica y botánica á la montaña de Montserrat*, publica las siguientes, vistas todas por él en Montserrat:

Clematis flamuli L. A la orilla
 de la carretera, en las in-
 mediaciones del Monasterio
 y en otras partes.
Thalictrum aquilegifolium L.
 En varios sitios.
 — *minus* L. Hacia la
 Cueva de Garin etc.
Anemone hepatica.
Ranunculus gramineus L. En
 el llano dels escursons.
Helleborus foetidus L. Camino
 de la cueva de la Virgen
 etc.; no es escasa.
Aquilegia vulgaris L. Camino
 de la cueva etc.

Roemeria hybrida DC.
Chelidonium majus L. Hacia
 la cueva de la Virgen etc.;
 poco frecuente.
Corydalis enneaphylla DC.
 En los muros del Monaste-
 rio abunda bastante.
Fumaria capreolata L.
 — *officinalis* L.
Brasica laevigata Lag. Cerca
 del cementerio.
Diplotaxis tenuifolia DC. No
 es escasa.
Cheiranthus cheiri L. En los
 muros y márgenes; bas-
 tante.

- Erysimum australe* Gay. Inmediaciones del Monasterio.
- Sisimbrium officinale* Scop.
— *Columnoe* Jacq.
— *Alliaria* Scop. Hacia la ermita de Santa Ana.
- Arabis Turrita* L.
- Lunaria biennis*. Inmediaciones del Monasterio; rara.
- Biscutella loevigata* L. Orillas de los senderos; abundante.
- Yberis ciliata* All.
- Hutchinsia petroea* R. Br.
- Lepidium graminifolium* L. Orillas de la carretera.
- Cistus albidus* L. Llano de San Miguel; no es escasa.
— *Clussi* Dun.
- Helianthemum pilosum* Pers.
— *montanum* Vis.
- Fumana Spachii* Gr. et G.
- Viola odorata* L.
- Polygala calcarea* Schultz.
- Silene inflata* Sm.
— *Saxifraga* L. Abunda en los muros y rocas; hacia San Miguel etc.
- Silene crassicaulis* Wk et Costa. Inmediaciones del Monasterio, hacia el camino dels Degotalls; en la ermita de San Dimas y en otros puntos.
- Lichnis dioica* L. Entre las mieses en Santa Cecilia.
- Saponaria officinalis* L.
— *ocymoides* L. Hacia San Miguel.
- Dianthus Seguierii* Chaix.
— *multiceps* Csta.
- Dianthus longicaulis* Ten.
- Moehringia muscosa* L.
— *pentandra* Gay.
- Arenaria conimbricensis* Brot.
- Stellaria holostea* Lin.
- Linum strictum* L.
— *arbonense* L.
— *catharticum* L.
- Malva sylvestris* L. Alrededores del Monasterio, cerca de la fuente y otras partes.
— *micrccarpa* Desf. Con la anterior.
- Geranium lucidum* L. Frente la entrada al Monasterio, cerca de la fuente y en otras partes.
— *Robertianum* L. Márgenes de los caminos.
- Erodium ciconium* W. Cerca del camino á la cueva de la Virgen.
— *cicutarium* L'Her.
— *supracanum* L'Her. En los peñascos; abunda bastante hacia San Jerónimo.
— *petroeam* W. También en los peñascos de la parte alta de la montaña.
- Hipericum montanum* L.
- Acer pseudoplatanus* L. Se encuentra en los matorrales, mezclado con el *quercus*.
— *monspessulanum* L. Con el anterior.
— *campestre* L.
- Ilex aquifolium* L. en los matorrales.

- Ramnus lycioides* L.
- Pistacia Terebinthus* L. Hacia la ermita de Santa Ana y en otros puntos; bastante frecuente.
- Spartium junceum* L. Ermita de Santa Ana; casi rara.
- Genista hispanica* L. Camino de Collbató; abundante.
- Cytissus sessilifolius* L.
- Anthyllis montana* L. Cerca de San Gerónimo.
- *Vulneraria* L.
- Melilotus neapolitana* Ten.
- Trifolium procumbens* L.
- Doryenium gracile* Jord. Hacia San Miguel y en otros puntos; abundante.
- Lotus corniculatus* L.
- Robinia pseudo-acacia* L. Frente al Monasterio; cultivada.
- ? *Coronilla Emerus* L. Hacia la ermita de San Miguel y á la cueva de Garin; abundante.
- *montana* Scop.
- Prunus spinosa* L. Hacia la ermita de San Miguel.
- Potentilla caulescens* L. En las rocas; no es escasa.
- Rubus thyrsoides* Wimm. Hacia la ermita de San Miguel y en otros puntos; abundante.
- Rosa canina* L. Camino de Collbató, hacia el llano de San Miguel; bastante abundante.
- Agrimonia Eupatoria* L.
- Crataegus oxycantha* L.
- Sorbus Aria* Crantz. Escasa.
- Amelanchier vulgaris* Monch.
- Echarium elaterium* Rich. Alrededores del Monasterio, hacia el camino de la cueva de la Virgen.
- Paronychia capitata* Lam.
- Herniaria glabra* L.
- Sedum dasiphylum* L.
- ? — *altissimum* Poir.
- Sempervivum tectorum* L.
- Saxifraga catalaunica* Boiss. et Reut. En los peñascos.
- Torilis Anthriscus* Gmel.
- Laserpitium gallicum* C. Bauth.
- Peucedanum paniculatum* Lois
- Foeniculum vulgare* Gartn. No es abundante.
- Bupleurum pyrenocum* Gou.
- *froticescens* L.
- *fraticosum* L. Hacia la capilla de San Miguel y otros puntos; abundante.
- Conopodium ramosum* Costa.
- Chareophillum hirsutum* L.
- Hedera Helix* L. Común.
- Sambucus Ebulus* L. Bastante frecuente.
- *racemosa* L. Hacia la capilla de San Miguel y en otros sitios.
- Viburnum Tinus* L. Abunda en el camino que conduce á la capilla de San Miguel, y hacia la ermita de Santa Ana.
- Lonicera implexa* Ait. Camino de Collbató, cerca del Monasterio; abundante.

- Lonicera Xylosteum*. Orillas de la carretera, cerca del Monasterio y hacia los Degotalls.
 — *pyrenaica* L. Hacia los Degotalls.
Galium Cruciatum Scop.
 — *verum* L.
 — *pusillum* L. Frecuente.
 — *parisiense* L.
Cedihranthus ruber DC. En los muros y márgenes; abundante.
Valerianella pumila DC.
Knautia arvensis Koch. Hacia la capilla de San Miguel y en otros sitios.
Scabiosa stellata L. Inmediaciones de Santa Cecilia.
 — *columbaria* L.
Tussilago Farfara L.
Phagnalon sordidum DC. En los muros y peñascos; frecuente.
Erigeron acris L.
Bellis annua L. Hacia la capilla de San Miguel; etc.
Doronicum Pardalianches L.
Senecio vulgaris L.
 — *Jacobeae* L.
Artemisia campestris L.
Santolina Chomoecyparissus Lin. Abundantísimo.
Achillea Millefolium L.
 — *Ageratum* L.
Jasonia glutinosa DC. Llano de San Miguel.
 — *tuberosa* DC.
Helicrysum Staechas DC.
Filago germanica L.
 — *arvensis* L.
Calendula officinalis L. Inmediaciones de la ermita de San Antonio.
Centaurea linifolia Vahl.
 — *Scabiosa* L. En Santa Cecilia.
 — *collina* L.
 — *melitensis* L.
Crupina vulgaris Cass. Cami de Collbató; frecuente.
Leuzea conifera DC. Alrededores de la capilla de los Apóstoles y en el llano de San Miguel; no es escasa.
Staelina dubia L. Alrededores de la capilla de San Miguel.
Carlina vulgaris L.
 — *var longifolia* Nob.
Atractylis humilis L.
Catananche coerulea L. Llano de Santa Cecilia.
Lampsana Communis L.
Hypochaeris radicata L.
Picris hieracioides L.
Scorzonera hispanica L.
 — *macrocephala* DC.
Tragopogon crocifolius L.
Chondrilla juncea L.
Taraxacum officinale Wigg.
Tactuca muralis Fr.
 — *perennis* L.
 — *tenerrima* Pourr.
Sonchus oleraceus L.
Crepis albida Vill.
 — *pulchra* L.
Hieracium Pilosella L.
 — *proealtum* Vill.
 — *amplexicaule* L.
 — *murorum* L. Hacia la capilla de San Miguel y en otros sitios; no es escasa.

- Andryala sinuata* L.
Campanula speciosa Pourr. Hacia los Degotalls; abundante.
 — *Trachelium* L.
 — *rapunculoides* L. Hacia los Degotalls.
 — *Rapunculus* L.
 — *p rsicifolia* L. Frecuente.
Arbutus Unedo L. Hacia la cueva de la Virgen, cerca de la ermita de Santa Ana y en otros sitios.
Arctostaphylos officinalis Wim. En la cima de San Gerónimo.
Calluna vulgaris Salisb. Hacia San Miguel etc.; frecuente.
Erica multiflora L. Frente á la capilla de San Miguel; abundante.
 — *arborea*. No es escasa.
Primula officinalis Jacq.
Anagallis arvensis L.
Ligustrum vulgare L.
Vincetoxicum officinale Monch
Erythraea Centaurium Pesr.
Chlora perfoliata L.
Canvolvulus arvensis L.
 — *lanuginosus* Desr. Camino de Collbató, pasado el llano de San Miguel y en otros sitios.
Cuscuta epithymum L. Sobre la *Genista hispanica*.
Borrago officinalis. Alrededores del Monasterio.
Symphytium officinale L.
Anchusa italica Retz.
Echium vulgare L.
Cynoglossum Dioscoridis Vill.
Asperugo procumbens L.
Solanum Dulcamara L.
Atropa Belladonna L. Rara.
Datura stramonium L.
Hyosciamus niger L. Inmediaciones del aljibe de los Apóstoles.
Ramondia pyrenaica Rich. En los peñascos; frecuente.
Verbascum Thapsus L. Inmediaciones de la capilla de los Santos Acisclo y Victoria.
 — *Lychnitis* L.
 — *Blattaria* L. Hacia los Degotalls.
Antirrhinum Orontium L.
 — *majus* L. Cerca de la capilla de los Santos Acisclo y Vitoria y hacia los Degotalls.
Linaria origanifolia DC.
Veronica prostrata L.
 — *officinalis* L.
Erinus alpinus L.
Digitalis lutea L. Hacia los Degotalls; no es escasa.
Odontites rubra Perst.
Orobanche epithymum DC.
Ceratocalyx macro'epis Coss. Sobre el *rosmarinus*.
Lavandula vera DC. Camino de Collbató y en Santa Cecilia; no es escasa.
Menta sylvestris L.
Origanum vulgare L. Hacia los Degotalls y en otros sitios; frecuente.
Thymus vulgaris L. Llano de San Miguel; abundante.

- Thymus serpyllum* L. Camino de los Degotalls etc.
- Satureja montana* L.
- Calamintha grandiflora* Monch.
— *Acinus* Clairv.
- Rosmarinus officinalis* L. Hacia la capilla de San Miguel y en otras partes.
- Glechoma hederacea* L.
- Stochys sylvatica* L.
- Betonica officinalis* L. Hacia la capilla de San Miguel y en varios otros sitios; no es escasa.
- Phlomis Lychnitis* L.
- Sederitis hirsuta* L.
- Marrubium vulgare* L.
- Brunella vulgaris* Monch. No es escasa.
— *grandiflora* Monch.
- Ajuga Chamoepitys* L.
— *Iva* Schr.
- Teucrium Botrys* L.
— *Scorodonia* L.
— *pyrenaicum* L. Frecuente.
— *aureum* Schr. Frecuente.
- Verbena officinalis* L.
- Plantago major* L. Inmediaciones del Monasterio por la parte del aljibe de los Apóstoles.
— *media* L. Hacia la capilla de San Miguel, etc.
— *Lagopus* L.
— *lanceolata* L. Hacia los Degotalls.
— *Cynopus* L.
- Globularia cordifolia* Lam.
var. *nana*. Cambess.
- Amaranthus deflexus* L. Alrededores del monasterio.
- Chenopodium ambrosioides* L.
— *Vulvaria* L.
— *murale* L.
- Daphne laureola* L. Cerca de San Gerónimo, de la ermita de San Juan, etc.
- Passerina tinctoria* Pourr.
- Euphorbia verrugosa* Lam.
— *Peplus* L.
— *Characias* L. Hacia la ermita de Santa Ana y en otros sitios.
- Mercurialis annua* L.
- Buxus sempervirens* L. Abundantisimo.
- Sceltis australis* L. En el torrente de Santa María, cerca del Monasterio.
- Ulmus campestris* L. Camino de Collbató, etc.; frecuente.
- Urtica urens* L. Al pié de los muros del Monasterio abundante.
— *dioica* L. Torrente de Santa María, en las inmediaciones del Monasterio; frecuente.
- Parietaria diffusa* M. A. R. En las paredes, muros, etc. común.
- Quercus Ilex* L. Frecuente.
— *Pinea* L. Con el anterior.
- Juniperus Oxycedrus*. Hacia la capilla de San Miguel; frecuente.
— *phoenicea* L. Llano de San Miguel.

- Fritillaria Meleagris* L. Llano dels escurons.
Lilium Martagon L.
Asphodelus fistulosus L.
 — *albus* W.
Aphyllanthes monspeliensis L. Hacia la cueva de Garín; frecuente.
Convallaria Poligonatum L.
Asparagus acutifolius L. Hacia la capilla de San Miguel y en otras partes.
Ruscus aculeatus L. Camino de Collbató, etc. bastante.
Iris germanica L.
Narcissus juncifolius Lag.
Cephalanthera ensifolia Rich.
Ophrys apifera Huds.
Arum maculatum L.
Setaria viridis P.
Cynedon Dactylon Pers.
Andropogon pubescens Vis.
Agrostis vulgaris Vith.
Stipa juncea L. Alrededores de la capilla de San Miguel; no es escasa.
- Stipa pennata* L.
Milium multiflorum Cav.
Avena fatua L. Entre las mieses: en Santa Cecilia.
 — *bromoides* Gon.
Koeleria Setocera Pers.
Poa annua L.
 — *pratensis* L.
Briza media L.
 — *minor* L. Orillas del camino de Collbató, cerca de San Miguel; frecuente.
Melica nebrodensis Parl.
 — *major* Sibth. et Sm.
Festuga ovina L.
Argilops ovata L. Hacia la capilla de San Miguel; abundante.
Brachipodium ramosum R. Sch.
Lolium perenne L.
 — *temulentum* L. Llano de Santa Cecilia.

Aquí podría dedicarse alguna página al estudio de la fauna de Monserrat, mas sería pesado á la generalidad de los lectores. Aquellos que deseen conocerla procuránse la *Excursión entomológica y botánica á la montaña de Montserrat*, por don Miguel Cuni y Martorell (1) de que se ha hablado.

De los datos recogidos por naturalistas relativos á la *fauna malacológica*, se desprende:

1.º Que el sitio que más condiciones favorables reúne para encontrar moluscos, es toda la parte de la montaña com-

(1) Se vende en la librería de Verdaguer, Rambla de Capuchinos frente al Liceo, Barcelona.

prendida entre los *Degotalls* y la Cueva de la Virgen, en un sentido, y en otro, desde la ermita de Santa Ana á ambos lados del torrente de Santa María, hasta la rasante del Monasterio, en dirección á Monistrol, por el atajo, extendiéndose por las inmediaciones de dicha villa, pues, según parece, en la base de la montaña existe la *fauna malacológica* más rica.

2.º La *fauna malacológica* de Montserrat, además de presentar un carácter propio que podría llamarse *monserratino*, participa del pirenaico, sobre todo desde donde se halla el Monasterio, hasta la cima, según se puede ver, por los estudios de aquella cordillera. Participa además del carácter del llano de Barcelona, especialmente en la base de la montaña.

Otro de los motivos por los cuales se desea recorrer la montaña es para disfrutar de los diversos y deliciosísimos panoramas que se descubren, no sólo desde los sitios donde estuvieron las ermitas, sino desde los caminos por donde se pasa para visitarlas.

«Las ermitas, dice el P. Reginaldo Poch, dominico, parecen de lejos de imposible subida, á no ser que se verifique por los aires, tal es el aspecto que tienen de nidos de golondrinas, pegados á las peñas, en expresión de D. José Vicente del Olmo. No obstante, aunque son escabrosos los riscos, es la estructura de esta maravillosa obra tan rara, y con tal orden y concierto arreglada, que unas rocas dejan lugar para pasar á otras, interponiéndose algunas para gozar de todas, y finalmente con el auxilio del arte se llega hasta la cumbre.»

No arredrará al viajero la subida á las ermitas, pues además del placer que disfruta la vista, puede dar ánimo al más medroso el ejemplo de personajes distinguidos que las han visitado. El emperador Carlos V, después de recorrido el Monas-

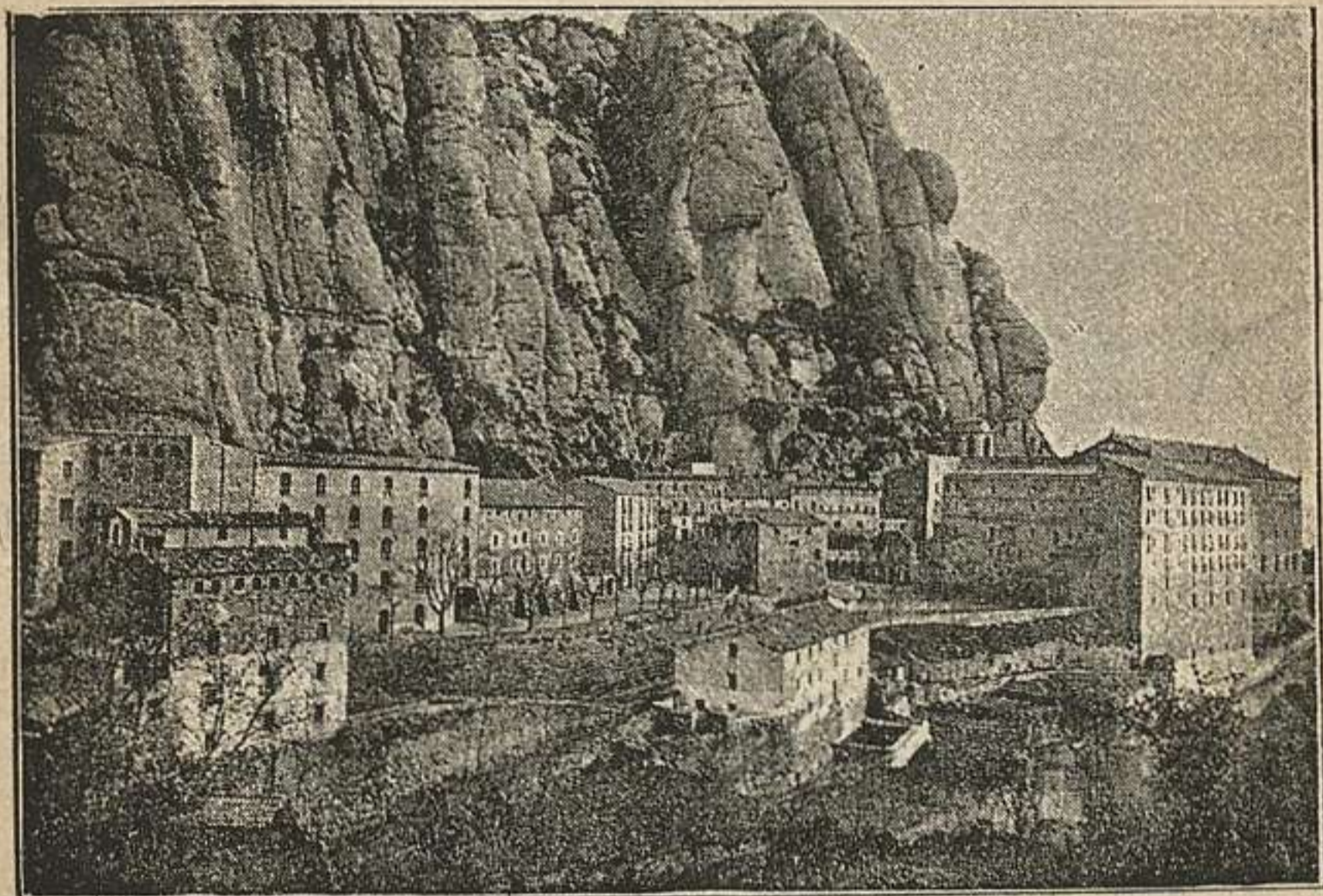
terio, subió á las ermitas. D. Pedro el Ceremonioso, antes de partir á su expedición y mover el ejército para hacer la guerra en el Rosellón, determinó visitar Montserrat, y pasó un día con los ermitaños. Maximiliano de Austria dió un escudo de oro á cada uno de éstos, después de haber visitado sus ermitas. Felipe IV también las visitó. D. Juan de Austria, queriendo imitar á su padre el mencionado emperador Carlos V, pocos meses antes de morir había hecho propósito de terminar sus días entre los ermitaños de Montserrat que había visitado varias veces, como lo confirma una carta de su hija doña Ana de Austria, y últimamente los señores duque y duquesa de Montpensier, como queda dicho, las visitaron también.

El sitio de la montaña que visitan casi todas las personas que van á Montserrat, atendida su proximidad al Monasterio, es

La Cueva de Garín

Está situada, como se ha dicho, en un grupo de rocas que hay encima de la Fuente del portal. No ofrece más particularidad que el recuerdo por la tradición de la vida del anacoreta Juan Garín. Mirada desde el Monasterio parece imposible la subida al sitio donde se halla. Conduce allí una senda no muy larga pero sí bastante accidentada que empieza en el mismo camino de Collbató, á poco trecho del Monasterio, en el sitio donde hay un mojón á mano derecha en el que se lee: *A la Cueva de Garín*. Dando vueltas y revueltas, en un cuarto de hora se llega á la cueva del primer anacoreta que hubo en Montserrat. Poco más de la mitad del camino es cuesta, el resto horizontal. La cueva es una concavidad en la roca, en la cual no se puede permanecer de pié. Está cerrada por una doble reja de hierro, á través de la cual se ve una estatua de pie-

dra medio echada que representa á Juan Garín y una imagen antigua de Nuestra Señora de Montserrat, también de piedra, que había antiguamente en la montaña. Delante de la cueva se plantó una cruz negra sobre una columnita de color ceniciento que indica á la gente, desde el Monasterio, el sitio



donde está. Desde la pequeña plazoleta que hay delante de la cueva, se descubre muy bien todo el Monasterio á vista de pájaro, se oye lo que se habla en sus plazas, balcones y ventanas, y los peñascos de en frente repiten la voz en varios ecos, de tal suerte que un simple escopetazo produce, al poco rato, el efecto de varios tiros seguidos de fusilería.

Como el camino antiguo, aunque muy escabroso, que había por encima de la fuente del portal ha desaparecido, el regreso se hace dando el mismo rodeo que á la salida.

Sin entrar al Monasterio se puede visitar

La Cueva de la Virgen

En el sitio en donde fué hallada la Santa Imagen se construyó una pequeña iglesia, que descubre el viajero, antes de llegar al Monasterio, en la parte más saliente de la montaña en dirección al Mediodía, al otro lado del torrente de Santa María.

El camino que conduce á la cueva arranca de la misma carretera á unos 20 pasos del portal de la cerca del Monasterio, en el sitio donde hay un mojón con este rótulo: *A la Cueva de la Virgen*. El camino es una vereda de unos 2 kilómetros, construída en 1691 á instancias y á expensas de D.^a Gertrudis de Camporrell y Montserrat, marquesa de Tamarit, que también señaló la renta suficiente para su conservación. Por su excesivo coste le valió el nombre de *Camino de plata*, y no se extrañará esta denominación al recorrerlo; pues á fin de hacerlo practicable tuvieron que cortarse grandiosas peñas y levantarse gruesas paredes y antepechos á cal y canto, de extraordinaria altura y regular amplitud, pues la parte más estrecha es de 1'40 metro.

Es un camino muy bien acondicionado que serpenteando y costeano las fragosidades del precipicio inmenso que se abre á sus piés, conduce al viajero, sin riesgo alguno y casi sin fatiga, en menos de una hora al Santuario de la Cueva. El trayecto es delicioso, y desde los diversos recodos de la hondonada que se sigue pueden contemplarse variadísimos puntos de vista, siempre con la corriente rumorosa del Llobregat bajo los piés y los gigantescos conos de la montaña en lo que parece pegada la inmensa mole de la iglesia y Monasterio, cerriéndose pavorosamente sobre la cabeza del viajero.

Una pequeña parte de este camino es el del atajo de Monistrol, que se deja á la primera revuelta, donde hay un mojón que indica dicho atajo.

El camino que antes de 1691 se seguía, partía del Monasterio, tomando por la *Escala de los monjes* junto á la capilla de los Apóstoles, seguía por la *plana ó solano de los pinos* (*soley*



Cueva de la Virgen

dels pins), entre E. y S., continuaba por las cuevas roñosas (*covas ronyosas*), atravesando, y como ahora el torrente de Santa María, subía hasta al camino actual, más allá de la vertiente de las aguas que bajan de San Miguel. Después del

hallazgo de la Santa Imagen se edificó allí como memoria una capillita.

Esta permaneció hasta el año 1631, en que la mencionada señora marquesa de Tamarit mandó construir á sus expensas el edificio actual, no tal como está ahora, sino tal como estaba antes del incendio de 1811.

Como desde entonces hasta el año 1857 iba arruinándose, al iniciar la restauración los duques de Montpensier, empezó aquélla por este edificio, conservándole su primitiva forma. La traza es casi de cruz griega con su cúpula ó media naranja y crucero correspondientes. El altar, aunque pequeño, era antiguamente de finos mármoles y jaspes de diferentes colores, de cuya materia estaban también labradas las gradas y el frontal.

Tiene una sacristía y habitación muy capaz, que comunica con un claustro con su cisterna, además de otras dos que hay, una en la parte exterior, frente á la puerta de entrada de la capilla, con un cántaro de cobre para que puedan beber agua fresca cuantos van á visitar la cueva. Hay varias dependencias de servicio y una bonita huerta, sostenida por gruesas paredes. Al extremo de esta huerta se percibe muy bien un eco de dos repeticiones.

Desde 1705 hasta 1811 que fué incendiado el edificio por los franceses, vivió de continuo un padre monje, para la celebración de una misa rezada diaria, que fundó en el altar de la cueva la mencionada marquesa de Tamarit, quien había empleado 60,000 ducados en dicha obra.

El edificio se presenta exteriormente formando cuatro cuerpos cobijados por una enorme roca. En la restauración se dió al edificio estilo románico. Ante todo se construyó la portada de la pequeña iglesia de mármol blanco, extraído de la misma montaña en el término de Marganell, donde se hallan las canteras. Se quitó un balcón impropio del sitio que ocupaba; se construyó el cimborio con su linterna en la cual se colocaron

pequeñas vidrieras de colores que con sus luces y las de los tres ojos ó pequeños rosetones han sustituido á la blanca claridad que entraba por dicho balcón, mejorando la severidad de la capilla.

El plano de esta construcción conserva la forma de cruz, cuyo brazo principal no tiene ninguna decoración, por formar lo la peña viva del sitio donde se encontró la Santa Imagen y viene á ser pequeño presbiterio.

Por altar hay un bajo relieve en mármol de Carrara, fijado en la tosca pared, que representa el acto de encontrar la Santa Imagen, en aquel mismo sitio, Gundemaro, obispo de Manresa y Vich. Encima de este bajo relieve se ha colocado una hermosa copia en mármol de la Santa Imagen, con dos ángeles, uno á cada lado, del mismo mármol. La mesa del altar es también de mármol. En la pared de uno y de otro lado del pequeño presbiterio se ven otros dos bajos relieves, por el mismo estilo que el central, también de mármol, obra todo del escultor Cerdá. Estos dos bajos relieves representan: el uno, la aparición de las luces á los pastores, y el otro, la procesión para conducir la Santa Imagen á la Seo de Manresa. La desnudez misma de la roca viva, habla mejor á la mente de los visitantes, que cualquiera inscripción que refiriese la invención de la Santa Imagen.

Las paredes, bóveda y cúpula de la capilla están ricamente pintadas al policromo y doradas al estilo bizantino, por el artista de Manresa D. Benito Cabanes, según los planos de restauración del mencionado arquitecto D. Francisco de Paula de Villar. En el anillo de la cúpula se lee: *Nigra sum, sed formosa filia Jerusalem.* (Aunque negra, soy la más hermosa de las hijas de Jerusalem), según se lee en la Biblia. En los adornos de la pintura campean emblemas y versículos de la Letanía lauretana, hábilmente combinados sobre fondo oro. En la cúpula y en las bóvedas está perpetuada por estrellas doradas la lluvia de luces que indicaron á los pas-

tores el sitio donde estaba escondida la Santa Imagen.

Por el brazo de la cruz que viene frente á la puerta de entrada, se pasa á la sacristía y al patio ó pequeño claustro, decorado con ocho columnas románicas. La cisterna antigua está reformada y también los dormitorios y el salón de la parte interior.

La capilla tal como se halla es digna de ser visitada por cuantas personas van á Monserrat.

La restauración quedó terminado el año 1864, y el día 11 de Setiembre la bendijo solemnemente el Abad P. Miguel Muntadas; se colocó en el altar la sagrada ara, el P. Benito Caño, individuo de la Comunidad, que ha sido muchos años sacristán y ha muerto hace poco tiempo, celebró misa solemne, después de la cual el Abad dió la bendición abacial y la Escolanía cantó la *Salve*. Asistieron á este acto el Presidente del Consejo provincial de Barcelona, delegado al efecto por el Gobernador de la provincia, el Abad, un diputado á Córtes, un diputado provincial, un concejal del Ayuntamiento de Barcelona, el vicepresidente de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos, el arquitecto del Monasterio Sr. Villar, el secretario de la Junta de restauración y el notario D. Cayetano Anglora que levantó acta de la inauguración (1).

Después de la restauración, el Monasterio reanudó la antigua costumbre de tener allí por turno á uno de los monjes, con el servicio necesario, á fin de que los fieles pudiesen oír misa todos los días y recibir los santos sacramentos en la capilla de la cueva. Por la tarde se reza todos los días á hora fija el rosario y se practican los ejercicios de la visita por el padre que está de turno ó por el hermano lego que le acompaña. Cuando la concurrencia es regular, en los días festivos, el padre monje hace una corta plática. La Comunidad y la Esco-

(1) El Papa Pío IX concedió indulgencia plenaria á las personas que visiten la cueva.

lanía bajan á la cueva en ciertas festividades y cantan oficio solemne. También se canta de devoción por los escolanes, cuando la piedad de algún devoto lo costea. Para estas funciones hay en la capilla de la cueva un armonium de excelentes voces.

Los aficionados á contemplar las formas extraordinariamente caprichosas de la montaña hallarán en frente, al otro lado del torrente de Santa María, hacia el Norte, algo más bajo del nivel de la cueva y mirado desde ésta, un grupo de rocas que la alucinada fantasía les hará parecer una reunión de figuras tan grotescas, que más que peñascos naturales parecen pican-tes dibujos salidos del lápiz de algún chispeante caricaturista, en las que aparece una á manera de mono con gorra de pelo.

Aunque desde la Cueva de la Virgen se puede bajar á las grandes cuevas que hay en el interior de la montaña, con entrada por Collbató, ningún turista sigue este camino, por ser muy angosto y peligrosísimo, siendo indispensable salvar despeñaderos espantosos.

Al salir de la capilla, á pocos pasos de la verja inmediata á la cisterna exterior, empieza una senda, que pasando por debajo del arco del edificio y dirigiéndose hacia el S. conduce, siempre, subiendo al camino de Collbató, cerca de la capilla de San Miguel. Este camino, según queda dicho anteriormente, siguió el obispo de Manresa y Vich y su comitiva, cuando sacó la Imagen de la Cueva en el año 880, y por esto, convenientemente arreglado pasó la procesión la víspera de la fiesta del milenario en 1880. Sin embargo es preferible regresar por el mismo camino de ida, y visitar las ermitas y las cuevas partiendo del Monasterio. Por otra parte en el Monasterio se encuentran caballerías á propósito.

También se encuentran para ir á la Cueva de la Virgen. Los vecinos de Collbató las proporcionan y al efecto han constituido una sociedad que tiene establecidos los precios siguientes:

Viaje á la Cueva de la Virgen ó á Santa Cecilia 3 pesetas y 3'50 con sillón.

Viaje á San Jerónimo 6 pesetas.

Viaje de Collbató al Monasterio ó viceversa, 4 y 4'50 pesetas.

Viaje á San Miguel, 2 pesetas.

Viaje als Degotalls, 2 pesetas.

En los precios á que esta tarifa se refiere, están comprendidos los guías y los que se indican para las excursiones es por ir y volver comprendido, excepto al viaje de Collbató que es únicamente ir ó volver.

El despacho de las caballerías se halla en una casilla inmediata á la *Fuente del portal*.

San Miguel

Esta capilla se encuentra en el camino de Collbató, al SO. del Monasterio, desde donde se descubre perfectamente. Es de moderna construcción por haber sido derribada la antigua en la guerra de la Independencia para que no perjudicara, según se dijo, la fortificación de Montserrat. La nueva capilla se reconstruyó en 1870, siendo Abad el P. Miguel Muntadas, conforme á los planos de estilo, más ó menos románico, del arquitecto señor Villar, sobre los cimientos de la antigua, que lo era mucho, levantada en el sitio donde estuvo edificado el templo de Venus cuando la dominación romana. De la antigua capilla de

San Miguel no se conserva más que el tronco de la Imagen titular, que un incendio acaecido en un bosque de aquellos alrededores en 1861, dejó al descubierto, y se guarda en el Museo del Monasterio.

Desde la destrucción del templo de Venus, quedó San Miguel considerado patrón de la montaña, por lo que se cree que la primitiva capilla de San Miguel fué la primera que se construyó, y por consiguiente se cree anterior á la de San Acisclo y Santa Victoria.

Las únicas noticias arqueológicas que se tienen de la capilla de San Miguel son: que en el año 999 los vizcondes de Barcelona Udalaro y Riquilda hicieron donación de ciertas tierras á la capilla de San Miguel, la que, reedificada, consagró el obispo de Barcelona, Guislaberto, en 14 de Junio de 1042, con asistencia de los mencionados vizcondes, cuyos sucesores la cedieron en 1090, con todas las tierras al Monasterio de Montserrat.

En 1211 Guillermo de Montserrat y su esposa Beatriz cedieron á la Santísima Virgen las pretensiones que tenían á la cuadra y dependencias de San Miguel.

Algunos escritos dicen que esta capilla era la capilla del castillo de Otger ú Otgario, uno de los cinco que en tiempo de la reconquista había en la montaña.

En esta capilla hicieron vida solitaria dos varones virtuosos, llamado el uno Transuario, y el otro Guarino, que fueron admitidos por los mencionados vizcondes en 15 de Setiembre de 1069, quienes les hicieron donación de tierras y otras posesiones para su sustento.

La capilla actual fué bendecida solemnemente en 29 de Setiembre de 1870, cantándose por la Comunidad y Escolanía, Misa solemne, con asistencia de mucha concurrencia, pues en aquella época, en que reinaba en Barcelona la fiebre amarilla, se habían refugiado en Montserrat muchas familias fugitivas de la capital, y los monjes les habían dado alber-

gue, como lo hacen siempre que aflige al país alguna epidemia.

En el sencillo altar se colocó una bonita imagen del Santo Arcángel, y todos los años el día de la festividad de San Miguel se celebra la fiesta con oficio y asistencia de los monjes y la Escolanía.

Frente á la capilla se alza una cruz de las llamadas de término, sobre una gradería poligonal, en cuyos escalones suelen sentarse los que suben á pié desde Collbató, ó bajan cansados de recorrer las ermitas. Es aquel un sitio delicioso, con vegetación abundante, que muchas familias aprovechan para comer al aire libre.

Crece allí la *etalina dubia*, *collumna vulgaris*, *juniperus phoenicea*, *oegilops ovata*, *cistus albidus*, *silene saxifaga*, *jasonia glutinosa*, *lapenaria ocimeides*, *dorycniun grecele* Jord., *prunus spinosa* L., *rosa conina* y *ocipleurum fruticosum*. Frente á la capilla hay un pequeño depósito de agua no muy limpia, y algo más hacia Collbató se conserva, aunque muy cegada y llena únicamente en épocas de lluvia, la antigua *Balsa de San Miguel*. Pasada una revuelta se encuentra otra en la cual hay dos caminos separados unos cien metros. El de la derecha conduce á las ermitas como lo indica el mojón allí fijado, y el otro es el primitivo de la Cueva de la Virgen. A muy pocos metros se encuentra una explanada desde la cual se descubre un hermoso panorama de E. á S., en el que la vista abarca en un cuadro encantador las importantes ciudades de Sabadell y Tarra-sa, todas las poblaciones del bajo Llobregat y parte de las del Panadés. Es una pequeña excursión que puede hacerse con bastante comodidad, á pié, en poco tiempo desde el Monasterio, sin cansarse.

A cosa de un tiro de fusil de la capilla de San Miguel, hacia el Llobregat, hay unos horrorosos despeñaderos que van descendiendo casi verticalmente hasta servir de margen al río. En uno de los sitios más ásperos de estas rocas se plantó años

atrás una cruz y una barandilla de hierro para que se pudiese contemplar sin el menor peligro tan horribles precipicios. La senda para ir desde el camino de Collbató á dicho sitio es buena y llana y empieza en las revueltas que preceden á la capilla de San Miguel. El punto de vista es deliciosísimo, y vale la pena ir á contemplarlo.

Tres son los caminos por los cuales se pueden visitar todas las ermitas. Uno de ellos es el llamado *La escala dreccha* ó (*Escala dreta*). Está junto á los aposentos de San Plácido, detrás del claustro gótico. Como está labrado en uno de los canales de las peñas, de lejos parece inaccesible. Consta de 660 escalones labrados con harto trabajo y lo menos mal que se pudo en la viva roca; tiene un pasamanos, que antes era de madera y ahora de hierro, para afianzarse. Se construyó esta escalera en 1499, costando solo los jornales más de 200 ducados. Como uno de los extremos se halla en una peña que está encima del huerto de los Novicios, inmediato á los mencionados aposentos de San Plácido, no se puede utilizar la *Escala dreta* sin entrar en la clausura. Desde el sitio donde paran los coches frente al despacho de los aposentos se ven algunos escalones y el pasamanos de hierro. En veinte minutos se sube por este camino hasta la ermita de Santa Cruz. Por él subieron á visitar las ermitas los monarcas Rodolfo II, Felipe II, Felipe III y otras personas distinguidas, afianzadas en que no hay memoria de que se haya experimentado la menor desgracia en tanto peligro.

El segundo camino empieza en la plaza de la fuente del Portal, hacia al N.O., subiendo siempre y siguiendo la garganta del arroyo llamado *Torrente de Santa María* y por los antiguos *Vall Mala*, nombre que se le dió, según unos, por lo

fragoso del terreno por donde pasa, desde lo más elevado de de la montaña, y dando elevadísimos saltos, dirigiéndose unas veces por un verde lecho y otras encajonado entre la angostura de las rocas, va á parar al Llobregat, de suerte que en los días de lluvia se desvían las aguas formando variadas cascadas á cual más encantadoras y pintorescas. Según otros, se dió antiguamente á este torrente el nombre de *Vall Mala*, porque era preciso atravesarlo para ir al castillo de Otgario, sito, según se ha dicho, en la cuadra de San Miguel.

Este torrente de Santa María divide la montaña en dos secciones, meridional la una y septentrional la otra, á las que los ermitaños, recordando las soledades de Egipto, donde se retiraron del mundo los primeros cenobitas, dieron el nombre de Thebas á la primera, y Thebaida á la segunda. A la cumbre de la montaña, donde se halla la ermita de San Jerónimo, se le dió el nombre de Tabor, como recuerdo del monte de la Transfiguración de Jesucristo.

Cuando perdió Montserrat su jurisdicción eclesiástica *verevnullius*, después de la exclaustación de 1836, el torrente de Santa María fué el límite de las diócesis de Barcelona y Vich, pasando á ésta la Thebaida, y á la de Barcelona la Thebas, de suerte que el Monasterio, Santa Cecilia y Monistrol fueron de la diócesis de Vich, y la Cueva de la Virgen, Collbató y el Bruch de la de Barcelona. En 14 de Julio de 1873, el Papa Pío IX, por la Bula *Quæ diversæ*, dispuso que toda la montaña de Montserrat y pueblos mencionados estuviesen sujetos á la mitra de Barcelona, como así se hizo, en el episcopado del que después fué cardenal Lluch, arzobispo de Sevilla.

Siguiendo este camino, que es una vereda abierta en la viva peña, por el que es de todo punto imposible ir en caballería, subiéndose muy á menudo escalones desiguales, en forma casi espiral, desde una de las más estrechas y largas gargantas del monte, se descubre, entre horrendos precipicios todo el Monasterio á vista de pájaro y pasando por una hendidura de dos

gigantescas rocas, en la que no hay más paso que para una persona, no muy gruesa, única que dejan las peñas llamadas *Estrecho de Gibraltar*, se llega á un delicioso y fértil valle, rodeado de montañas y exuberante vegetación. A la derecha de este valle se ve la ermita ó mejor se ven las ruinas de la ermita de



Santa Ana

Dejando á la derecha el camino que dirige á otras ermitas de la Thebaida más inmediatas al Monasterio, siguiendo de frente, se llega á Santa Ana. Esta ermita servía de parroquia á las otras doce. El sitio donde se edificó se halla falto de vistas por estar rodeado de peñascos. Era bastante espaciosa.

Las paredes las batían mucho por los vientos y aumentaba su soledad el rumor de los árboles agitándolos como en continuos remolinos. El torrente de Santa María, que pasa á sus piés, y el continuo arrullo y gorjeo de los pajarillos, hace agradable el sitio.

Fué construída en el año 1498 por el abad Cisneros, trasladándola del sitio donde estaba, como á unos 600 pasos de distancia, á la parte del Mediodía, para mayor comodidad de ermitaños y peregrinos, puesto que, como estaba en un llano frente una encrucijada, servía de lugar de descanso y guía á los que de otra suerte les hubiera sido fácil extraviarse. Contribuyó á costearla la infanta D.^a Juana Angela de Aragón, hija de D. Fernando el *Católico*, que casó con D. Bernardino de Velasco, condestable de Castilla.

Como todas las demás ermitas, tenía recibidor, oratorio, pieza de retiro, cuarto con alcoba, museo, estudio y retrete, comedor, cocina, cisterna y huerto ó jardín. Hoy todas estas habitaciones no son más que un montón de escombros de inestimable precio, por los importantes recuerdos históricos y sublime grandeza religiosa que encierran; ruinas venerandas que no podrá extinguir jamás la mano de los hombres, porque el tiempo las ha encarnado en un monumento imperecedero; en un montón de ruinas también, pero de ruinas de los más grandes prodigios de la creación, de obras que ha podido improvisar en un instante el soplo del Divino Hacedor.

En la capilla de esta ermita, algo mayor que las demás, se conservaba reservado el Santísimo Sacramento. Había un pequeño coro con trece sillas que ocupaban, en los días que se reunían, los ermitaños (1).

Según un curiosísimo manuscrito que se conserva en el Ar-

(1) En un códice que existe en el Archivo, en el cual están continuados los inventarios de todas las ermitas, se lee: «— Muebles: Una mesa, un banco, una arca, una silla de madera, una cama de cuerdas, un azadón, un martillo, unas tenazas, una sierra, dos candeleros

chivo del Monasterio, la vida eremítica se practicó en Montserrat desde los primeros siglos del cristianismo, como San Magín la practicó en Brufagaña, el rey de Borgoña San Segismundo, en Montseny, y otros ermitaños en distintos puntos de Cataluña. Sin embargo, hasta el siglo xv no adquirió regularidad y organización. Según Serra y Postius, hasta que los monjes de Ripoll ocuparon el Monasterio de Montserrat no se tiene noticia de que hubiese hecho vida cenobítica en Montserrat más que Juan Garín (1). Podrá haber habido otros ermitaños, mas no en las iglesias esparcidas por la montaña.

El abad García de Cisneros quiso, que así como en el Monasterio había religiosos que generalmente se ocupaban en la vida activa, hubiese también en distintos puntos de la montaña otros, cuyo principal instituto fuese el rezo y la alta contemplación de las verdades eternas, para suplir en algún modo, la falta de este deber religioso impuesto por el Supremo

de hierro, un cántaro de cobre, una olla, dos cazuelas, una estaca.—Objetos de la capilla: Dos retablos pequeños, tres frontales de varios colores, dos casullas de idem, cáliz y patena, dos albas y cíngulos, tres amitos y tres corporales, un misal, cuatro candeleros de bronce, un crucifijo de pincel, tres campanas, dos areas, un reclinatorio, un cuadro de San Pablo, Nuestra Señora de bajo relieve.—Libros: *Espejo de Consolación*, *Idem sobre oración mental*, *Padre Lopuente*, *Padre Rodríguez*, *San Juan Climaco*, *Jornadas para el Cielo*, *Compendio de Sumas*, *Ejercicios del V. P. Cisneros*, *El reino de Dios*, del Padre Sánchez, *Obras del Padre Blosio*, *Guía de pecadores*, por Granada, *Kempis*, un Juego de *Breviarios* y un *Discurso* antiguo.

(1) No deja de ser notable la siguiente coincidencia: Juan Garín (en catalán Garí), fué el primer anacoreta de Montserrat, y el último de los ermitaños profesos que habitó en la montaña, y que por motivo de la exclaustación de 1835, se había retirado á Barcelona, donde murió en Diciembre de 1836, en las inmediaciones de la iglesia parroquial de Santa María del Mar de la misma ciudad, se llamaba Padre Juan Galí, nombre y apellido muy semejante á los de Juan Garí. Había habitado en la ermita de San Salvador, y era persona muy conocida y amiga del autor de este libro.

Hacedor á todo sér racional, que muchos olvidan y hasta desprecian de la manera más degradante para la humanidad.

El P. Fr. Juan Serra fué el primero que en 24 de Diciembre de 1493 profesó bajo el nuevo método de vida que se observó hasta la exclaustración. Este religioso, que no hablaba sino por necesidad, murió en 9 de Febrero de 1494.

Los ermitaños vestían hábito pardo con manto negro hasta las rodillas y capuchón, llevaban larga la barba y rasurada la cabeza, tal como se suele pintar á San Antonio Abad. Eran verdaderos monjes benedictinos, no sacerdotes por regla general, pero sí profesos y obligados á los tres votos solemnes de co-umbre, y además á un cuarto voto que hacían de no abandonar jamás la montaña de Montserrat. Antes de instalarse en la ermita pasaban un año de noviciado en el Monasterio, como los demás monjes. Durante este tiempo se les instruía para el género de vida que iban á abrazar. Después del noviciado continuaban aún algunos años en el Monasterio, dedicándose á la oración, al servicio de los enfermos y á otros oficios manuales, mientras aguardaban ermita vacante.

Cuando la había, el Abad enviaba á ella al pretendiente más antiguo de los que esperaban turno. A los ermitaños más ancianos se destinaban á las ermitas más inmediatas al Monasterio y los más modernos ocupaban las más lejanas.

Instalado el ermitaño en su ermita, estaba sujeto á un reglamento especial que le distribuía todas las horas del día y de la noche, alternando el trabajo corporal y las ocupaciones espirituales con el descanso, la alimentación y el recreo. Los ermitaños comían siempre de vigilia, y con tanto rigor les estaba prohibido el uso de carnes, que ni á los seglares que accidentalmente se encontrasen en las ermitas, aunque fuesen elevados personajes, les era permitido aderezarlas ó comerlas en el recinto de una ermita. Cuando el ermitaño caía enfermo lo bajaban los demás ermitaños á la enfermería del Monasterio, y allí podía tomar toda clase de alimentos por orden del

médico y nunca sin esta autorización. Ayunaban diariamente desde el 13 de Setiembre hasta Pascua de Resurrección y lo restante del año tres días á la semana, y como es natural hacían todos los ayunos generales impuestos por la Iglesia.

No podían los ermitaños admitir seglares en su ermita, sin permiso especial del P. Abad, quien nunca lo concedía á las mujeres. La capilla sin embargo era pública y por consiguiente tenían en ella libre entrada ambos sexos. En la capilla se celebraba misa el día del santo titular de la ermita.

En la de Santa Ana, que era algo mayor por ser parroquia de los ermitaños, como queda dicho, acudían éstos para oír misa y recibir los Santos Sacramentos. Al efecto, cada ermitaño salía de su ermita antes de amanecer, con su linterna en la mano ó á la luz de la luna. Concluído el acto parroquial volvíase cada cual en silencio á su respectiva ermita.

Ciertos días el P. Vicario les hacía una plática, otros se celebraban funerales por los hermanos difuntos, y en los de rogativas hacían desde allí sus procesiones, llegando hasta descubrir el Monasterio, y cantaban la *Salve*, antes de regresar á la capilla de Santa Ana.

Los ermitaños vivían absolutamente solos, cada cual en su ermita. El P. Vicario tenía en Santa Ana un lego para el servicio del altar y para enviarlo con los encargos al Monasterio, ó á las distintas ermitas.

Acudían los ermitaños á la ermita de Santa Ana, los jueves y los días festivos á confesarse, á oír misa y á recibir la Sagrada Comunion.

Había en cada ermita una campana que el ermitaño tenía obligación de tocar á las dos de la noche, antes del rezo de maitines, y venía á ser el *centinela alerta* de aquellos soldados de la penitencia y de la oración, pues cada ermitaño estaba obligado á atender al toque de la campana de sus vecinos y corresponder á él con la suya. De esta manera se venía en conocimiento de cualquiera novedad en la salud que

pudiese acaecer al solitario durante la noche. El ermitaño que á la hora competente no hubiese oído el toque de la campana de su compañero estaba obligado al amanecer á acudir con presteza á la correspondiente ermita, averiguar la causa del silencio y dar parte inmediatamente al P. Vicario si ocurriera alguna novedad.

La campana de la ermita se tocaba también al toque de oración de la aurora, al del medio día y al del anochecer y á las horas señaladas para el rezo del Oficio divino, que el ermitaño debía cumplir como los monjes en el coro. De esta manera toda la montaña venía á ser como un vasto Monasterio. De uno á otro valle, de una á otra peña devolvíanse los ecos del tañido de las solitarias campanas.

Además del rezo y lectura espiritual, ocupábanse los ermitaños en el trabajo manual á que les obligaba la regla de San Benito. Cultivaban con esmero el huertecillo ó jardín adosado á la ermita; atendían al buen estado de los caminos y veredas de que estaba cruzada la montaña hasta en sus pasos más difíciles y que hoy por falta de tan laboriosos guardianes, se hallan otra vez, en varios puntos incultos y escabrosos; cuidaban de la vegetación; construían arrimaderos y pretiles de pared seca al borde de los grandes precipicios; y labraban escalones en la peña viva donde los hacía necesarios la aspereza del sitio. Así convertían tan escabrosa montaña en una especie de parque *sui generis* del Palacio de la Madre de Dios.

Recibían bondadosamente en el recinto no prohibido á las personas que visitaban la montaña y les daban cuantas explicaciones pedían, á vuelta de sabios y cristianos consejos; les ofrecían fresca y cristalina agua de sus cisternas y asientos para descansar de las fatigas del camino, y les guiaban para que pudiesen contemplar las bellezas de la naturaleza. A horas perdidas labraban los ermitaños crucecitas de boj y otros objetos que daban como recuerdo á las personas que visitaban las ermitas, y á estos objetos los Sumos Pontífices concedían muchas indulgencias.

En las principales festividades del año bajaban los ermitaños al Monasterio; asistían á las funciones y tomaban parte con los monjes en todos los actos de la Comunidad. Después de haber asistido á la función y comido en el Monasterio, regresaban en silencio á sus ermitas. También bajaban al Monasterio en los entierros de monjes ó ermitaños. A éstos le hacían iguales exequias que á aquéllos, con gran solemnidad.

Entre los ermitaños de Montserrat han hecho solitaria vida cenobítica personas de esclarecido linaje y elevados empleos que, abandonando el mundo escogieron aquel género de vida para asegurar la eterna mediante la oración y los santos ejercicios en que se ocupaban.

El escritor Piferrer dedica en su obra *Recuerdos y bellezas de España* una página llena de poesía á los ermitaños de Montserrat: «Al pisar, dice, el umbral del ermitaño de Montserrat, nuestros antepasados miraban con admiración la santidad, beatitud y mansedumbre que por entre las huellas de las vigiliass y ayunos, aquellos rostros inspiraban. Orar y trabajar, esta era su vida...

»Desde aquella casucha, desde aquella pelada roca asistía á las escenas más importantes de la naturaleza.

»¡Qué ideas de Dios, de la inmensidad, de la vida eterna debían de tener los solitarios de Montserrat!

»¿Cómo no pensar en Dios, cuando les rodeaban sus maravillas? ¿Cómo no abismarse en la inmensidad de Dios, cuando sobre sus cabezas encorvábbase inmensa é infinitamente la bóveda de los cielos; cuando contemplaban el curso ordenado de los astros, tan pequeños para aquella grandeza como una nubecilla para la atmósfera? ¿Cómo no sentirse inspirados, cómo no cantar al Señor, cuando á su alrededor se formaban tempestades; cuando mil ecos repetían el retumbo del trueno estremeciendo aquellas moles grandiosas, que aparecían envueltas en el fuego de los relámpagos; cuando la negra nube desde allí descendía y se extendía como un mar por la llanu-

ra, robando á las ciudades y á los campos la luz del sol, que brillaba entre tanto más pura para el hombre de Dios?»

En el códice del cual se ha copiado el inventario de una ermita, hay continuadas noticias de varias obras notables escritas por eruditos ermitaños de Montserrat en su soledad cenobítica. Entre otras, cita las del ermitaño Fr. Alonso de Burgos, que hizo vida anacorética durante veintisiete años en Montserrat, y fué visitado y varias veces consultado por Felipe II. Escribió en su ermita un *Tratado de la inmortalidad del alma*; otro de la *Vida solitaria*; otro *El Santísimo Sacramento*; otro de *Loores de la Reina del Cielo*; otro de *Las tres virtudes teologales*; otro de *Religión*, que fué impreso en Barcelona en 1572; otro de los *Beneficios de Dios*, muchas veces reimpresso; otro de la *Preparación para la muerte*. La de este ermitaño acaeció en dicho año 1572, en universal opinión de santidad.

El ermitaño Fr. Ciriaco Pérez dejó escritos un tomo de *Ejercicios espirituales*, que fué impreso en 1614; un *Tratado de oración mental*, que se reimprimió.

Fr. Alonso Vélez escribió una obra titulada *El matrimonio espiritual*, impresa en 1502.

Otro ermitaño escribió la famosa obra *Silva allegoriarum Sacræ Scripturæ, mysticos ejus sensus et magna ex parte literales complectens*. Era perito en griego y en hebreo. Su obra se imprimió varias veces; la primera en Barcelona á expensas del Monasterio de Montserrat, en 1570. Se reimprimió en Venecia en 1575, en París en 1583 y en Colonia en 1630.

El P. Fr. Guarino, sacerdote francés, primero monje y después ermitaño, por los años de 1630 escribió: *Vida y milagros del patriarca San Benito*; *Historia de las órdenes religiosas*, en folio; *Casos de conciencia*, con sus resoluciones, en folio; *Obras de Séneca*, traducidas al castellano; *Origen, descendencia y nombres de los Sumos Pontífices, Emperadores, Reyes y otros Príncipes que ha habido desde Adán hasta 1627*, curiosa enci-

clopedia biográfica, en folio; *De las jurisdicciones del Real Monasterio de Montserrat*; *De memoriales en derecho*; *Catálogo de los Abades, Monjes, Ermitaños y Legos de Montserrat*; *Historia general*, ocho tomos en folio. Escribió además las vidas de muchos monjes y ermitaños, y tradujo del francés varios tomos de historia.

Además, la historia y la tradición ha conservado los nombres y hechos de algunos otros ermitaños de Montserrat que florecieron en virtud y santidad.

En otro manuscrito que se conserva en el Archivo del Monasterio, se hace mención de Fr. Pablo Grech, caballero maltés, quien, siendo teniente general del ejército de Malta, después de muchas proezas en varias campañas y de algunos viajes á Madrid, Londres, París y Barcelona, hizo un novenario de ejercicios espirituales, con el objeto de indagar en qué estado quería Dios pasase el resto de su vida, y terminado se fué á Montserrat y se arrojó á los piés del Abad, pidiéndole con vivas instancias el hábito de ermitaño. Al ser admitido, nada quiso retener de lo que poseía, sino lo preciso para costear la vidriera de colores, con imaginería que hubo en el rosetón de la fachada de la iglesia hasta el incendio de 1811. Cuantas personas visitaban á este ermitaño quedaban edificadas por las penitencias que hacía y encantados de su carácter jovial. Fué ejemplarísimo en todo y murió en opinión de santidad.

Los más célebres personajes de nuestra historia visitaron las ermitas. Carlos V muchas veces, el emperador Maximiliano II, en los años 1548 y 1551, esta última vez con la Emperatriz su esposa; Felipe II con toda su córte, en 1564; el emperador Rodolfo, en 1568; la emperatriz María, esposa de Fernando II, en 1530; Felipe III, en 1599; subió como queda dicho por la *escala dreita*, comió en la ermita de San Juan, las visitó todas y regresó al Monasterio á las nueve de la noche. Felipe IV con sus hermanos las visitó en 1626. D. Juan de

Austria en 1665, manifestando deseos de acabar sus días en una de ellas.

Antes del incendio de 1811, cuando existían aún todas las ermitas y eran habitadas, estaba muy animada la montaña, hoy está desierta y sólo ofrecen las ermitas montones de ruinas por todas partes (1). Para formarse idea exacta de lo que era, es preciso remontarse en alas de la imaginación á aquella época y figurarse real y existente lo que sólo se halla en la historia, y así podrá hacerse un poco superior á las tristes ideas que inspira su estado actual.

En las inmediaciones de la ermita de Santa Ana encuentran espontánea los botánicos la *Lisimbryum alliaria*, la *Pistacia irebinthus* L. el *spartium junceum* y el *Voburnum tinus*.

El tercer camino, por el cual se puede ir bastante cómodamente en caballería (2) hasta la ermita de San Jerónimo, que es la más elevada de la montaña, empieza á veinticinco minutos del Monasterio, á la derecha del camino de Collbató, á poca distancia de la capilla de San Miguel, en el sitio indicado por un poyo de piedra que dice: *Camino de las ermitas*. Empieza en una de las más escabrosas y fuertes pendientes, y se dirige al NO. Ganada la cuesta se va rodeando la parte de montaña que cae sobre la fuente del portal, apareciendo el Monasterio á vista de pájaro por la garganta del torrente de Santa María. Aparece en seguida el valle de Santa Catalina, cuya ermita no se ve por ocultarla unas rocas hacia el O. Antes de bajar á este valle se pueden contemplar, por el orden siguiente los restos de las siguientes ermitas: San Juan y San

(1) Los grabados de las ermitas las representan tal como estaban antes de 1811.

(2) En el despacho de los aposentos en el Monasterio se encuentran todos los días guías con caballerías para visitar las ermitas á seis pesetas por persona, incluso el mozo. Para las señoras hay sillas de montar con sillones. Es preciso avisar de antemano.

Onofre, como clavadas en las colosales rocas de en frente; la de San Jaime, en la roca mayor, de las que en forma de cono se ven desde el Monasterio, que oculta la de Santa Magdalena. En lontananza en la parte más elevada de la montaña se descubre la de San Jerónimo y encima del Monasterio á la otra parte del torrente de Santa María, San Benito, San Salvador, San Dimas, la Trinidad y Santa Cruz, y Santa Ana, en el fondo del valle. La ermita de San Antonio no se descubre hasta la mitad del camino de San Jerónimo, cuando aparece el *Caball-Bernat*.

Al llegar en el fondo del valle de Santa Catalina el camino de San Jerónimo se bifurca, hacia las ermitas de San Juan y San Jaime, y al llegar á ésta vuelve á bifurcarse. Siguiendo el trayecto de la izquierda se va á dicha ermita de San Juan, á la de San Onofre y á la de Santa Catalina. El de la derecha conduce á las ermitas de San Jaime y Santa Magdalena.

El camino que regularmente se sigue para ir á San Jerónimo, prescindiendo de las antes dichas ermitas, se dirige por la vertiente del torrente de Santa María, bajando hasta encontrarlo.

San Jaime

Para llegar al sitio que ocupaba esta ermita, es preciso subir á pié, con no poca dificultad, por las ruinas de unas vueltas y revueltas hechas á cal y canto, cómodas antes y nada peligrosas. Estaba metida la ermita en los huecos de una peña que en gran parte le servía de techo. Tenía un hermoso y espacioso mirador, desde el cual se gozaba de excelentes vistas al E., S. y N. Distante 2,300 pasos del Monasterio, contemplábase éste á verdadera vista de pájaro por horribles despeñaderos. Se oía el órgano y el canto de los monjes en el coro, y hasta se percibían las voces de la gente que hablaba en las plazas.

Desde ésta se descubrían claras y distintamente otras ocho ermitas. Se cree que ésta era una de las más antiguas. Al bajar de esta ermita se pueden visitar las de Santa Catalina, San Juan y San Onofre. Durante esta excursión, la montaña va presentando distinto aspecto. A medida que se va adelantando, subiendo y bajando, según lo accidentado del terreno, y ro-



deando la gran hondonada que se presenta, se va descubriendo por la parte del O. un nuevo y delicioso panorama en el cual se ven los términos de Collbató y el Bruch alfombrados de viñedos y olivares y atravesados por la carretera real de Madrid á Francia por la Junquera, y el bello territorio del Panadés.

La verde vegetación que se descubre en aquella parte de la montaña indica la proximidad de la ermita de

Santa Catalina

Se puede ir á esta ermita antes ó después de visitar las de San Juan y San Onofre, tomando un sendero que hay á mano izquierda. La situación de la ermita de Santa Catalina es la



menos escabrosa de la montaña. Servíale de techo, á casi toda, una peña de poca ó ninguna elevación. Tiene escasos puntos de vista por hallarse situada en un profundo pero delicioso valle, en el cual campea más la frondosidad de los árboles y el verdor de la vegetación por cuyo motivo anidan allí los mirlos, ruiseñores y otras avecillas, que con sus melodiosos gorgoros llamaban la atención del ermitaño, concurriendo con frecuencia á la ermita y obedeciendo á la voz del anacoreta, bajaban á tomar juguetones la comida que llevaba en la boca. Llámase á este valle *La pajarera de Montserrat*.

Ocupándose el Sr. Ponz en su *Viaje de España* de esta particularidad, dice en su Carta V, tomo XIV lo siguiente: «Una cosa experimenté en alguna de aquellas ermitas (las de Montserrat), que me dió infinito gusto: se habían domesticado de tal manera los pajarillos del recinto de ella con el ermitaño, que les llamaba con algunos silbidos particulares, y ellos, saltando de rama en rama, se entraban en la ermita, y tomando después el vuelo pasaban junto á la boca del ermitaño, y se le quedaban el cañamón ú otro cosa que tuviese en sus labios. Yo logré esta misma familiaridad de aquellas graciosas avecillas, y quedé más contento...»

A esta misma particularidad el mencionado obispo de Orense dedica los siguientes versos catalanes:

Los aucellets graciosos
 Viuen alli sens susto ni cuidado,
 Puig veurás que amorosos
 Se posan sobre el muscle ab desenfado;
 Y á escusas de un pinyó que los provoca
 Mil voltas ab lo bech besan la boca (1).

También en unos antiguos gozos se cantaba esta estrofa:

Tretse son vostras ermitas
 Tretse son los ermitans
 Per ser ellas tan devotas
 Los aucells van á las mans (2).

(1) Los pajarillos graciosos
 Viven sin susto y cuidado;
 Veráslos allí amorosos
 Llegarse con desenfado,
 Y al piñón que los provoca,
 Veces mil besan la boca.

(2) Trece son vuestras ermitas
 Trece vuestros ermitaños,
 Por ser ellas tan devotas
 Pájaros van á las manos.

A propósito de las avecillas de Monserrat, el Rdo. D. Juan Martí y Cantó (Q. E. P. D.) en su *Mes lírico de María*, publicó un detenido estudio de más de treinta clases de pajarillos que moran en Montserrat, con su historia y descripción natural y mística, libro que le valió, á más de la aprobación general, el que Su Santidad el papa Pío IX le dirigiese una afectuosísima carta, y le enviase su apostólica bendición.

Los nombres de las avecillas son el verderón, en catalán (verdum), el trepador (trepador), el tordo azul (tort blau), el mirlo (merlot), el tordo roquero ó perdicita (tort roquer), la cogujada ó alondra moñuda (cogullada), la tórtola (tórtora), el gilguero (cadarnera), la alondra de los prados (alosa), el ruiseñor (rossiñol), el pica-arañas ó trepador de muro (pica-arañas), la urraca ó marica (garsa), el gayo (gaig), el estornino (esturnell), el petirojo (pitros), la abubilla ó upispa (puput), el troglodita (troglodita), el verdecillo (gafarró), la perdiz (perdiu), el pico-cruzado (trenca-piñas), el cuclillo (cucut), el martín pescador (martí pescador), el cola rojo (cua-roig), la codorniz (guatlla ó gotlla), el reyezuelo (reyetó), la golondrina (orenetta), el malvir ó vencejo (falsiot), el pardillo (pasarell), la paloma (paloma, colom y coloma), y el pinzon (pinsá) y varias otras.

Además de las aves que cita el Sr. Martí y Cantó se crían cuervos, águilas reales, azores, halcones, gavilanes y otras que por ser de tan extremado vuelo, dice un escritor de Montserrat, son estimados y buscados de los príncipes con gran cuidado. En 1607, en 6 de Mayo, el Abad de Monserrat entregó un nido al falconero de Enrique de Monmorency, par y condestable de Francia. En 10 de Marzo de 1608 entregó otro nido á la duquesa de Birón, madre del gran capitán Birón, par y Mariscal de Francia; los mismos presentes hicieron en este tiempo al príncipe de Condé y al conde de Ancourt.

A un tiro de ballesta, hácia Mediodía, se descubren las ruinas de la ermita de San Pedro, con una buena cisterna, parte labrada en la peña y parte construída de piedra.

Argaiz cree que la ermita de San Pedro fué edificada en tiempo de los godos, cuando entraron en Montserrat los monjes discípulos de San Benito. Esta ermita fué arruinada antes de la reglamentación de los ermitaños, por esto ningún escritor de Montserrat hace mención de ella.

Por las inmediaciones de la ermita de Santa Catalina, pasa el arroyo del mismo nombre, casi igual al mencionado de Santa María que atraviesa por el centro de la montaña. Tiene el de Santa Catalina su origen encima de la peña en cuya concavidad estaba labrada esta ermita y sale al camino real de Madrid á Francia por la Junquera cerca de Collbató, atravesándolo el camino del Monasterio, en la *fuenta seca*.

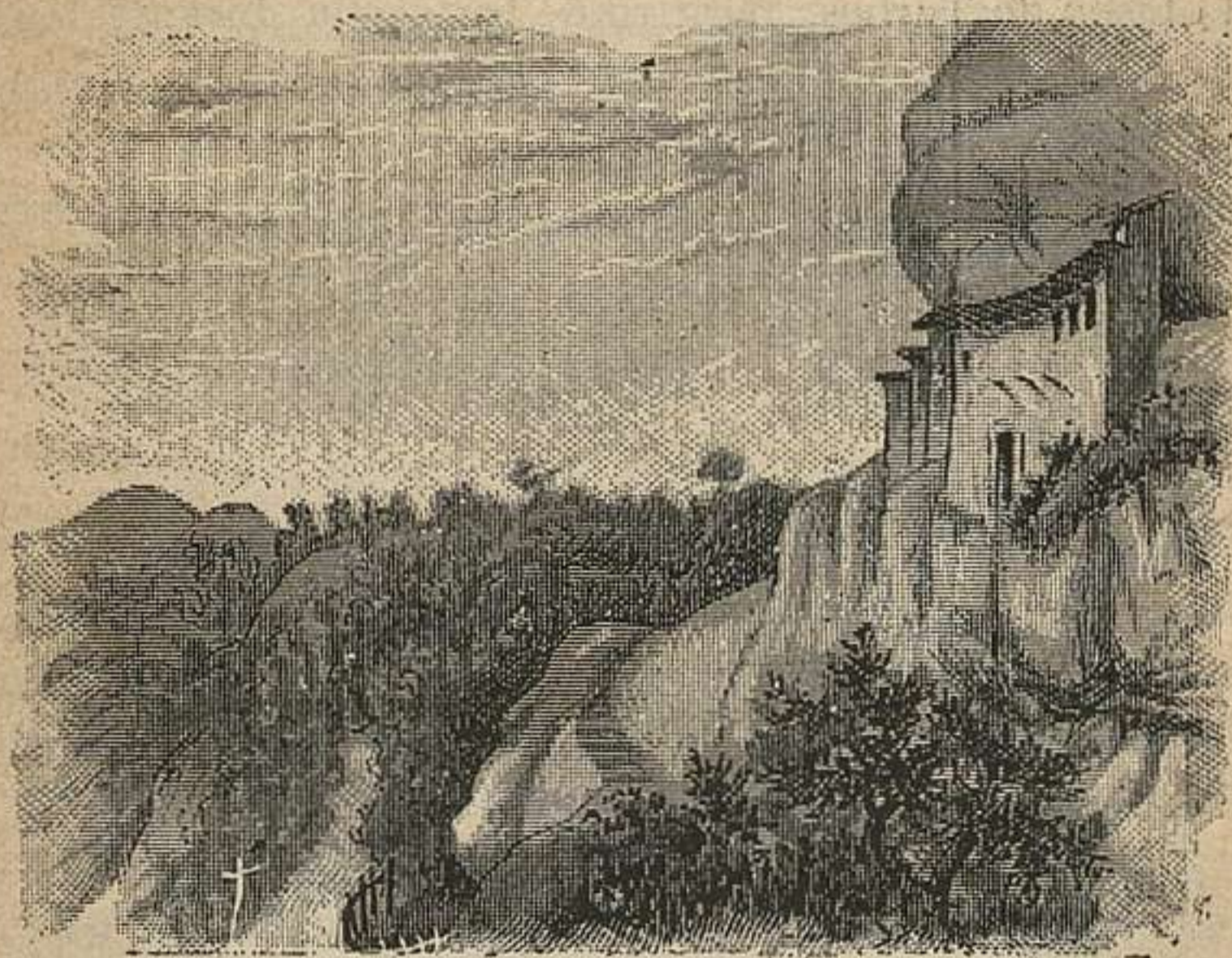
Al regresar de esta ermita para volver á encontrar el camino principal de San Jerónimo, siguiendo la vereda mencionada, aparecen enfrente como clavadas en una grandiosa roca de la cordillera de la montaña, de la parte NO., algo á la izquierda, los restos de dos contrucciones tan atrevidas que parece imposible que mano humana las levantara. Son las mencionadas ermitas de San Onofre y San Juan. Para llegar á ellas es preciso subir por entre las malezas.

San Onofre

Unicamente visitando esta ermita (lo mismo puede decirse de la de San Juan) puede formarse idea cabal de lo raro y extraño de su situación y estructura. Parece pegada á una monstruosa roca perpendicular que le sirve de techo en soberbia elevación de más de 25 metros, la cual parece que ahoga aquella reducida sepultura. Forma la ilusión de una jaula colgada en las rocas, por el extraño aspecto que hoy ofrecen sus ruinas.

No tiene más espacio que el que ocupa su tejado, ni más

vista que á Mediodía, desde donde se descubren hasta las islas Baleares, pues los dos lados de Oriente y Norte les sobrepuja en gran manera la misma peña á que está pegada, y el de Levante le priva la vista un risco. Por causa de las escaleras, no se podía subir á esta ermita ni á la de Santa Magdalena las



provisiones con la acémila ó cabalgadura del Monasterio; de modo que era necesario que los pádres ermitaños bajasen, y tomando su ración, la subiesen por la escalera labrada en la roca. Tenía esta ermita dos cisternas pequeñitas, pero graciosamente labradas en la misma peña.

No tiene ni puede tener sino una entrada por la parte de Levante. Se cree que la fundó el referido Abad Cisneros, pero se ignora el año. Argaiz la pone en el de 1490, pero se equivoca, pues en su misma historia, fol. 173, dice que Cisneros no vino á Montserrat hasta el año de 1493.

Lo mismo de esta ermita que de la de San Juan quedan de

lo que hubo las cavidades que no pudieron quitarse por estar abiertas, según se ha dicho, en la dura roca.

Tan mala como fué la entrada de esta ermita es la salida; continuando la misma escalera por donde se entró, bajando sesenta malos escalones, y luego á doscientos pisos, caminando hacia Poniente, se encuentra la ermita de San Juan.

El obispo de Tarbes, fugitivo de su patria durante los horrores de la revolución francesa, hizo vida solitaria en esta ermita (1) por espacio de muchos años.

Cerca de esta ermita crece espontánea la *Daphne laureata*.

San Juan

Idéntica á la de San Onofre es la situación y angostura de esta ermita, formada con igual simetría que aquella. De 2'50 á 3'50 metros mediaron para no estar contiguas. Se halla esta en el remate de una cordillera de rocas, metida enteramente dentro de ellas, de tal manera, que parte le sirven de tejado, y le sobrepujan por N. y O., teniendo en la parte de Levante un horroso precipicio. Entre esta ermita y su vecina la de San Onofre, hubo en otro tiempo un pasadizo; mas considerando el P. Abad que la vida eremítica exige soledad, con autorización superior, lo mandó quitar. Sin embargo, el precipicio que quedó no impidió por completo la comunicación, pues el ermitaño de San Juan podía mantener conversación desde su

(1) Siendo tan visitado como es el Santuario de Lourdes, en Francia, es preciso hacer constar que en la diócesis de Tarbes se veneró á la Santísima Virgen, bajo la advocación de Montserrat, muchísimos años antes que bajo la de Lourdes, pues en la iglesia parroquial de dicho pueblo, hay en la parte de la Epístola una capilla dedicada á Nuestra Señora de Montserrat, muy antigua, en la que está representada la Santa Imagen con las montañas, el Monasterio y las ermitas. (El autor la ha visto hace pocos años).

ermita, con el de la San Onofre sin moverse uno y otro de la suya y darse mutuamente lumbre desde sus respectivos miradores. Para salvar el profundo precipicio les era preciso andar unos 200 pasos, bajar y volver á subir para ir de una á otra ermita.

Los edificios que las formaban eran relativamente grandes; tenían dos cisternas, casi siempre muy bien provistas; una de



ellas, de piedra sillar, se conserva todavía; encima del arco por donde se saca el agua hay una inscripción que dice:

J. P. MDXCI

Esta ermita estaba muy bien arreglada, por cuanto generalmente la escogían por morada los padres monjes que, habiendo sido abades, resolvían acabar sus días dedicados á la vida contemplativa. No la hacía menos célebre el haberse retirado á ella algunas personas que llegaron á la dignidad pontificia.

Su fábrica era muy buena y con suficiente habitación por la angostura en que se halla, cuya circunstancia no impidió que

en 10 de Julio de 1599, visitando todas las ermitas el católico monarca D. Felipe III, se quedase á comer en ella con lo más lucido de su regia comitiva. Esta ermita tiene buena escalera por entrada, y es algo más espaciosa y capaz que la anterior. Los huertos de estas dos ermitas estaban al pié de la referida peña. Ambas son muy alegres, pues descubren todo el Mediodía hasta el mar. Miradas desde lejos parecen nidos de golondrinas pegados á la peña.

En 1855 se retiró á esta ermita un marino español. Hé aquí cómo extracta un escritor contemporáneo su historia:

«D. Juan José Espinosa, piloto de un buque mercante, naufragó en las costas de Cantabria, y en momentos tan terribles y luchando con las embravecidas olas, hizo solemne voto y formal promesa de consagrar el resto de sus días á la Virgen Santísima, practicando vida penitente en Montserrat. Hecho este voto, Espinosa logró arribar con vida á la playa á pesar de hallarse cubierto de heridas y casi sin aliento. Repuesto de ellas emprendió su camino y llegó mendigando á Montserrat, subió á la ermita de San Juan. Allí encontró tan sólo ruinas; únicamente la cisterna estaba llena. Una gruta abierta en la roca le ofreció abrigo, y cobijóse en ella, y allí vivió siete meses, hasta que con las limosnas que empezó á recoger, con permiso de la autoridad eclesiástica, fué reconstruyendo parte de la antigua vivienda, y en ella pasó largos años en dura penitencia. Un día se le ocurrió á uno de los que le daban limosna hacérsela de un billete de la rifa de los Empedrados de Barcelona, y salió premiado con diez y seis duros, cantidad con que rehizo la antigua cerca y puso puertas á su desmantelada habitación. Una noche le asaltaron ladrones, y á su intimación de darles todo lo que tuviese, respondió con mansedumbre el solitario: «Nada tengo; si Dios y su Madre han dispuesto que muera, estoy conforme á lo que vosotros queráis hacer de mí.» Con lo cual, desarmada la fiereza de aquellos bandidos, le dejaron sin hacerle el menor daño. En la fecha arriba cita-

da sería su edad de unos cuarenta y cinco años, usaba luenga barba y hábito pardo. Era su lecho una estera y su almohada una piedra. Un día desapareció, y nadie ha dado cuenta de él en lo sucesivo.»

Al bajar de esta ermita se retrocede hasta á encontrar el camino de San Jaime y siguiendo una vereda inmediata á una gran roca por entre grandes peñas y elevados riscos, se sube por una escalera de cien peldaños abiertos en la roca y se llega al sitio donde se hallaba la ermita de

Santa Magdalena

Construída en sitio muy pintoresco, entre las rocas llamadas de *Santa Magdalena la vieja*, fué fundada por el Abad García de Cisneros, quien en 1498 la trasladó de 600 pasos de distancia en que se hallaba, lóbrega y poco saludable entre peñas.

Al S. E. y O. tiene excelentes vistas. En la parte N., donde había la capilla, se levanta una roca altísima y escarpada y junto á ella, por una pendiente rapidísima, se descubre el Monasterio, percibiéndose muy bien en un día claro y sosegado las palabras proferidas en su entrada ó en la plaza, como desde la ermita de San Jaime.

Dos son las salidas de esta ermita, y ambas escabrosas, pues es preciso bajar unas escaleras de cien gradas, por lo menos, talladas en la peña unas, algunas de piedra y otras de palos fijados en la roca. La más recta y más peligrosa es conocida con el nombre de *Escala de Jacob*. Esta ermita es fuertemente combatida de los vientos, por manera que, según expresión de un historiador de la montaña que pasó en ella unos días, parece que tiemble al impulso de su violencia.

Horroriza pensar que haya habido persona que pudiese pasar allí la vida sin miedo á los vientos y á las tempestades, que deben hacer de aquel sitio una de sus mejores estaciones de

tránsito. Verdad es que si esta consideración y estos temores hubiesen retraído al ermitaño de Santa Magdalena de pasar en aquella soledad los meses y los años, no hubiese habido ningún anacoreta en los demás puntos del monte, porque en todos ellos hay el mismo peligro y en todos asaltan iguales recelos. No hay corazón bastante fuerte ni alma de temple ca-



paz de resistir un día y otro día el bramido del viento que se encierra en aquellas ásperas cavidades y recorre las peñas, remedando los ecos más lúgubres ó los sonidos más aterradores ó produciendo aparentes temblores de tierra. Necesitábase, para vivir en aquellos sitios, lo que tenían los ermitaños que por espacio de muchos siglos las han habitado, mucha fe y una gran elevación de espíritu que les impedía pensar en otra cosa que en la Divinidad, con quien parecían tener más contacto que con hombres.

Mirada desde el Monasterio, puede decirse con Piferrer: «Altas, muy altas parecen las ermitas todas encima de los pc-

ñones, todas aisladas en los aires como puntos de esperanza .. el varón fuerte la ve posada tranquilamente en alta cima desgajada, donde no hay vegetación, ni vida al parecer... Arriba ¡cuánta serenidad! ¡cuánto sosiego! Desde aquella pobre casucha, desde aquella pelada roca asiste á las escenas más imponentes de la naturaleza... Los valles y las cumbres envían á lo alto un murmurio que se difunde á manera de armonía grande y poderosa...»

«El remordimiento, el dolor, la misantropía, ó el misticismo, dice un escritor contemporáneo, ya no tienen templos en la montaña de Montserrat; el hombre ya no cuenta sus dolores á Dios, se los refiere al hombre, allá en el seno de aquellas ciudades que se divisan en la llanura, envueltas en el humo del carbón de piedra, y que enlazan con férreos lazos las locomotoras. En las alturas todo calla, no se miran los alambres del telégrafo, no se escucha el latido del vapor; nada humano llega á las alturas; la naturaleza reina con toda majestad.»

¡Lástima que por la destrucción de esta ermita no puedan hoy percibirse desde allí las dulces emociones que experimentaba el alma del que pasaba en ella la noche oyendo los armoniosos ecos del órgano del Monasterio y las infantiles voces de los escolanes que, al despuntar el alba, saludan á la Virgen y al caer de la tarde se despiden de ella con la *Salve*.

El terreno de esta ermita ha sido examinado por algunos curiosos, y se han hecho excavaciones con objeto, según decían, de encontrar la espada del rey Wamba, que, según algunos, había sido enterrada en aquel sitio.

Al decir de un libro que se conservaba en la biblioteca del Monasterio, con el título *De reformatione hujus monasterii*, esta ermita había sido castillo y el citado Abad García Cisneros de Castilla la convirtió en ermita. Ahora se ven únicamente algunas tapias. La cisterna conserva aún agua.

Para visitar las cuatro ermitas antedichas, se necesita próximamente una hora.

Volviendo á bajar los cien escalones por la *Escalera de Jacob* se vuelve á encontrar el camino de San Jerónimo, que ya no es preciso dejarlo hasta llegar á la ermita de este nombre. Al principio se domina un inmenso precipicio en cuyo fondo se divisa, como queda dicho, el Monasterio á vista de pájaro. Se va bajando por el sitio denominado *la parra*, hacia el fondo del Valle de Santa María. Siguiendo por la vertiente de la sierra de Thebas que se va dejando á mano izquierda, se llega á un grupo de rocas cilíndricas, aislado, que obstruye el paso, no dejando más que uno muy angosto llamado *trenca-barrals* (rompe-carrales) y al llegar allí, aun cuando hace poco tiempo el padre Abad hizo suavizar la cuesta, muchos, en especial señoras, se apean al bajarla.

Al fin de la bajada se deja á mano derecha un sendero por el cual se baja á la ermita de Santa Ana.

Al llegar al torrente de Santa María, sigue el camino por un delicioso valle de espléndida vegetación, por la gran variedad de plantas que allí crecen, que le dan aspecto de parque rústico, con deliciosos bosquecillos, por entre cuyas ramas no atraviesan los rayos del sol en verano y canta gran variedad de pájaros.

Llano, muy llano es el camino del valle, sobre todo el sitio denominado *Pla dels Escursions*, (llanura de las víboras), que se encuentra á la mitad del camino de San Jerónimo, y en el cual hay un mojón que indica el punto de unión del camino que vamos describiendo con el atajo que sube por Santa Ana y por el cual al regresar de San Jerónimo, se pueden visitar la mayor parte de las ermitas de la parte de la Thebaida. Aquí crece espontánea la *Tritillaria*.

Tan sólo para admirar las caprichosas figuras de los peñascos que por el camino se descubren, puede hacerse la excursión á las ermitas, aun cuando éstas carezcan hoy de los atractivos que tenían cuando estaban habitadas. No se echa de menos la ascensión al Monasterio por la parte de Collbató, que

tan agradable se hace á las comitivas que desean disfrutar del grato solaz y lances chistosos que ofrece una excursión cabalgando en caballerías menores. Sin embargo, á pesar de lo fácil que es la subida y de los mil caprichosos objetos naturales que se ven, muchas de las personas que van á Montserrat no saludan aquellas imponentes rocas, por no atreverse á subir más allá del Monasterio.

Allí donde termina la llanura del valle de Santa María empieza la subida llamada de San Antonio, por presentarse en las rocas de la derecha la ermita de este Santo. En el sitio del torrente donde hay un charco de agua, llamada la balsa de San Antonio, empieza, á mano derecha, el camino que ha de seguirse para visitarla.

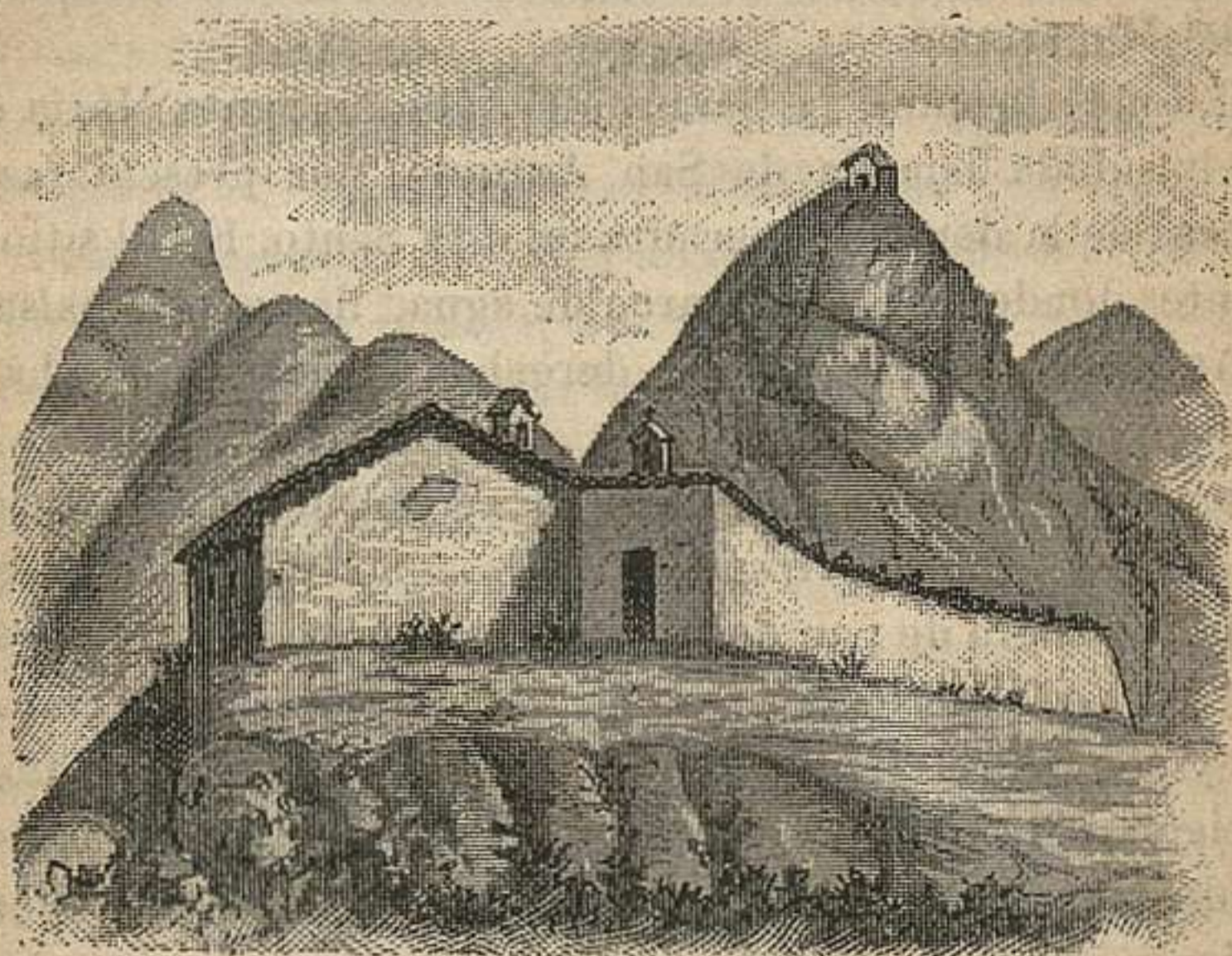
A medida que se va subiendo por zig zag hacia San Jerónimo, se presenta, casi en frente hacia la izquierda, una gran roca aislada á manera de pan de azúcar que remata en una especie de esfinge. A la derecha se ven las llamadas rocas de San Antonio y el célebre *Caball Bernat*, cuyo colosal volumen puede apreciarse muy bien. A medida que se va subiendo aparece una roca de grandes dimensiones denominada *la Calavera*, por la semejanza que tiene en todos sus detalles, con un cráneo.

Al llegar cerca de la ermita de San Jerónimo, mirando hacia atrás, en dirección al E., se descubren dos grandes grupos de peñascos conocidos por *Plana la vella* y las *Flautas*, que caen encima del Monasterio y la carretera. Mas lejanas, se ven algunas rocas de *Santa Magdalena la Vella*; á la derecha y más próxima, dejándolo á mano izquierda, se vé el gran peñasco llamado *Albarda castellana*. Aquel punto puede considerarse como el centro topográfico de la montaña.

Aquí termina el delicioso valle de Santa María; después de atravesado el torrente dos veces, se deja á mano derecha, y serpenteando el camino á la izquierda, se sube á la ermita de San Jerónimo, descubriendo nuevos panoramas al O., y encontrando á pocos pasos de la subida el camino bastante pe-

noso que viene directamente de Collbató, llamado el camino *de Port*, del que se trata más adelante.

Con la construcción de un nuevo trozo de camino hecho recientemente, se llega hoy con más comodidad que antes á



San Jerónimo

Estaba colocada esta ermita casi en la cúspide de la montaña, y era la más distante del Monasterio. Los restos de esta ermita que después de la destrucción quedaron en pié, se han convertido en restaurant, en el cual un fondista de Collbató sirve almuerzos y comidas, sin el menor lujo. Se han habilitado dos salas para comedores y una cuadra para las caballerías.

Habitaba esta ermita, como queda dicho, el ermitaño más joven, y no la abandonaba hasta que había ermita vacante.

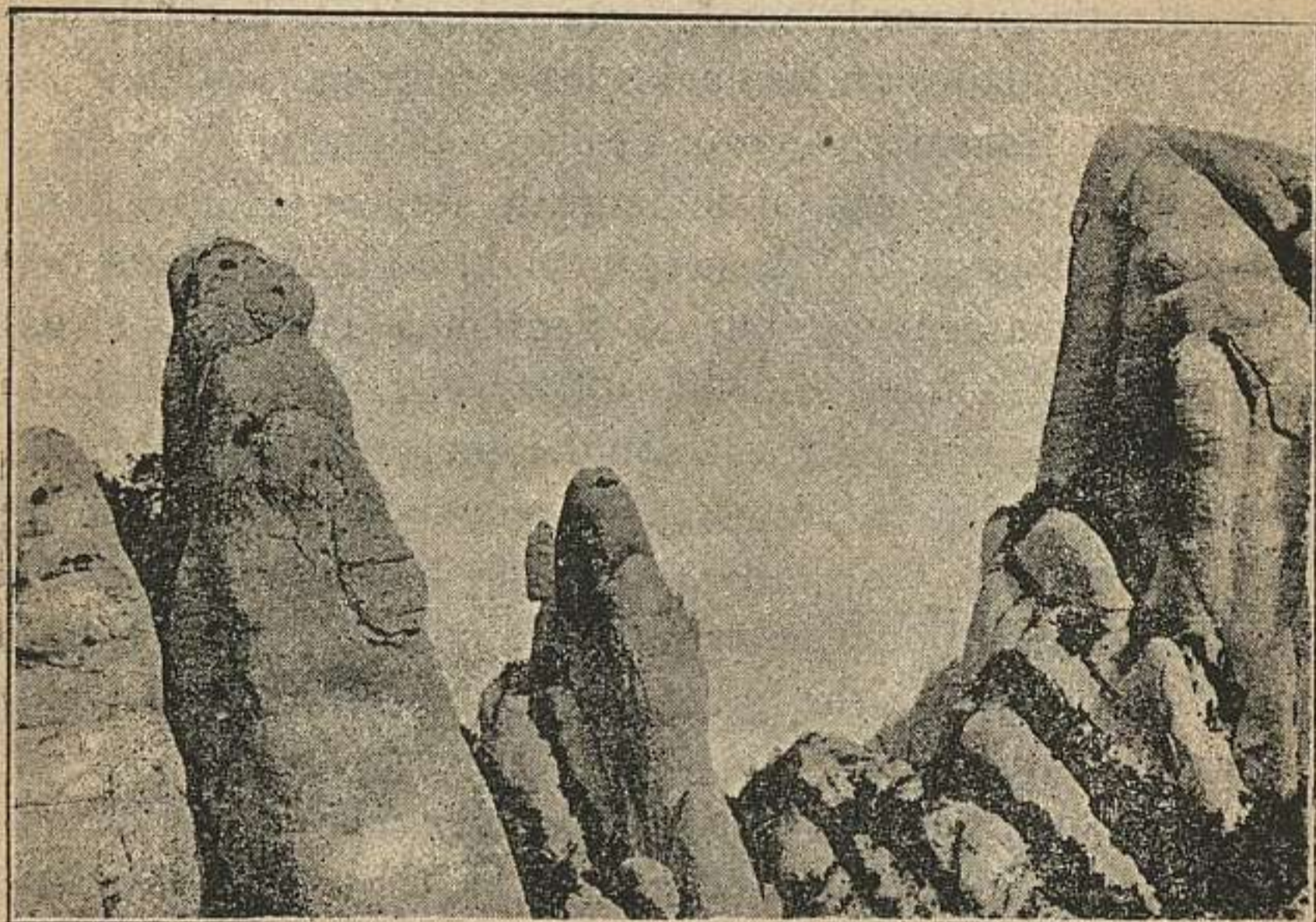
De la ermita se conserva aún la cisterna que suministra excelente agua.

En los días en que los ermitaños tenían que bajar al Monasterio, era el de San Jerónimo el primero en emprender la marcha. Daba con la campana de su ermita el primer aviso y lo iban repitiendo los demás ermitaños por su orden; tomaba su cayado, se dirigía á la ermita más inmediata, y reuniéndose sucesivamente con los demás, entraban juntos en el Monasterio. Es de advertir que por lo común esta excursión se hacía de noche. Las festividades en las cuales los ermitaños asistían á las funciones del Monasterio eran: El día de Reyes, el de la Candelaria, el de San Benito, el domingo de Ramos, el jueves Santo, el día de Pascua de Resurrección, el de la Ascensión del Señor, el de Pentecostés, el de la Santísima Trinidad, el de *Corpus*, el de San Juan, el de San Pedro, el de la Visitación de Nuestra Señora, el de la traslación del cuerpo de San Benito, el de la Asunción de la Santísima Virgen, el de la fiesta principal del monasterio, 8 de Setiembre, el de Todos los Santos, el de la Inmaculada Concepción y el de Navidad. En estos días comían en el Monasterio, y tomaban parte en todas las funciones con los monjes.

El recreo que recibe la vista del que llega á la ermita de San Jerónimo, le hace olvidar la fatiga que ha soportado si desde el Monasterio ha subido á pié, pues en cinco minutos se llega, en dirección al N., á la roca más alta de la montaña, en cuya cima hay una muy reducida llanura, denominada el *Mirador*, desde el cual se descubre en todas direcciones panoramas sorprendentes. No hace muchos años ocupaba aquel sitio una capillita conocida por el *Oratorio de Santa María la más alta*. Después de derribado el oratorio era muy peligroso permanecer de pié en aquel sitio; hoy, gracias á una barandilla de hierro que el Abad ha hecho colocar (1), se puede contemplar

(1) Muy pocas semanas antes de fallecer el eminente actor dramático D. Rafael Calvo, gloria de la escena española, se encontró con el autor en este *Mirador*, el ambiente estaba tan tranquilo, que ni se percibía el menor soplo de viento, ni la más pequeña nubecilla se veía en

cómodamente los horrendos precipicios que se descubren por todos lados de la roca de subida. Desde este sitio se dominan los fantásticos accidentes de la montaña y un panorama inmenso, limitado al N. por la nevada cordillera de los Pirineos,

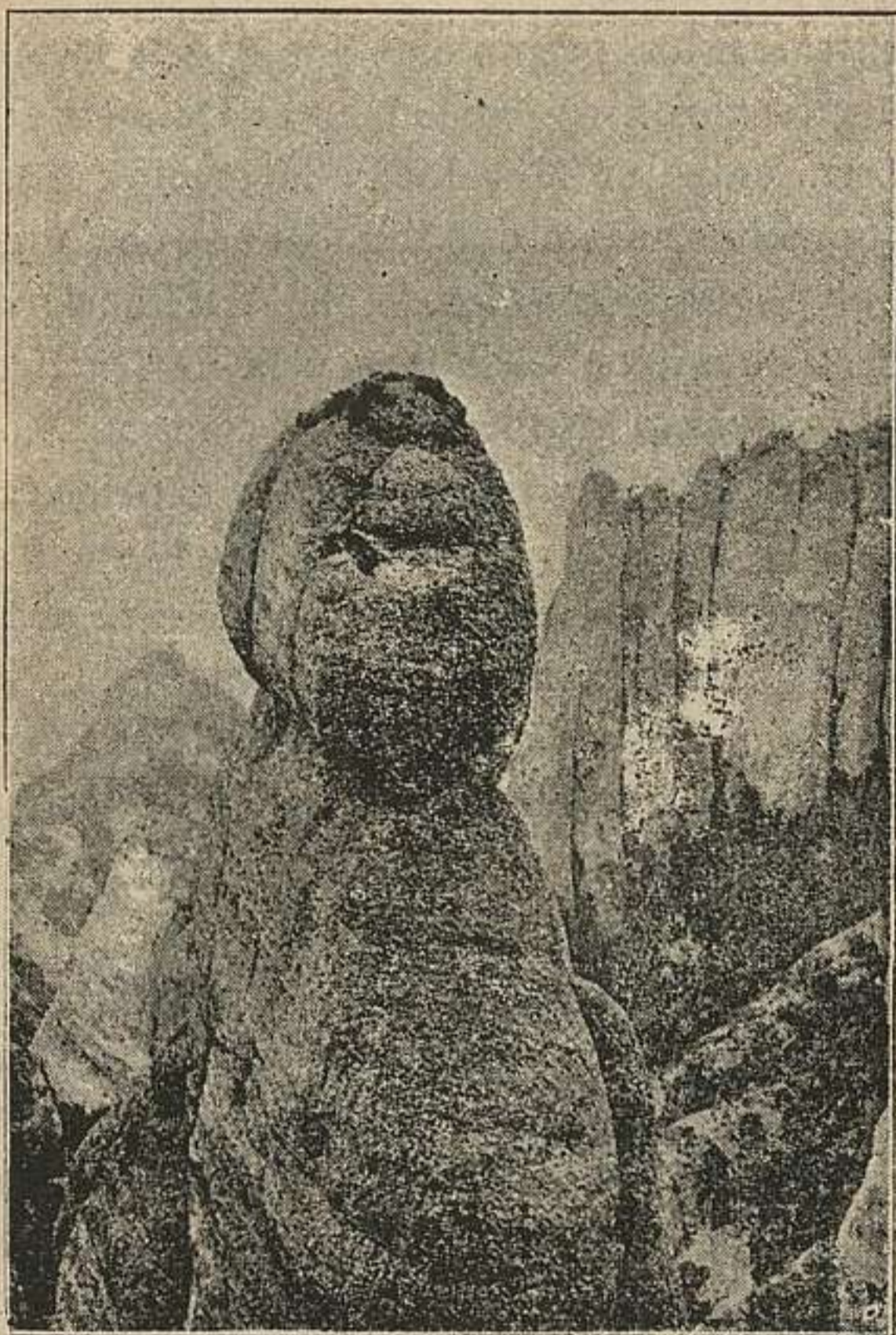


El pico de San Jerónimo

al E. por el Montseny y San Lorenzo del Munt, al S. por el Mediterráneo, y al O. por las montañas de la provincia de

tan dilatado horizonte. Contemplando el inmenso panorama que desde allí se descubre, dijo: «Al bajar al Monasterio felicitaré al P. Abad por la gran mejora que ha hecho colocando esta barandilla», y refirió una anécdota ocurrida á él y á un hermano suyo que había ido á recobrar su salud en Montserrat. A no ser por la serenidad de Rafael Calvo que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, contuvo á su hermano, éste se hubiera despeñado por aquellos horrendos precipicios á donde fué á parar su sombrero y el parasol que llevaba; aquel día el *Mirador* carecía aún de barandilla.

Tarragona y algunas de las de Valencia y Aragón. Las comarcas más próximas se extienden á los piés del turista como una carta topográfica. El efecto del conjunto es indescripti-



El gigante encantado

ble, animando aquel magnífico cuadro muchísimas poblaciones, algunas tan importantes como Manresa al N., Igualada al O., Vilafranca del Panadés al S. O., y Sabadell y Tarrasa al E. En días claros se llegan á descubrir, muy marcadamente

las islas Baleares en la extensión del mar que desde allí se domina (1).

Hacia el S. E. se ve el conjunto de rocas llamado *Montcau*, y modernamente *Roca del Moro*, y en segundo término *Plana la vella*, y el *Vallmoll* ó *Valle de Santa María* entre los dos grandes grupos indicados.

Sorprendente son los precipicios que cogen la montaña de arriba abajo, y escabrosas y cortadas verticalmente las rocas que hay al S. O., entre el Mirador y la ermita. A manera de estalacmitas gigantes, salen del fondo una roca inmensa conocida por el *Gigante Encantado*, la del *Montgrós* (monte grueso), la *Peña plana de los Rayos* y la de los *Ecos*. Todas estas rocas se presentan visiblemente de canto al N., rodeadas de horrorosos precipicios, y separadas por canales transversales. La *Peña de los Ecos* repite la palabra hasta tres veces, clara y distintamente, y más si el que habla está echado en el suelo. Por poca que sea la fuerza con que se habla, las repeticiones se hacen con distintos tonos; esto es, ordinario la primera vez ó casi semejante al tono con que se pronuncia la palabra; más bajo la segunda vez, y más alta la tercera.

Nada más pintoresco que mirar desde esta elevación como las tempestades se forman á los piés del visitante, repitiendo mil ecos el retumbo del trueno cuando hace estremecer aquellas gigantescas moles envueltas en cenicientas capas de nubes serpenteadas de amarillos relámpagos que van extendiéndose como un mar en la llanura, inundándola con torrentes de agua, mientras brilla en esta cima la más pura luz del sol.

Pocas cúspides de montañas han adquirido tanta nombradía como ésta. Es la primera que saludan los marineros catalanes al dirigirse á su país natal, y excita en ellos tal entusiasmo,

(1) En el Restaurant de San Jerónimo se alquilan gemelos de viaje, para poder apreciar detalladamente desde allí los panoramas.

que para describirlo, es preciso copiar literalmente las palabras de uno de los innumerables testigos oculares, quien se expresa así:

»Divisábamos apenas las costas de Cataluña, para mí tan queridas, cuando ya los marineros, con acento gozoso, nos



hablaban de Montserrat, tendiendo sus brazos hacia un pico que, rodeado de nubes, se levantaba á gran distancia entre un bosque de montañas que pugnaban por esconder á los ojos profanos el monte sagrado de la antigua Corona de Aragón. Yo no sé cuál será la emoción que sobrecoja á los cristianos al descubrir los santificados muros de la ciudad de Jerusalén, pero confieso, que al ver el alborozo y la emoción de los catalanes al mirar á Montserrat, creí comprender el júbilo de los peregrinos.»

»Hasta llegar á la ermita de San Jerónimo admira, dice el Sr. Flores, la resolución del anacoreta, que renunciaba á los placeres y á las comodidades de la tierra para ir á vivir y morir aislado y solo en aquellas alturas, casi en las últimas regiones del aire. Después que se ha llegado allí, causaría mayor asombro saber que el ermitaño se había arrepentido de su propósito y había vuelto á vivir en aquel mundo, que tan pequeño se presenta á la vista

»Sólo un hombre extraordinario había tenido el raro privilegio de no sentirse anonadado por aquella grandeza, y se atrevió á bajar los ojos al suelo para fijarlos en el florido reino de Valencia y en las preciosas islas que surgían en medio del mar, y bajando como un torrente desde lo alto del monte, corrió á conquistar la tierra que había visto desde la ermita de San Jerónimo.

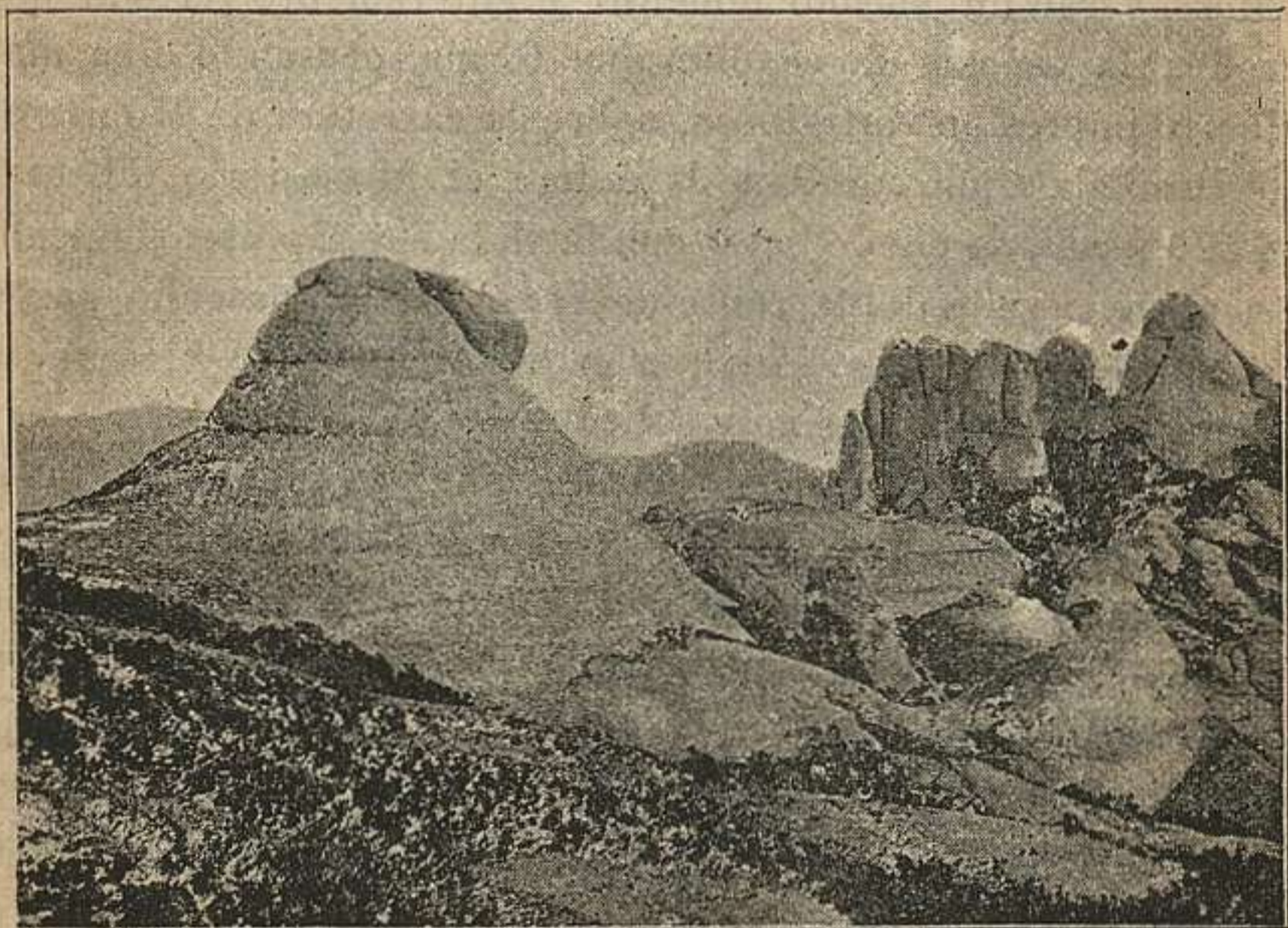
»Si Jaime I de Aragón hubiese descubierto otros reinos, y hubiera sospechado la existencia de otros lugares en poder de los sarracenos, también los habría abarcado con su mirada de águila desde el Himalaya de Cataluña, para conquistarles denodadamente con un brazo de hierro y su fe de bronce.»

Tenía esta ermita, como queda dicho, un mirador que parecía baluarte, que algunos consideraban como indicio de haber sido algún tiempo atalaya ó castillo. Su posición es la más sana de la montaña. Tenía antes dos magníficas cisternas. Cerca de la ermita había un bosque de una legua de extensión, en el que, según tradición, estuvo edificada la ermita de San Martín, una de las primitivas de la montaña, y de la que no se conserva rastro alguno (1). Más tarde este bosque sirvió para pasto del ganado del Monasterio, por lo beneficioso de

(1) Esta ermita la dedicaron sin duda á dicho santo los hijos de San Benito en memoria de la devoción que á San Martín tenía su ilustre fundador.

una fuente que hay llamada *Coll de port*. Aquí toma origen el torrente de Santa María, que antiguamente dividía los condados de Barcelona y Manresa, y más tard , según se ha dicho, las diócesis de Barcelona y Vich.

Junto á la ermita hay un pozo, en el que se recogía la nieve para el Monasterio.



Montcau y plana la vella

En el mismo sitio del pozo se acaba de edificar una capilla dedicada á San Jerónimo, en sustitución de la que había en la ermita, y como las demás fué destruída. La nueva es románica, de forma muy parecida á la de San Miguel, y por este sitio pasa el nuevo trozo de camino que se ha construído.

En los alrededores de la ermita de San Jerónimo crece espontánea la *Anthyllis montana* de Linneo, y en la cima la *Arctostaphyllas officinalis* y la *Daphne laureola*.

Desde la cúspide del oratorio ó mirador, tal vez mejor desde la *Albarda castellana* ó *Montgrós*, puede formarse el viajero completa idea de la disposición orográfica de Montserrat.

Los visitantes que tengan muy segura la cabeza, no dejen de ir á la *roca de las Aurenetas* (golondrinas) ó *roca Ample* (roca ancha), cuya cima está situada al E. de San Jerónimo (á 15 minutos de la ermita), y al N. de la roca *Moncau* ó del *Moro*, verán un abismo inmenso y enteramente vertical que rodea la especie de espolón que forma, causando una muy fuerte impresión vertiginosa, sobre la carretera de Monistrol.

Desde la ermita de San Jerónimo al Monasterio, distante 4 570 pasos, se puede bajar con facilidad y rapidez, siguiendo siempre el valle del torrente de Santa María, pasando por el atajo de Santa Ana. Aunque este camino está privado de vistas, tiene trayectos muy deliciosos.

Bajando por las mismas revueltas por que se ha subido, se pueden recorrer á pié y parte en caballería las demás ermitas. Al llegar al punto antes indicado donde el camino hace una revuelta, se descubre á mano izquierda, medio escondida entre arbustos, una senda que conduce á la ermita de San Antonio. La subida á dicha ermita es sumamente difícil en algunos puntos, por haber desaparecido parte de las veredas que hicieron los ermitaños.

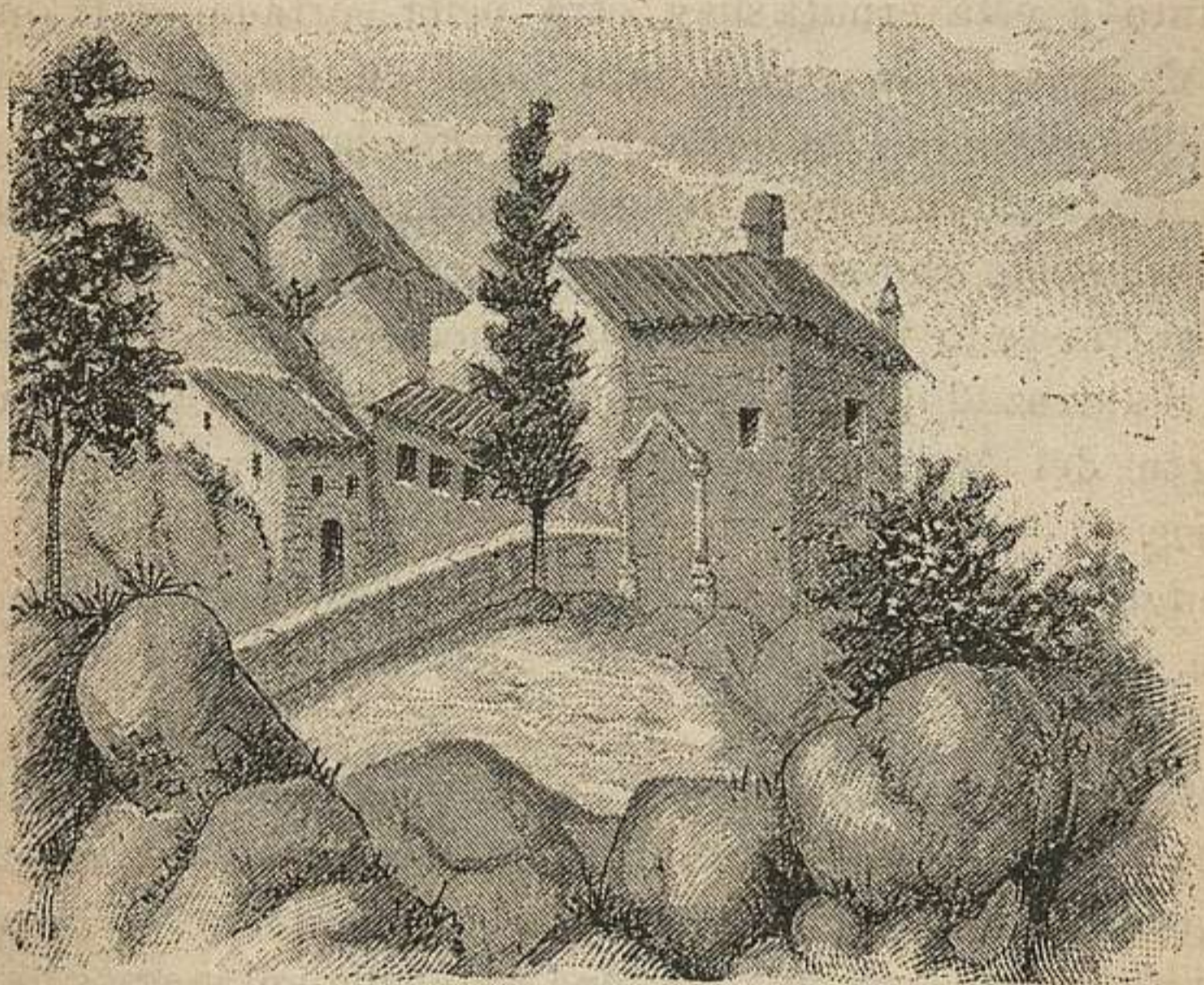
Esta ermita y las demás que faltan describir se hallan en la sección de la montaña denominada Tebaida.

San Antonio

Hermoso y acomodado para la quietud es el sitio donde se hallaba edificada esta ermita, pues parece que allí se habita en región bien distante y exenta de bullicio de lo que se llama el gran mundo, gozando de agradables puntos de vista á Mediodía, Levante y Norte. Por estos dos últimos puntos, y á unos 15

metros tiene un mirador, desde el cual se descubre tan horrible precipicio, que hace retroceder al más atrevido. Súbese ahora á este mirador á gatas por un camino estrecho, malo y peor conservado.

A poca distancia de esta ermita, entre unos formidables pe-



ñascos, se observa un eco de tres repeticiones tan claras y distintas, que pasma el oír. A un tiro de ballesta se eleva una peña, de forma cónica llamada *Cuball Bernat*, roca altísima y escarpada, aislada de todas las demás en forma del dedo pulgar en la mano. La elevación de esta roca parece ser de más de 150 metros, el precipicio que se abre al pié del mirador se dice que es de más de 500, y la cúspide del más colossal de los conos aun está á extraordinaria altura. Esta peña se halla descrita en versos exámetros en una historia

manuscrita del padre Antonio Brenach, monje catalán. Se le ha llamado *Caball Bernat* por la semejanza que tiene con aquellos pilares ó mojones que los muchachos saltan por juego, cantando *Caball Bernat, tente fort*, etc. Por esta semejanza, y por la imposibilidad de saltarlo como lo hacen los chiquillos, dice el vulgo que quien lo logre, cambiará de sexo, esto es, si es hombre se convertirá en mujer y vice-versa.

Junto á esta ermita hay otra peña cortada, en la que, al caer de la tarde, se reúnen para pasar en ella la noche innumerables grajos, de los que tanto abunda la montaña, y en tan gran número, que á veces llegan á tapar el sol media hora antes de ponerse este astro, recógense guardando cierto orden, y si al entrar se lo impide el viento del Norte, producen una gritería atroz al querer vencer este obstáculo. Una escritura antigua del Monasterio hace mención del *peñasco de los Grajos*.

Se ignora la época de la fundación de la ermita de San Antonio, pero se sabe que en el año 1498 la reparó el Abad Cisneros.

Esta ermita estaba como pegada á la montaña que mira al Poniente; tenía dos cisternillas, una de las cuales se conserva todavía debajo de la roca, y suministra excelente agua. También se conserva una ventana arqueada entre unos lienzos de pared sin cubierta, únicos restos de aquella santa morada. Esta ventana era la del pequeño campanario de la capilla.

Para recorrer las restantes ermitas se necesita una hora, y se encuentran en las inmediaciones del grupo de peñascos que desde San Jerónimo se ven al E., encima mismo del Monasterio en el llano que se llama *Plana de la Trinidad*, antes *Plana la Vella*, nombre que recibió el mencionado grupo de rocas.

Desde la ermita de San Antonio á la de San Benito se va

bajando hacia el S., coronando una peña que hay á la izquierda del valle. Mas siguiendo el cerro por la falda, se pueden visitar algo más comodamente las demás ermitas, dirigiéndose á la de



San Salvador

Muchas personas de las que visitan les ermitas dejan de visitar la de San Salvador, y van desde la de San Antonio á la de la Trinidad, á fin de evitar su penosa subida.

La ermita de San Salvador estaba situada al pié de gigantes- cas moles cónicas, con agradables panoramas al E. y al S. Además de la capilla principal, tenía un pequeño oratorio de forma casi circular, de poco más de 3 metros de diámetro, metido en la hendidura de una roca rajada de arriba abajo, la que venía á formarle el cimborio ó cúpula, de 84 metros de elevación. Lo demás de la ermita con la capilla grande, es-

taba algo apartado de dicho oratorio, aunque unido por un huertecito, en el cual el ermitaño cultivaba varias plantas.

Lo que más llama la atención en esta ermita es la roca en donde se halla el oratorio, cuya rendija tiene partidas de arriba á bajo todas las clases de piedras conglomeradas de que se componen, fenómeno que ha sido estudiado por distintas personas científicas.

Este fenómeno lo consideran algunos espíritus fervorosos como una prueba del terremoto que hubo cuando Nuestro Señor Jesucristo espiró en el Calvario, creyendo que cada rendija de Montserrat, y hay muchas, es un testimonio del sacrificio del Hombre Dios.

El padre Francisco Crespo, en su Memorial al Rey Felipe IV sobre la Inmaculada Concepción de María, dice: *Monumento pasmoso de nuestra fe, pues dividiéronse (las rocas de Montserrat) al morir el Autor de la vida, separándose en varias partes como en señal dolorosa de la muerte de su Criador.*

El padre Fr. Antonio de Santa María, carmelita descalzo, escribe: .. «y en Montserrat se verificó lo que dijo San Mateo: *et terra mota est, pelvæ scissæ sunt.* Cap. 27.»

El Ilmo. y Rmo. P. Fr. Agustín Eura, agustiniano, Obispo de Orense en Galicia, en su descripción de la montaña y santuario de Montserrat en su idioma nativo cantó:

«Montanya prodigiosa,
Que en elevadas puntas dividida
Sentires llastimosa
Morir lo Autor de la mateixa vida,
Y entre principals dócils montanyas,
De sentiment romperes tas entranyas.

El padre de la Iglesia San Cirilo, arzobispo de Jerusalén, que floreció en el año 360 de Jesucristo, dice: «Id quod hactenus Golgotha monstrat, ubi propter Christum petræ scissæ sunt, nec non ex traditione Mons Albernæ in Etruria, in Campania Promontorium ad littus Caietæ, et in Tarraconensi His-

»pania Monteserratus.» (San Cirilo Hierosol, Cat. hæc 13). «A la muerte de Cristo se rompió el Promontorio de Gaeta en Campania, el Albernia en Toscana, en cuyo lugar sucedió el milagro de la impresión de las llagas de San Francisco de Asis, en la España Tarraconense, Montserrat.» Así lo dice Argaiç.

Aun cuando esta sea la opinión de piadosos autores, es preciso tener en cuenta los estudios geológicos que el sabio canónigo de la catedral de Barcelona, Dr. Almera, ha hecho de la montaña de Montserrat y sus alrededores.

Por lo elevado de su situación parecía esta ermita un inexpugnable castillo, y tan á propósito para serlo, que en toda la montaña no se podía hallar otro sitio mejor á causa de las subidas bastante dificultosas que tenía, y en atención á poderse guardar y defender con pocas armas y cuidado. Tenía dos cisternas bastante capaces, la una de las cuales aun permanece debajo la roca, por estar abierta en la misma, y no ser fácil su desaparición. Las subidas para llegar á esta ermita en gran manera son penosas, sin embargo, podía llegarse perfectamente á ella en caballería. A poco trecho, y volviendo hacia la izquierda se descubre en un peñasco la ermita antigua del mismo título y nombre de San Salvador. Se ignora cuando fué trasladada al sitio que actualmente ocupan sus ruinas; pero se sabe por los archivos del Monasterio que el año 1217 había ermita de San Salvador en Montserrat, y que Fr. Bertrando murió en ella el año 1272, después de haberla habitado cuarenta y cinco años, y que Fr. Durando Mayol permaneció allí veinte y siete, muriendo el de 1338. En la parte de montaña opuesta á esta ermita, se ve una abertura de cinco palmos de largo por dos de anchura, llamada el pozo de San Salvador. Este pozo es de una profundidad ignorada, sin embargo, se cree que va á parar encima de *los Degotalls*.

La ermita de San Salvador, está dedicada á la Transfiguración del Señor.

Bajando unos ochocientos cincuenta pasos se llega á la ermita de

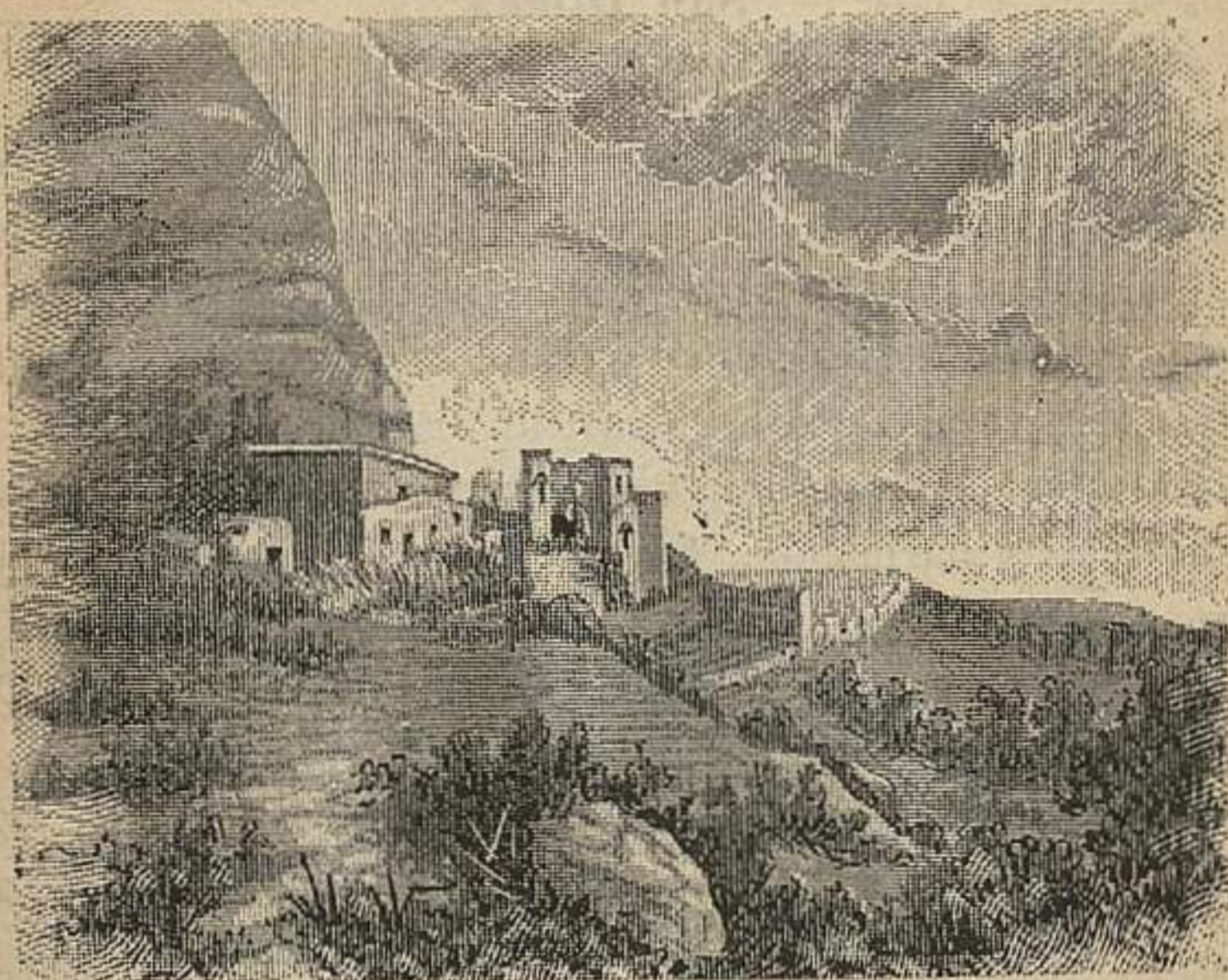
La Trinidad

Era la más alegre de todas, por hallarse situada en una deliciosa llanura á la que se dió el nombre de *Plá de la*



Trinitat. El edificio era mucho más espacioso que los de las otras ermitas, y muy apacible y poética su situación. En ella se permitía que comiesen los seglares, previa licencia del Abad. Servía para pasar en ella algunos días de retiro, soledad ó recreo los padres monjes, y por este motivo el edificio era más espacioso que los de las otras ermitas. Al efecto había habitaciones suficientes para los padres. Estaba al descubierto por todos lados, excepto por la parte N., donde una peña le guardaba las espaldas, como suele decirse.

En esta parte tenía la ermita un corredor largo, como de un tiro de ballesta, al que daba sombra una frondosa arboleda que le servía de paredes y bóveda, pues allí es abundantísima la vegetación. Desde este punto, mirando hacia el O., se ob-



servan unas rocas colocadas de tal manera que parecen las flautas de un órgano, por ser una piedra de forma muy singular. En las inmediaciones de esta ermita crece espontánea el *Tholictum tuberosum* de Linneo.

La ermita de la Trinidad fué trasladada de mil quinientos pasos más al Occidente, donde estaba en una peña. Se ignora en que época, pero sí se sabe que en el año de 1629 la renovó el Abad Fr. Beda Pi; aunque hay quien dice que la levantó el Abad Martí, y que el Abad Pi únicamente mandó construir en ella un salón con varias alcobas, para cuando subiesen á dicha ermita á pasar temporada algunos monjes.

Lo único que de esta ermita se conserva es la capilla del Santo Cristo y las paredes de la huerta.

A seiscientos pasos de esta ermita se hallaba la de

San Dimas

No tenía esta ermita más que una entrada practicable por la parte del SE. en donde hay unos espantosos despeñaderos, que dejan libre la vista al E. y al S.

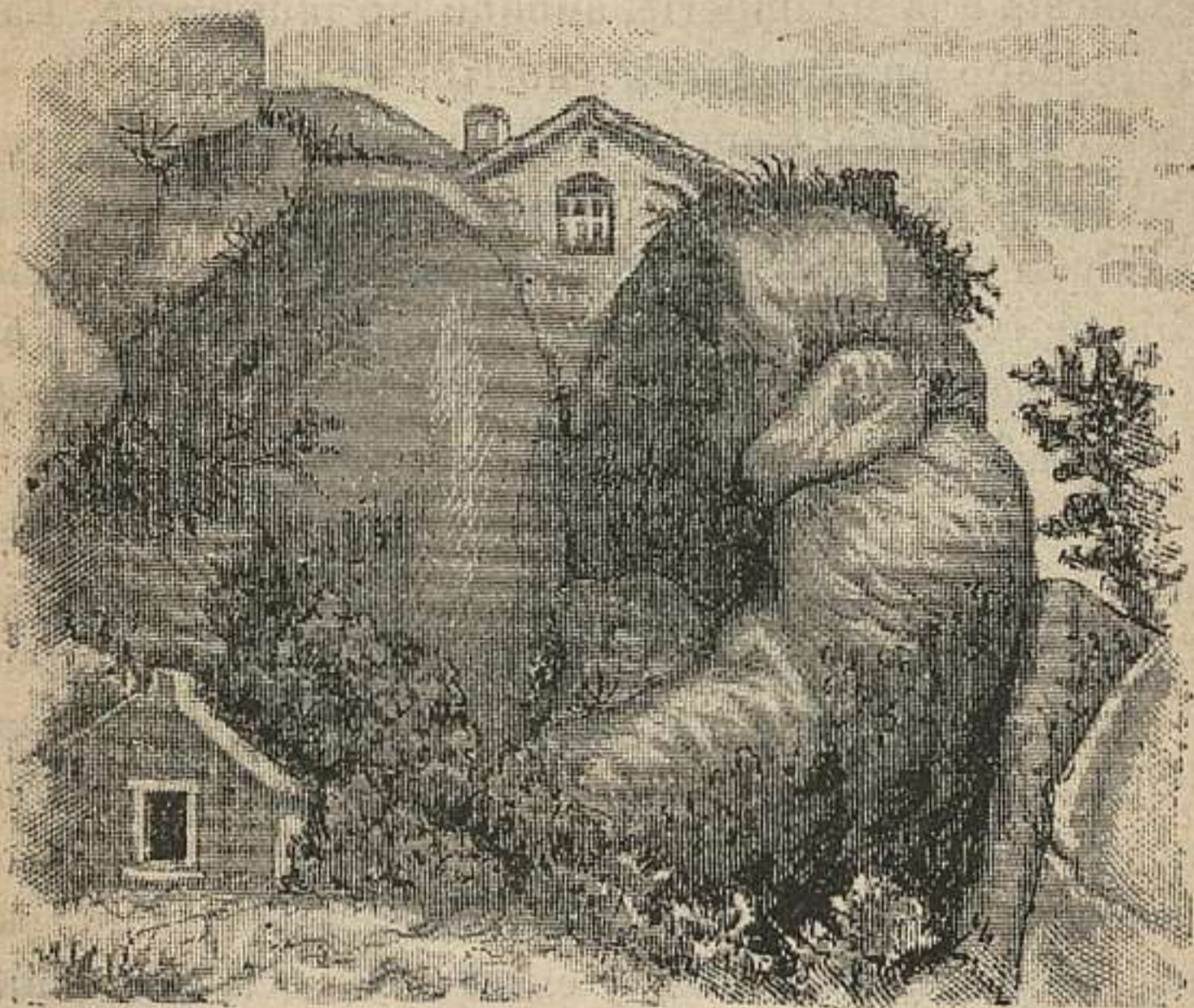
Un poco más arriba del sitio donde se hallaba, dicen algunos que estuvo edificado el castillo llamado Montserrat con su puente levadizo, que una vez levantado, quedaba el precipicio por foso y barbacana, tan inexpugnable que hoy pasaría por respetable fortaleza. Algunos restos de construcción que se conservan, se dice que son de este castillo (1). Los monjes contemporáneos de Argaiz recordaban haber visto aún dos torres muy maltratadas y un gran lienzo de alto muro. En el archivo del Monasterio consta que el rey D. Pedro de Aragón lo mandó reedificar, y que tenía guarnición en tiempo de guerra, la cual encendía hogueras y ahumadas que servían de señales á las torres y atalayas marítimas. Todavía se conservan de esta ermita la cisterna, un trozo de arco y la escalera labrada en la viva peña.

Este castillo databa de la época de la reconquista. Cuando Cataluña, á mediados del siglo IX, sostenía la guerra contra los moros, Barcelona fué perdida y recobrada cuatro veces. En una de ellas se apoderaron los caballeros catalanes de la mon-

(1) El Sr. Carreras y Candi, en su monografía *Los castells de Montserrat*, dice que este castillo no existió y que se confunde con el castillo Marro.

taña de Montserrat, donde levantaron en poco tiempo cinco castillos. Uno de ellos fué el llamado *Castillo de Montserrat*.

Su disposición sirvió más tarde de asilo y guarida á unos bandoleros que tenían aterrorizados á cuantos andaban por la



montaña, molestando no poco á los habitantes del Monasterio; hasta que un día seis ó siete labradores de ánimo y valor á toda prueba resolvieron aniquilarlos, y asaltando con este objeto el fuerte, en ocasión en que algunos de los ladrones se hallaban fuera de él, mataron á uno y prendieron á los demás, pereciendo todos. Derribóse en seguida el castillo, y cerca de él, se edificó en memoria de este suceso la ermita del buen ladrón San Dimas.

En esta misma ermita murió en Julio de 1560 el abad Fray Bartolomé Garriga (1).

Cuando las tropas de Napoleón I destruyeron el Monasterio en 1811, los monjes habían escondido poco antes en esta ermita la Sagrada imagen del Monasterio, junto con varios tesoros y rica indumentaria de la iglesia. Encontráronlo los soldados franceses, se apoderaron de todo y dejaron la Santa imagen expuesta á la intemperie, aunque sin inutilizarla. La que había quedado en su lugar fué horriblemente mutilada.

Cuando el general francés Mathieu atacó á Montserrat, el coronel inglés Mr. Eduardo Green que defendía el Monasterio se retiró con su tropa á la ermita de San Dimas, transformada en reducto; las tropas francesas subieron un cañón en uno de los cerros que le dominan, y los ingleses se vieron obligados á rendirse prisioneros al día siguiente.

De esta ermita no quedan más que dos capillas, la más pequeña es memorable porque en ella hizo su confesión general al P. Juan Xacones, varón de esclarecida virtud, de profundo saber y de gran prudencia, San Ignacio de Loyola, cuando quiso dejar la carrera militar para dedicarse á la fundación de la Compañía de Jesús.

Bajando de esta ermita se ve hacia Mediodía, á un tiro de ballesta, unos despeñaderos, y entre una roca escarpada se encuentra una gruta sobre el Monasterio, de donde se hacían proveer de todo lo necesario los antedichos bandoleros.

(1) De este Abad, de quien se habla en la pág. 63 al tratar de la iglesia de Montserrat, queda una memoria en la misma, en un epigrama que dice: «Frater Bartolomeus Garriga hujus sedis sacrosanctæ abbate, cæpta fuit augustissimi templi hujus moles qui cum in hoc cœnobio puer adhuc in serviendis sanctis cooprat, futurum ita prædixisset, primum ejusdem templi lapidem fecit et expiravit V idus julii anno Domini 1560.»

Retrocediendo un poco y tomando el camino hacia la parte de Thebas, á unos 150 pasos, se llega al sitio donde estaba edificada la ermita de la



Santa Cruz

Es la más próxima al Monasterio bajando por la *Escaladreta*. Está casi metida debajo de una peña algo prolongada, situada al SE. Este sitio es sumamente agradable. Desde allí se oyen muy claramente las horas que da el reloj del Monasterio y las campanas de la torre. Era un sitio á propósito para pasar la vida los ermitaños ancianos. Algunas veces se habían retirado allí Abades. Al pié de la ermita, termina la *Escaladreta*. Esto hacía que antiguamente fuese visitada por multitud de peregrinos que subían del Monasterio.

Se conserva de esta ermita una curiosa cisterna de agua muy buena. Casi toda esta cisterna es un pozo hecho por la

misma naturaleza. Es la única que queda de las tres que tenía la ermita.

Se cuenta que cuando Carlo Magno expulsó á los moros de Lérida mandó levantar en una eminencia encima de esta ermita un blanco estandarte con una cruz encarnada, del que se volverá á hablar cuando se trate de Santa Cecilia.

En ella vivió anacorética y solitariamente por espacio de sesenta y tres años el bienaventurado Fr. Benito de Aragón, que murió en olor de santidad á 17 de Febrero de 1516. En la capilla de esta ermita había un retrato suyo con unos versos latinos, en los que estaba resumida su virtuosísima vida.

Desde Santa Cruz se puede regresar al Monasterio por la *Escala dreita*, como queda dicho, ó dirigiéndose á la ermita de Santa Ana y bajando por el atajo. Por este camino, en una media hora se llega al Monasterio.

Para volver á éste en caballería es preciso ir á buscar la ermita de San Jaime, regresando hacia la ermita de la Trinidad por ser el menos peligroso de los senderos, y desde allí atravesar el torrente de Santa María cerca de la ermita de Santa Ana.

Bajando por la *Escala dreita* se encuentra á pocos pasos la

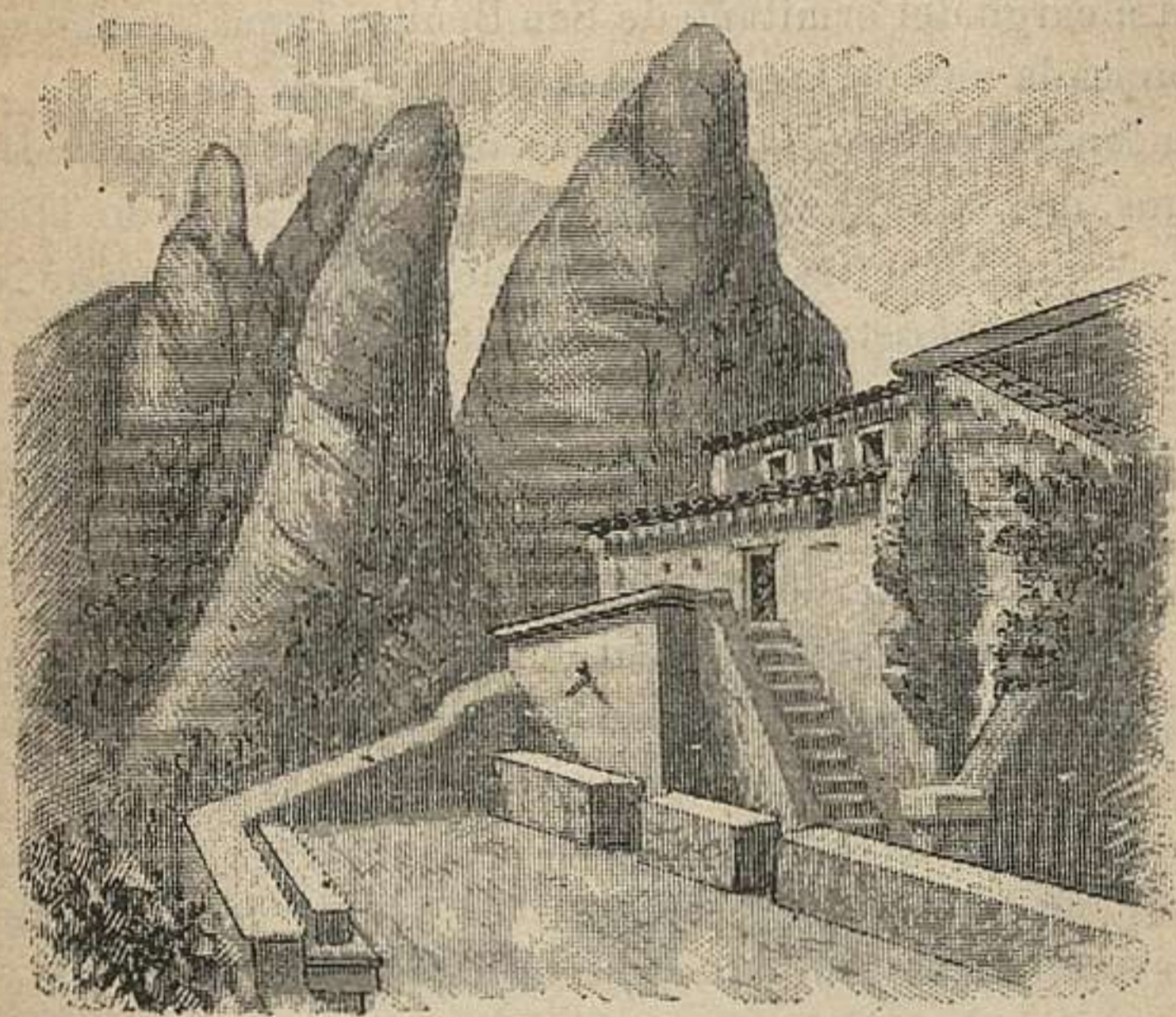
Ermita del Diablo

Se conoce con el nombre de *Ermita del Diablo* un espacio de terreno cercado de paredes, en las rocas que dominan el Monasterio, desde el cual se ve muy bien. Es de tan difícil acceso, que se considera temeridad ir allí. Por otra parte, no ofrece más particularidad que el gran riesgo que se corre de despeñarse.

Dicen algunos que esta pared era el mirador del castillo de Montserrat.

Llámase *Ermita del Diablo*, porque, según la tradición más ó menos verídica, en este sitio se aparecía Satanás á Juan Garín quien, según queda dicho, tenía su ermita en las rocas de en frente, y, transformado aquel en ermitaño, le tentó.

Regresando á la ermita de Santa Cruz y de ésta á la de la Trinidad, para ir al Monasterio en caballería, se visita la ermita de



San Benito

Está situada á unos 400 pasos de la Trinidad. El sitio es muy apacible, con deliciosas vistas al E. y al S. Presérvanla de los rigores del invierno las rocas, que impiden la incomodidad de los vientos y refractan muy bien los rayos del sol.

Además de la capilla principal, tenía esta ermita otra dedicada á Santa Escolástica, hermana de San Benito, en cuyo día se celebraba la función principal que en las demás ermitas se

acostumbraba celebrar el día del santo titular; mas en esta no podía ser el día de San Benito, en razón de que en dicha festividad bajaban todos los ermitaños al Monasterio; por lo mismo se trasladaba el día de la fiesta de su hermana Santa Escolástica.

En este día se juntaban en la ermita todos los solitarios, donde confesaban y recibían la Comunión de manos del monje vicario de la montaña. Celebraba éste la Misa, haciéndoles una plática, y se quedaban todos á comer allí, corriendo la fiesta á cargo del ermitaño de San Benito. Igual función se hacía en cada una de las otras ermitas el día de su santo titular.

La fundación de esta ermita se debe al Abad Fr. Pedro de Burgos, que tuvo la intención de que en un limitado circuito hubiese cinco ermitas en memoria de las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo, y necesarias para que pudiesen hacer las estaciones las personas que, imposibilitadas de caminar gran trecho, desearan ganar las muchas indulgencias concedidas por los Soberanos Pontífices. El Abad P. Bartolomé Garriga mandó hacer la capilla y retablo de esta ermita.

Desde allí se baja al torrente de Santa María, que se atraviesa, y se toma en la Tebaida el camino del S. Subiendo por el camino bastante regular, de que se ha tratado, al pié de las rocas llamadas de San Jaime, va á empalmar con el camino de San Jerónimo que se ha descrito y que cerca de San Miguel se une al de Collbató al Monasterio.

Santa Cecilia

Para visitar Santa Cecilia es preciso tomar en el Monasterio la carretera de casa Massana. Las personas que vayan á pié pueden ahorrarse parte de las revueltas, siguiendo el camino *dels Degotalls* hasta pocos pasos antes de llegar á la plazoleta donde termina, y bajar, entre arbustos, por el sendero que empieza en aquel sitio y desemboca en una de las revueltas de dicha carretera.

Santa Cecilia no es una ermita, es un antiguo Monasterio de monjes benedictinos, distante unos 5 kilómetros del de Montserrat, y cuya iglesia románica está abierta al culto. Se halla situado este Monasterio en la parte más llana de la montaña, donde hay campos de cereales.



En aquel sitio había antiguamente el castillo llamado *Marró*, uno de las cinco que, según queda dicho, en época de la reconquista se levantaron en la montaña.

La iglesia de Santa Cecilia desmantelada y abandonada hasta 1860, era antes parroquial, y sus feligreses, que hoy constituyen el pueblo de Santa Cecilia de Montserrat y la parroquia de Marganell, al pié de la montaña eran dependientes del Monasterio y su párroco lo nombraba el Abad.

Las noticias más antiguas que se tienen de Santa Cecilia, son del año 730, que abandonado el castillo por los cristianos, cayó en poder los moros, quienes lo poseyeron por espacio de sesenta y tantos años, pues para ellos era llave de la montaña por aquella parte. Quitóselo en 797 Carlo Magno, quedando la montaña de Montserrat libre de moros. El castillo se hallaba á 1 kilómetro 760 metros del sitio donde se levanta la iglesia actual. Esta la mandó construir Carlo Magno en el mismo sitio donde ganó la batalla que le hizo dueño de la montaña, y el 22 de Noviembre de dicho año, hizo voto de dedicarla á Santa Cecilia. En el mismo campo de batalla hizo donación de todo aquel territorio y templo á Rodulfo, uno de los valientes caballeros que más se distinguió en la campaña. Cerca de Santa Cecilia hay una roca denominada *roca de Carlos*, por haber estado allí Carlo Magno.

Los descendientes de Rodulfo siguieron el ejército cristiano, y como la guerra no se hacía ya en los castillos sino en las llanuras de Cataluña, abandonaron el castillo de Marro, y la iglesia y manso adyacentes los cedieron en 871 á Ainsulfo y á su esposa Druda.

Viu la ésta en 942, vendió la iglesia y la casa, á la sazón arruinada, á un sobrino suyo llamado Cesáreo, Pbro., junto con su hacienda, lindante hacia el S. con la *roca de Carlos*, (*ad ipsam rocam nominatam Charol*). En 943 reedificó Cesáreo la iglesia y el edificio contiguo. Obtenida licencia del conde de Barcelona para convertirlo todo en Monasterio, confirmada la fundación por Jorge, obispo de Vich, que le dió además algunos bienes *ad restorationum*, dice, *hujus cenobii*, reunió algunas personas que desearon consagrarse á la vida solitaria, en 945 dejó fundado el Monasterio de Santa Cecilia (1). Hay una es-

(1) Se restauró en obsequio de San Pedro, San Pablo, San Miguel y Santa Cecilia, y el mencionado obispo le dió rentas en territorio de Manresa.

critura que dice, que la restauración fué hecha por los condes de Barcelona, Sunyer y su esposa Riquildis, que se cree fueron quienes concedieron el permiso, pero consta que dieron al Monasterio por dotación, varias rentas sobre los lugares de Engilida (Gelida), Ortons y otros, como también sobre los castillos de Hortons y Masquefa. En 951, según Argaiiz, quedó Cesáreo señor de toda la montaña, obteniendo para sí el título de Abad aunque dependiente del Monasterio de Ripoll.

Seis años después, en el de 957, el obispo de Vich, Waldamiro, dió á Cesáreo y á sus monjes la regla de San Benito, consagrando su iglesia y confirmando sus posesiones.

De estas escrituras, cuyo original se conservaba en el actual Monasterio de Montserrat, aunque muy maltratado, y de las anteriores, habla el episcopologio de Vich. Otras memorias hay de este Monasterio en el mismo siglo x.

Según Villanueva, en su *Viaje literario por las iglesias de España*, el Monasterio de Santa Cecilia era antiguamente la principal y única abadía de toda la montaña.

Electo el abad Cesáreo arzobispo de Tarragona, los condes de Barcelona Borrell y Riquildis su madre, le señalaron para su cóngrua la montaña de Montserrat, que desmembraron del Monasterio de Ripoll, conservando empero además del título de arzobispo de Tarragona, el de abad de Santa Cecilia y señor de Montserrat, hasta el año 970 en que falleció.

El Abad Cesáreo, sin embargo de tener su cóngrua en el Monasterio de Santa Cecilia y en el de monjas de Montserrat, continuaron éstas, por cuanto la cóngrua no absorbió todos sus bienes y el Abad propietario de Santa Cecilia continuó cuidando de las monjas de Montserrat hasta el año 986 en que fueron trasladadas á Barcelona.

El Abad de Ripoll, Oliva Cabreta, siendo ya obispo de Vich, reclamó la posesión de Santa Cecilia ante el conde de Barcelona Berenguer Borrell, quien en el año XXVII del rey Ro-

berto, dice Villanueva, ó sea en 1023, la declaró sujeta á la abadía de Ripoll.

En el año 1104 el conde Bernardo Sunyer, su consorte Adelaydis, y sus hijos dieron al Monasterio de Santa Cecilia la iglesia de San Jaime de Marganell, en el término de Castellvell, condado de Manresa.

Trescientos años transcurrieron y no hubo jamás necesidad de reformarse el Monasterio de Santa Cecilia y sin decaer en sus temporalidades, á pesar de su dependencia de Ripoll, de suerte que cuando el antipapa Luna (Benedicto XIII) visitó este Monasterio y el de Montserrat, en 1410, declaró á entrambos inmediatamente sujetos á la Santa Sede.

Cuando el cardenal Julián de la Róvera (después Papa con el nombre de Julio II), fué abad comandatario de Montserrat, nombró su vicario general al abad de Santa Cecilia D. Lorenzo Marull, quien dirigió las obras que mandó hacer la Róvere, en especial el claustro gótico. Esta administración duró trece años ó sea desde el año 1471 hasta el de 1484.

Mas, como con motivo de la unión de las dos coronas de Aragón y Castilla el absorbente estado castellano empezó á imponerse á Cataluña, los Reyes Católicos, ó mejor dicho sus mensajeros castellanos no pararon hasta incorporar los dos Monasterios de Montserrat á la Congregación de Valladolid, al que Fernando é Isabel protegían de una manera especial. El Monasterio de Montserrat condescendió y se incorporó á la mencionada Congregación castellana en el año 1493; mas el de Santa Cecilia quiso meditarlo más, y siguió con abad propio comendatario otro medio siglo, hasta que creyó más oportuno y decoroso entregarse al Monasterio de Montserrat que al de la Congregación de Castilla. Esta resolución, si bien mereció la aprobación de Julio II en 1504, no se llevó á efecto hasta el año 1539, en que ocurrió la muerte del último Abad, en cuya época fué condición impuesta por el Papa.

Aquí acaba la historia propia del Monasterio de Santa Cecilia de Monserrat, que duró 467 años.

No por eso fué de hecho extinguida la Comunidad de Santa Cecilia, pues á los monjes que quisieron continuar viviendo en dicho Monasterio, aunque bajo la sujeción del de Montserrat, fueron complacidos, mas con su fallecimiento no quedó en Santa Cecilia más personal que el preciso para el servicio parroquial. Unos 239 años siguió la parroquia de Santa Cecilia regida por monjes que *ad nutum* nombraba el Abad, eligiendo los párrocos, hasta que en el año 1778, en el nuevo plan parroquial, se dispuso que esta parroquia la rigiesen sacerdotes seculares, y entonces se trasladó el culto y servicio parroquial á la sufragánea de San Esteban de Marganell.

Como prueba de la importancia de Santa Cecilia, basta decir, que D.^a María, mujer de Alfonso V de Aragón, conquistador de Nápoles, dió á dicho Monasterio en 1478 una custodia guarnecida de perlas para colocar el Santísimo Sacramento. Cuya joya la remitió por conducto de Pedro Salvaterra con carta para el Abad, fechada en Tortosa el 15 de Diciembre del referido año de 1478.

La iglesia actual, si no se remonta á la época de la primera construcción, le andará en zaga, pues ofrece una idea aproximada de lo que pudo ser.

Tosca, ruda y sencillísima, con su bóveda de cañón y sus arcadas de plena cimbra, es una de aquellas construcciones del género bizantino que recuerdan las primeras basílicas cristianas. En su interior, merecen notarse la pila bautismal encajada en el muro, y junto á la antigua entrada del ábside, unas filas de nichos. El busto de la Santa titular se consideraba como una buena escultura del siglo XIV, á juzgar por sus elegantes paños y otros detalles bien acabados.

El Abad de Montserrat Tocco, modificó la iglesia en 1558. Mas cuando las tropas francesas incendiaron el Monasterio, pegaron fuego también á la iglesia y casa rectoral de Santa

Cecilia, en dos épocas distintas, en 11 de Octubre de 1811 y en 31 de Julio de 1812, quedando tan abandonada, que el obispo de Vich, en su visita de Noviembre de 1866, se vió obligado á prohibir se celebrase en dicha iglesia, mientras no se pudiese decente.

El Monasterio de Montserrat, condolido de tanto abandono, y viendo que por falta de recursos no podía restaurarla el celoso párroco de Marganell, acudió á la piedad de algunas personas devotas, y la restauró bajo la dirección del arquitecto del Monasterio, Sr. Villar. Se quitó el cementerio parroquial, que obstruía la puerta mayor de la iglesia, y se tapió la que con mal gusto y en mal hora se había abierto en el ábside principal; se agregaron las dos naves laterales, que por medio de tabiques se hallaban separadas de la principal y destinadas á usos profanos: se reconstruyeron el coro, el púlpito, la sacristía, se ampliaron las sepulturas particulares que las casas solariegas inmediatas, llamadas de la Calsina y Martorell, poseen en la nave principal, y las generales se trasladaron á un nuevo cementerio. Se pavimentó de nuevo el suelo de la iglesia, se puso una verja al entrar, á fin de que el público pudiese visitar el templo aun cuando no hubiese quien les franquease la entrada por estar ausente el custodio. En cada uno de los tres ábsides se colocó un altar, cuyo decorado es provisionalmente de perspectiva, de gusto bizantino, pintado por el artista de Manresa Sr. Cabanes, que pintó todo el interior de la iglesia. En el altar mayor llama la atención un bonito cuadro de Santa Cecilia, del mismo pintor, imitando las tablas antiguas. Los otros dos altares están dedicados el uno á Nuestra Señora de Montserrat, y el otro á San José. Se colocaron algunos bancos de estilo bizantino.

El día 22 de Noviembre de 1862, festividad de la Santa titular, bendijo solemnemente la iglesia restaurada el Illtre. padre Abad Fr. Miguel Muntadas, promovedor de la restauración, quien celebró de pontifical, con asistencia del párroco de

Santa Cecilia y Marganell, de los monjes del Monasterio y de la Escolanía, que cantó con música un solemne oficio.

Encima de la puerta se esculpieron tres escudos en relieve; el del antiguo monasterio de Santa Cecilia, el de Montserrat y el de la orden benedictina. Desde entonces, todos los años, el día de Santa Cecilia, la Escolanía va á cantar misa solemne, en la iglesia de la patrona de los músicos.

De los abades que tuvo, se conservaban en Montserrat algunas escrituras y un *Necrologio* manuscrito en el siglo XIV, propio de dicho monasterio de Santa Cecilia, cuyo cuaderno desapareció con el incendio de los franceses. De estos documentos, que dice vió Villanueva (1), se sacó el siguiente catálogo:

Cesáreo, primer abad y fundador. Según Argaiz, murió en 970; otros dicen que en 981 se hallaba gravemente enfermo. El citado *Necrologio* refiere su óbito en los siguientes términos: «VIII idus Augusti obiit Cesarius qui primo fuit archi-æpis-opus Tarraconæ, secundo vèro abbas, qui istam domum edificavit.»

Ferreolo de 995 á 994.

Fochearo (f. Folcher) en 999.

Bonifilio de 1026 á 1031.

Guillermo de 1040 á 1043.

Pedro en 1056.

Dalmacio de 1088 á 1103.

Geraldo en 1120.

Arnaldo en 1122.

Mirón pertenece á este siglo. El *Necrologio* ponía únicamente su óbito en 18 de Octubre.

Guillermo en 1143.

Guillermo murió en 1200.

Geraldo en 1219: murió en 1220.

(1) *Vioj: literario por las iglesias de España.*

Arnaldo de Calders en 1220.

Raimundo murió en 1281.

A esta época pertenece la nota siguiente del *Necrologio*:

«VII Kal. Martii eoden die fuit diruptum castrum de Castellito et Guillelmus domus ejusden fuit interfectus anno MCCLXXVII.»

Raimundo en 1290. El *Necrologio* menciona estos Raimundos apellidando á uno de ellos de Briz (*Bricii*).

Bartolomé de Castelloli en 1327, murió en 1343.

El *Necrologio* decía: «III Kal. Maii Ob. Fr. Bartolomeus de Castroeulino qui fuit monachus S. Benedicti de Bages et abbas istius monasterii: fecit multa bona: anno MCCCXLIII.»

Bernardo de Castelloli electo en 1347, cuya elección confirmó Hugo, obispo de Vich.

Andrés en 1381.

Pedro Andrés murió en 1399. El *Necrologio* decía: «XIII Kal. Octob. Ob ora vesperorum rev. D. Fr. Petrus Andrea abbas istius monasterii, qui huic monasterio multa bona fecit; anno à nativitate Domini MCCCXCIX.»

Berenguer March electo en 1399.

El referido Sr. Villanueva conjetura que aquí dió fin la serie de estos abades, pues en 1410 se incorporó este monasterio al actual de Montserrat, cuyo engrandecimiento debió influir mucho en la decadencia del de Santa Cecilia. Sin embargo, Argaiç dice, que esta incorporación fué en 1539, por bula de Paulo II, y que su último abad comandatario fué Fr. Miguel Cordellas. En el referido año de 1410 fué cuando se elevó el priorato de Montserrat á abadía.

Por ocupar el monasterio de Santa Cecilia, el referido castillo tenía el abad cárcel, grillos, cadenas y cepo para los delincuentes, con privilegio de poner baile en dicha parroquia y término, y tomar pleito homénaje á sus vasallos, percibiendo de ellos diezmos, censos, tercios, luismos, alcabalas y otras prestaciones feudales y dominicales.

Inmediata á Santa Cecilia brota una fuente de rica agua llamada *Font de Santa Cecilia*. Se halla situada á un kilómetro de la iglesia, siguiendo la carretera hacia Casa Massana, y doblando á la izquierda, en una pequeña revuelta por la que pasa un poco de agua que viene de la fuente.

Entre Santa Cecilia y los *Degotalls*, había antes un camino de cabras, hoy abandonado, por el cual se podía subir á San Jerónimo.

Los grabados que hay de las ermitas son copia, aunque muy mejorada, de los que se publicaron á últimos del siglo pasado ó principios del presente en las láminas de Nuestra Señora de Montserrat, y representan dichas ermitas tal como estaban antes de destruirlas el ejército francés en 1811. Se ha preferido representarlas así que por copia fotográfica de sus ruinas.

La roca foradada

Visitada Santa Cecilia, que muy bien cuadra en la montaña de la música un templo bajo la advocación de la patrona de los que profesan este sublime arte, puede visitar el viajero una reunión de peñas llamadas *la roca foradada*. Desde la estación de Monistrol, habrá contemplado al extremo Norte de la montaña, un agujero triangular, y habrá tenido deseos de visitarlo.

Nada más fácil. Siguiendo desde la fuente de Santa Cecilia la mencionada carretera, se deja ésta al poco rato, y se toma á mano izquierda un sendero casi oculto por la vegetación que allí crece abundante, el cual, subiendo siempre, con relativa comodidad, conduce al pié mismo del peñasco donde está el agujero. Para penetrar en éste, es preciso doblar aquel grupo de rocas y escalarlas por la parte del O., agarrándose á los arbustos. Tiene el agujero la forma triangular y en su

interior se presenta como un gran salón de techo apuntado, cuyo suelo es cuadrangular, de 320 metros de superficie, de lados desiguales, de 20 los dos mayores y 16 los dos menores. Las paredes y el suelo forman un espacio prismático á base triangular, descansado por una de sus caras. En este gran *salón* pueden guarecerse hasta 200 carneros, según los pastores del país.

Es un sitio pintoresco en el cual crece en abundancia la yedra y el boj. Suele pasar por tan colosal agujero un viento huracanado que espanta, de suerte que en algunos días, el turista apenas puede permanecer de pié. En la parte del E. en dirección al N. tiene como un terradito ó mirador, sobre un despeñadero que horroriza.

En determinados días del año, visto este agujero por la parte de Igualada, presenta una caprichosa ilusión óptica por la mañana, la de pasar los rayos del sol naciente por dicho agujero, sucediendo lo mismo por la tarde, por la parte de Monistrol al ponerse el astro del día, lo que no deja de producir un fenómeno curiosísimo (1).

Excursión al O. de la montaña

No queda aún con esto terminada la descripción de la parte superficial de la montaña. Falta tratar de la parte del O., muy poco conocida, y que, sin embargo, merece ser visitada, por ofrecer tal abundancia de accidentes admirables, que no han podido menos de interesar á los individuos de las sociedades excursionistas de Barcelona, reconociéndolas, estudiándolas y fotografiándolas en el Album de Montserrat.

(1) Este segundo día á fin de que la jornada no resulte pesada, puede dividirse en dos á gusto del turista

Para esta excursión, que poquísimos turistas la hacen, es preciso bajar á Collbató, á cuya población es también preciso ir para visitar las cuevas. Los mismos guías que en el Monasterio proporcionan caballerías para recorrer la montaña, las tienen para ir á Collbató, de donde son vecinos. En Collbató hay fondas. En las excursiones de esta parte de la montaña se encuentran inesperadas, vivas y agradables emociones.

Dos son las excursiones que pueden hacerse: la de Collbató á San Jerónimo y la de Collbató al Montgrós.

De Collbató á San Jerónimo. El camino es difícil para caballerías. Se sigue el que conduce al Monasterio, dejándolo al poco rato para tomar, á mano izquierda, otro hacia al O. y emprender, á la media hora, la subida por el *Canal del Pont*. Antes de llegar á la entrada del Canal, son notables, á mano derecha, las estribaciones de la *Artiga* (arrompida) alta y baja, entre las cuales se abre el canal de las yedras.

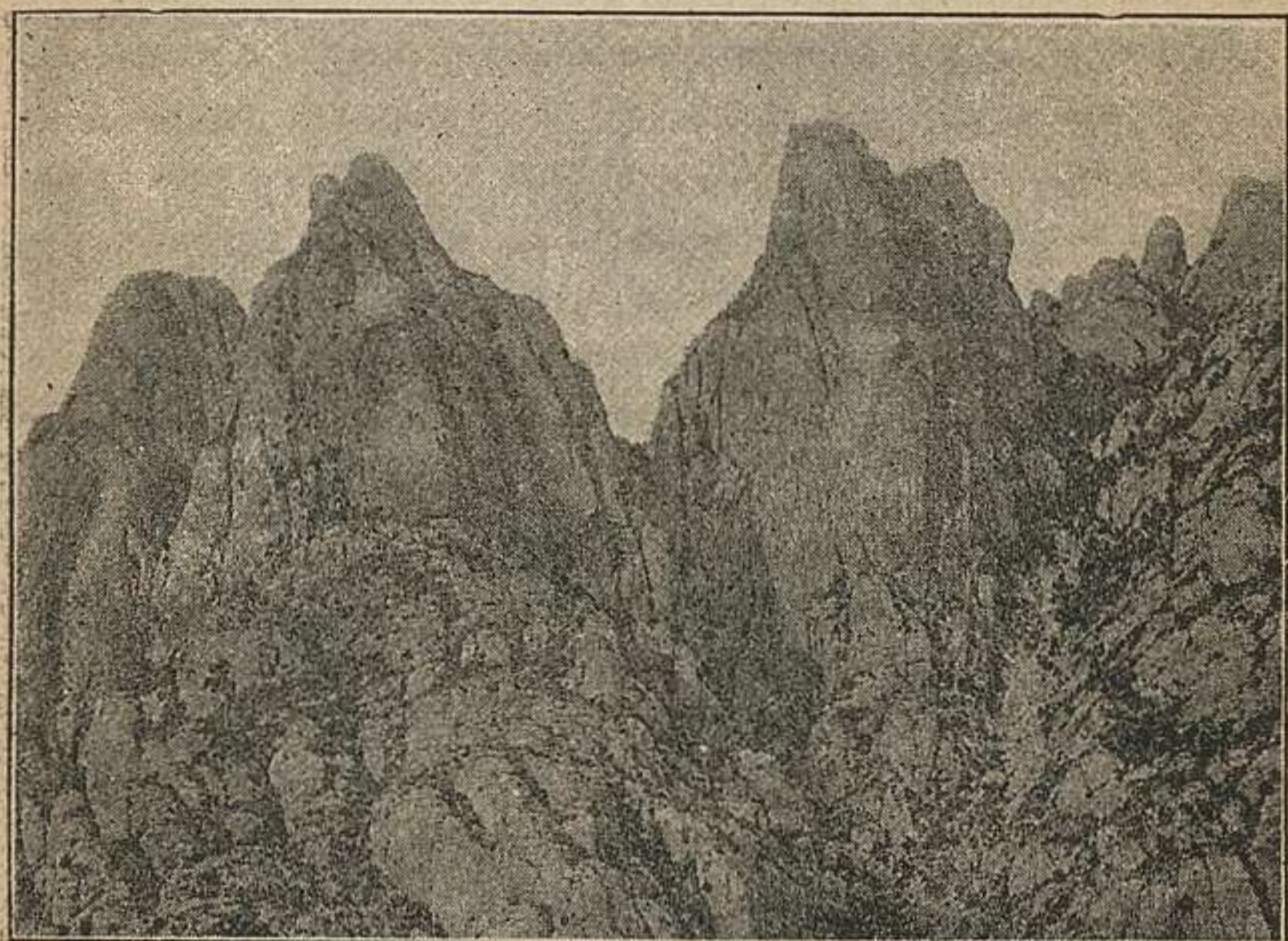
En la parte opuesta del torrente se ve la gran casa solariega llamadas *Vinya Nova*, que antes de la exclaustación poseía el Monasterio, situada en el límite de los términos de Collbató y del Bruch, y servía de casa de campo de los escolanes.

Se entra en el Canal del Pont, subiendo por fuerte cuesta hasta la *Sierra de las Paparras*, desde donde se ve, á mano derecha, el grupo de las rocas de Santa Magdalena la vieja, y en frente, un poco á la izquierda, la *Albarda castellana*; se atraviesa la sierra, y por la vertiente opuesta, se baja al valle del torrente de Santa María, teniendo delante el *Caball Bernat*, que parece un enorme dedo pulgar señalando al firmamento. A la hora y 45 minutos, el camino se junta con el de la ermita de San Jerónimo, según se ha indicado antes. En la subida se emplean 2 horas 15 minutos. En la bajada se ahorran 30 minutos. La excursión es penosa, pero interesante.

Este camino tiene una variante que ofrece interés por la mayor vegetación, aunque alarga la excursión. Consiste en to-

mar un canal á 17 minutos de Collbató, el cual remonta las estribaciones de la Artiga hasta el cerro del Montaner y de éste se pasa á la *Sierra de las Paparras*.

De Collbató al Montgrós, es otra excursión que puede hacerse, altamente interesante, pero difícil, y será siempre peligro-



sa si no se va con un buen guía. Se sigue el camino que rodea esta parte de la montaña, pasando más al O. de la *Vinya nova* (30 m.), un bosque de pinos, se emprende (40 m.) un violento escalamiento en cortos zig-zag, hasta el cerro de la *Balsa de los Gatos* (1 h. 10 m.), y se atraviesa el camino que desde el Bruch va á San Jerónimo, por donde los franceses sorprendieron el Monasterio en 1811.

Este camino sube hacia la derecha á 1 hora 20 minutos del *Collado del Mediodía*. La visita del canal de este nombre, abierto entre una gran confusión de peñas levantadas á

uno y otro lado, es espléndida; á la derecha, en último término, se ve el despeñadero de San Jerónimo, y en primer término, á la izquierda, el del Montgrós.

Se entra en el canal cubierto de exuberante y fantástica vegetación (1 h. 30 m.), se pasa por la *cueva de Maccrío* (gran peña socavada), (1 h. 45 m.), por la *fuelle de la Cadireta* (sillita). Se retrocede subiendo al propio tiempo sobre los despeñaderos en dirección al S. y pronto se entra en la grieta de una gran roca (único paso), por la que únicamente puede pasar una persona, se sube á una especie de *cornisa* sobre un precipicio y la ascensión continúa entre bosques hasta la cima, (2 h. 15 m.)

La cima del Montgrós forma una gran explanada de 300 metros de longitud y de cinco ó seis de anchura, avanzando al S. á modo de península. Al situarse en este punto, el espectador se encuentra en el corazón mismo de Montserrat, teniendo el cerro de San Jerónimo al NO., más al E. el Montcau, la Albarda castellana, las rocas de Santa Magdalena la vieja; en fin, toda la sierra, y en dirección al O. la confusión fantástica de las Agujas. Domina además todos los accidentes que hay bajo de la vertiente S. y un panorama bellissimo. Sin necesidad de hacer esta ascensión tan cansada, se puede también contemplar este bellissimo panorama desde San Jerónimo.

DIA TERCERO

Las cuevas

Antes del año 1852, cuantas personas visitaban Montserrat, después de recorrer los sitios descritos, se marchaban con la convicción de que ya nada más quedaba por admirar, pues las obras que se ocupaban en Montserrat nada decían de lo que en su seno encierra la célebre montaña. Antes no se hablaba de las cuevas, á no ser algunos vecinos de Collbató que conocían la cueva del *sal nitre*, los demás no tenían la menor noticia de su existencia. Hoy el viajero que va á Montserrat ha de prolongar su excursión un día más, á fin de visitar los antros y concavidades que hay en la montaña.

En el camino del Monasterio á Collbató cerca de la *Font seca*, se halla una pequeña explanada, desde la cual se descubren en posición avanzada dos grandes picos, detrás de los cuales y á la parte del S. se halla la entrada de las cuevas. Esta explanada tiene también su historia (1).

(1) Dueñas de ella las tropas francesas de Napoleón I en la guerra de la Independencia, llamóles la atención este llano debajo del cual se abren horribles y profundos despeñaderos, y creyéndose por su inexpugnable posición muy seguros, colocaron en él una formidable batería. Esta operación no pudieron consentirla los valientes vecinos de Collbató, quienes juraron apoderarse de aquel sitio, y lo lograron.

Al llegar á Collbató es preciso ir á la posada de las Cuevas y proporcionarse guías, antorchas, llamas de bengala y todo lo necesario para la excursión. Desde la posada se descubre muy bien la boca de las cuevas, indicada por una gran mancha de cal que la circuye. Es preciso andar 1 kilómetro, bajar al torrente y subir la montaña. Actualmente no se encuentra ningún mal paso, por que el llamado *paso de las Estacas*, en cuyo punto al principio se acostumbraba atar una cuerda en una de las matas que vegetan en las grietas de las peñas y colocar una larga escalera de mano en las rocas más salientes, es hoy el más seguro por haberse construído allí una buena escalera de madera, de anchos peldaños, por la cual se sube con toda comodidad; lo que hace que las cuevas sean más visitadas que antes, hasta por señoras, pudiéndose llegar á dicha escalera en caballería con toda seguridad.

La tarifa establecida para explorar estos subterráneos, es la siguiente:

Por cada guía.	3'50 Pts.
Por cada hacha de cera	2'50 »
Por cada fuego de bengala que se quiera quemar en el interior para juzgar del efecto	3 »

Deben advertir los viajeros que no se permite arrancar ninguna de las admirables cristalizaciones estalácticas que en las cuevas se encuentran, ni encender fuego alguno de artificio que produzca detonación.

Conocedores del terreno, algunos jóvenes decididos aprovecharon la oscuridad de la noche, y trepando hasta dicha explanada, sorprendieron desprevenidos á los defensores de la batería; pasáronlos todos á cuchillo, incluso al capitán, destruyeron la fortificación y arrojaron los nueve cañones del reducto al precipicio que á sus piés se abría, de donde no han podido extraerlos cuantos esfuerzos se han practicado al efecto.

La boca de las cuevas es de forma ovalada, tiene escasa entrada, por cegarla una enorme roca que solo deja un paso muy limitado á la derecha, y otro más cómodo en la parte superior, al cual se llega escalando la peña. Esta boca se halla al SO. de la montaña, encima del pueblo de Collbató, se extiende á la derecha en dirección de SE. á NO. y la corta un crucero en dirección de O. á E. En la actualidad el paso mejor, la verdadera entrada está á la derecha.

La que hoy es puerta con su verja de hierro, estaba antes obstruida por rocas, y no había más que dos informes y escabrosos agujeros.

Como los que se han ocupado en estas cuevas no están perfectamente de acuerdo acerca de la teoría de su formación, la más científica, más natural y más al alcance de la generalidad de las personas que las visitan, es la que da á conocer en sus *Estudis geològichs sobre la construcció, origen, antigüetat y porvenir de la montanya de Montserrat*, el eminente geólogo Dr. D. Jaime Almera, canónigo de la catedral de Barcelona, ya mencionado, quien dice que las cuevas, en general, provienen comunmente, como lo ha demostrado monsieur Martins, del fraccionamiento y disgregación de unas capas más detríticas y más fácilmente desmenuzables que otras por los agentes erosivos, á lo que contribuyen unas veces en mayor escala que otras las erosiones subterráneas, el remintolamiento de aguas acídulas, los pliegas y dislocaciones de las capas y las fisuras y desmoronamientos que de esto resultan, etc. (1).

Para probarlo, se fija el Dr. Almera en los hechos que dan fundamento á esta teoría de la formación de las cuevas.

Es evidente, dice, que la montaña de Montserrat está llena de rendijas ó grietas que la dividen de arriba abajo, visibles sobre todo en la parte alta. Basta recorrerla para cerciorarse

(1) COTIJEAN.—*Elements de Géologie*, págs. 72 y 73.

de la verdad, y se ha demostrado al describir la excursión á las ermitas.

Cita la obra del P. Abad Muntadas, titulada *Montserrat*, donde se lee: «Se encuentran en esta montaña muchas rocas cortadas ó partidas de una manera que ha llamado siempre la atención de los naturalistas, haciendo que muchos modificasen su parecer respecto á la formación de la misma.

»Hay una de enormes dimensiones situada en la parte del S. y distante unos dos tiros de bala (hacia Poniente) del pozo primero de los llamados *Pohetons*, en la que se ve una grieta ó línea oblicua, la cual ha partido y roto todas las especies de piedras de que se compone toda aquella masa. Se ven otras, cuyas piedras rotas no guardan su nivel, estando más elevados que otros los trozos que la forman.

»Lo que nos llama la atención y es de más fácil acceso, es la que se nota en el orotario de la ermita de San Salvador.» (Véase la explicación de esta ermita).

Así como es evidente la existencia de agujeros y grietas por donde penetra el agua pluvial dentro la montaña, así también es cierta y conocida de toda la gente de la comarca la existencia de ciertos agujeros por donde sale dicha agua en las vertientes de la misma montaña, formando fuentes intermitentes que el pueblo conoce con el nombre de *Mentirosas*, de las cuales es quizás la más notable la que hay en la vertiente del *torrente de la Salud* ó de la *Soleya*, de Collbató, á un nivel inferior al de las pudingas, en medio de la arenisca arcillosa, por donde en épocas lluviosas mana el agua en gran chorro.

El pavimento ó suelo de las cuevas está formado por detritus ó trozos de pudinga de todas dimensiones, desplomados de la bóveda y amontonados sin orden ni concierto unos sobre otros, no sin dejar, en virtud de su forma irregular, aberturas no pequeñas, en términos que por ellas se puede bajar muy abajo, hasta encontrar la arenisca garúmnica que se nota en la vertiente exterior. Así sucede, en efecto, en la entrada

de las cuevas, según refieren los guías de Collbató, quienes á fuerza de trabajo, ingenio y fuerza han logrado bajar por entre las rocas angulosas caídas hasta encontrar las areniscas.

Atendiendo, pues, á estos hechos, á saber, al agrietamiento de la montaña y á la existencia de materiales flojos en su parte inferior ó base, claramente se deduce que las corrientes subterráneas procedentes de las lluvias, al abrirse paso, tanto al través de las pudingas, como de la arenisca roja, para desembocar por las *Mentirosas* al exterior, deben arrastrar, no solamente materiales pudínguicos, sino, y principalmente, dicha arenisca arcillosa rojiza, comiéndose así y vaciando el sostenimiento de la pudinga, como lo confirma plenamente el montón ó montones de fragmentos de las mismas, esparcidos por el suelo de las cuevas; pues no de otra manera podría explicarse este cúmulo de escombros, sino advirtiendo que el agua corriente, á medida que va arrastrando el suelo arenisco que sostiene el conglomerado ó pudingas, ocasiona su desprendimiento y por consiguiente resulta un vacío en la montaña que va creciendo siempre por el incesante trabajo erosivo de las aguas en las areniscas, arcillas y pudingas, merced á lo cual, no sólo continúa bajando de nivel la peña desplomada, sino que á la vez quedan sin firme otras más ó menos contiguas.

Como este trabajo se viene efectuando en todo el interior de la montaña, desde la base del pico de San Jerónimo hasta el torrente de la *Salut* en Collbató, se deduce evidentemente que dichas concavidades á través de tantos siglos de actividad erosiva, han de ser muy extensas y ramificadas por uno y otro lado y que acabarían por dejar completamente hueca y abovedada toda la montaña.

Formadas estas cavidades, el agua, que continúa escurriéndose por la bóveda, lleva disuelta, gracias al ácido carbónico, la caliza que encuentra á su paso á través de las pudingas, y desprendido el ácido carbónico dentro de las mismas grutas,

se precipita dicha caliza de una manera tan variada y original que da lugar á los caprichosos, fantásticos y poéticos dibujos que tanto admira el turista, canta el poeta y copia el artista.

Sentados todos los hechos anteriores, se puede ya prever el porvenir de la montaña de Montserrat. Desde luego este porvenir es el de todas las montañas, destruídas, ó mejor dicho, aplanadas por las causas actuales para terraplenar con sus materiales las hondonadas y suministrar al mar depósitos de futuros continentes.

En opinión del ya citado Dr. Almera, en virtud de la disposición especial interior de Montserrat y del agrietamiento cada vez mayor de los bancos de conglomerado, parece ser lo más natural que los pollagones ó grandes pilastras, antes de desaparecer de estas alturas por la acción lenta erosiva de los agentes externos, atendida la tenaz resistencia que presenta y á la poca fuerza con que aquéllos obran, caerán, por faltar á la bóveda de conglomerados, resistencia suficiente para aguantar tan pesadas masas. De suerte que lo más probable es que el porvenir de esta montaña será perder su original figura por el hundimiento de la bóveda interior que, formada ya como se ve en las cuevas, va adelgazándose cada día más, tanto interior como exteriormente.

Dios solamente, que todo lo ha creado y sabiamente lo rige, sabe cuando sucederá esto y si se verificará de una manera lenta ó si una fuerte conmoción de la costra terrestre lo precipitará. Entre tanto pasará esta y otras cien generaciones, y Montserrat continuará siendo la admiración de todo el mundo y el trono de la amada Reina de Cataluña, como dice tan oportunamente el sabio Dr. Almera.

Para penetrar en estas cuevas conocidas en el país, como queda dicho, por la *cova del sal nitra*, á causa del mucho salitre que en ellas había ó en sus alrededores se explotaba, percibiendo el Monasterio á título de propietario un cánon anual de 12 libras moneda barcelonesa, es preciso ir acompañado de

guías, de lo contrario, no sólo es imposible, sino hasta peligrosa la exploración. Los guías se encuentran, como queda dicho, en Collbató, y mediante lo indicado en la tarifa, además de acompañar, auxiliar y advertir los peligros, reúnen á su mucha práctica la amabilidad de explicar cuanto encierran las cuevas y llegan á exponer su propia vida para evitar que el turista que acompañan sufra el menor daño.

Olvidadas habían quedado las cuevas muchos años, por no decir siglos, pues nadie hablaba de su existencia, cuando hallándose en Inglaterra, en Agosto de 1846, el Dr. D. Joaquín Font y Ferrés, vecino de Barcelona, al despedirse de sus amigos y conocidos de Londres, díjole uno de éstos, muy aficionado á la historia natural:—«De buena gana acompañaría á usted á España, únicamente para visitar las cuevas de Montserrat.» Ignorando el Sr. Font la existencia de estas cuevas, creyó que el inglés se refería á la cueva donde se halló la imagen de la Santísima Virgen:—Pues muy poca cosa vería usted en ella, le contestó. — ¡Cómo! repuso sobresaltado el naturalista. — Por la sencilla razón, dijo el Sr. Font, de haberse arruinado en las últimas guerras.—En este caso, replicó el inglés, es necesario que se haya arruinado también la montaña.

Después de algunas observaciones por una y otra parte, vinieron en conocimiento de que hablaban de distintos sitios de la montaña.—«Pues bien, añadió el de Londres, voy á manifestárselas en dibujo;» y le enseñó una lámina grabada en el siglo pasado, en la que estaba dibujada una de las grutas de las mencionadas cuevas.

A su regreso á Barcelona el Sr. Font determinó depurar la verdad de cuanto en Londres se le había dicho, y aprovechando la ocasión de visitar su patrimonio de Collbató, que lo tenía lindante con la misma montaña, se llevó consigo la lámina, y conferenció con los ancianos del pueblo acerca del punto donde podía hallarse aquella maravilla de la naturaleza,

y le contestaron que, á no ser el *forat de sal nitra* no sabían existiese otra en la montaña que pudiese dar entrada á cueva alguna; mas como el Sr. Font manifiestase deseos de ver aquellas cavernas, le hicieron presente lo difícil, por no decir imposible, de llegar hasta el agujero; pues, decían ellos, distaba unas dos horas del lugar.

No desanimaron al Sr. Font noticias tan poco halagüeñas, y hubiera satisfecho su curiosidad á no haber sobrevenido continuos aguaceros que hicieron, si no arriesgada, al menos imprudente la excursión, y regresó á Barcelona. A mediados de 1851, viendo ocasión oportuna de realizar el plan que había fracasado, determinó vencer cuantas dificultades se presentasen, y subió á Montserrat, á cuyo Presidente, que entonces lo era el P. Ramiro Torrents, manifestó la lámina. Conferenció el Presidente, acerca del particular, con los demás monjes del Monasterio, aseguraron los más ancianos lo mismo, poco más ó menos, que habían relatado los vecinos de Collbató.

Con tan feliz coincidencia, volvió otra vez á este pueblo el Sr. Font, desde donde, acompañado del Rdo. D. José Traval, cura ecónomo de la parroquia de Collbató, del que después fué dueño de la *Posada de las Cuevas*, Pedro Vacarisas, de la esposa de éste y de tres ó cuatro vecinos más de la población, emprendieron su excursión á las maravillosas grutas. Después de vencidos muchos obstáculos, peligros y contratiempos, llegaron al agujero, en el cual se internaron, y al descubrir aquellas grandiosas estancias, exclamó el Sr. Font.— «¡Esto es una maravilla! ¡Collbató no sabe el tesoro que posee con unas cuevas que pueden darle gran nombradía!» Mas como no iban provistos de instrumentos á propósito, ni llevaban más luz que algunas delgadas bujías, no pudieron internarse mucho, y tuvieron que volver á salir sin haber examinado más que una pequeña parte de aquellos subterráneos palacios.

A su regreso á Barcelona comunicó el Sr. Font su descu-

brimiento á algunos amigos, entre otros, al señor Arnús, médico director de la Puda, con quienes acordó coordinar una especie de caravana científica para examinar escrupulosamente las entrañas del Montserrat.

Entre los de la comitiva se contaba D. Víctor Balaguer, quien publicó en el *Diario de Barcelona* una descripción de-



Vestíbulo de las cuevas

tallada de la excursión. Formaban parte de la misma unos veinte sujetos, entre ellos el referido cura ecónomo de Collbató y cuatro monjes de Montserrat, á saber el P. Blanch, el P. Cerveró, el P. Muntadas y el Presidente P. Torrents, quienes, para llegar á dichas cuevas tuvieron también que vencer grandes peligros: subieron por el paso de las estacas con el auxilio de una cuerda atada á una mata, y en el interior de la gruta se vieron más de una vez obligados á bajar y subir por escaleras de cuerda.

Si la exploración se verifica cuando los rayos del sol penetran por la boca de la cueva, puede apreciarse la admirable

grandeza de aquella caverna (1). La luz que penetra por la gran reja que hay encima de la puerta ilumina una pequeña estancia, que viene á ser como el vestíbulo de aquel palacio subterráneo. Nada más sorprendente que su bóveda, formada por peñas inmensas que parecen prontas á desplomarse, y de las cuales las hay ya caídas en el suelo en confuso desorden. En el fondo, donde apenas alcanza la luz, destácanse majestuosamente sombrías y misteriosas tinieblas que hacen indispensable la luz de las antorchas que encienden los guías.

Estos dirigen de ordinario hacia el O., donde es algo más cómodo el camino. La boca de las cuevas se halla al SO. de la montaña. La entrada se extiende en dirección de SO., cortándolo un verdadero crucero en dirección de O. á E.

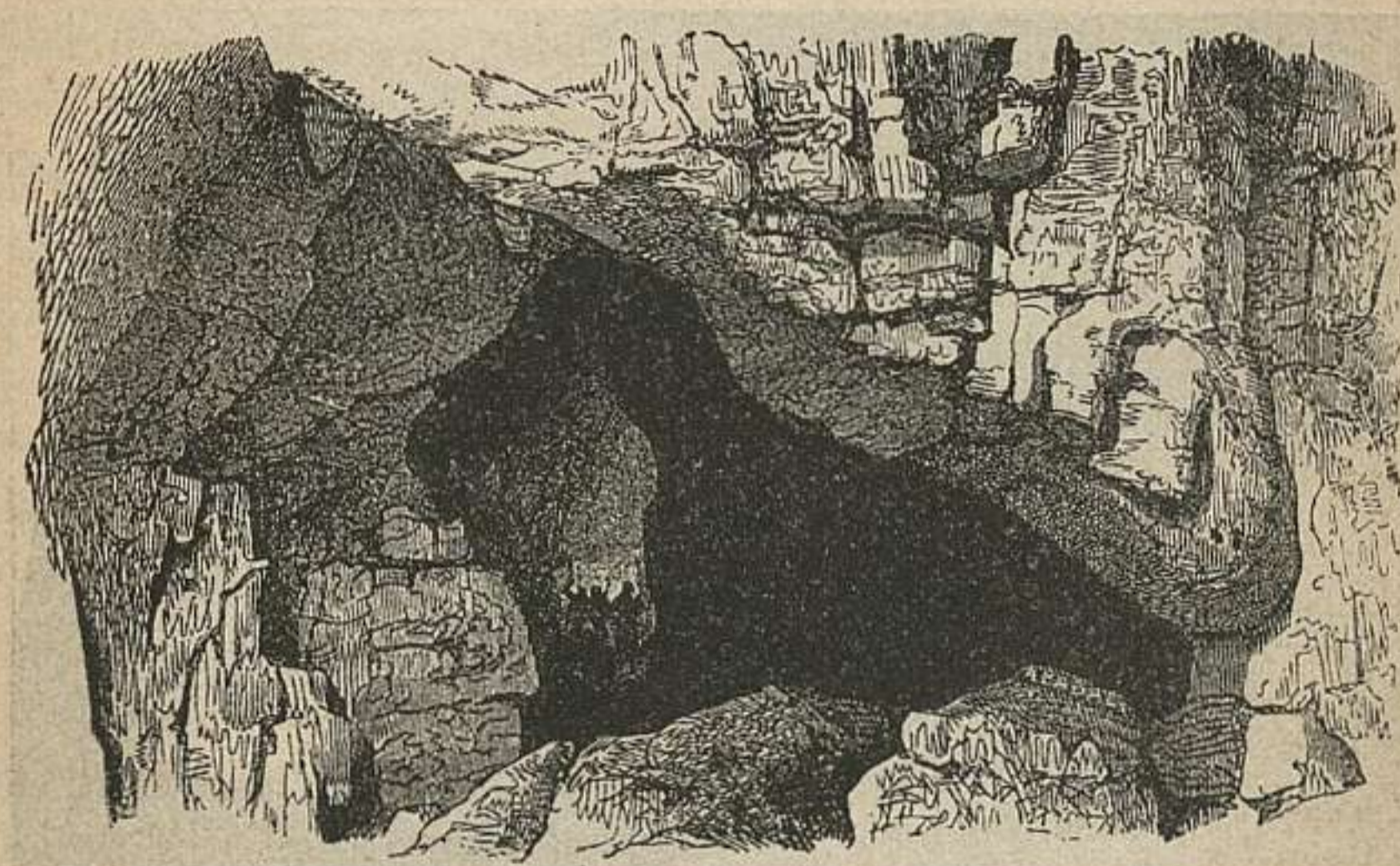
Siguiendo el mencionado sendero se hallan al paso carbonato de sosa y talco de que se compone la roca, pintados de mil colores y puestos en tal desorden y profusión en el suelo, techo y paredes, que causa verdadero asombro. Según dice el Sr. Saura, que había visitado las de Artá, de Roqueville, de Torremocha, las de San Miguel del Fay, la gruta de San Luis en Mallorca y otras más ó menos famosas, así de España como del extranjero, ninguna de ellas le causó tanta admiración, así por su majestad y grandeza, como por el magnífico desorden que reina en la

Primera cueva

Ocupa esta caverna un dilatadísimo espacio, cuyo techo, paredes y suelo están formados por enormes rocas que se apoyan entre sí del modo más caprichoso, de suerte que parecen próximas á desplomarse. Aquí se ven colosales pirámides de

(1) Por esto vale más quedarse á dormir en Collbató, y á las primeras horas de la mañana tomar el camino de las cuevas, que no es tan pesado como en pleno día.

peñas que, saliendo de los abismos, se elevan, ya á uno, ya á otro lado; allí otras que á manera de bóvedas forman inmensos arcos sin nivel y sin apoyo visible, al paso que el suelo está sembrado de escollos y precipicios, teniendo que subir unas veces y bajar otras; lo que, añadido á un mar de tinieblas, como dice muy bien un escritor contemporáneo, en el que



Entrada en la primera cueva

parecen pequeñas estrellas las trémulas llamas de las hachas, comunica al ánimo un sentimiento que no se puede describir y que aumenta al oír el lúgubre eco de las voces que resuenan en aquellas inmensas concavidades. El mágico efecto que produce á la vista del espectador aquel salón subterráneo no se puede apreciar por las solas antorchas, aunque éstas sean en gran número; es preciso encender en lo alto de sus más descollantes pirámides algunas llamas de bengala (1). A las altas

(1) Á fin de poder alejarse del humo que despiden y que las corrientes del aire introducen en el interior de las cuevas, es preferible encenderlas al regreso de la expedición.

horas de la mañana (entre 10 y 12) produce un magnífico efecto el sol que penetra por la boca. Al brillar en aquella estancia la clara luz natural, se presenta la escena más sorprendente y maravillosa que sólo la aprecia debidamente quien la ve, sin que la pluma pueda describirla. Véanse por una parte bóvedas atrevidas como la del más grandioso templo (1), naves in-



Primera cueva ó gruta de la Esperanza

mensas con claves de enormes peñas, columnas caprichosamente labradas por el agua cuyos detalles los cubrían antes las sombras que por allí vagaban.

A la derecha de esta gruta y en un sitio que pálidamente iluminan los rayos del sol, se halla un reducido espacio, seguro para apoyar el pié, por estar formado el suelo de firme tierra, cuyas rocas se ven ennegrecidas de humo, por cuyo motivo se llama este sitio

(1) No exageramos diciendo que su elevación será como la del ábside de la catedral de Barcelona ó de la iglesia de Montserrat, siendo tanta ó más su anchura.

La cocina

Durante la guerra de la Independencia sirvió este local de abrigo á los somatenes catalanes que en 1808 destruyeron al ejército francés en las gargantas, de esta misma montaña en el término del Bruch, y establecieron en ella sus rancherías.

Desde este sitio, por entre numerosas rocas, se puede dominar aquella dilatada cueva casi en toda su extensión. Encuéntranse en esta galería estalactitas (1) que por su grueso indican contar muchos siglos de existencia. A la izquierda vense diferentes peñascos que cual cascadas de jardines indican en sus labrados canalones que un día debió saltar por ellos el agua. Espectáculo imponente es el que ofrecen aquellas raras y caprichosas masas que á la luz de las antorchas parecen formas humanas envueltas en toscos ropajes, cual las fantásticas figuras con que solía animar sus dibujos el célebre artista Gustavo Doré. Obsérvelas el viajero con detención.

Al final de esta galería no hay paso para seguir más adelante, y por lo tanto se tiene que retroceder. En sus paredes se leen varios nombres, entre otros los de algunas personas que muchos años atrás visitaron esas lóbregas mansiones.

A unos seis metros del suelo, entre un recodo que forman ambas galerías, se ve un boquerón que parece la entrada de una nueva gruta. Sólo son dos reducidas estancias. Cualquiera guía, al ser interrogado acerca de lo que encierra aquel agujero, cuenta detalladamente la historia de

(1) *Estalactitas*, palabra griega que significa *destilar* y *pedra* ó piedras formadas por destilación. Filtrando el agua al través de las grietas, arrastra en pequeñas moléculas durante su curso sales insolubles que abandona luego por la evaporación y de ahí esas masas. Las estalactitas van de arriba abajo, y como las gotas de agua no han depositado toda la sal que tenían en suspensión, forman desde el suelo hacia arriba otras masas conoidales que se conocen con el nombre de *estalactitas*.

El Mansueto (1)

Héla aquí compendiada. Cuando á la voz de *Viva el rey, la patria y la religión, y muera Napoleón*, se levantó Cataluña como un solo hombre para aniquilar á los enemigos de nuestra independencia, el pueblo que los franceses tomaban á viva fuerza era, á la menor resistencia, saqueado y pasados á sangre y fuego sus habitantes y hogares. Próximo á sufrir estos estragos se vió un día Collbató, ya el ejército invasor iba adelantando hacia las débiles tapias de la población, cuando entre la confusión del pueblo se presentó un hombre natural de Esparraguera, llamado Mansueto, de oficio armero, guerrillero famoso, de mucho valor y de gran crédito en el país, y dirigiéndose á los alarmados habitantes de Collbató, les dijo: «El enemigo se acerca, y es preciso salvar lo más caro que tengáis. Los hombres deben batirse por su Dios, por su patria y por su rey; es preciso que empuñen las armas todos cuantos se hallen aptos para ello; confiad á mi cuidado vuestras esposas y vuestros hijos; vengan conmigo los ancianos y los niños, en una palabra, todos aquellos que no puedan disparar un fusil ó descargar un trabuco contra el enemigo. Dadme vuestras riquezas, si las tenéis, todo lo depositaré en sitio seguro; es necesario aprovechar la oscuridad de la noche.» No bien el astro del día se habia apartado del horizonte, cuando se puso en camino aquella comitiva de fugitivos, y trepando escarpadas peñas, llegó á este sitio, y señalando Mansueto este boquete lo destinó para habitación de todas aquellas familias que habían abandonado sus hogares. Al llegar á la cueva, las

(1) En la reja del Monasterio se vende un folleto de 56 páginas, titulado *El Mansueto ó las cuevas de Montserrat*; es una leyenda histórica muy curiosa de una de las tradiciones patrias más dignas de ser conservadas.

paredes de Collbató recibían ya las balas de los enemigos de España.

Aquí permanecieron algún tiempo sin pensar que fuesen descubiertos de persona viviente. Un día, no obstante, los franceses se acercaron á la cueva. Al oírles Mansueto, después de haber recogido su escalera de cuerda, colocóse de rodillas al borde de la gruta con su trabuco en el brazo. A la vista del majestuoso espectáculo de la cueva, encendieron los soldados franceses algunas antorchas, y reconociendo vestigios recientes de haber estado gente en ella, escudriñaron con toda detención aquel espacioso y oscuro local. No hallando lo que buscaban, se hubieran tal vez retirado si el imprudente chillido de una mujer ó de un niño no hubiese llamado su atención hacia el boquete. A él se dirigieron, mas al querer examinarlo, halláronse con Mansueto que con la mayor calma y serenidad tenía inclinada hacia ellos la boca de su trabuco. Al verle los franceses prepararon las armas: «Si dais un paso más sois perdidos, les gritó Mansueto, me obligaréis á hacer uso de mi trabuco, y con su disparo todas esas enormes masas se desplomarán sobre vuestras cabezas, pereceré yo, que con gusto moriré al considerar que ninguno de vosotros saldrá vivo de aquí.» Retiraron los franceses las armas y Mansueto, tomando un gran caldero de hoja de lata, les dijo: «No solo os prohibo que adelantéis, sino que os mando que inmediatamente os marchéis, de lo contrario todos vais á perecer.» Poco caso hicieron los soldados de Napoleón de las palabras del atrevido catalán, quien, al verse desairado, dejó caer con furia el caldero, cuyo horrible estruendo, al resbalar por entre las rocas del abismo, les asustó de tal manera que, creyendo que los peñascos y bóvedas se desplomaban sobre ellos, huyeron desparvoridos hacia la boca de la cueva, lanzándose por los precipicios. Este suceso impidió que jamás los franceses se acercaran á las cuevas.

Ningún objeto notable ofrece la galería que corre á la iz.

quierda, cuyas paredes están formadas de rocas unidas estrechamente entre sí, lo mismo que su abovedado techo. Su extensión corre del NO. á SE. A la izquierda de su testera



El Camarín

se abre un corredor, cuyo piso es muy suave é igual y cuyas paredes son extremadamente húmedas. Al pasar por él sube la columna termométrica, y ya se encuentran con más frecuencia grupos de estalactitas. Muy cerca de una cavidad en que termina esta galería se abre un estrecho pasadizo que conduce á un pequeño salón circular llamado por algunos

El Camarín (1)

Sirve de entrada á esta estancia una especie de escalera natural, de 1^m20 de elevación. Los adornos del interior de este pequeño salón parecen más obra del arte que de la naturaleza, como si allí se hubiesen reunido los caprichosos y delicados detalles de la arquitectura gótica. En una parte se descubren estalacmitas como escaños labrados que en forma de semi-círculo arrancan del suelo; en otra aparecen estalactitas que á la manera de estriadas columnitas unas y toscamente labradas otras, sin base ni capitel sostienen el techo de donde descienden, entre las cuales hay algunas caprichosamente agrupadas de las cuales arrancan arcos de roca. Aquí se ven pirámides que remedan los góticos sillones de nuestras catedrales; allí como una especie de nicho que parece destinado á la imagen que se venera en este templo que fabricó la naturaleza; y de ahí el nombre que algunos le dan de Camarín.

Por el mismo sitio por donde se entra en el Camarín ha de salir el viajero, pasando otra vez por el mencionado corredor hasta que á unos veinte pasos de la entrada de aquella bellísima caverna encuentra otra

Caverna en miniatura.—Tocador de las sílfides

Admítase el primer nombre que le dió el autor de *Monserate subterráneo* ó, como más poético, el segundo, con que bautizó Balaguer esta gruta, para inspeccionarla es preciso ir siempre á gatas, atendido lo bajo del techo, pues la entrada

(1) Los guías dan también el nombre de *Camarín* á otra gruta que se describirá después.

está al nivel del suelo, y debe tenerse sumo cuidado de no enderezarse, de lo contrario, pronto hacen tomar la posición cuadrúpeda las agudas puntas de las numerosísimas y delgadas estalactitas que penden de su bóveda, las cuales en algunos puntos, llegan á tocar al suelo, por manera que la parte más elevada sólo lo es de un metro, y aun esta elevación va disminuyendo en su fondo hasta quedar reducida sólo á 20 centímetros.

Reune esta pequeña estancia, en reducidísimas proporciones, toda la belleza de la escultura, pues las paredes, el techo y el suelo todo está labrado y cristalizado en bastante extensión. En una de sus extremidades ábrese á flor del suelo un boquete de más de dos metros de altura que da entrada á una cavidad en la cual es preciso saltar para admirar las preciosas incrustaciones de que está sembrada, formando raros dibujos de los cuales unos imitan grandes racimos de uvas y otros delicadas frutas, hasta que por fin en su fondo interior se observa, en un agujero de metro y medio cuadrado de longitud, un teatro con todos sus minuciosos detalles.

La salida de esta *caverna en miniatura* es como la del Camarín; retrocediendo por el mismo corredor por donde se entró. Cerca de su extremidad los guías señalan un estrecho sendero entre rocas confusamente amontonadas. Parece que no tiene salida, sin embargo, mirándole detenidamente, se ve abierta á los piés una profundísima grieta. Balaguer midió esta profundidad con una bala de plomo atada á un hilo y halló que era de 16 metros. Debe advertirse al viajero, vaya con mucho tino al hacer esta exploración, pues un mal paso que diese podría costarle la vida, atendida la desigualdad de la roca que en forma de plano inclinado ha de pisarse.

Antes, en este sitio arrojaban los guías una larga escalera de cuerda que sujetaban á una roca, y se llegaba á un pequeño espacio semicircular, de donde agarrándose á las peñas, se podía bajar á un sitio más espacioso, con una elevada bóveda,

en la que los peñascos se juntan á manera de triángulo. Esta grieta sirve de bajada á las cavernas inferiores, y por esto se llama

El Pozo ó Pozo del diablo

Mucha voluntad y mucha sangre fría se necesitaba antes para despreciar todos los peligros que al descender se presentaban (1); mas en el día tiene una escalera ancha, cómoda, con baranda, que da suaves vueltas apoyándose en las rocas, la cual, á más de ofrecer seguridad en la planta del pié, tiene dos ó tres descansos.

Lo primero que se atraviesa es un angosto camino por el cual apenas puede pasar de frente una persona, y ésta ha de poner sumo cuidado en no dar ningún paso en falso, pues podría costarle caro. Recuerde los precipicios de la excursión á las ermitas. Semejantes son los que hay en el interior de las cuevas.

En estos sitios se notan algunas inscripciones grabadas por viajeros, que en épocas más ó menos remotas los visitaron; siendo unos de estos los PP. Grau y Ametller, que las recorrieron en compañía de un magistrado de Barcelona á últimos del siglo pasado, y más posteriormente en 1808 el Rmo. General de la orden benedictina, P. Blanch, acompañado de varios monjes y algunos guías.

Para penetrar en aquellas vastas soledades sólo hay dos pasos practicables, que van á terminar en la *Gruta de las estalactitas*. El primero es un pasadizo muy angosto y prolongado, en el cual los peñascos bajan hasta cerca del suelo, de modo que es indispensable para cruzarlo hacer piés de las rodillas y de las manos. Como la bóveda de este corredor

(1) Era casi indispensable que se quedase un guía en la parte superior; esto es, á la boca del pozo para avisar ó prestar auxilio, caso de una desgracia, á los que se hallaban dentro.

tiene una forma triangular, por esto algunos le han llamado el *Salón triangular*.

Al E. se abre otra galería, en la cual, á una altura de 25 palmos del suelo, se divisa un boquete por donde penetra el agua en los días de lluvia; el escaso interés que ofrece, no compensa la dificultad y bastante peligro que se presentan para subir hasta allí.

Aunque angosto al principio, el segundo paso se ensancha poco ó poco hasta que forma una especie de galería la cual termina en la de las estalactitas, y á la que se sube con mucho trabajo, estorbando el paso sin cesar grandes y resbaladizos pedruscos. Está adornada con numerosas estalactitas colocadas á derecha é izquierda, muchas de las cuales han llegado á unirse con las estalacmitas correspondientes, formando columnas de bastante altura, tan esbeltas como las que admiramos en los góticos claustros de un monasterio, por cuyo motivo, y por hallarse en aquel sitio varias inscripciones con nombres de monjes, le han dado algunos el nombre de

Claustro de los Monjes

Las mencionadas inscripciones que se hallan esparcidas en diversos puntos de la galería son las siguientes:

Fray Francisco Roca, 1511.

B. de Cortada, en 1551.

Fray Diego, en 1691.

Los monjes de Montserrat, 1654.

En el ángulo de una roca: *José Padre de San Benito en 1692* (1). Y en otro sitio no muy distante del primero: *Fray*

(1) Se cree sería el virtuoso Fr. José de San Benito, cuya historia se ha referido al tratar de las estatuas del *Safretx*.

Sebastián Anxa, 1761. Más allá se ve otra medio borrada, pudiéndose leer: *Camps, 1711.*



Pasada dicha galería ó *Claustro de los Monjes*, que termina hacia el NE., vese en una pequeña eminencia como rico santuario, parecido á un majestuoso templo gótico. Llámase la

Gruta de las estalactitas (1)

Al principio se subía por una peña lisa y pendiente, se atravesaba en seguida una roca sumamente estrecha y se llegaba á esta bellísima estancia, después de incómodos y peligrosos pasos. Este es también otro de los que se han arreglado, ahuyentando en parte el peligro una cómoda escalera. La filtración de las aguas, que no ha cesado en esta gruta como en las anteriores, está formando continuamente numerosas columnas, elegantes pilares con caprichosos relieves y molduras que parecen sostener el artesonado techo embellecido de colgaduras.

Admirable es esta estancia, y se anonada el viajero al contemplar como gota á gota se ha ido labrando toda aquella reunión de maravillas; por manera que antes se apaga la blanca llama de bengala que tales bellezas descubre, que se halle cansado el curioso de contemplarlas.

Tan difícil como la entrada se hacía antes la salida, por disputar el paso disformes y monstruosas rocas, que se han reformado, por las que era preciso trepar, teniendo, empero, cuidado de no resbalar en la ligera capa arcillosa que las cubre. Entre ellas vese como dibujado un ancho boquete llamado por Balaguer *La boca del infierno* y por Saura el *segundo pozo*, inmediato al cual se leen estas inscripciones:

Jacinto García en 1691.

Montaño 3 copias 1789.

Antes de examinarlo se deja á mano izquierda, y se sigue

(1) Algunos guías llaman también á esta gruta el *Camarín*. Para que pueda verse mejor el efecto suben antes que los viajeros con algunas hachas, y aquéllos contemplan desde abajo el bellísimo trabajo de sus delicadísimos calados.

por la derecha en dirección de SO. á NE., se dobla á la parte opuesta y se llega á una deliciosa gruta, otra de las más bellas estancias de estas cavernas. Es la

Gruta del elefante

Se ha dado este nombre á esta gruta en razón de levantarse en su centro una roca que se asimila á aquel animal con la cabeza baja y sosteniendo en sus espaldas como dos torres que la imaginación hace asemejar á las que dice la historia, asistían en los combates de la antigüedad.

Esa gruta presenta las paredes caprichosamente labradas de unos como arabescos y geroglíficos que á la alucinada fantasía le hace parecer todo aquello exclusivamente asiático; siendo lo que admira más al viajero, y en efecto es digno de admiración, un verdadero y completo arco apuntado, que arrancando atrevidamente desde un ángulo, divide la nave, con pasmo del más entendido arquitecto.

En un rincon de esta gruta se lee el nombre de un inglés, *Smith*, 1780. Se cree ser el de uno de los naturales de las islas británicas que á últimos del siglo pasado penetraron en estos subterráneos y permanecieron perdidos dos días enteros en sus laberintos de ramales.

Retrocediendo por el mismo camino, á poco trecho se vuelve á encontrar

La boca del infierno ó segundo pozo

Dése el nombre que se quiera á este boquete, de todos modos es un agujero que á primera vista parece profundísimo; sólo tiene un descenso de 5 metros. Pendiente sobre esta boca se ve una gran peña, tan inclinada, que parece va á desplomarse

se y aplastar al que la contempla. A pesar de su poca profundidad, la bajada es tanto ó más difícil que la del primer pozo; antes era preciso descolgarse por una cuerda que ataban de antemano los guías, hoy tiene una cómoda escalera. Con todo, hay muchos que temen meterse en aquella madriguera, así es, que, retrocediendo, se vuelven á la entrada para salir de aquellas lúgubres mansiones.

Aunque algunos creen que el piso de este pozo está, con poca diferencia, al nivel del torrente que se atraviesa antes de llegar á la entrada de las cuevas, otros consideran que no es tanta la profundidad; sin embargo, sin disminuir la temperatura, aumenta la humedad y es más densa la atmósfera.

Galería de los fantasmas

Penetrando por la única abertura que allí se nota, se llega á una galería que, sin ofrecer nada de particular, va siempre torciendo repetidas veces á derecha é izquierda. En sus paredes se ven inmensas estalactitas y estalacmitas más ó menos corpulentas, ahuecadas unas y rajadas otras; ya formando columnas salomónicas, ya la trompetería de un órgano, ya remedando exquisitos tejidos ó escuálidos fantasmas, por cuyo motivo recibió el nombre de *Galería de los fantasmas*.

Divísanse á la izquierda tres ó cuatro grupos blancos que parecen marmóreas lloronas de mausoleos. Reina allí un sepulcral silencio que hacen más patético las rocas que cual numerosos panteones rodean por do quier al viajero.

A esta galería siguen varias grutas en número de seis, las cuales están formadas por rocas cubiertas en su mayor parte de arcilla, por cuyo motivo es preciso ir con sumo cuidado á fin de no resbalar, pues como es tan sutil y tan fina no permite afirmar el pié con seguridad y el viajero se ve expuesto á cada

momento, ó á medir el suelo con su cuerpo ó á despeñarse de aquellas rocas, que por fortuna son de poca elevación (1).

Nada de particular presentan estas grutas; la única que merece mencionarse ligeramente es la

Gruta de los murciélagos

Esta es la segunda de las seis grutas indicadas, la que á pesar de la considerable distancia (que algunos calculan ser de más de una hora) que va desde la entrada de las cuevas á este sitio, y del intrincado laberinto de corredores, pasadizos, pozos y tortuosas galerías que á él conducen, penetran hasta ella y se albergan durante el día un número considerable de murciélagos y otras aves nocturnas, á fin de evitar el ruido y la luz que no puede soportar la susceptibilidad de sus pupilas, y cuyos excrementos, que tapizan el suelo, despiden deletéreas emanaciones.

Saliendo de esa gruta se entra en otra habitación subterránea; especie de caverna formada por grandes peñascos, en los cuales y en un lienzo de pared se lee esta inscripción:

Rodaló any 1583

Después de estas seis grutas se debe escalar un montón de peñas y se llega á una estancia circular de unos 6 metros de diámetro, llamado

Salón de las columnas

Digna rival de la *Gruta de las estalactitas* es esta bella y hermosa estancia, de extraordinaria elevación, rodeada de

(1) Visitando el autor esta galería, se separó un poco de la comitiva, resbaló y quién sabe dónde hubiera ido á parar á no haber acudido con prontitud uno de los guías, al notar que resbalaba por aquellas rocas y desaparecía por una grieta del suelo.

columnas tan unidas entre sí que no dejan pasar la luz de las hachas.

Un angosto paso, por el que sólo puede pasar una persona, sirve de salida á esta gruta, cuyo pavimento es de piedra muy lisa é igual, y su techo está formado de una gran mole de piedra que parece sostienen algunas de las columnas. Hay dos inscripciones, una del siglo xvii y del xviii la otra, que, como las anteriores prueban que en dichas épocas ya se conocían estas cuevas, de cuya existencia hablan también Pujades, Serra y Postius, Gauzence, Bleuve y otros, las cuales, á pesar de haber sido visitadas de algunos curiosos, como no fueron descritas en sus principales detalles, eran muy poco conocidas.

Saliendo de esta hermosa gruta, húndense los piés en pegajoso lodo, y saltando por numerosas piedras, se llega á una galería atechonada de infinitas estalactitas, tan delicadas, que queriendo pocos años há un viajero grabar una inscripción en una de ellas muy grande, quebróse cerca del punto de arranque y cayó tan inmediata á él, que le rozó la ropa del traje. Todavía se ve atravesada en el suelo aquella masa petrificada.

En forma de anfiteatro preséntase á su extremo derecho la última estancia descubierta, llamada por Balaguer el

Salón del ábside gótico

Iguals encantos é iguales maravillas que las demás encierra la última mansión de estos subterráneos palacios, tan hermosa como ellas y tan admirable como sus compañeras. Su forma es casi circular y elevada su bóveda; las paredes, en su ancho diámetro, vense adornadas de flecos, bordados, festones de un blanco calcinado y rojo que reflejan la luz de las antorchas, caprichosos grupos de estalactitas y rocas cubiertas de raras inscrustaciones que las aguas han formado. Tanto el pavi-

mento como las columnas y estalactitas se hallan cubiertas de una arcilla de un rojo claro que al través de las luces da á todo aquello un aspecto dorado.

Al ver por todas partes haces de pilares, gavillas de columnas unidas en un precioso ábside que dió nombre á esta gruta, se cree el viajero dentro del más esbelto templo gótico.

La temperatura de este salón es de 20°, cuando la de la gruta de las estalactitas es de 15° y la de la entrada de las cuevas solo de 9°. A pesar de la profundidad á que se halla, de la estrechez de algunas aberturas por donde se ha tenido que penetrar, se respira libre y cómodamente.

Debe advertirse que en esta caverna ni siquiera se amortigua un solo instante la luz de las hachas, y á pesar de que el suelo y las paredes están cubiertas de arcilla sumamente húmeda, el higrómetro solo marca 40°.

Hasta aquí puede llegar el viajero, pues aunque se descubre en el fondo un boquete, que sin duda sirve de comunicación con otras galerías, su excesiva estrechez no permite que pase adelante persona alguna, siendo lo más probable que solo gozan del privilegio de entrada las aguas subterráneas. El Sr. Lasarte, en su leyenda del Mansueto, dice que moviendo una de las rocas se penetra en otras cuevas. Hasta ahora nadie ha encontrado dicha roca, por lo tanto todos los visitantes han de retroceder por el mismo camino.

Unas dos horas se necesitan para recorrer cómodamente esas cavernas. Es un viaje, aunque subterráneo, muy poético y sorprendente, que puede apetecerse tanto por lo variado de espectáculo, como por las gratas al par que fuertes emociones que experimenta el alma. El hombre en aquellos antros de la tierra ve cuán pequeñas son todas sus obras; sólo allí sabe apreciar el inmenso poder de Dios, pues en cada una de sus maravilla _{as} se ve obligado á acatar el dedo del Omnipotente, y si al

penetrar en el templo de la Madre del Hermoso Amor en la superficie del Montserrat, cámbianse los afectos de su corazón, al escudriñar los palacios de las concavidades de este mismo monte, el hombre raciocina y cree con tan viva fe, que jamás su mente lo hubiera imaginado. Es que en el primer caso habla Dios al corazón como padre, en el segundo se dirige al entendimiento como Omnipotente, haciéndole en cierta manera visible su infinito poder, y la criatura, mal que le pese, se ve obligada á ofrecer á este Sér Supremo su entendimiento y su voluntad.

Muchos viajeros hay que al hallarse dentro de las cuevas, han recordado su excursión al *mirador* de San Jerónimo en el pico más elevado de la montaña, y no han podido menos de admirar tan notables contrastes. Allí luz y horizonte de leguas y leguas, pueblos, villas y ciudades en la llanura, cordilleras de altísimos montes bajo sus plantas; aquí tinieblas, rocas, abismos velados por la oscuridad y un monte altísimo sobre sus cabezas.

Retrocediendo, pues, por el mismo camino, se vuelve á desandar lo andado, y se llega por fin á la boca de las cuevas, donde se presenta ya otra vez la luz del sol, más alegre y risueña que antes de haber estado tanto tiempo privado de sus saludables influjos.

«Pocas veces, dice el ya referido Sr. Canalejas, pocas veces he gozado con mayor deleite de los encantos de la luz, que al salir de las cuevas de Montserrat. Volvía los ojos á todos lados y el risueño paisaje que contemplaba crecía en encantos. Salimos de las cuevas no sin llevar recuerdos de profundas emociones. Las tinieblas llenaban aún la imaginación.»

Otras cuevas, además de las descritas, encierra Montserrat, que sin ser tan notables, son no menos raras y sorprendentes, según refiere el Sr. Martí y Cantó en su *Mes lirico de Maria*. El P. Ametller, célebre naturalista, y el P. Grau, farmacéutico,

pertenecientes los dos últimos á la Comunidad de Montserrat, entre otras de sus excursiones científicas, dejaron gratos recuerdos de la que hicieron á últimos del siglo pasado con un magistrado de la Audiencia de Barcelona y varias personas inteligentes y aficionadas. Penetraron hasta un lugar al presente obstruído por desplomes de rocas, desde el cual se oía el rumor de las aguas como atravesando á manera de riachuelos, y sus relaciones superan en mucho á las que recientemente se han impreso, escritas sobre lo que actualmente puede seguirse de las cuevas.

Otra gruta hay llamada la *Cova freda*, caverna difícil de explorar por las caudalosas corrientes de agua que corren en su seno, lo que es causa de grandes peligros: así es que no se acostumbra visitarla. Por lo tanto, volviendo por el mismo camino de las escaleras, y atravesando el torrente, se llega á Collbató.

ALREDEDORES DE MONTSERRAT

Collbató

Al pié de la montaña y todo alrededor hay varias poblaciones recostadas en su falda, en pintoresca situación. Cada una tiene su jurisdicción municipal distinta que coge una parte de la montaña hasta llegar á la cúspide. Estas distintas jurisdicciones hacen que la montaña pertenezca en lo judicial á dos distintos partidos judiciales, el de Manresa y el de Igualada.

La población de Collbató corresponde al último, con cuya cabeza de partido comunica por medio de la carretera real de Madrid á la Junquera. No ofrecé este pueblo más particularidad que las cuevas que se acaban de describir, y el antiguo castillo de Agatón, que el vulgo conoce por la torre del Moro. La iglesia parroquial, dedicada á San Cornelio, es de moderna construcción y no encierra cosa alguna digna de especial referencia. Además de esta iglesia tiene Collbató una capilla dedicada á Nuestra Señora de la Salud, situada en una de las ondulaciones de la montaña de Montserrat, en sitio muy agradable en el cual hay una deliciosa fuente.

El castillo de Collbató, llamado, como queda dicho, por el vulgo, la *Torre del Moro*, fué, según el P. Argáiz, edificado por un capitán, señor de aquel territorio, apellidado Gató ó Agatón, y así se llamó Coll Gató (*Collado Gatón*) y corrompiendo-

lo el vulgo, se convirtió en Collbató. Este castillo y término lo adquirió el Monasterio de Montserrat del caballero Guillermo Dufort, con el señorío civil y plena jurisdicción directa y alodial, comprando poco después al *Coll Gató* D. Pedro el Ceremonioso la jurisdicción civil y criminal, fuero mixto de dicho castillo y lugar.

No existe en Collbató casa alguna determinada que afirme ser la primitiva del barón *Gatón* ó *Agatón*, pero sí se gloria el pueblo de traer su origen de tan noble castellano, y de llevar su nombre de *Coll de Gató* ó *Agató*.

En el siglo x pertenecía el castillo á los condes de Barcelona.

En 1065, la iglesia de San Cornelio de Amendellas, era propiedad del obispo Guislaberto, hijo del vizconde Geriberto, que en su testamento manifestó que el alodio de Collbató lo concedía á los canónigos de Barcelona.

En 1323 el castillo de Collbató pertenecía á Romeo Dufort quien tenía su lápida sepulcral en la iglesia antigua de Montserrat y hoy en los pórticos que preceden á la iglesia actual. Este Dufort cedió la iglesia y castillo de Collbató al Monasterio (1).

Los términos eran, según expresa una escritura latina, por la parte de Oriente, el centro del Llobregat y el término de Esparraguera; por el Mediodía, el de Pierola; el Bruch, por Occidente, y el torrente de Santa María, hacia el Norte. Se ignora la época de la fundación de este pueblo, pero todavía se observan vestigios de su antigua extensión. Sobre una escarpada montaña que lo domina hay trozos de muralla y cubos del castillo que los primeros cristianos fabricaron después de la pérdida general de España, y en el que, según se ha visto, habitaba el Sr. de Collbató. En la actualidad se conservan dichas ruinas que indican la importancia del castillo y todas sus dependencias.

(1) Véase para más noticias la obrita *Los Castells* de Montserrat, por D. Francisco de Asis Carreras y Candi.

La población, de 192 vecinos, 791 habitantes, si bien en su recinto no reúne edificios notables, tienen buenas posadas, en especial la *posada de las Cuevas*, en la cual hay cómodo hospedaje, para los turistas.

El Bruch

Lindante con el pueblo de Collbató y en la misma carretera general de Madrid á la Junquera, hay el pueblo del Bruch, célebre por la gran derrota que los somatenes catalanes causaron á las tropas de Napoleón I, mandadas por el general francés Shswartz, el día 6 de Junio del año 1808 (1).

El Bruch está situado en la falda S. O. de la montaña de Montserrat, á cuyo Monasterio pertenecía su señorío. Forma parte del partido judicial de Igualada, de cuya cabeza dista tres leguas. La población está dividida en dos barrios, distantes entre sí como un cuarto de hora, denominados Bruch de arriba y Bruch de abajo, según la diferente situación que ocupan en la cordillera y un pequeño caserío llamado Bruch del medio, entre los dos barrios. Tiene 352 vecinos, 1,630 almas, varias posadas y 298 edificios, de los cuales 6 están dedicados al culto (2), de ellos el uno es la iglesia parroquial (Santa María) (3) y una aneja bajo la advocación de San Pablo de la Guardia. Hace por armas las montañas de Montserrat y matas de bruch. Pasa por este pueblo la carretera general de Bar-

(1) De esta victoria celebra todos los años aniversario con fiestas la ciudad de Manresa.

(2) La mayor parte de estos edificios religiosos son oratorios públicos de casas particulares.

(3) En la casa rectoral se conservaban en 1889 algunos remarcables ejemplares de la edad de piedra: dos hachas de sílex, una pulimentada y otra no.

celona á Madrid. Tiene este pueblo algunos edificios dedicados á industria.

La memoria de este pequeño lugar pasará á las generaciones futuras, á la par que los ilustres nombres de las poblaciones que más se han señalado en defensa de su patria. Las incultas asperezas de que estaban antes cubiertos los espesos bosques y matorrales que por diferentes puntos lo poblaban, y las intrincadas revueltas, profundos barrancos y precipicios que le rodean, le dieron durante mucho tiempo una funesta celebridad, por los atentados contra la propiedad y la vida de los viajeros. Pero si esos recuerdos suscitan ideas tristes, otros hechos hay en la historia del Bruch, según queda dicho, que no dejan de llenar de orgullo á los españoles y que prueban evidentemente cuánto puede el amor á la patria cuando un pueblo permanece unido y deja á un lado las discordias intestinas.

En 6 de Junio de 1808, una multitud de paisanos mal armados, procedentes de Manresa, Igualada y pueblos comarcanos, se apostó en un espeso pinar, no lejos del pueblo, y al toque de ataque, dado por un tambor que había venido con los somatenes, cayeron con un valor y disciplina admirables sobre los aguerridos franceses á las órdenes del general Shswartz en número de 3,800 hombres. Apenas había pasado la columna francesa las casas de este pueblo, en la revuelta que forma la carretera antes de empalmar con la de Manresa, fué detenida por el inesperado fuego de los somatenes catalanes. Shswartz, después de un rato de espera, embistió á sus contrarios, que se replegaron disputando el terreno palmo á palmo, y dividiéndose unos por la revuelta de Igualada, y otros por casa Masana, obligaron á los franceses á retirarse á Barcelona, donde llegaron el 8 del mismo mes, tan destrozados y abatidos, que al entrar en la ciudad acreditaron la derrota que habían experimentado. Fué la victoria del Bruch la primera que mereció ser calificada de tal, y la que dió á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que abatieron con feliz éxi-

to el orgullo de los franceses (1). En el Bruch fué donde las soberbias águilas del capitán del siglo sufrieron la primera humillación, precursora de otras muchas más que experimentaron siempre que quisieron penetrar por dicho paso.

Forma un documento curioso, relativo á esta jornada, el parte dado por el general Schwrtz, que, según queda dicho, mandaba la columna de los invasores. Dice que iba á castigar á los manresanos por haberse sublevado, pero que al pié del Montserrat, junto á la pequeña aldea del Bruch, le acometieron los enemigos en gran número, que no pudo dispersarlos, que el toque de somatén era general, que por momentos se iban engrosando los contrarios, y creyó prudente desandar el camino andado y volverse á Barcelona, lo que, dice, no pudo conseguir sino tomando á viva fuerza los lugares de Esparraguera y Martorell. Sabido es que en Esparraguera recibió un escarmiento, y que en Martorell no halló la menor resistencia. Pero su parte, impreso está, y aunque disfrazada, en el fondo dice la verdad, porque hay verdades en lo que en él se dice. Schwartz quiso ir á castigar á los manresanos, y no pudo, y volvió quebrantado. Un francés, que se llama historiador del tiempo del imperio, da en la descripción del combate del Bruch una prueba de que ha sabido prestar á la historia el aire de una novela, como decía Guizot. Lastimosamente ignorante en topografía y en hechos está Thiers al hablar del Bruch en el tomo noveno de su historia. Ni Montserrat está en el anfiteatro de la cordillera que ciñe á Barcelona, ni Schwartz se dirigía á Montserrat, ni fué derrotado en otra parte que al aire libre, ni eran fanáticos los que le hicieron retroceder con mengua, sino unos hombres que amaban á su patria con un heroísmo que es doloroso que no estuviese al alcance del cronista del primer imperio.

Interesados los manresanos en sostener el sitio de sus pri-

(1) Véase la *Historia de Cataluña* durante la guerra de la independencia escrita por D. Adolfo Blanch y Cortada.

meros laureles, atendieron á fortificarlo y guarnecerlo debidamente, en unión con la Junta de Lérida y pueblos del contorno. Llamaron allí á los somatenes, á quienes se agregaron algunos soldados escapados de Barcelona y cuatro compañías de voluntarios leridanos, con algunas piezas de artillería, parte cogidas al enemigo, y parte traídas de las fortalezas del Principado.

El 14 del mismo mes de Junio trató Chavran de forzar otra vez esta posición; mas á pesar de venir los franceses con doble fuerza y advertidos, fué vana su empresa: estrellóse también su orgullo contra las flacas armas del somatén catalán y de aquellos pocos y mal regidos soldados. En reiterados ataques intentaron enseñorearse del Bruch, mas rechazados en todos, les fué inevitable la retirada, con pérdida de 500 hombres y alguna artillería. Perseguidos y hostigados por los paisanos, se metieron otra vez vergozosamente en Barcelona.

Los del Bruch perpetuaron la memoria de estas célebres derrotas de las tropas de Napoleón I, colocando una lápida á la entrada del pueblo, viniendo de Barcelona, en la que grabaron estos versos:

Viajero, para aquí,
Que el francés también paró;
El que por todo pasó
No pudo pasar de aquí.

Y si hoy esta lápida no existe, no lo atribuya Mr. Germond de Lavigne, autor de la *Guide du voyageur par Espagne et Portugal*, á una victoria obtenida por los franceses, que éstos en el Bruch siempre fueron derrotados, y sirvan estas cortas líneas para desmentir las patrañas que este autor escribió para ocultar las vergonzosas derrotas del ejército francés.

Los encuentros que en el Bruch se han tenido en todas las guerras son varios, y siempre con ventaja de los que han ocupado las alturas.

En la guerra civil de los siete años fué también notable

este punto por la refriega que el canónigo D. Benito Tristany tuvo en Marzo de 1836 con la legión belga, que destrozó.

En el día han desaparecido la mayor parte de aquellas espesuras y matorrales; el olivo y el viñedo han sustituido, por el laborioso celo de los industriosos habitantes, al pino silvestre, al roble, á la encina y á la multitud de arbustos y otras plantas que cubrían el terreno. Los barrancos más profundos y los más peligrosos precipicios están cultivados con esmero y estudiada diligencia; en una palabra, aquel sitio que antes inspiraba terror al que debía pasar por él, hoy ofrece el aspecto más delicioso. Es escaso de aguas para el riego, pero las tierras son bastante fértiles, y admiten toda clase de simientes y plantíos, produciendo trigo y otras gramíneas, legumbres, hortaliza, vino, aceite y cáñamo.

Es título de un vizcondado creado en 1855 á favor del hijo del general Prim, conde de Reus.

La Guardia

Esta aldea, situada también en la montaña de Montserrat, entre el Monasterio y el Bruch, á cuyo término pertenece, tiene sus casas diseminadas, con una capilla dedicada á San Pablo, aneja á la parroquia del Bruch. En su término se encuentra *Casa Massana*, edificio capaz y de buena construcción que perteneció al citado Monasterio, y hoy sirve de posada en la bifurcación de las carreteras de Manresa y Montserrat. En la de Barcelona á Madrid se ve sobre una altura otro edificio llamado *can Elias*, del siglo x, con una capilla, y un horno de vidrio antiguo, conocido por *lo Forn del vidre*, de cuyos productos industriales se surte el país. Tiene La Guardia 333 almas de población.

Titúlase este lugar de la *Guardia*, nombre de uno de los cinco castillos que á mediados del siglo ix y en la reconquista le-

vantaron los caballeros catalanes en Montserrat. Llámase La Guardia porque servía de guardia á un circuito de cerca de 20 leguas. Se apoderaron de este castillo los moros, según dicen las antiguas crónicas de Manresa, en 990, de suerte que el haber destruído el castillo de la Guardia indicaba la destrucción de toda la comarca. Los moros lo poseían en 996, pues una escritura del Monasterio de San Pedro de las Puellas, de Barcelona, dice que todo lo que no quemaban los árabes lo conducían al castillo de la Guardia.

Este castillo vino á poseerlo Guillermo de Montserrat, de quien era también el de Collbató. Púsolos en poder del rey D. Jaime I, confesando ser los tesoros del conde de Barcelona, de cuya mano lo habían recibido sus mayores, y al ver el rey tan generosa prueba de fidelidad, se lo dió para él y toda su posteridad, haciéndolo señor y dueño absoluto del mismo, donación hecha en Barcelona en 15 de Junio de 1226.

Tuvo después este castillo varios dueños. Comprólo en parte la familia de los Vilellas por 40,000 sueldos en 1374, y dice en parte, porque desde 1220 tenía ya dominio y señorío sobre él el Monasterio de Montserrat, pues en tiempo del prior Pedro Mola, Guillermo de la Guardia ofreció á Nuestra Señora los castillos que tenía en los términos del Bruch y de la Guardia, que también se llamó de Benefaci, y su señorío directo y alodial, pidiendo únicamente en cambio que le diesen sepultura en la iglesia delante de la imágen de la Santísima Virgen y que los monjes se acordasen de su alma en sus cotidianas oraciones y ejercicios. Sin embargo, consta por otra parte que el prior Jaime Vives compró en 1370 al rey D. Pedro el Ceremonioso el castillo y término de la Guardia y el lugar y parroquia del Bruch, con plena jurisdicción por el precio de 36,000 sueldos.

De este castillo, que, lo propio que el de Otgario, lo habían poseído los vizcondes, no quedan más que los cimientos, que indican su distribución interior, alrededor de la capilla,

donde está edificada la iglesia, que es sufragánea y castillada. A 25 minutos de subida de *Casa Massana*, en una pequeña eminen-
cencia se ve blanquear esta iglesia, levantada en el siglo XIX. Se observan peldaños abiertos en la viva roca que se supone ser de la primitiva construcción.

La iglesia de San Pablo *el viejo*, como se llama en el país á la parroquia antigua, se halla arruinada, conservándose fragmentos de bóveda apuntada con revocados y molduras de yeso y muestra la ausencia del arte románico y la influencia del gótico dominante en aquella época. De la iglesia vieja se conservan las campanas que hay en la iglesia nueva, cuya inscripción gótica del año 1390 recuerda la mencionada época.

Marganell

Esta población, conocida en la estadística oficial de la provincia con el nombre de Santa Cecilia de Montserrat, es un pequeño lugar de 308 habitantes, que linda al O. con casa Massana y con el Bruch, al N. con Castellbell y al S. con Monistrol. No tiene núcleo de población, como no sea unas pocas casas reunidas en el fondo del valle de Santa Cecilia, donde se halla la iglesia parroquial de San Estéban de Marganell, sufragánea de la de Santa Cecilia cuando esta era parroquial antes de 1778. Las demás casas del pueblo están esparcidas por la falda de la montaña de Montserrat. Apenas constituye el Ayuntamiento 100 vecinos. Además de las dos antedichas iglesias tiene una capilla pública en una de las principales masías ó mansos. Entre éstos figuran la de la Calsina, que se descubre al doblar la carretera de Monistrol; la *den Rovira* ó *Martorell*, etc. En este distrito municipal había antiguamente el castillo Marro, uno de los cinco que levantaron en Montserrat, cuando la reconquista. Los vecinos de Santa Cecilia de Marganell, según mandamiento del rey D. Pedro IV de Aragón,

debían recogerse en tiempo de guerra en dicho castillo ó seguir su somatén.

Por ocupar el Monasterio de Santa Cecilia el referido castillo, tenía el Abad cárcel, grillos, cadenas y cepo para los delincuentes, con privilegio de poner baile en dicha parroquia y término, y tomar pleito homenaje á sus vasallos, percibiendo de ellos diezmos, censos, tercios, luismos, alcabalas y otras prestaciones feudales y dominicales.

El Alcalde de este pueblo fué uno de los cuatro de los pueblos de los alrededores de Montserrat, que en 1857 llevaron en hombros la rica caja con que la Reina Isabel II envió el precioso vestido regalado á la Santa Imagen.

Monistrol

Esta villa, antiquísima y muy industriosa, pertenece al partido judicial de Manresa, de donde dista 14 kilómetros, y tiene una agradable posición en la falda de la montaña de Montserrat. Tiene 484 vecinos y 1911 habitantes. Su antigüedad está demostrada por su viejo caserío, por sus estrechas y tortuosas calles y plazas con pendientes, empedradas de guijarros. Su iglesia parroquial, dedicada á San Pedro, de gusto semigótico, fué construída, según la cifra que hay en la clave de los arcos del coro, en el año 1574. Además del párroco tiene una comunidad de presbíteros beneficiados. Nada ofrece de particular, únicamente merece ser visitado algún cuadro del altar mayor. Tiene la población un pequeño hospital y colegio público, servido por religiosas. Fuera de la población hay la capilla de Santa Ana al extremo del gran puente sobre el Llobregat, en el sitio donde hace pocos años había el cementerio. El ojo mayor de este puente es tan grande, que por él pasaría sin tocar en el arco la grandiosa nave de la iglesia de Montserrat.

Fué mandado construir por el prior Fr. Bernardo Escarrer en 5 de Setiembre de 1173, y lo terminó Jaime Viver.

Frente á la montaña hay la capilla de San Antolín, junto á la cual pasa el antiguo camino de caballerías de Monistrol á Montserrat. Cerca de la misma carretera de la estación, se ve en una pequeña eminencia la capilla del Angel. Cerca de esta capilla se han empezado las obras del ferro-carril de cremellera hasta el Monasterio.

Esparcidas por la montaña de Montserrat, hay la antigua casa de Olcina, conocida por Riusech, donde moraban los pastores que descubieron la Santa Imagen; la de Piteu; la de Pujol ú Oller; etc.; sin embargo, ninguno de los dueños de estas casas solariegas conservan el apellido primitivo como el de la Calsina, de Marganell, que es el único que lo conserva.

Hay en Monistrol varias fábricas importantes de hilados y tejidos de algodón, movidas todas por fuerza hidráulica tomada del Llobregat, y por potentes máquinas de vapor en las épocas de sequía. Están iluminadas por luz eléctrica.

La historia de Monistrol es tanto ó más antigua que la de Montserrat, según queda demostrado en la página 40 al tratar de los monjes, discípulos de San Benito, quién los envió junto con el Abad Quírico, su amigo, que fundó el primer Monasterio de Benedictinos de España, tres años después de la muerte de su fundador, siendo obispo de Barcelona Patris. Como el Monasterio era pequeño, se denominó *Monasteriolum*, después *Monasteriol* y por último *Monistrol*. El conventillo estuvo largos años sirviendo de núcleo á la población, que todavía hoy existe, aunque con menos suerte que el Monasterio de Santa Cecilia, pues aquél no ha dejado, como éste, más rastro que el nombre de la villa. Se cree que en el sitio que ocupaba se levantó la iglesia parroquial.

Monistrol fué en un principio, como Montserrat, dependiente del Monasterio de Ripoll *in solidum*, sin dependencia alguna del ordinario de la diócesis, que entonces era el de Vich.

Las demás noticias que hay de Monistrol, son las siguientes:

En 1006, el prior de Montserrat y el Abad de Ripoll, como señores del término de Monistrol, vendieron y concedieron en enfiteusis varias tierras para cultivo y población.

En 1226 el prior de Montserrat concedió á sus vasallos, vecinos de la parroquia de Monistrol, (esta es la vez primera que se halla el nombre de parroquia), la facultad de tener mercado todos los sábados, que confirmó en el mismo año el rey D. Jaime I el Conquistador.

Es constante que el término ó terreno que comprende la villa de Monistrol, era un conjunto del alodio del castillo de Montserrat, con una porción del alodio de Santa Cecilia ó del castillo de Marro, y del alodio del castillo de Otgario, y por tanto un pueblo que en el siglo x no existía, por depender de Olesa. En el xi se vendieron ya, y se establecieron algunas tierras.

En dicho siglo xi se edificaron muchas oficinas para el uso y manutención de Montserrat, y sucesivamente se hicieron obras públicas y de magnificencia, como el famoso puente, dos castillos y algunos molinos, construído todo á expensas del Monasterio de Montserrat.

En el siglo xiv la mitra de Vich empezó á pretender el territorio de Monistrol; mas en 1322 hacía ya un siglo que el Monasterio de Montserrat nombraba y daba colación de la rectoría de Monistrol á clérigos seculares.

Otras poblaciones hay en Cataluña denominadas *Monistrol*: Monistrol de Noya, cerca de Villafranca del Panadés, que es título del Marquesado de Monistrol, llamado también Monistrollet, y Monistrol de Calders, cerca de Manresa.

Por Monistrol pasa la carretera que desde Barcelona, subiendo por el Tibidabo, va á San Cugat del Vallés y Tarrasa, y se dirige á Manresa: la que de Monistrol empalma en Esparraguera con la general de Madrid á Francia por la Junquera,

y con la de la estación del ferro-carril de Barcelona á Zaragoza al Monasterio de Montserrat.

Tiene en las orillas del Llobregat muy bien cultivadas huertas, y en la falda del Montserrat, viñedos y olivares. Hay en su término varias fuentes de rica agua procedente del interior de la montaña de Montserrat.

En un sitio muy elevado se encuentra un manantial nombrado *Font Gran*, de cuyas abundantes aguas potables se surte la villa, se riegan muchas huertas, y se impulsan dos molinos harineros; obsérvase que en algunos años se seca de improviso por poco tiempo, y vuelve luego á fluir. Próximo á este sitio se ve una antigua torre, á cuyo pié hay un agujero, que en el país llaman el *Mentiroso*, por el cual sale de tiempo en tiempo, y sin distinción de estaciones, un chorro abundantísimo de agua, capaz de impulsar las ruedas de un molino. Dura uno, dos ó tres meses, y después va disminuyendo hasta secarse.

El terreno es generalmente montuoso, como comprendido en su mayor parte en la citada montaña, de mediana calidad y fértil en yerbas de pasto. Riéganlo, además del Llobregat, los ríos Mayans y Bellver, en los cuales hay molinos harineros y fábricas.

El Monasterio de Montserrat domina á vista de pájaro la villa de Monistrol que, mirada desde San Acisclo y Santa Victoria se ve como en un plano topográfico.

El Llobregat

Lame la población de Monistrol y la base meridional del Montserrat uno de los ríos más importantes de España, no por su caudal de agua, ni por su longitud, sino por los grandes beneficios que produce en el país. Carece de rival en la Península, tanto por la extraordinaria fuerza motriz que des-

arrollan sus saltos de agua, como por los importantes terrenos que ésta fertiliza.

Nace el Llobregat al extremo NE. del partido judicial de Berga, á los 42° 20' 54" latitud N., y á los 5° 36' 31" longitud E. de Madrid. Sus numerosas fuentes brotan en una masía ó granja llamada Hospitalet, del término y á un cuarto de hora más abajo de la población de Castellar de Nuch, al pié de los montes Pirineos, que cruzan desde el cabo Pendís por el de Tosas hasta Coll de Jou. Su curso al principio, como de una legua y media, se dirige á Poniente, recibiendo por la derecha un riachuelo que baja en línea recta del cabo de Tosas, y á unas tres millas el río Bascarán, ó Bascareny, que viene de Bagá. Desde este punto toma su dirección de N. á S. con algunas sinuosidades de poca consideración, hasta unirse con el Cardoner, que es el afluente más caudaloso de cuantos le engruesan; sigue el curso de éste, que es de NO. á SE. y desemboca al O. de la montaña de Monjuich en el Mediterráneo después de un curso de más de 33 leguas.

Desde que recibe el Bascarán hasta el puente de Rebantí, y por espacio de unas trece millas, va encajonado en el fondo de unas cordilleras de peñas muy escarpadas, encumbradas y estrechas, de manera que apenas le permiten el paso; pero luego se ensancha, y sólo circula por entre valles y colinas, formando algunos rodeos, siendo el mayor de ellos el que describe en el castillo de Castellbell, á cuya colina da una vuelta por el flanco de Oriente, y estrechándose al pasar por el pié de Montserrat (1), vuelve á tomar su anchura natural á la otra parte de esta montaña.

Al Llobregat se le unen por la derecha, á más de los afluentes indicados, el Pagnera, el Madrona (que brota de tres ó cuatro fuentes en la falda del monte de San Lorenzo, sobre la

(1) En el *Cairat*, cerca de la Puda, hasta hace pocos años se atravesaba de un asalto, y se metía entre las hendiduras de las rocas.

casa, y en la misma heredad de Castellar de Rius, por encima de la cual se precipita formando una cascada de unos 130 metros de elevación, y á cuyo borde occidental, sobre una aguda peña, hay una capilla dedicada á San Lorenzo); el Metje, que baja de Berga, el Abiá, el Casserras, el Balsereny, el Riudor, el Cardoner en el término de Castellet, junto al vértice de la Península que forman entrambos ríos, en la cual se ve la famosa torre ó panteón romano llamado *Torre del Breny* á distancia de unos cinco kilómetros de la ciudad de Manresa; junto con el Cardoner recibe también el Cornet, y más abajo el Gall, el Marganell, el Mayans y el Bellver en Monistrol, después el arroyo de Abrera, el río Noya en Martorell, que nace en la Font de Olla en San Martín de Sasgayolas, en la parte occidental de la provincia, bajando de N. á S., y cambiando luego hacia el NE. después de haber bañado las villas de Igualada y Capellades; por último recibe un arroyo en San Vicente dels Horts, y otro en Santa Coloma de Cervelló. Los afluentes del Llobregat por su izquierda, aunque no de tanta importancia como los que se acaban de enumerar, son: el Merdansol, el Labaells, el Est ó Marlés frente á Marola que tiene su nacimiento en las inmediaciones de Borredá, el otro Cornet, el Gabarresa, que lo tiene en Salcelles, el Estany en Cabrianas, el Riusech, el Calders, el Nesprés ó Mura, el Rellinás, el Vacarisas, la riera de de las arenas ó de Rubí y otra en Molins de Rey.

Crúzanle más de 30 puentes unos de mampostería, algunos antiquísimos del tiempo de los romanos, y otros de hierro; aquellos son: uno en Castellar de Nuch, cuatro en la Pobla de Lillet; el de la Baells, el de Pedret; el de Obiols; el de Gironella, el de Puigreix; el de Balsareny; el de Sellent; el de Cabrianas; el de la carretera de Manresa á Vich cerca de Navarcles; el de Navarcles; el de Vilomara, donde el río divide los términos de Rocafort de los de Manresa, aunque esta población se halla á unos tres kilómetros más al Occidente de su derecha; dos en Castellbell; el del ferro-carril de Barcelona á

Zaragoza, junto á la confluencia de los dos ríos; el de Castellbell ó Vilar; el de Monistrol; el de la Puda (este es de madera de moderna construcción); el del ferro-carril de Tarragona junto al Puntarró de Martorell; el llamado del Diablo, notable por el gran diámetro de la arcada del centro; el famoso de Molins de Rey, que tiene 15 arcos de piedra, de 320 metros de largo y la suficiente anchura para dos coches de frente, quedando por ambos lados aceras espaciosas para la gente de á pié; el de hierro del Prat en el ferro carril de Villanueva y Geltrú, y algunos particulares. También se atraviesa el río por otros puentes de madera, y algunas barcas, siendo las más principales, una en Olesa, otra en San Boy y otra en el Prat, cerca de su desembocadura al mar.

El curso del Llobregat es perenne, si bien en la estación calurosa llega á disminuir extremadamente la cantidad de sus aguas, hasta poderse vadear por distintos puntos. Arrastra en su corriente crecidas moles de arena, dejando depósitos y levantando el nivel de su álveo de un modo asombroso, porque corriendo por una cuenca, en su mayor parte de formación pizarrosa, y cultivándose en sus riberas la vid, que forma la principal riqueza agrícola del país, las lluvias lavan las pendientes que tienen inclinación al río, acarreando á su cauce inmensas cantidades de arena.

Los principales canales de riego que se sacan de este río son: el de Manresa, al pié del castillo de Balsareny á cuatro leguas NE. de la ciudad; el de la Infanta, en Molins de Rey, que riega las llanuras de la ribera izquierda, y el moderno de la derecha en San Boy. Ambos desembocan en el mar.

Sin embargo de un curso de tantas leguas, no ofrece salto alguno de consideración, y su desnivel es sólo de unos 433 metros, por cuyo motivo en 1832 se trató de canalizarlo para navegación y riego, hasta Manresa, á fin de que los barcos pudiesen llegar hasta dicha ciudad. A pesar de tener tan pocos saltos, se aprovechan todos en multitud de fábricas de todas

clases que ocupan sus orillas desde que apenas nace hasta que desemboca en el mar.

En 1845 el gobierno erigió el conlado del Llobregat á favor del difunto general D. José Manso y Solá, en razón de haber sido este río el teatro de sus proezas en la guerra de la Independencia.

La importancia industrial que tiene el Llobregat ha resuelto un problema económico-social para la clase obrera, acerca de cuya resolución han disparatado y disparatan los políticos, sobre todo los de ideas avanzadas, que con las utopias que han propagado de palabra en los clubs y por escrito en los periódicos, han sido causa del malestar de las naciones, producido por las sectas socialista y anarquista, y de los extravíos de la falta de verdadera instrucción de los trabajadores. Apoyándose varios fabricantes de importantes establecimientos industriales del Llobregat en la vigente ley de las colonias industriales y agrícolas, desentendiéndose de la palabrería filosófico-racionalista y tomando por norma los deberes de la caridad cristiana, han trasladado sus fábricas á hermosos valles del Llobregat y han fundado colonias. Estas las constituye un gran establecimiento fabril, espaciosos edificios para viviendas de los operarios, con pura ventilación y clara luz, agua potable y grandes lavaderos, con una iglesia suficientemente capaz para cumplir sus deberes de cristianos y para celebrar los operarios de la fábrica las funciones de devoción, una escuela para los niños á cargo del sacerdote que está al frente de la iglesia, y otra de niñas á cargo de hermanas que cuidan también de las cocinas económicas para las operarias que no pueden distraerse del trabajo en aderezar la comida, de la sala de Asilo de los párvulos, y de la enfermería, en la cual pueden curar sus dolencias los operarios que caen enfermos, á cuyo efecto hay el correspondiente facultativo y botica. Tiene también la colonia almacén de comestibles para el consumo de los operarios, de carbón, de leña, de bebidas, de mercería, etc., para que todo lo en-

cuentren sin necesidad de buscarlo fuera de la colonia, de superior calidad y precios económicos. Como sitio de distracción, tiene teatro, casino, café, etc., sin que falte tampoco peluquería y establecimiento de baños. El operario paga todos los servicios que no son generales, por medio de bonos que se proporcionan en el acto de cobrar el jornal, pues la administración de la fábrica tiene la de la colonia con ventaja para los operarios, pues el dueño del establecimiento compra al por mayor los comestibles, procurando sean de superior calidad, y lo expende únicamente á los operarios al precio de coste. En el ramo de vinos están mejor servidos que los de las ciudades, por cuanto se compran los caldos en los puntos mismos de procedencia y químicamente puros. Para los socorros en las enfermedades, hay establecidas hermandades ó montepíos, y para los viajes, cada colonia tiene estación en el ferrocarril de Manresa á Berga.

La Puda

En un gran recodo que hace el río antes de llegar á Olesa, oculto entre las colinas que forman la orilla izquierda, está el establecimiento de aguas medicinales de la Puda, que tiene sus carreteras: la de Esparraguera á Monistrol, la de Barcelona á Manresa por San Cugat del Vallés y la de la estación de Olesa á la villa del mismo nombre y la Puda.

Al separarse el río Llobregat del pié de Montserrat y á una distancia como de un kilómetro escaso, en dirección hacia el mar, se encuentra á la orilla un bello edificio al pié de pintorescos montes cubiertos de espesos olivares. El silencio que allí reina es interrumpido únicamente por el sordo murmullo de las fuentes minerales y por el ruido que hacen las aguas del río al estrellarse contra una inmensa peña que, desviando

el curso de aquéllas, las obliga á besar humildes la base de las sólidas murallas sobre que descansa el edificio.

Estribando en esta peña hay un elegante y hermoso puente de madera del sistema americano que sirve para atravesar el río.

Hay en el establecimiento alamedas y jardines, con vistas al río. La capilla está situada en uno de los puntos más pintorescos del establecimiento.

Junto á la orilla del río Llobregat, y al pié mismo de la muralla del establecimiento, hay, como queda dicho, los manantiales de las tan celebradas aguas, que nacen á poca altura sobre el nivel del río.

Con el título de *Una excursión á la Puda de Montserrat,— Estudio químico de dicho establecimiento termal etc.*, publicó el difunto Dr. D. Vicente Munner y Valls, catedrático de preparados farmacéuticos de la Universidad literaria de Barcelona, un folleto.

Las aguas de la Puda son útiles, según éste, en todas las afecciones crónicas de la piel, en los catarros pulmonares, en las escrófulas, en las hemoptisis pasivas, en todas las afecciones producidas por la retropulsión del vicio herpético, reumático, gotoso y sifilítico, y en las clorosis y amenorreas.

El terreno de la Puda corresponde al terciario inferior ó *nummulítico*; la temperatura del agua es de 29'3° centígrados.

O l e s a

Esta villa conserva aún el pintoresco aspecto de las viejas poblaciones. No domina en sus calles la monótoma línea recta. Tiene 755 vecinos y 3,235 habitantes. La iglesia parroquial se halla situada en la parte más alta de la población, en el sitio donde se levantaba en la Edad Media el castillo que dominaba

la comarca, de suerte que algunos creen ser de éste castillo la rojiza torre campanario de la parroquia. En la casa rectoral se encuentran arcos ojivales y otros fragmentos que denotan cierta antigüedad y que formarían parte del castillo. Poco notable ofrece la iglesia, sólo dos ternos del 1575 el uno y del 1623 el otro, y algún cuadro en la casa rectoral.

Se cree que los fenicios y los griegos se establecieron en Olesa, apoyándose esta opinión en piedras y medallas que se han encontrado en esta villa. Se ha considerado ser la Rubricata de los romanos, por estar fundada en la Laletania y por hallarse cerca de la vía militar romana, de la cual aun se conservan vestigios, en las inmediaciones de Castellbisbal.

En el año 963 de la era actual, un tal Digfret, vasallo del conde de Barcelona Mirón, adquirió, por título de venta que le hizo éste príncipe, un castillo llamado *Camba*, situado en el lugar de Olesa, por el precio de 500 sueldos. La escritura existía en el archivo de Montserrat. En 1256 fué vendido dicho castillo á Gastón VII, vizconde de Bearn. Pedro IV de Aragón vendió en 1359 el señorío de la villa por 1,000 libras catalanas al Monasterio de Montserrat, que desde 1264 cobraba los diezmos. En aquella época Olesa estaba murallada.

La principal riqueza agrícola es su aceite, tan celebrado por su exquisita finura, de grande estima, que compite con el mejor de Niza y otros aceites extranjeros, y su industria lanera rivaliza con la de Sabadell y Tarrasa.

Como la *Puda* pertenece al termino municipal de Olesa, algunas de las personas que van á tomar las aguas sulfurosas de la Puda, viven en Olesa, donde se alquilan habitaciones amuebladas á los que deseen pasar la temporada haciendo vida de familia.

Esparraguera

Al igual que en Olesa, en esta villa pasan la temporada de baños varios de los bañistas de la Puda. Se halla situada en la orilla opuesta, ó sea en la margen derecha del Llobregat. Tiene una magnífica iglesia parroquial, en la cual llama la atención su esbelta y elevadísima torre, á cuya parte superior se sube, como en la Giralda de Sevilla, por medio de rãmpa sin escalones. En 1300 fué Esparraguera señorial del Abad de Montserrat en cuya época no contaba más que de dieciséis á veinte casas. Actualmente consta de 700 vecinos y 3,376 habitantes. Desde que la carretera real de Madrid á Francia por la Junquera, que antes pasaba por Capellades, pasa por dicha villa ha aumentado mucho el caseo, formando á lo largo de la carretera un calle de más que regular longitud. Tiene buenas posadas y carruajes que hacen el servicio de pasajeros á la Puda y de la estación de Martorell á Esparraguera.

El terreno es muy fértil en cereales, viñas y olivos, y esparcidas por su término municipal hay casas de labranza muy importantes, una de ellas es la llamada

Castell del Mas

Se halla muy inmediata á la Puda, de la que la separa una cortísima carretera y un puente de madera. Es esta grandiosa masía una rica vivienda, hermoso tipo de las casas solariegas de Cataluña, complemento si así puede decirse del establecimiento de la Puda, pues en el *Castell del Mas* se da también magnífico hospedaje. Como esta casa se halla separada de la Puda tiene elegantes carruajes para ir y venir del establecimiento de los baños y del manantial de las aguas sulfurosas.

Tiene la casa en su selecta biblioteca varias colecciones: una de *aguas fuertes* y otros grabados, fundada una y otra por el último difunto dueño Sr. Pedrosa, en la que figuran obras notables de Alberto Durero, Morghen, Goltzis, Callot, Uslli, Carmona, Rembrandt, Van-Ostendo, Goya, etc., y otra de vistas fotográficas de los principales monumentos de España y otra formada por uno de los dueños actuales, hijo político del señor Pedrosa, el laureado poeta D. Pablo Bertrán y Bros, quien tiene reunida en dicha su casa una magnífica de cantos populares de Cataluña con su música típica, que ha publicado impresos. Se guarda también en la casa una *hacha sílex* que se encontró en una cantera inmediata al edificio. El Sr. Pedrosa fué el inventor del magnífico licor *Montserrat*, digno rival del *Chartreuse*, cuya fábrica se halla junto á la casa, y se elabora con espíritu de vino legítimo y yerbas aromáticas de la montaña de Montserrat (1). Se expende en el establecimiento que la casa tiene en la Rambla de los Estudios de Barcelona.

A un cuarto de hora de la casa *Castell del Mas* se encuentran las ruinas de la capilla románica que existía ya en el siglo XII, dedicada á Santa Margarita, cuya imagen se ha trasladado á la capilla del *Castell del Mas*.

No lejos de las ruinas se conserva la capilla de Santa María del Puig, cuyo solitario templo forma un cuadro lleno de poesía, rodeado de rústico cementerio. Es un templo románico de planta de cruz latina, sosteniendo la bóveda ojival, sencillos muros y alzándose en el centro del crucero el cimborio á base octogonal; cierra el presbiterio un ábside circular, revelando esta construcción que la obra es anterior al siglo XII. Se venera una imagen de Nuestra Señora, de la misma época, sentada en típico sillón ó faldistorio. Esta iglesia era la primi-

(1) En el despacho de aposentos en el Monasterio se expende también un licor que imita asimismo al *Chartreuse*, elaborado con espíritu de vino legítimo y plantas aromáticas de la montaña.

tiva parroquia de Esparraguera, y en la sacristía de la iglesia moderna se custodian algunos objetos de esta primitiva.

El Cairat

Llámase así un salto del Llobregat, entre Olesa y Esparraguera, que se ve perfectamente desde Montserrat, en el cual dos gigantescas rocas estrechan de tal manera el álveo del río, que antes de construir la presa se podía atravesar éste de un salto, hasta en las mayores avenidas.

La presa se construyó para dar movimiento hidráulico á la maquinaria de la tan renombrada fábrica de Puig y Llagostera, otra de las colonias industriales de Llobregat, cuya fuerza motriz hidráulica es la mayor de España. Son dignas de ser visitadas las obras hechas en el Cairat. Para ello es preciso ir á casa Tobella, que es la gran casa más inmediata.

El salto total es de 30^m 500, utilizado en dos saltos parciales de 26^m 500 el primero y 4^m el segundo. Con el salto de 26^m 500 funcionan dos turbinas de 260 caballos cada una, otra de 200 caballos, una de 100 caballos y una de 2 caballos. Las tres primeras ponen en movimiento las secciones de hilados y tejidos de algodón; la de 100 caballos se utiliza para el movimiento de los aparatos de blanqueo y los generadores de la electricidad para el alumbrado del establecimiento, y la de 2 caballos da movimiento al ventilador de un pequeño taller de cerrajería, para las reparaciones de la maquinaria que tiene la casa. Las turbinas del primer salto desarrollan en conjunto la fuerza de 822 caballos. El segundo salto pone en movimiento dos turbinas de 160 caballos y otra de 100. La fuerza total desarrollada por los motores de la fábrica, es de 1,082 caballos, pero no se utiliza toda, pues los artefactos instalados no llegan á consumir 800 caballos.

El volumen de agua que puede discurrir por el canal, obra notable desde el Cairat á la fábrica, es de 4,000 litros por segundo. Dicho canal tiene una longitud de unos 4 kilómetros aproximadamente.

APÉNDICE

En este apéndice se han reunido aquellas noticias que no son de localidad, es decir, que puede enterarse de ellas el viajero, así en cualquier punto de Montserrat, como en su propia casa, por no hacer referencia á sitio determinado del monte.

Las romerías ó peregrinaciones

«De todos los santuarios de María, dice el abate Orsini en el capítulo de *Las Romerías*, en su *Historia de la Madre de Dios*, el de Montserrat en España es el más pintoresco y más extraordinario por lo que mira á su situación,» y ocupándose en dichas *Romerías*, empieza diciendo:

«La devoción de las romerías, dice Mr. Michaud, ha encontrado apoyo en todas las religiones, y por otra parte se funda en un sentimiento natural al hombre,» y continúa:

«Esta observación es justa y verdadera, pues que todos los pueblos tienen efectivamente ciertos lugares consagrados á los cuales miran como un deber el concurso en ciertas épocas conmemorativas para penetrarse más vivamente de los beneficios de la Divinidad, visitando los sitios que se han creído santificados por su presencia ó por sus milagros.

»Las romerías son tan antiguas como las mismas sociedades; las del Oriente se ligan casi todas, según lo observa atinadamente Boulanguer, á reminiscencias diluvianas; y en efecto, esas romerías, cuya institución se pierde en la noche de los

siglos, tienen generalmente por objeto las altas montañas en que se formó el primer núcleo de las grandes naciones del Asia, que pretenden descender como sus ríos de las peñascosas entrañas de sus montes. Los chinos, que quieren ser hijos de las montañas, trepan de rodillas las escarpadas pendientes del Kicou-hou-chan; los tártaros orientales van á venerar como á tronco de sus hordas al Chanpa-chan, y algunos gentiles de la India al Pyr-pan-jal, la mas alta montaña del Cáucaso; los japoneses emprenden á lo menos una vez en su vida la arriesgada peregrinación de Isje, montaña de donde descendieron sus antepasados; los apalachites ó floridianos salvajes van á la vuelta de cada estación á hacer sacrificios sobre el monte Olacini para tributar acciones de gracias al sol que salvó, según dicen, á sus padres de un diluvio.

»Esas romerías están fundadas en tradiciones corrompidas por el tiempo, pero ciertamente históricas; observando sus huellas, se ven los efectos de la idea de terror profundo que se manifestó en las llanuras de Sennaar con la construcción de la famosa torre de Babel. Desanimados por la confusión de las lenguas los pueblos postdiluvianos, no pudiendo refugiarse en unas torres que subiesen hasta las nubes, se establecieron por lo menos en las altas montañas para garantizarse en lo posible de los eventos desastrosos de un nuevo diluvio. Solo cuando el terreno faltó á los ganados y dejó de producir los frutos necesarios á la subsistencia de las colonias nacientes, se las vió establecerse en las llanuras, que sin duda tuvieron que desecar antes de fijarse en ellas. De aquí viene el respeto que los orientales tienen á sus montes sagrados, respeto que manifiestan por medio de visitas anuales acompañadas de votos, ofrendas y de oraciones.

»Después de haber venerado la cuna de los pueblos, se veneró la de los cultos; después los sitios que recordaron grandes hechos, nobles trabajos y excelsas virtudes; después á los hombres que se hicieron ilustres con hazañas heroicas ó reli-

gias. Así fué como el reconocimiento del pueblo judío conserva siglos hace el sepulcro de Ester y de Mardoqueo, á donde todos los hebreos esparcidos por el Asia van en romería hace dos mil años. ¡Cosa bien singular y extraña es que el sepulcro de dos desterrados, levantado por la gratitud de algunos cautivos, haya sobrevivido al grande imperio de los Asirios y que sea el único monumento que se salve del olvido de las ruinas de Ecbátana!

»El hombre es como la yedra; es preciso que se apoye en alguna parte, es preciso que algo le sostenga para que tenga el valor de vivir. Cuando no encuentra ni simpatías, ni consuelo entre sus semejantes, evoca como por instinto á los habitantes de un mundo mejor, reclama de ellos los socorros que la sociedad le rehusa ó que no puede otorgarle.

»El protestantismo que descolora y pulveriza todo lo que toca, no ha omitido el abolir las visitas piadosas que han hecho todos los cristianos de todos los siglos á los lugares que Jesucristo santificó con sus tormentos, ó que su madre hizo célebres con sus beneficios. Los turcos, enemigos furiosos de las imágenes, han encendido lámparas de oro delante de los altares de María; pero ¿qué protestante ha orado delante del pesebre de Belén, en donde oraban Saladino y el Califa Omar? «Son supersticiosas, dicen ellos, esas devociones locales, Dios está en todas partes.» Y ¿quién lo duda? Los católicos saben ya la primera pregunta de su catecismo; saben y sabían quince siglos antes que hubiese en el mundo un fraile apóstata llamado Lutero, que Dios escucha en todas partes la oración de las almas fieles, y que en todas partes esa oración es oída. Pero, ¿quién priva á Dios de conceder algunas gracias particulares en esos antiguos santuarios en donde se ha complacido manifestar con frecuencia su poder por medio de prodigios? ¿Acaso el hombre no experimenta en sí mismo un sentimiento de cariño y predilección por el pedazo de tierra que ha labrado con sus manos, por el árbol que ha plantado, por el hom-

bre á quien ha salvado de un naufragio exponiendo su vida? El lugar que le recuerda un acto de bondad ¿no es acaso el mismo que debería escoger para solicitar otro? Si Dios detesta en tal grado la iniquidad, que «devasta la viña del impío y entrega su tierra á las yerbas silvestres y á las bestias de la soledad,» ¿no puede tal vez inferirse por la inversa que bendice y protege los lugares donde se verifican las afectuosas escenas que honran á la humanidad?

»El ilustre Roberston á quien no han cegado las mezquinas preocupaciones de su secta, reconoce altamente los beneficios que debe la Europa á las peregrinaciones de Ultramar. En primer lugar la emancipación de los comunes, la creación del comercio y de la marina, la propagación de las luces, la mejora de la agricultura y la introducción de un gran número de plantas, árboles y cereales que contribuyen en la actualidad á la subsistencia de los pueblos occidentales, y además la manumisión ó libertad de los siervos á la que contribuyen las romerías más que otra cosa, porque el señor feudal, que se mezclaba á pié descalzo y con el bordón en la mano á los peregrinos de todas clases que emprendían con él juntos algún santo viaje, comprendía más fácilmente en esas horas de humildad y penitencia que esos esclavos, tan despreciados, á quienes los antiguos ponían en la clase de *cosas*, eran sin embargo sus hermanos delante de Dios; y cuando él había obtenido la gracia que iba á implorar lejos de su castillo en algún antiguo santuario, ocurríale entonces la piadosa idea de hacer libres á un cierto número de sus vasallos en honor de Jesucristo, enemigo de la esclavitud, y de la Virgen María, cuyas entrañas no respiran otra cosa que dulzura y misericordia.

»Las romerías que traen la fecha del diluvio, que han sido recibidas en todos los pueblos y que fortifican entre los católicos el sentimiento religioso, abriendo el alma á una multitud de emociones generosas y santificantes, son, pues, por más

que digan los protestantes, que ninguna inteligencia tienen del corazón humano, una cosa buena, loable, útil y agradable á la Divinidad. Nosotros vemos esas piadosas prácticas establecidas desde los primeros tiempos de la Iglesia; María, las santas mujeres y los Apóstoles fueron sin duda los primeros peregrinos, y los fieles de Europa y de Asia siguieron prontamente sus pasos para visitar á Nazareth, á Belén y al Gólgota. Los mismos musulmanes, cuando conquistaron la Palestina, fueron á orar en Belén, en la cueva donde había nacido *Issa Resoul* (el Señor Mesías).

»Además de los sitios de Redención, había en la Tierra Santa muchas romerías famosas. Nuestra Señora de Edesa en Mesopotamia, á donde iban en tropel los primeros cristianos; Nuestra Señora de Seydnaí, donde un sultán de Damasco fundó una lámpara perpetua en reconocimiento de un beneficio que había obtenido por intercesión de María; Nuestra Señora de Belmont, á dos horas de distancia de Trípoli; finalmente, Nuestra Señora de Tortosa, cuyos milagros en la Edad Media resonaban en toda la cristiandad, á donde los mismos musulmanes han conducido algunas veces á sus hijos para hacerlos bautizar, en la persuasión de que esta ceremonia debía preservarles de todo mal, gracias á la protección de la Santa Virgen.

»Las peregrinaciones á la Madre de Dios nada han perdido de su fervor en el Asia; y los francos se admiran algunas veces de encontrar mujeres turcas orando devotamente en el sepulcro de la Virgen con las hijas de Sión, las ricas armenias, las griegas de los países de ultramar y las árabes católicas. «El culto de la Virgen entre las naciones cristianas del Oriente, dice el sabio autor que acabamos de citar, es una de las cosas que llaman más la atención del viajero, y á la verdad es digna de notarse una devoción que somete el destino humano al poder de una mujer en un país en que la mujer no es contada para nada.»

Tocante á la parte higiénica, hé aquí lo que acerca de las romerías dice el Sr. Lonuma (1):

«El primitivo móvil de las romerías fué la piedad, la devoción, el espíritu religioso, tan hondamente arraigado en el corazón del hombre. Jovellanos, considerando las romerías como una de las fiestas más antiguas de los españoles, dice: «La devoción sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los días de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del día al esparcimiento y al placer.»

»Todo, empero, degenera en manos del hombre: ese esparcimiento y ese placer llegaron á constituir muy pronto lo esencial del viaje, paseo ó peregrinación. A falta de otros comprobantes, ahí están nuestros antiguos refranes, testimonios decisivos y fallos inapelables. «Romería de cerca, mucho vino y poca cera,» solían decir nuestros mayores para dar á entender que muchas veces se toman por pretexto las devociones para la diversión y el jaleo.—«A las romerías y á las bodas, van las locas todas,» es otro refrán harto significativo.—Por último, «quien muchas romerías anda, tarde ó nunca se santifica,» es otro refrán no menos decisivo.

»Pero, abusos a arte, la higiene aplaude las romerías.

»En primer lugar, toda romería supone ejercicio, y ejercicio al aire libre, al aire del campo; y la rusticación, especialmente para los moradores de las ciudades y pueblos numerosos, es un ejercicio por demás saludable.

»En segundo lugar, las ermitas, los santuarios, objeto de la romería, suelen estar situados á alguna distancia, en un cerro, en una altura, en una montaña, y, como se ha dicho muy profundamente, «las montañas acercan la tierra al cielo;» son el zócalo providencial de los santuarios y de las ermitas. Por esto también se encuentra

(1) *Monitor de la Salud*, núm. IX correspondiente al 1.º de Mayo de 1859.

en las montañas la salud del cuerpo y la paz del alma.

»Por otra parte, apenas hay ermita ó santuario que no tenga anexo su manantial de agua fresca, pura y cristalina, de agua eminentemente higiénica, cuando menos, y no pocas veces medicinal por su composición química, y más medicinal todavía por las virtudes misteriosas que con más ó menos fundamento le atribuyen la tradición piadosa y la experiencia de algunos casos.

»En las ermitas ó santuarios venérase siempre alguna efigie sagrada, muchas veces de maravillosa procedencia, y fervorosamente invocada por los dolientes y desgraciados para alcanzar el alivio de sus males ó quebrantos: y la higiene considera como influencia altamente provechosa el fomento de la esperanza, del confiar en la intercesión de los Santos. Este bálsamo del corazón no se vende en las boticas, y sin embargo no pocas veces hace prodigios. Es una crueldad, cuando menos, el negar su existencia y burlarse de su eficacia, insultando de pasada las piadosas creencias del pueblo. Así como hay una medicina *moral*, tanto y más poderosa que la física ó material, existe también una especie de *terapéutica sacra*, de tantas y más virtudes que la farmacológica. Nosotros no negamos el poder de ésta; pero tampoco consentiremos que se niegue la eficacia coadyuvante.

»Las peregrinaciones por devoción ó en cumplimiento de algún voto hecho, se llaman entre nosotros *romerías* porque las principales se hacían á *Roma*; de ahí también el llamarse *romeros* los devotos peregrinos.»

Desde que la imagen de la Patrona de Cataluña se descubrió en Montserrat, no han faltado romerías. Ya queda dicho que desde Wifredo, los condes de Barcelona y los Reyes de Aragón subieron á visitar á Nuestra Señora de Montserrat, y que fué preciso ensanchar la iglesia románica para que pudiera tener cabida el gran número de personas que seguían el ejemplo de los Monarcas.

Era tanta la multitud de gentes que en el siglo XIII acudía á Montserrat, que el rey D. Jaime I *el Conquistador*, mandó que el que fuese á visitar el célebre Santuario llevase consigo las provisiones necesarias para su subsistencia.

Todas las poblaciones de Cataluña tenían, y muchas aun tienen, día señalado al año para subir en procesión á Montserrat. Cuéntanse en algunas de estas procesiones hasta 150 ó 200 y á veces más personas. Acompañan á los vecinos los párrocos, vicarios, monacillos y Ayuntamiento del pueblo, y entrando en Montserrat con cruz alta y gonfalones tendidos, con buen orden, modesta compostura, llevando antorchas algunos y cirios los restantes, siguen su camino cantando las letanías que acaban con unas devotas preces y oraciones ante la imagen de la Madre de Dios.

En memoria de su peregrinación se llevan á su casa unas cucharitas encarnadas, cruces, estampas, gozos, cirios, rosarios, medallas y medidas de la Santa Imagen.

Los franceses del Languedoc, según promesa hecha muchísimo tiempo há, suelen concurrir anualmente en número de cincuenta ó sesenta á la procesión que se verifica el día de la Natividad de Nuestra Señora, una de las fiestas principales del Monasterio; asisten á los divinos oficios, van á la procesión, y al dar el *Angelus* de medio día entonan la Salve, y cantando la *letanía lauretana* regresan á pié á su país, engalanados con cintas, medallas y estampas de Montserrat (1).

(1) Los pueblos de la Cerdaña francesa tienen hecho un voto, por el cual, uno de sus vecinos está obligado á venir en peregrinación á este Santuario el año que le toca.

Al efecto se reúnen los vecinos y eligen el que debe venir; éste ha de ser distinto cada año. Los elegidos se ponen en camino con la anticipación debida, á fin de llegar á Montserrat la víspera de la festividad de la Virgen. Desde la frontera el viaje deben hacerlo á pié, con el bordón en la mano. Al llegar al Santuario se presentan al P. Abad del Monasterio, quien les ofrece una habitación, que rehusan por dormir en la paja. Reunidos ya, uno de los monjes les dirige el rezo, y á la

De unos curiosos apuntes que hay en el archivo del Monasterio, se han sacado estas noticias:

«En la *Historia de Montserrat*, impresa en el año 1514, escrita, callando su nombre, por el Abad de este Monasterio, D. Pedro de Burgos, se explica en general este grande devoto concurso. Sus propias palabras, son:

«Es cosa de mucha maravilla ver aquí tantas diversidades
 »de gentes de todas las provincias á donde se extiende el nom-
 »bre cristiano; porque no solamente del Principado de Cata-
 »luña, donde está situado el Monasterio, acude aquí gente,
 »mas aun de toda España, Francia, Italia y Alemania, y de
 »otras muchas provincias é islas, cada día del mundo llegan
 »aquí tantos y de tan diversas generaciones y lenguajes, que
 »ni ellos unos con otros se entienden, ni los que tienen cargo
 »de darles recado los pueden entender. Aquí vienen reyes,
 »príncipes, duques y otros grandes señores, ricos y pobres,
 »letrados é ignorantes, y de todos tanta multitud, que sería
 »imposible poderla aquí explicar. Y allende, que todos los
 »días llega aquí gran muchedumbre de gente de todas las
 »partes del mundo, en mucho tiempo del año, como son las
 »fiestas de Nuestra Señora, y otras muchas festividades, y en
 »la Cuaresma, es tanta la multitud de las gentes, que muchas

mañana siguiente confiesan y comulgan en comunidad. Después del oficio asisten á la procesión, pero con la circunstancia de que, después de haber seguido casi toda la carrera, se separan al llegar frente á la cuesta de la Fonda-restaurant, en el portal se arrodillan ante la imagen de Nuestra Señora, y emprenden la marcha á su país cantando la *Salve*. Ciertamente es un espectáculo que produce un gran efecto, tanto por ver como conservan aquellos pueblos catalanes, aunque franceses, una costumbre tan antigua y patriarcal, como por el venerable recogimiento que tienen pintado en su rostro aquellos hombres.

Y no se vaya á creer que la elección recaiga en hombres del pueblo de escasa fortuna, pues ha habido año en que ha sido elegido uno que llegó hasta la frontera en coche propio y con criados, y éstos con él vinieron á pié como los demás. El autor ha visto este espectáculo varias veces.

»veces no caben en la Casa, ni aún en la plaza que está delante de la puerta; mas estánse muchos por la montaña entre los riscos, y en algunas cuevas, y debajo de algunos árboles, como mejor pueden. Y allende de esto vienen las procesiones, que son más de cuarenta; de manera que hay días que se hallan juntas más de cinco mil personas, y muchos días más de mil, dos mil y tres mil.»

Esta numerosa concurrencia de peregrinos de casi todos los países de Europa, la reconocen en general la mayor parte de los escritores, así naturales como extranjeros, que tratan de Montserrat.

A principios del siglo xvi el mismo Abad Pedro de Burgos decía en su historia, «que después de concluidas en la iglesia las funciones de la tarde, á las nueve poco más ó menos, se quedaban muchos peregrinos á velar en el templo, juntándose en diferentes corrillos y cantaban canciones dedicadas á la Santa Virgen; muchas veces, añade, en desagradable desafinación, estorbando á los que rezaban sus oraciones ó examinaban sus conciencias para confesarse en la madrugada siguiente, y todo esto duraba hasta el punto de la media noche, en que los monjes les hacían callar para cantar *Maitinès*.

«En un códice del siglo xiv que está también en el Archivo del Monasterio, se contienen varios tratados curiosos, y entre ellos hay esta nota, que se refiere á las canciones de los peregrinos de que se ha hablado, dice así:

«Quia interdum peregrini quando vigilant in Ecclesia B. Mariæ de Monteserrato volunt cantare et tripudiare, et etiam in platea de die, et ibi non debeant nisi honestas ac devotas cantinelas cantare; idcirco superius ac inferius aliquæ sunt scriptæ. Et de hoc uti debent honeste et parce ne perturbent perseverantes in orationibus et devotis contemplationibus, in quibus omnes vigilantes insistere debent pariter et devote vacare.»

El mismo libro contenía muchas canciones latinas y lemosinas puestas en nota, que eran las que se debían cantar du-

rante las vigiliass. Una de ellas era la tan famosa y celebrada, y que algunos historiadores modernos la ponen: el *Violay Madona Sancta María*.

El P. Argaiß en su *Perla de Cataluña* (págs. 223 y 224), dice:

«En el año 1624 yo, Fr. Mateo Olivar, confesé desde 1.º de Enero de el dicho año hasta últimos de Diciembre del mismo, de franceses, flamencos y otras naciones de lengua francesa cinco mil y quinientos cincuenta y dos personas.» Y después de enumerar los individuos de la casa, sigue copiando un libro de gastos en estos términos. «Fuera de esto, en la hospedería de gente principal, peregrinos y pobres, suele acudir mucha gente por todo el año, y en algunas festividades se han contado en un día, sin la gente de casa, nueve mil setecientos y quince personas, y á todas se les da de comer, pan y vino y lo demás, conforme á la calidad de las personas, y á dos y á tres días.» Añade que en un sólo año se dió comida y aposento á 3760 eclesiásticos seculares y regulares de las órdenes siguientes:

Frailes Franciscos	445
Idem Agustinos	225
Idem Dominicos	187
Idem Mínimos	138
Idem Mercenarios.	132
Idem Carmelitas.	126
Idem Trinitarios.	117
PP. Jesuitas	52
Frailes Bernardos.	22
Idem de S. Basilio	19
Idem de S. Gerónimo	15
Idem de S. Juan del Desierto	8
Idem Cartujos	5
Capellanes y otros clérigos	2349

TOTAL 3760

Largo fuera, á ser posible, publicar un catálogo de las personas insignes que, desde Wifredo el Velloso hasta la época actual han visitado Montserrat. Mas siendo imposible conseguirlo, van á continuación algunas. San Pedro Nolasco (pág. 62), San Juan de Mata (pág. 92), San Ignacio de Loyola (pág. 63 y 94) y San José de Calasanz (*a*). San Francisco de Borja (pág. 84), San Luis de Gonzaga (pág. 85), San Vicente Ferrer (pág. 80), el Beato Salvador de Horta (*b*). El Beato Raimundo Lulio (*c*). San Pedro Claver (*d*), Fr. Arcángel de Alarcón, fundador de los Capuchinos en España (*e*), y las fundadoras del con-

(*a*) Habiendo nombrado Su Santidad visitador apostólico de Montserrat á D. Gaspar de la Figuera, obispo de Lérida, se llevó por secretario á San José de Calasanz. Una vez abierta la visita murió el visitador. José se volvió á su patria, Peralta de la Sal, en Aragón, habiendo estado seis meses en Montserrat, antes de marcharse á Roma á fundar la orden de las Escuelas Pías.

(*b*) Dice Domenech en la vida de este beato, que estando un día en Montserrat acadió á él tan gran multitud de gente, por haber corrido la voz de que este siervo de Dios había subido á visitar á la Santísima Virgen, que pocas veces se había visto tanta concurrencia. Y como le pidiesen curase sus dolencias, les contestó: «Id á Nuestra Señora y rogadla, que ella os asistirá. No quiera Dios que sea tan descortés que en su casa os parezca que hago más que ella. Lo que puedo hacer es que os confeséis primero, y venid después que yo iré con vosotros y se lo rogaré.»

(*c*) Este santo, célebre químico, hijo de Barcelona según unos, mallorquín según otros, estuvo en Montserrat antes de ir á derramar su sangre y dar la vida por Cristo en Bujía, ciudad del reino de Túnez.

(*d*) Pedro Claver, natural de Verdú, en el Urgel, al salir del noviciado de la compañía de Jesús y antes de ir á las Indias á dedicarse á la conversión de los negros, pasó á visitar á la Santísima Virgen en Montserrat.

(*e*) Fr. Arcángel de Alarcón que con otros cinco compañeros habían venido á fundar la orden capuchina en España, antes de realizar su plan, subieron á implorar la protección de la Madre de Dios en Montserrat. Por cuyo motivo los capuchinos de Cataluña tienen por patrona á la Santísima Virgen bajo este título, de manera que en el sello provincial está esculpida la Virgen de Montserrat en su parte superior y en

vento de Carmelitas Descalzas (*f*) y del de Jerusalén de Barcelona. Además del papa Adriano VI, visitaron Montserrat, Carlos V (nueve veces), Maximiliano II, Rodolfo II, Carlos VI de Francia, D.^a Isabel esposa de Carlos V, D.^a María reina de Hungría, otra doña María, D.^a Isabel, D. Pedro el Grande, D. Juan II y doña Blanca, D. Pedro el Ceremonioso, D. Fernando y D.^a Isabel con sus seis hijos, D. Felipe III, D. Felipe IV, D. Felipe V, D. Carlos IV con su esposa y real familia, D. Fernando VII y D.^a Amalia de Sajonia, D.^a Isabel y su esposo D. Francisco de Asis, con D. Alfonso XII, entonces príncipe de Asturias, D.^a María Cristina de Austria y varios otros príncipes, cardenales, arzobispos, obispos y personajes de la más distinguida nobleza, nacionales y extranjeros, entre los que merecen citarse el príncipe D. Enrique de Austria, que vino peregrino de Alemania; el infante D. Pedro, conde de Ampurias, que más tarde vistió en Barcelona el hábito de San Francisco, el arzobispo de Tarragona D. Arnaldo las Comes, el infante D. Jaime conde de Urgel, D. Juan de Austria, los Duques de Montpensier, etc.

Cuando terminó el santo y ecuménico Concilio de Trento, los prelados de España que habían asistido á él, pasaron á Montserrat á dar gracias á Nuestra Señora. En el Monasterio murieron dos, el arzobispo de Valencia D. Aniceto

la inferior Santa Eulalia, por haberse edificado el primer convento en el Desierto de Sarriá donde se hallaba la casa de los padres de la Santa Patrona de Barcelona, y al otro lado el seráfico padre San Francisco de Asis. El Abad Fr. José Ferrer mandó hacer un sello igual para conservarlo en Montserrat en memoria de esta visita.

(*f*) Cuando la M. Catalina de Cristo, íntima amiga de Santa Teresa de Jesús, de cuyas manos recibió el hábito, vino á Barcelona á fundar la orden de monjas carmelitas descalzas, en compañía de otras cinco religiosas, no quiso entrar en la ciudad condal, ni tratar nada absolutamente acerca su mision, hasta haber visitado á la Santísima Virgen de Montserrat, en cuyo Monasterio estuvo tres días. Salió á las ermitas y después fundó en Barcelona el primer convento de Carmelitas descalzas de la Corona de Aragón.

Moya y el obispo de León D. Andrés Cuesta, y en su iglesia quedan enterrados.

Cuando en 1862 Su Santidad canonizó á San Miguel de los Santos y á los mártires del Japón, y más tarde se celebró el Concilio Vaticano, varios prelados españoles y americanos visitaron Montserrat los unos antes de embarcarse para Roma y los otros á su regreso.

Modernamente algunas romerías ó peregrinaciones se han presentado con nuevos caracteres, habiéndose abusado de ellas algunos para sus fines políticos. El principal de las peregrinaciones modernas, hijas de la fe católica, es muy laudable, consiste en hacer los fieles pública ostentación de sus creencias religiosas, un alarde de catolicismo práctico en comunidad como oposición á la gala de ateismo é inmoralidad que hacen ciertas sociedades no católicas, y estas romerías ó peregrinaciones, cuando están libres de cualquier mancha política, producen saludables efectos en el corazón del pueblo, por figurar en ellas todas las clases sociales, en especial la trabajadora. Organizánlas á veces una congregación religiosa, otras un obispo y se procura que puedan concurrir el mayor número de personas de ambos sexos; se preparan trenes especiales á muy bajo precio, y al apearse en la estación de Monistrol emprenden unos procesionalmente la marcha al Monasterio mientras otros suben en carruajes. La procesión suele ser recibida por el clero de la población y en Montserrat por los PP. Monjes presididos por el Abad, de pontifical. Por el camino se cantan himnos de fé ó cánticos á la Virgen y se reza el Rosario. A la mañana del día siguiente al de la llegada, los peregrinos confiesan y asisten á la Comunión general y á la misa mayor que suele ser solemne con sermón que predica uno de los sacerdotes de la peregrinación. Por la tarde se hace el *Via-Crucis* en tres secciones: una va á las ermitas, y de esta forman parte los jóvenes; en la que se dirige á la capilla de San Miguel ó á la cueva de la Virgen, los que no pueden subir la montaña, y la gente

vieja y achacosa, hacen el *Via-Crucis* por el camino de los Degotalls. Por la noche asisten á la función cotidiana de la Iglesia y al día siguiente regresan á Monistrol.

Cuando estas romerías no tienen más fin que el religioso, y en ellas se admiten personas sin distinción de opiniones políticas, con tal que sean buenos cristianos, en cumplimiento de lo que manda el Sumo Pontífice León XIII, son respetadas; mas cuando, contraviniendo las disposiciones del Papa, no se admiten más que personas de determinadas opiniones políticas, por no considerar católicos aquellos que políticamente no piensan como los que organizan la romería, dejan de asistir los obispos y son por lo regular causa de disturbios y disgustos de que se aprovechan, con gran complacencia suya, los enemigos de la Religión.

En las romerías figuran estandartes que, como recuerdo, se dejan en el Santuario de Montserrat, y sirven para las procesiones de otras romerías.

Además de continuar las romerías antiguas en la forma tradicional, suben á Montserrat muchas otras organizadas por el sistema moderno, y por desgracia algunas han sido desfiguradas por el espíritu de partido político, contra la voluntad de la Santa Sede. Las romerías no sólo han ido desde Barcelona y de otras poblaciones de Cataluña, sino que han venido peregrinaciones del reino de Valencia, de las islas Baleares y del Rosellón, todas con gran número de peregrinos y muchos párrocos, y presidida la última por Monseñor el Obispo de Perpignan, á quienes quisieron acompañar á la célebre montaña el de Barcelona y el de Vich. Al regresar esta peregrinación se le hizo un gran recibimiento en la Catedral de Barcelona.

Como término de las romerías, hé aquí el soneto con que encabeza su *Historia de Montserrat* el Sr. Serra y Postius. Es muy lindo por su jovialidad y sencillez, al propio tiempo que hace referencia á la romería tan común entre las gentes de todo el Principado.

SONETO

Si vas á Montserrat ves per Sant Lluch;
 Que no t'picará l'sol per mes que t'toch;
 No vages ab calés, gasta mes poch;
 Ves, com Madó Guilleuma, sobre un ruch.

Veurás allí unas perlas com un truch,
 Las esmeraldas com un plat de foch,
 Los diamans mes grosos que un gran roch,
 Entre las llantias, mira la del Duch.

Si pujas á la ermita del bon grech,
 Com molt no fasis lo xerrich xerrach,
 Veurás pinsá que pren pinyó ab lo bech
 De la ma del que va vestit de un sach.
 Altres cosas veurás, que jo no aplech
 Perque no caben en aquest buyrach.

Monjes notables de Montserrat

De Montserrat han salido 103 monjes para gobernar en clase de abades casi todos los monasterios benedictinos de España y algunos de fuera de ella; 6 generales de la misma congregación de Valladolid y de Portugal; 4 reformadores apostólicos, visitadores y definidores de la misma orden; 5 predicadores y confesores de familias reales; 5 embajadores á diversas córtes; 7 diputados del Principado de Cataluña y 2 del reino de Aragón, y muchos condecorados con títulos y dignidades. Citaremos los siguientes:

El papa Julio II (Julián de la Róvere).—El antipapa Benedicto de Luna.

5 cardenales, los mencionados Luna y la Róvere: Berenguer de Eril, noble catalán, obispo de Urgel, después de Barcelona y últimamente cardenal; murió en Roma en 1371. D. Vicente de Ribas, siendo prior de Montserrat en 1409, Gregorio XII lo creó cardenal presbítero con el título de Santa Anastasia y se

le titulaba el cardenal D. Vicente de Aragón. D. Benito Sala, de Gerona, fué obispo de Barcelona; Clemente XI le dió el capelo en 1712; murió en Roma en 1715.

2 patriarcas, el primero de las Indias, Fr. Bernardo Boil, creado por los Reyes Católicos y confirmado por Alejandro VI, y el de Alejandría, el infante D. Juan de Aragón, hijo del rey D. Jaime II.

4 arzobispos, el mencionado infante, D. Lorenzo Nieto, arzobispo de Oristúnez en Cerdeña, quien habiendo renunciado el arzobispado de Toledo, que gobernó nueve años, el Sumo Pontífice le dió el de Tarragona donde murió; D. Iñigo Vicente Royo, según Argaiç, arzobispo de Sacer en dicha isla, y de Caller según Reventós, quien dice que también fué de esta ciudad Fr. Lorenzo Nieto, y D. Juan Manuel Espinosa, arzobispo de Tarragona.

10 obispos, de ellos dos cardenales: tres de Vich, D. Juan Peralta en 1493, Benito Tocco, antes de serlo de Gerona y Miguel Torner, electo, no admitió la mitra.—2 de Barcelona, Benito Sala y Berenguer de Eril.—1 de Gerona, el referido Tocco.—3 de Lérida, los referidos Tocco, Berenguer de Eril, antes de serlo de Barcelona, y Espinosa.—1 de la Seo de Urgel, el P. Simón Guardiola.—1 de Tarazona de Aragón, Fr. Manuel López de Villamayor.—1 de Albarracín, Fr. Iñigo Royo, después de haber vuelto de Cerdaña á España.—1 de Barbastro, el mencionado Royo en 1676.—1 de Alguer en Cerdeña, el referido Fr. Lorenzo Nieto, antes de ser arzobispo de Oristán.—1 de Malta; Fr. Tomás Gallego, que había sido escolán de Montserrat.

El número de priores y abades que han gobernado el Monasterio de Montserrat no baja de 110, conforme puede verse por el siguiente:

Catálogo de los Priores, Abades y Presidentes del Monasterio de Montserrat

Priores

- 1.º Ramón ó Raimundo; se ignora la época de su muerte, pero según una escritura antigua vivía aún en el año 1001. Empezó su gobierno en 976, había ya unos cien años que los monjes de Ripoll habían entrado en Montserrat.
- 2.º Berenguer, en 1017. Algunos le llaman abad.
- 3.º Ponce ó Ponciano, aunque se ignora el año de su elección, se sabe que gobernaba en 1047.
- 4.º Gerardo, en 1081. Sólo se sabe que en este tiempo avivó mucho la devoción al Santuario.
- 5.º Raimundo II. No se sabe en qué tiempo entró, sí que gobernaba en 1090, pues hace mención de él una escritura de donación de San Miguel.
- 6.º Gervasio, en 1102.
- 7.º Beltrán. Fué prior por espacio de 37 años, y entró en 1114.
- 8.º Ponce II, en 1151.
- 9.º Pedro Aquiniolo, en 1172. En su tiempo Bernardo de Rocafort con su mujer, y Bernardo de Castellbell dieron las dos primeras lámparas.
- 10 Beltrán II, en 1188. En el gobierno de este prior adquirió Montserrat todos los derechos que el abad de Santa Cecilia tenía en la iglesia de Marganell, por escritura del año 1193, y Montserrat dió al obispo de Vich todos los derechos que gozaba en la iglesia de Vacarisas.
- 11 Berenguer II, en 1200. En su tiempo tuvo principio la Cofradía de la Virgen de Montserrat.

- 12 Arnaldo, en 1201.
- 13 Ramón de Quer, en 1203. En su tiempo Guillém de Montserrat y su mujer Beatriz cedieron á la Santísima Virgen las pretensiones que tenían á la cuadra y dependencia de San Miguel.
- 14 Arnaldo II, en 1213. En su tiempo visitó San Pedro Nolasco Montserrat.
- 15 Pedro Mola, en 1217. En 1220 Guillermo de la Guardia ofreció á Nuestra Señora los castillos que tenía en el término del Bruch y de la Guardia con el señorío alodial, pidiendo únicamente que en cambio se le diese sepultura en la iglesia delante de la Imagen de la Santísima Virgen, y se acordaran de su alma los monjes en sus oraciones y ejercicios.
- 16 Fr. Guillermo, en 1234 Se ignora su apellido.
- 17 Fr. Bernardo de Bach, en 1250. Renunció la abadía de Ripoll por el priorato de Monserrat.
- 18 Fr. Pedro de Bach, en 1273, hermano del anterior. En su tiempo Bernardo de San Licerio fundó una capellanía en el altar de Santa Ana de Montserrat, donde se habían de celebrar las misas. En 1275 D. Alfonso X, rey de Castilla ofreció al prior Bach darle hacienda bastante en la ciudad de Murcia para tener allí una capilla Nuestra Señora de Montserrat y ser en ella venerada de los fieles.
- 19 Fr. Pedro Bernardo Escarrer, en 1290. Comenzó el puente de Monistrol (1).

(1) En vida de este prior (1306) Rostuño Miliranguini, comisario apostólico concedió á los monjes de Montserrat el poder nombrar y elegir prior libremente, dejando al abad de Ripoll que antes le nombraba, la confirmación del electo. El primer uso que de esta concesión hicieron los monjes, fué nombrar prior al infante D. Juan de Aragón, arzobispo de Toledo primero y después primado de Tarragona, Patriarca de Alejandría.

- 20 El infante D. Juan de Aragón, hermano del rey D. Alfonso é hijo del rey D. Jaime II y de la reina D.^a Blanca; su gobierno duró de 1320 á 1334. «Cuéntanse cosas raras y admirables de este santo príncipe, dice Pujades, porque de diez y siete años fué arzobispo de Toledo, después, teniendo veinte y ocho, fué nombrado patriarca de Alejandría. Mercció con Dios más por sus virtudes que por la nobleza de su sangre real, por ser hombre muy paciente. Domaba su carne con ayunos y abstinencias, su gracia en predicar era tan aventajada, que estaba la gente persuadida que tenía estos dones infusos y más por merced del cielo que por letras aprendidas con avaro estudio.» Hállase una escritura de la obediencia que le prestaron los diez ermitaños que había entonces en Montserrat, que empieza: *Heremitici infrascripti* y concluye *et habere in eisdem*. Murió este esclarecido varón en el lugar de Pobo en Aragón, en 19 de Agosto de 1334 y fué trasladado su cuerpo á la santa iglesia de Tarragona, cuyo epitafio, esculpido en mármoles y colocado en el presbiterio de aquella metropolitana iglesia, reasume toda su vida.
- 21 Fr. Raimundo de Vilaregut fué elegido mientras se hallaba en el Concilio provincial de Tarragona. Mandó fundir la campana que da los cuartos.
- 22 Fr. Jaime Viver (y no Vibiano, como dice Yepes, ni Vibar, según refiere Argaiiz). Monje profeso de Ripoll, en 1350; murió en 1375. Renunció también la abadía de Ripoll á imitación del prior Bach. En su gobierno se fundió la campana grande del reloj, se terminó el puente de Monistrol, y se fabricó el claustro que había frente de la celda abacial. En 1370 compró al rey D. Pedro el Ceremonioso el castillo y término de la Guardia en el lugar y parroquia del Bruch, con plena jurisdicción, por el precio de 36,000 sueldos.

- 23 Fr. Pedro Rigalt, en 1376. En 1381 compró el referido D. Pedro el Ceremonioso la jurisdicción civil y criminal, *mero mixto* del castillo y lugar de Collbató y su término.
- 24 Fr. Vicente de Ribas en 1390, muerto en 1408. Siendo prior pasó á ser cardenal.
- 25 Fr. Marcos de Villalba, abad de Ripoll, gobernó como prior desde 1408 á 1410, en que fué elegido abad. Conforme queda dicho en la página 57, en dicho año fué creada la abadía de Montserrat bajo ciertas obligaciones, entre otras las siguientes: Que el abad tenga obligación de mantener 12 monjes y 12 sacerdotes seculares, para celebrar los divinos oficios, 12 criados para los huéspedes y peregrinos, y 12 ermitaños en otras tantas ermitas de la montaña.

Abades

- 1.º Fr. Marcos de Villalba murió en 1436. Fué este Abad embajador del rey D. Alonso cerca de la córte de Martino V, y diputado por Cataluña en la elección del rey, según Zurita. Argaiiz dice que murió en 1436 ó 1437.
- 2.º Fr. Antonio de Aviñón, hijo profeso del monasterio del Monte Casino, de donde trajo seis monjes. Fué diputado en Cataluña.
- 3.º Fr. Pedro Antonio Ferrer, que entró á gobernar en 1456. Este monje era noble, docto, político de grande expedición y muy querido de los reyes. Cataluña le nombró canciller del Principado, y después fué bibliotecario del rey y uno de los embajadores que envió á Luis XI de Francia.
- 4.º Fr. Julian Oliver de los Balsereny, en 1470.

- 5.º Fr. Julián de la Róvere, que renunció el gobierno por haber sido nombrado cardenal, pasando después á ocupar la silla de San Pedro con el nombre de Julio II y gobernando la Iglesia desde 1503 á 1513.
- 6.º Juan de Peralta, último Abad perpetuo. Renunció la abadía.
- 7.º Fr. García de Cisneros, prior segundo de San Benito de Valladolid, hizo muchas obras, reformas y mejoras, y recibió hasta setenta monjes, siendo algunos, claustrales de varios monasterios. Murió en 1510. Fué enterrado en la capilla de San José, en la sepultura de los Abades, donde se puso el siguiente epitafio:
- «Hic jacet Frater García de Cisneros
Abbas, hujus Monasterii Reformator.»
- M. D. X.
- 8.º Fr. Pedro Muñoz, fué profeso de Montserrat. No tenía más que cinco años de hábito, cuando por sus prendas le nombraron Abad. Renunció la prelación al año y medio de obtenida.
- 9.º Fr. Pedro de Burgos, natural de la ciudad de Burgos, levantó las ermitas de San Benito y San Onofre, y fué el primer escritor de la historia de Montserrat; murió en 1536.
- 10 Fr. Miguel Predoche, en 1636, hijo de hábito de Montserrat. Durante su gobierno se terminó la obra de ensanchar y alargar la capilla de Nuestra Señora. Fué tan apreciado de Carlos V que le trataba como á su amigo íntimo.
- 11 Fr. Miguel Torner fué Abad dos veces, una en 1542. Terminado el trienio se retiró á su celda, hasta que le sacaron para ser Abad segunda vez, y habiendo renunciado el obispado de Vich, pasó á mejor vida en 1560, en su querida celda de Montserrat.

- 12 Fr. Alonso de Toro, monje de San Benito el Real, de Valladolid; llegó á ser general de la Congregación. Conociendo su incapacidad para la administración, renunció la abadía á los dos años de su elección, y se volvió á Castilla. Argaiiz dice que no dejó nada de provecho.
- 13 Fr. Diego de Lesma gobernó los tres años siguientes; fué electo general de la Congregación, pero luego que acabó la dignidad, volvió á su vida privada en Montserrat, donde pasó á mejor vida en 1564, y es el tercer general que hay sepultado en la iglesia
- 14 Fr. Benito de Tocco, descendiente de los reyes de Albania, consanguíneo de los emperadores de Constantinopla, paje y copero de Carlos V. Prendado del Monasterio y montaña, pidió permiso á su amo para acabar allí sus días; renunció su empleo y recibió en Montserrat la cogulla de San Benito. Fué dos veces Abad, y más tarde obispo de Vich. Siempre que se hallaba en Barcelona subía á Montserrat.
- 15 Fr. Bartolomé Garriga, elegido dos veces. Murió en la ermita de San Dimas en 1560, mandó construir la iglesia actual, alcanzó jubileo para los que hiciesen limosna para la fábrica, acabó la enfermería de los monjes, que su antecesor había comenzado, hizo construir la capilla y retablo de la ermita de San Benito con algunas celdas, y alcanzó de Su Santidad que el altar de Nuestra Señora, que era privilegiado tan sólo durante la vida del rey D. Felipe II, lo fuese perpetuamente. Murió en 16 de Setiembre de 1578.
- 16 Fr. Felipe de Santiago, elegido dos veces, fué profeso de Montserrat, en 1574. Tuvo por huésped á D. Juan de Austria, hijo de Carlos V.
- 17 Fr. Andrés de San Román que, según Yepes, gastó en obras de la nueva iglesia 22,000 ducados, cumplió el tiempo que faltaba á Garriga, que fué Abad segunda

- vez, después de Santiago. Su gobierno duró 6 años, y según dice el mencionado Yepes, gobernó muy bien.
- 18 Fr. Andrés de Itargo gobernó durante 6 años, en el último de los cuales, por orden de Su Santidad y á petición de Felipe II, se quedó con la presidencia, hasta 1585 en que murió.
- 19 Fr. Benito de Tocco, obispo de Lérida, que había subido á Montserrat, tuvo la abadía hasta su muerte. Cerró la visita que había empezado D. Juan de Cardona, obispo de Vich, en Junio de 1586.
- 20 Fr. Juan Capmany, varón virtuosísimo, fué el primer Abad en quien empezó la alternativa de nombrar cada bienio un Abad, ora de la corona de Aragón, ora de la de Castilla. En razón de la peste que aflagia á Cataluña, gobernó hasta 1590.
- 21 Fr. Plácido de Salinas (castellano). Dió remate al suntuoso templo actual, acabando después sus días en la soledad de una ermita.
- 22 Fr. Jaime Torner, por su buena inteligencia se efectuó en Roma la permuta de San Pablo del Campo de Barcelona, con San Benito de Bages, de donde fué Abad, y antes de San Feliu de Guixols. Fué elegido en 1592 por bula de Clemente VIII.
- 23 Fr. Antonio de Córdoba. Fué electo en 1595, murió el mismo año.
- 24 Fr. Lorenzo Nieto. Nombrósele para llenar la alternativa.
- 25 Fr. Joaquín Bonenat, en 1598, natural de Barcelona. Durante su gobierno se hizo la traslación de la santa imagen de Nuestra Señora.
- 26 Fr. Lorenzo Nieto; después arzobispo de Arles en Cerdeña, de Oristany, y luego de Caller. Fué elegido en 1501.
- 27 Fr. Antonio Jutge (catalán), elegido en 1604, por haber restituído Paulo V las elecciones á los conventos. En su

tiempo se labró la corona de la Virgen, la más rica de Europa.

- 28 Fr. Juan Valenzuela (castellano). Durante su gobierno (1607), se hizo el órgano grande y la verja.
- 29 Fr. Antonio de Correa, en 1613. Fué el primero que gobernó cuatro años. Esta forma se observó en los tiempos sucesivos.
- 30 Fr. José Costa fué electo por los monjes en 1517. Mandó hacer la cisterna de la huerta, las celdas de la obra nueva, el dormitorio de los niños escolanes, la casa de la almoina y doró los arcos de la iglesia.
- 31 Fr. Alonso Gómez, electo en 1621.
- 32 Fr. Beda Pi en 1625 hizo el refectorio de carne, renovó la ermita de la Trinidad con su cisterna, hizo la cocina del convento, la mayordomía, la capilla del Santísimo, los retablos de San Ildefonso, San Lorenzo y San Ignacio, mandó dorar todas las rejas de la iglesia, compró muchos cuadros, mandó pintar los de los refectorios, consiguió que Felipe IV, que en su tiempo fué á Montserrat, diese 1000 ducados anuales de renta, mandó construir las puertas de plata del camarín y un sin número de alhajas, y finalmente ensanchó la capilla del Santísimo Sacramento.
- 33 Fr. Pedro de Burgos; siendo sacristán mayor fué electo Abad en 1629.
- 34 Fr. José Porrasa, electo en 1633. En 1635 Felipe IV le nombró Abad de Santa María de Arles, obispado de Elna; mandó hacer el célebre atril grande del coro, y fundó la fiesta de San José con sermón. Aunque murió en Elna, quiso que se le sepultase en Montserrat.
- 35 Fr. Francisco Bails, electo por el tiempo que faltaba de los cuatro años de Porrasa; durante su gobierno se hizo la escalera y portería. Murió en 1639.
- 36 Fr. Juan Manuel Espinosa, en 1637. Dejó, entre otras

- memorias, las soberbias pilas de mármol que antes había, costeadas de su propio bolsillo, pues tenía cerca de 600 ducados de renta. También mandó construir la capilla de San Bernardo, que era la más hermosa del templo. Alcanzó del papa Urbano la fiesta de la Minerva, que todavía se celebra el tercer domingo de cada mes. Llegó á ser arzobispo de Tarragona, y siéndolo, fundó en Montserrat la festividad de la Concepción de Nuestra Señora, con octava.
- 37 Fr. Francisco Batlle, electo dos veces. Argaiz se equivoca llamándole Valle, pues era catalán, 1641.
- 38 Fr. Jaime Martí: aunque según la alternativa, debía ser castellano este Abad, fué también catalán: en su tiempo se empezó á celebrar con más pompa la festividad del 8 de Setiembre. Elegido segunda vez en 1649, renunció la abadía en Marzo de 1650 en manos del P. Espinosa que había venido de Madrid como á visitador de Montserrat. Lo restante del cuatrienio fué presidente el padre Francisco Crespo, que Argaiz pone como Abad, pero Reventós dice que no lo fué.
- 39 Fr. Millán de Miranda, elegido en 1653 por los monjes de Montserrat, de cuya casa era hijo de hábito, aunque castellano de nacimiento.
- 40 Fr. Jaime de Zaragoza, en 1657; mandó elaborar varias alhajas, hizo los dos órdenes de celdas que hay sobre la mayordomía, la cisterna de la emperatriz y varios ornamentos.
- 41 Fr. Esteban Velázquez, electo dos veces. Siendo monje profeso de Montserrat fué electo Abad en 1661. Hizo las celdas de la torre que había encima de la mayordomía. La segunda elección fué en 1669.
- 42 Fr. Plácido Riquer, electo en 1665, murió en 1667.
- 43 Fr. Luis Montserrat, fué elegido para acabar los cuatro años que faltaban para el gobierno de Abad catalán.

- 44 Fr. José Ferrán, electo en 1674, siendo monje claustral de la provincia tarraconense fué electo Abad. Empezó á levantar el campanario, y mandó labrar los santos de piedra que hay en el mirador, para colocarlos en dicho campanario.
- 45 Fr. Plácido de la Roquera. Fue elegido por los monjes de Montserrat en 1667. En su gobierno remitió el duque de Cardona el rico trono de plata, que desapareció en la época llamada constitucional, de 1820 á 1823, llevándose el llamado *Crédito público*, sin dar ninguna indemnización.
- 46 Fr. Francisco Albiá. Fué electo en 1681 y murió en Monistrol; habiendo sólo gobernado nueve meses.
- 47 Fr. Benito Sala, obispo de Barcelona y cardenal. Empezó ó engrandeció la cámara abacial.
- 48 Fr. Miguel Pujol, electo en 1684, instituyó pasar el rosario después de vísperas, y mandó hacer la presa y batanes de Monistrol. Fué varón muy ejemplar y de gran virtud.
- 49 Fr. Juan Giménez, electo dos veces, empezó su prelación en 1685 y acabó de fabricar la cámara del Abad. La segunda vez renovó la cerca del Monasterio.
- 50 Fr. Francisco de Cordellas, fué electo en 1689.
- 51 Fr. José Ferrer electo en 1697. Durante su gobierno se empezó la carretera que conduce de casa Massana al Monasterio, y mandó hacer las dos campanas mayores.
- 52 Fr. Gaspar Paredes, fué elegido en 1701.
- 53 Fr. Félix Ramoneda, en 1705. En su tiempo empezó á habitar un monje en la casa cueva de Nuestra Señora.
- 54 Fr. Pedro Cañada, en 1709; mandó hacer la campana de Santa María y otras dos para el monasterio de Santa Cecilia. Murió en 18 de Mayo de 1713.
- 55 Fr. Pedro Arnedo, electo por muerte de su antecesor para acabar el cuatrienio.

- 56 Fr. Manuel Marrón, fué elegido en 1713. En la guerra de sucesión que en su gobierno padeció Cataluña, preservó del incendio las villas de Monistrol, Esparraguera, Olesa y Collbató.
- 57 Fr. José Benito, fué elegido por bula apostólica en el capítulo general celebrado en Valladolid en 1717.
- 58 Fr. Esteban Rotaldo, en 1721 de Valladolid. En su tiempo se hizo un gran sagrario de plata para el altar mayor.
- 59 Fr. Benito Lizón, en 1725, electo dos veces. Fabricó de nuevo la hospedería, y mejoró el noviciado, mudó la escalera de la biblioteca y renovó la capilla y casa-procura de Barcelona. Fué segunda vez electo en 1733.
- 60 Fr. Agustín Novell. Mandó cubrir de ladrillos el pavimento del templo, que era de madera, y añadir cuatro gradas de plata al altar mayor; también mandó edificar la hospedería de los pobres.
- 61 Fr. Plácido Cortada, electo en 1737. Fué general de la orden.
- 62 Fr. José Romero, lo fué en 1741. Mandó hacer dos grandes púlpitos en el presbiterio bajo, los bancos en los cuales se hallaba esculpida la historia de Juan Garín y de la invención de la Santa Imagen, y sustituyó las baldosas del presbiterio, por otras de mármol que mandó traer de Génova.
- 63 Fr. Carlos de Cort, en 1745. Fué natural de Barcelona.
- 64 Fr. Mauro Salcedo, de Torrubia del Campo (Cuenca), 1749. Durante su gobierno se hizo el acueducto llamado el *Mentiroso*, que recoge las aguas que se colan de la montaña por la parte del Norte, las cuales á veces tardan veinte y cuatro y más horas en llegar al *Safreig*.
- 65 Fr. Benito Argerich de Biosca, en 1753.

- 66 Fr. Mauro Salcedo, en 1757 (segunda vez). Durante su gobierno se continuó la obra nueva.
- 67 Fr. Benito Argerich, en 1761, electo por segunda vez en capítulo general de 1761. Murió siendo Abad en 25 de Marzo de 1764. Antes de espirar dijo: Que el monasterio de Montserrat sería destruído desde la corona de la Virgen hasta el gallinero. Durante su gobierno se puso la primera piedra del atrio de la iglesia.
- 68 Fr. Antonio de Burgués, en 1764, natural de Gerona. Fué elegido Abad para acabar el cuatrienio de su antecesor.
- 69 Fr. José Morata, en 1765. Fue natural de Velez (Cuenca), murió en 21 de Enero de 1766.
- 70 Fr. Plácido Regidor, en 1766, natural de Tarancón.
- 71 Fr. Antonio de Burgués, en 1769, segunda vez.
- 72 Fr. Isidro González, en 1773, natural de Zarza, diócesis de Coria. En su tiempo se concluyó la obra nueva.
- 73 Fr. Pedro Viver, de Martorell, en, 1777. Durante su gobierno se fabricó la fuente del portal.
- 74 Fr. Ildefonso Escudero, en 1781, natural de Palazuelo, diócesis de León.
- 75 Fr. Pedro Viver, en 1785. Fué electo por segunda vez. En su cuatrienio se hizo la escalera grande que estaba cerca de la torre de las campanas.
- 76 Fr. José Arredondo, 1789.
- 77 Fr. Pedro Viver, en 1793. Electo por tercera vez. Murió siendo Abad en 19 de Octubre de 1796.
- 78 Fr. Mauro Llampaig, en 1796.
- 79 Fr. Bernardo Ruiz de Conejares, en 1797.
- 80 Fr. Bernardo Sastre, fué electo Abad en 1801. Era natural de Piera. En su cuatrienio visitó el Monasterio Carlos IV y su esposa María Luisa, Fernando VII y demás familia real.
- 81 Fr. Domingo Filgueira, en 1805, continuó siendo Abad hasta 1810 en que se nombró presidente al P. Fr. Fran-

- cisco Burgués, por no haberse podido reunir el capítulo general por las circunstancias de aquella época.
- 82 Fr. Simón Guardiola, en 1814. Reuniéronse otra vez los monjes después de la guerra de la Independencia y eligieron á tan virtuoso sacerdote. Esta elección fué muy acertada en aquellas circunstancias. Desde luego dió prisa para cubrir la iglesia, y la parte de edificio que era absolutamente necesaria para habitaciones.
- 83 Fr. Bernardo Bretón, en 1818. A este prelado no le faltaba ánimo para proseguir la reparación del Monasterio, pero las circunstancias de 1820 fueron muy poco favorables para ello.
- 84 Fr. Simón Guardiola, segunda vez; en 1824 renunció la dignidad, y en 1828 fué consagrado obispo de Urgel. Murió en 1851.
- 85 Fr. José Blanch, en 1824. Reparó mucho el Monasterio gastando grandes sumas. En su tiempo visitaron el santuario D. Fernando VII y su augusta esposa.
- 86 Fr. Benito Baroja, en 1828. Puso en buen estado la iglesia; con la dádiva de 35,000 duros hecha por Fernando VII, mandó labrar la suntuosa verja actual y el coro, empezóse el órgano y se hicieron otras obras utilísimas.
- 87 Fr. José Blanch, electo segunda vez en 1832; fué nombrado general de la orden en 1835. Durante la exclaustración retiróse á su patria Villafranca del Panadés, y después pasó á Palermo, de cuyo punto, á instancias de la reina madre, D.^a María Cristina de Borbón, volvió otra vez á Montserrat, donde murió en 1851.
- 88 Fr. Miguel Muntadas, nombrado en 1851 por el papa Pío IX. Es de los abades que más han trabajado para restablecer el antiguo esplendor en Montserrat. Durante su gobierno se hicieron importantes obras y reformas; terminó la Escolania actual y aumentó considerablemente el número

de aposentos; en su gobierno se reconstruyó la iglesia de la Cueva de la Virgen y empezó la restauración del templo y al morir dejó bastante adelantado el gran camarín, estableció la Fonda-restaurant, reedificó la capilla de San Miguel y restauró las de San Acisclo, Santa Victoria, los Apóstoles y Santa Cecilia, y reconstruyó muchas dependencias del Monasterio é hizo el gran depósito de agua junto al *Safretx*, aumentó el esplendor del culto y dotó de ricos ornamentos la Sacristía y de objetos destinados al culto; también hizo terminar el órgano grande y en sus últimos años se han celebrado dos de las funciones más notables de Montserrat, el Milenario y la Coronación canónica de la Santa Imagen.

- 89 Fr. José Deas (actual abad) 1885. Ha hecho importantísimas mejoras. Ha continuado las notables obras que no pudo dejar terminadas su antecesor, ha realzado mucho el esplendor de la Comunidad, ha hecho construir el gran edificio de aposentos del claustro gótico, ha terminado el gran Camarín, ha construido el altar mayor y la nueva capilla de la ermita de San Jerónimo, y ha inaugurado muchas obras importantes para completar la restauración, ha sustituido el órgano del presbiterio, llamado de los escolanes, por otro de mejores voces y ha hecho, está haciendo y tiene proyectado tanto, que sería largo enumerar.

Presidentes (1)

- 1.º Fr. Ramiro Torrents, que murió en 1853 con el título de presidente.
- 2.º Fr. Ignacio Corrons, que empezó su presidencia en 30 de Junio de dicho año.
- 3.º Fr. Miguel Muntadas, por renuncia del anterior en 1855 hasta 1861 que el Papa Pío IX lo nombró Abad.

(1) Cuando por cualquier motivo no pudiese elegirse Abad, en los

Santuarios bajo el título é invocación de Nuestra Señora de Montserrat, esparcidos por el mundo

El nombre de María de Montserrat se ha extendido por todo el orbe, y el culto y devoción á la Santísima Virgen bajo el título é invocación de Montserrat, no se ha limitado ó reducido, dice el Sr. Muns, al estrecho recinto de su famosa montaña.

Cuando Cristóbal Colón emprendió la gigantesca tarea de conquistar un nuevo mundo para España, le acompañaron trece monjes de Montserrat: el P. Fr. Bernardo Boil, noble catalán, y otros doce compañeros suyos para predicar la fe en las apartadas regiones que iban á descubrirse; aquél con el título de patriarca y legado del Papa, quien como buen hijo que nunca se olvida de su querida madre, el primer templo que erigió en las apartadas regiones de América, dedicólo á María con el título de Nuestra Señora de Montserrat (1).

Barcelona tuvo hasta 1835 dos capillas dedicadas á Ntra. Sra. de Montserrat. Una de ellas en la calle de la Puertaferrisa. Hé aquí su origen. Cuando D. Juan II de Aragón en 1559 salió por segunda vez á visitar el Santuario de Montserrat, concedió al Monasterio privilegio para tener en Barcelona blancos que median de la muerte del uno á la elección del otro, el superior que interinamente gobierna el Monasterio toma el título de *Presidente*. Como con motivo de la exclaustación de 1835, no se había podido reunir capítulo general para nombrar sucesor al abad Blanch, los superiores que desde 1851 tuvo Montserrat llevaron simplemente el título de *Presidentes*. Sin embargo, como queda dicho, deseando el bondadoso papa Pío IX que el Monasterio se presentase con todo el lustre posible, en 1861 nombró Abad al P. Miguel Muntadas, con uso de báculo, mitra, pectoral y anillo.

(1) En el monumento á Colón levantado en Barcelona, entre las estatuas que la adornan, figura la del P. Boil.

celona juez especial para las causas de sus vasallos, señalándole por territorio unas casas del mismo Monasterio, sitas en dicha calle de la Puertaferrisa, que es la actual casa de Magarola, donde se halla la capilla, aunque profanada.

La otra, que estaba situada frente á la Aduana, se derribó y se construyó una casa particular. Sus altares y adornos desaparecieron en un día aciago, de triste recuerdo, el 5 de Agosto de dicho año, 1835, en el cual, además de profanarse lo más sagrado, se holló y escarneció el principio de autoridad, cual pudiera hacerse entre las naciones más bárbaras y salvajes, sin que hasta ahora ningún gobierno haya dado todavía la debida satisfacción á la sociedad ultrajada.

Cuéntase que la infame mujer que tuvo bastante atrevimiento para arrancar la Sagrada Imagen de su propio camarín y arrojarla á la hoguera, que con los papeles de la Intendencia había encendido lo más soez del populacho, murió poco tiempo después en el hospital de la Santa Cruz, víctima de las más horrorosas convulsiones. ¡Justo castigo de tanta maldad!

Manresa.—En 1613 el Monasterio de Montserrat compró en Manresa unas casas y huertos, junto á los muros meridionales de la ciudad en la calle de Aragonés, y en ella construyó la casa-procura, frente á la que antiguamente existía en la misma calle, haciendo esquina á la de Santa María. En la actualidad se conserva en esta parte la iglesia que es pequeña, con su portadita adornada de columnas corintias. En 1811 la incendiaron los franceses, y ha permanecido mucho tiempo sin abrirse al culto, siendo sensible que, estando tan enlazada con la de Manresa la historia del hallazgo de la Virgen, no la hubiese restaurado una ciudad que de tan religiosa se precia, permitiendo sirviese de almacén (1).

(1) Véase la *Guía del Viajero en Manresa y Cardona* por el mismo autor de este libro, que se vende en Barcelona en la librería de Verdguer y en Manresa en todas las librerías.

Madrid. — Dos templos se erigieron en la capital de España, dedicados ambos á Nuestra Señora de Montserrat.

El primero es el del Real Hospital de naturales de la Corona de Aragón, sito en la plazuela de Antón Martín, fundado en 1616 por D. Gaspar Pons y recibido bajo su real patronazgo por el rey Felipe IV. Ya Felipe III había concedido desde su fundación varias limosnas para que con mayor desahogo se pudiera asistir á los enfermos que se admitían en aquel hospital, pues la casa carecía de renta, y en carta dirigida á la ciudad de Barcelona, con fecha de 6 de Octubre de 1619, comunicó su real resolución para que en todos los grados de doctores, licenciados, bachilleres en teología, cánones, leyes y medicina que se conferían en estudios generales, se exigiera una cuota con destino á dicho hospital. Su sucesor Felipe IV, por otra real carta, dirigida á dicha ciudad en 15 de Abril de 1618, la participaba que había resuelto mudar el hospital del sitio incómodo en que se hallaba, á la calle de Atocha, donde hoy está, dándole la dedicación y patrocinio de Nuestra Señora de Montserrat, por cuya causa y haber sido su fundador D. Gaspar Pons, catalán y del Consejo de Hacienda, excitaba á aquellos naturales para que contribuyesen con sus limosnas á la perfección de la fábrica, recomendando este asunto al marqués de Olías y Mortara, entonces capitán general de Cataluña, y á los condes de Robres y del Abaltera, consejeros de Castilla, y á la sazón protectores del mencionado hospital.

El sitio principal del altar mayor lo ocupa la imagen de Nuestra Señora de Montserrat tal como se halla en la iglesia de la montaña.

El segundo templo es el del Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, fundado en la coronada villa por Felipe IV en 1642, para albergar á los monjes que por ser castellanos abandonaron el Monasterio de Montserrat en Cataluña con motivo de las desavenencias que causaron en el Principado los desaciertos del Conde-duque de Olivares, quien les designó la

quinta que fué del condestable de Castilla en el arroyo Abroñigal que él mismo había ocupado á mano real por enemistad entre ambos personajes. Incluyó además el ánimo del rey para que les señalase la renta de 6,000 ducados sobre juros. Allí establecieron su iglesia, dedicándola en honor de Nuestra Señora de Montserrat, en memoria de la que habían dejado contra su voluntad en la montaña. Permanecieron en aquel sitio hasta que experimentaron ser insalubre, y entonces rogaron al rey los mudase á otro sitio dentro de la población, eligiendo uno que había junto al portillo de Santo Domingo, cerca del caño llamado de *Matalobos* (1).

La fachada del templo es de poco mérito y le falta una torre, y la iglesia sólo tiene construída la nave hasta el cruce-ro. Tomaron posesión de ella los monjes en 8 de Noviembre de 1704. En una de sus capillas existía el célebre crucifijo de madera del tamaño natural, que hizo el aventajado artista Alonso Cano, á cuya sagrada efigie tuvo particular afecto D. Luis de Salazar y Castro, quien mandó se le sepultase en su capilla, la que dotó con una memoria piadosa, y los monjes en gratitud le pusieron una inscripción.

También era de gran mérito una pintura que había en esta casa, regalada por los duques de Monteleón, que expresó D. Antonio Arias, la cual representaba á los fariseos en el acto de mostrar á Jesús la moneda.

En el archivo de este monasterio se custodiaban los preciosos manuscritos de D. Luis de Salazar, cronista mayor de Indias (2).

(1) Llamado así porque los aldeanos del bajo Abroñigal se reunían en aquel sitio para dar muerte á los lobos y demás alimañas que infestaban aquellos contornos cuando todavía era despoblado.

(2) En el capítulo general de Sahagún se dió el nombre de *Monserratillo* á este monasterio por los monjes electores de Cataluña, y cuando lo supo el rey dió un decreto para que sus abades fuesen elegidos por el Consejo de Castilla, á propuesta de la orden, con el fin de esclarecer á esta casa más que á otra alguna.

Roma.—En 1450 vivía en la ciudad eterna una señora natural de Barcelona, quien, después de haber visitado la Tierra Santa, se dedicó por espacio de treinta y cinco años al servicio de los peregrinos de su patria, fundando al objeto un hospital bajo la advocación de San Nicolás. Más tarde, en 1506, deseando el rey D. Fernando el Católico dar más importancia al proyecto de la caritativa catalana, ordenó que se convocaran los naturales de las provincias que componían la Corona de Aragón, residentes en la Capital del orbe católico en la iglesia antes del Pozo, y más tarde de San Felipe Neri, donde se instituyó la congregación de Nuestra Señora de Montserrat en dicho hospital de San Nicolás, en el que erigieron al efecto un famoso templo, que se concluyó en 1594, dedicado á la Virgen de la montaña catalana, el cual no tardó en atraer la devoción de los romanos. En esta iglesia yacen por disposición especial de ellos mismos dos papas: Calixto III y Alejandro VI, el cardenal obispo de Barcelona, D. Enrique de Cardona y otros personajes distinguidos. En esta iglesia en la que se refundió la de Santiago de la ciudad eterna, celebra las funciones oficiales el embajador de España cerca del Vaticano.

Viena, de Austria.—Durante el reinado de Fernando II pasaron á Alemania algunos monjes benedictinos, hijos profesos del Santuario de Montserrat, y á expensas del mencionado emperador, erigieron en la córte de Austria una iglesia y monasterio muy ilustre y famoso, con título y advocación de Nuestra Señora de Montserrat. La devoción de los vieneses hacia la Virgen aumentó de tal modo, que fué preciso levantar más tarde otro templo más espacioso y magnífico, al que se trasladó la soberana imagen de María, por cuyo motivo se

Los monjes cumplían una memoria en sufragio del alma de Felipe IV, que consistía en dar un clamor con las campanas todos los días del año al anochecer, hora en que se les comunicó la muerte de su real fundador.

celebraron brillantísimas fiestas á las cuales, lo propio que á la erección de la nueva iglesia, contribuyó en gran parte con donativos el emperador Carlos VI.

Nápoles.— Como recuerdo de las proezas que hicieron los catalanes, en especial Bernardo de Villamarí, en una de las calles de Nápoles, cerca del *Castel nuovo*, erigióse una capilla dedicada á Nuestra Señora de Montserrat, que por compras y donaciones de casas y terrenos vino á ser un priorato de monjes. La capilla es famosa y adornada con tres altares. La calle se llamó por algún tiempo *Calle de Villamarí*; pero más comunmente es conocida por *Rua catalana*.

Palermo.— El templo dedicado á esta Señora en Palermo es de los más bellos, ricos y devotos que posee en Europa. Dice el P. Luis Montagut que Facelle, en su *Historia de Sicilia*, refiere, que fuera de los muros de una antigua villa de los referidos reinos hay un templo dedicado antiguamente á Vulcano, y después al Dios verdadero bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat.

Praga, de Bohemia.— El padre maestro Fr. Benito de Peñalosa, después de haber predicado con grandísimo fruto en las Indias orientales y en el imperio de Alemania, consiguió del emperador Fernando II, que le fuese cedido para gloria de María un templo que dedicó á la Virgen de Montserrat en la ciudad de Praga, capital del reino de Bohemia, con un convento anejo, en el cual puso monjes de su misma orden, profesos de Montserrat, para que se observasen las mismas reglas y se diese el mismo culto á María que en su Monasterio de Cataluña. De este nuevo monasterio fué Peñalosa su primer Abad.

Murcia.— D. Alfonso X, rey de Castilla, que casó con una

hija de D. Jaime de Aragón, el *Conquistador*, hizo mucho para que en la ciudad de Murcia hubiese una capilla de Nuestra Señora de Montserrat, y al efecto en 1275 le ofreció al Abad Bach, de Montserrat, hacienda bastante en dicha ciudad de Murcia para la capilla que fundó.

Isla de Cuba.— Los catalanes residentes en la Isla de Cuba han formado una sociedad y han empezado á construir cerca de la Habana, en un pequeño monte, un santuario dedicado á Nuestra Señora de Montserrat. Han comprado el terreno, lo han cercado y el 19 de Marzo de 1888 se colocó la primera piedra. Se han gastado ya 70,000 duros y dista mucho de estar concluído el Santuario. Allí, como en la montaña catalana, va mucha gente á hacer excursiones; mas le falta el principal aliciente, el grandioso templo que se ha proyectado para la imagen de Nuestra Señora de Montserrat. El P. Pedro Muntadas, de las Escuelas Pías de Guanabacoa, es quien más se interesa, con un celo digno de elogio, en llevar á cabo la obra; mas ha de luchar con no pocos inconvenientes que va venciendo.

Largo sería enumerar una por una las iglesias esparcidas por todo el mundo levantadas bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat; baste decir que en Palermo, Méjico y Lima ha habido prioratos muy famosos é ilustres, en los que se venera con mucha devoción la copia de la Sagrada Imagen. En París, Lyon, Ruan y Tolosa, de Francia; en Caller, de Cerdeña; en Lisboa, de Portugal y en varias ciudades de España se han fundado iglesias ó capillas bajo el título de Nuestra Señora de Montserrat.

Al partir para su misión el Ilmo. Sr. D. José Serra, entonces obispo de Puerto Victoria, en la Australia, poco tiempo después de haber sido consagrado en Roma, visitó el monasterio de Montserrat, en cuyo sagrado recinto hicieron tam-

bién sus espirituales ejercicios los compañeros que llevó consigo en la santa empresa de las misiones de Nueva Holanda, cuya dilatada región puso bajo el amparo de la Virgen de Montserrat, instituyéndola por madre y protectora de todo el continente australiano. Hasta en la misma cima de su escudo mandó grabar el Ilmo. Sr. Serra el monte aserrado como principal enseña.

El colegio de Misioneros para Ultramar establecido en el Monasterio de Montserrat, proporciona los religiosos benedictinos que trabajan en dicha misión española y que tan importantes beneficios están prestando en aquella apartada región de la Oceanía. Al Ilmo. P. Salvado, benedictino, arzobispo de Pert, se debe la fundación de este colegio, que, además de prestar grandes servicios á la civilización, contribuyen sus catedráticos y colegiales al mayor lustre del Santuario.

Isla de Montserrat en las pequeñas Antillas

Esta isla, que pertenece á los ingleses, se halla en la costa de la vieja California, cerca y al SE. de la Carmen; latitud N. $16^{\circ} 46'$ longitud O. $58^{\circ} 33'$. Tiene $2 \frac{1}{3}$ leguas de N. S. sobre 2 anchura, y sus costas se presentan generalmente muy altas y escarpadas. Tiene un fondeadero que sólo está al abrigo de los vientos del NE. y no es practicable sino para pequeñas embarcaciones. Las dos terceras partes de esta isla son montuosas y estériles, y el resto de ella produce azúcar, algodón y un poco de añil. La mayor parte de estas montañas están cubiertas de bosques, en donde descuella el cedro y otras maderas de construcción. La población repartida en dos parroquias consta de unos 9,000 habitantes, de los cuales unos 7,000 son esclavos. La capital es Plymouth.

Esta isla fué descubierta en 1493 por Cristóbal Colón, que la dió el nombre de Montserrat por la semejanza que la encontró con la montaña de nuestra Cataluña.

Poblaciones con el nombre de Montserrat

En el reino, provincia y diócesis de Valencia, partido judicial de Carlet, á seis horas de la capital, hay una población llamada Montserrat. Esta población, situada en la falda occidental de un montecillo á la izquierda del río Juanes ó Magró, tiene unas 4,000 almas y su iglesia está dedicada á Nuestra Señora de Montserrat.

—En la provincia de Guipúzcoa, partido judicial de San Sebastián, término de Fuenterrabía, hay un caserío del barrio Jaizulia que también se denomina Montserrat.

Popularidad del nombre de Montserrat

El nombre de Montserrat se ha generalizado extraordinariamente dentro y fuera de Cataluña. Hay muchos apellidos de Montserrat, muchos individuos de ambos sexos que reciben las aguas del bautismo bajo la advocación de María de Montserrat. Existe un título de vizconde de Montserrat, que actualmente posee el Sr. D. José Manso y Juliol, hijo del teniente general D. José Manso, conde del Llobregat, el guerrillero de la guerra de la Independencia.

En muchos escudos resalta entre sus cuarteles el símbolo de Montserrat: entre otros en los de los Excmo. é Ilmos. señores, arzobispo de Cuba Sr. Claret, confesor que fué de la Reina Isabel II; Sr. Palau, obispo que fué de Barcelona; en el del Sr. Caixal, de Urgel y príncipe de Andorra, y en el del ya referido Sr. Serra, obispo de Perth, hoy difuntos. En Barcelona hay dos calles dichas de Montserrat. Varias poblaciones tienen posadas llamadas de Montserrat; sin que falten buques que llevan el nombre de Montserrat. Varias cofradías, monte-

píos y hermandades están bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat.

Numerosas obras se han publicado con el exclusivo objeto de tratar de esta célebre montaña y Santuario, y hasta las corporaciones científicas extranjeras se han ocupado en Montserrat. Francia, Inglaterra, Alemania é Italia han grabado primorosas láminas y tomado preciosas fotografías de sus vistas más notables. Y por último, la célebre «Librería religiosa», fundada para la propagación de los buenos libros, y que tantos miles han salido de sus máquinas, está bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat, de manera que en todas las viñetas de la portada hay dibujada sobre caprichosos y cónicos riscos la cruz del Salvador, acompañada del dulce nombre de María y de una sierra que corta la montaña.

Historiadores de Montserrat

Tarea interesante sería dar á continuación todos los títulos del sinnúmero de obras que, ya en prosa, ya en verso, han escrito y publicado tantos y tantos entusiastas como ha tenido Montserrat. No pudiendo, pues, presentar un índice completo de todas ellas, se citan únicamente varias, algunas de las cuales se han tenido á la vista para escribir la presente, y son las siguientes:

Obras en prosa

Historia y milagros de Nuestra Señora de Montserrate, por el P. de Burgos en 1512 (Créese ser la primera que se imprimió).

Historia de Montserrate, por Fr. Antonio Renach.

Historia del gran santuario de Montserrate, por D. Francisco de Moncada.

Historia de Montserrat, por Fr. Lesmes Reventós.

Historia de Montserrat, por D. Francisco Ortega.

Epítome histórico del Santuario y real monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, por D. Pedro Serra y Postius, de 1747.

Noticia histórica del origen, fundación, vicisitudes y actual estado del Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, por D. Ramón Muns y Serriñá.

Histoire de Montserrat, por el mismo.

Catálogo de los priores antiguos y abades del Monasterio de Montserrate, por Fr. Mateo Oliveres.

Montserrate, su historia, sus tradiciones, sus alrededores, por D. Víctor Balaguer.

Guía de Montserrat y sus cuevas, por el mismo, 1857.

Jurisdicción del Real Monasterio de Monserrate, por fray Juan Guarín, francés.

Catálogo de los abades, monjes, ermitaños y frailes de Monserrate, por Fr. Lesmes Reventós.

De los bienhechores de Montserrate, por el mismo.

Varones ilustres en santidad, dignidades, letras, etc. de Monserrate, por el mismo.

La Perla de Cataluña, Historia universal de Nuestra Señora de Montserrat, dedicada á D. Juan de Austria, por Fr. Gregorio Argaiiz, cronista de la religión benedictina, 1677.

Compendio historial ó relación breve y verídica del portentoso santuario y camarín de Nuestra Señora de Montserrate.

Vida de Nuestra Señora é historia del Santuario de Montserrat, por Alfonso de Villegas.

Reseña histórica de la Escolanía ó colegio de música de Montserrat, por D. Baltasar Saldoni, 1857.

Monserrate subterránea, historia de esta célebre montaña, de su Monasterio, ermitas, cuevas y maravillas, (aunque es anónima, sabe el autor que fué escrita por D. Santiago Angel Saura).

Mes lírico de María ó los cancioneros de Montserrat, por don Juan Martí y Cantó, Pbro.

Sucinta reseña sobre el templo de Montserrat, por los señores Grau y Solá, que lo reprodujeron en miniatura tal como estaba antes del incendio en 1811.

Vida exterior de Fr. José de San Benito, por Fr. Benito Argai.

Vida de Fray Juan Garín, por el P. Domenech.

El Mansueto ó las cuevas de Montserrat, leyenda histórica de 1860.

Montserrat.—Noticias históricas de este célebre santuario, por D. Felix Sardá y Salvany, Pbro. en 8.º de 160 páginas.

Las cuevas de Montserrat, por D. Juan Martí y Cantó, presbítero, en 16.º de 48 páginas.

Modo de hacer con fruto una peregrinación ó romería á Nuestra Señora de Montserrat en su célebre Monasterio. Un cuaderno á real y medio.

Historia completa de la imagen y santuario de Nuestra Señora de Montserrat y viaje pintoresco á sus cuevas subterráneas.

El romero en Montserrat.

El Amigo del viajero en Montserrat.

Compendio de la historia de Montserrat con la de Garín.

Triduo ó devocionario montserratino.

Milagros de Nuestra Señora de Montserrat.

Pequeña historia de Montserrat con las cuevas.

El cofrade de Montserrat en catalán y castellano.

Novena de Nuestra Señora de Montserrat.

Montserrat, su pasado, su presente y su porvenir. Historia compuesta en vista de los documentos existentes en el archivo del Monasterio, publicada por el Abad M. Iltre. Sr. D. Miguel Muntadas, en 1871.—Es un libro muy interesante á las personas que deseen tener minuciosos detalles de todos los hechos históricos consignados en esta *Guía*, autorizados todos y to-

mados de la tradición y de los datos auténticos que con apreciaciones exactas reunió dicho difunto Abad.

Estudis geològichs sobre la constitució, origen, antigüetat y pervenir de la montanya de Montserrat, per lo Rnt. Juan Almera y Comas, Pbro., doctor en ciencias.

Excursión entomológica y botánica á la montaña de Montserrat en Junio de 1878, por Miguel Cuní y Martorell.

Estudi hidrològich de la montaña de Montserrat, per D. Joseph Ignasi Ursul, obra premiada ab accésit en lo certámen de la Associació d' excursions catalana, en Agosto 1882.

Los castells de Montserrat, ensaig critich, històrich, per Francesch Carreras y Candi, premiat en los jochs florals de 1890.

Estudios geológicos sobre la montaña de Montserrat, por el Sr. D. Santiago Gresa de Camps.

Además se han ocupado de Montserrat Flores, en su *España Sagrada*; Pons, en su *Viaje de España*; Tristany, en su *Corona benedictina*; Villanueva, en su *Viaje literario á las iglesias de España*; Camós, en su *Jardín de María*; Orsini, en su *Historia de la Virgen*; Madoz, en su *Diccionario Geográfico*; Villegas, en su *Flos-Sanctorum de Patriarcas y Profetas*; Piferrer, en los *Recuerdos y bellezas de España*; Pi y Margall en su *España pintoresca*; Roig y Jalpí, en el *Epítome de Manresa*; y casi todos los autores nacionales y extranjeros que han tratado de Cataluña.

Obras en verso

Como corona poética ofrecida por los poetas, no sólo catalanes, si no también algunos castellanos, á la patrona de Cataluña Nuestra Señora de Montserrat, se han publicado varias obras en verso.

Descripció de la montanya de Montserrat y de son Santuari, en versos catalanes, por D. Jerónimo Giriberts.

Nuestra Señora de Montserrat, poema en versos castellanos, por Fr. Anselmo Forcada.

Grandezas y portentos de Montserrat, escritos en prosa y en verso por D. Esteban de Corbera.

Descripció de la montanya y Santuari de Montserrat, bellísima poesía catalana reimpressa hace poco en Madrid, del Ilustrísimo P. Fr. Agustín Eura, obispo de Orense.

Canción Real á Nuestra Señora de Montserrat, poema en verso castellano, por Fr. Juan de Figueroa.

Las grandezas de Montserrat, poema del Dr. Juan Pérez de Montalbán.

Las ruinas de Montserrat, poema escrito en 1815, á la vista de la destrucción del Monasterio, por D. Ramón Muns y Serinã. Algunos de los mejores versos se hallan en la *Historia de la Virgen* que dicho señor tradujo para la Librería religiosa.

Muchas poesías del eminente poeta catalán Mossén Jacinto Verdaguer Pbro., entre otras:

La leyenda de Montserrat, premiada en el certamen del milenario; *el Virolay de la Verge de Montserrat*, y *Cansons de Montserrat*.

En una de estas bellas poesías, pone Mossén Verdaguer en boca de los escolanes, y les hace decir:

María 'ns es mare,
 Jesús nos es pare,
 los Angels hermosos
 son nostres germans,
 que al cel nos responen
 quan canten y sonen
 als peus de la Verge
 los seus escolans.

*Aucells de María,
 cantem nit y dia.*

Vestida de rosa
 ja l' alba amorosa
 al mon anuncia
 la eixida del sol.
 Del sol que 'l mon salva
 María n' es l' alba,
 cantémli corrandes
 com fa 'l rossinyol.

*Aucells de María
 cantem nit y dia.*

Cantémli corrandes,
 teximli garlandes
 de lliris y roses
 y herbetes d' olor.
 Seguimli los pasos,
 viscam en sos brazos,
 dormim en sa falda
 lo son del amor.

*Aucells de María
 cantem nit y dia.*

Apar exa serra
 lo cel de la terra;
 si 'ns deyan los Angels
 son cántich novell,
 diria tal volta
 la gent que 'ns escolta:
 si aquí no es la Gloria
 ja n' es lo cancell.

*Aucells de María
 cantem nit y dia.*

Obras musicales

El arte músico que tanto contribuye al culto de Nuestra Señora de Montserrat y por el cual tanta nombradía ha alcanzado el Monasterio, ha contribuído también con sus publicaciones á dar á conocer Montserrat. Entre varias obras musicales á propósito que se han publicado, se cuentan las siguientes:

Cantares de los romeros en Montserrat.

Despedida del Milenario.

Violay, por Mossén Jacinto Verdaguer, música del maestro Rodoreda.

Algunas obras dramáticas hay sobre las leyendas de Montserrat, entre ellas una titulada *Juan Garín ó las montañas de Montserrat*, original de D. Manuel Angelón, y estrenada con grande aparato en el Gran Teatro Liceo de Barcelona.

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
INTRODUCCIÓN	7
Itinerarios y hospedaje	17
Fonda-Restaurant	33
DÍA PRIMERO	37
El Monasterio	37
Invención de la Santa Imagen	43
Juan Garín	47
La Iglesia... ..	69
Traslación de la Santa Imagen	83
Sacristía y Camarín	87
El Camarín	98
Cofradía de la Virgen de Montserrat	108
Las catacumbas... ..	110
Capillas altas y coro	111
Culto diario... ..	113
Demás dependencias del Monasterio	114
Construcciones del Monasterio moderno... ..	116
Orden benedictina.—Regla de San Benito.—Biografía del fundador... ..	122
La Escolanía	130
Catálogo de los Maestros que ha tenido la Escolanía	146
Algunos privilegios y sucesos históricos de Montserrat	152
Destrucción del Monasterio	156
Moderna restauración	163
El Milenario	172
Coronación canónica de la Santa Imagen	176
Opinión de algunos filósofos sobre los monjes... ..	182
Recuerdos de Montserrat	192
Alrededores del Monasterio	195
El Safretx	195
San Acisclo y Santa Victoria	197
Los Apóstoles	203
Los Degotalls... ..	203
Fuentes... ..	205
DÍA SEGUNDO	211
La Montaña.—Las ermitas	211
La cueva de Garín	226
La cueva de la Virgen	228
San Miguel	234
Santa Ana	239
San Jaime	249

Santa Catalina	251
San Onofre	254
San Juan	256
Santa Magdalena	259
San Jerónimo	264
San Antonio	272
San Salvador	275
La Trinidad	278
San Dimas	280
Santa Cruz	283
La Ermita del Diablo	284
San Benito	285
Santa Cecilia	286
La roca foradada	295
Excursión al O. de la montaña	296
DIA TERCERO	301
Las Cuevas	301
Vestíbulo	309
Primera cueva	310
La cocina	313
El Mansueto	314
El Camarín	317
Caverna en miniatura.—Tocador de las sílfides	317
El Pozo ó Pozo del diablo... ..	319
Claustro de los monjes	320
Gruta de las estalactitas	322
Gruta del elefante	323
La boca del infierno ó segundo pozo	323
Galería de los fantasmas	324
Gruta de los murciélagos	325
Salón de las columnas	325
Salón del ábside gótico	326
ALREDEDORES DE MONTSERRAT	331
Collbató	331
El Bruch	335
La Guardia	337
Marganell	339
Monistrol... ..	340
El Llobregat	343
La Puda	348
Olesa	349
Esparraguera	351
Castell del Mas... ..	351
El Cairat... ..	353
APÉNDICE	355
Las romerías ó peregrinaciones	355
Monjes notables de Montserrat	370
Catálogo de los Piores, Abades y Presidentes de Montserrat ..	372
Santuarios bajo el título é invocación de Nuestra Señora de Montserrat esparcidos por el mundo	386
Isla de Montserrat en las pequeñas Antillas	393
Poblaciones con el nombre de Montserrat	394
Popularidad del nombre de Montserrat	394
Historiadores de Montserrat	395

ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
7	8	capillas vestidas	capillas, vestidos
21	13	seis horas	cinco horas
28	7	se llama	es llamada
29	3 de la nota	ha de ir	y ha de ir
37	4	circunda	circundan
66	33	cuyo	cuya
71	2 de la nota	Amaden	Amadeu
78	27 » »	se coloraban	se colocaban
82	11 » »	Creixel	Creixell
88	última	ornamento	ornamentos
89	14 de la nota	de ellos	de oro
90	27 » »	había otro	había otra
93	9	que lo ganó	que la ganó
94	4 de la nota	además, la duquesa de Villejas	además de la duquesa de Villejas
—	9 » »	como de capellán de Ho- nor	como capellán de Honor
—	16 » »	custodrado	custodiada
—	24 » »	lamage	ramaje
101	11	se ha construido	se han construido
—	7 de la nota	empollen la ditxa	empolleu la ditxa
117	16	encendrer.	encendre
140	24	le corrija,	se corrija
141	29	á la cama,	en la cama
146	26	lenga	lengua
150	12	ha sido	fué
156	16	con D. ^a María Luisa	D. ^a María Luisa
165	14	poblaciones por donde pasaba	las poblaciones
166	14	á los Degotalls,	en los Degotalls

Página	Línea	Dice	Debe decir
173	30	Manresa	Menorca
—	31	llevando	llevándola
174	15	Autorida-	Autoridades
177	17	pliegos	pliegues
179	22	Monsstra	Monstra
181	3	característico	típico
202	16	Castellvell	Castellbell
206	21	ha dado	se han dado
276	20	pelvæ	petræ
286	4	el dia	al dia
—	22	Subiendo	que subiendo
290	22	mensajeros	consejeros
—	24	el que	á lo que
—	30	al de la	á la
291	4	á los	los
308	2	otra	otro
319	19	las	los
384	30	1851	1861



OBRAS DEL AUTOR

	<u>Ptas.</u>
Tres días en Montserrat, 4. ^a edición.	2'50
Trois jours à Montserrat, edición française	3
Guía del viajero en Manresa y Cardona, con grabados	2'50
Guía del viajero en Caldas de Montbuy y S. Miguel del Fay, con grabados.	1'50
Una excursión por Cataluña, con un mapa	1'50

Todas estas obras se venden también en la Librería de *Verdaguer*, Rambla, frente al Liceo; Barcelona.

~~~~~  
**Compendio de la Taquigrafía española**  
*ó arte de escribir tan velozmente como se habla,*  
*para aprenderse sin necesidad de maestro.—*

~~~~~ Sexta edición. ~~~~~

Se vende á **3 ptas.** en la Librería de *J. Bastinos*, calle de Pelayo, 52 y 54, y fuera de Barcelona en casa de los Sres. Corresponsales de Bastinos.



CT

V CRT

ARCHIVO
MARIANO

Biblioteca

VOLUMEN N.º 1720



VID